

SINCE
YOU'VE
BEEN

LIBROS
DE
Cielo

Gone

Morgan matson

Morgan matson
SINCE YOU'VE BEEN GONE

Esta traducción fue hecha sin fines de lucros.

Es una traducción de fans para fans.

*Si el libro llega a tu país, apoya al autor comprándolo. También
puedes apoyar al autor con una reseña, siguiéndolo en las redes sociales y
ayudándolo a promocionar su libro.*

¡Disfruta la lectura!

2



LIBROS
DEL
Cielo



STAFF

Moderadoras:

Annabelle & Cris

Traductoras:

Annabelle
Cris
Jasiel Odair
Val_17
Sofía Belikov
Verito
Nikky
Issel
Miry GPE
SofiaG
Beatrix
Ankmar
Julieyrr
~ Vero ~

Zafiro
Lorena
Nani Dawson
BeaG
ashmcfly
Aleja E
Cris_Eire
Deydra B.
Mel Markham
Juli
Mary Haynes
Yure8
CamShaaw
Mire★

Luna West
Vani
Valentine Rose
Vanessa Forrow
Florbarbero
Geraluh
AntyLP
Aimetz Volkov
Sandy
Sandry
Snow Q
ElyCasdel

Correctoras:

Elle
Miry GPE
itxi
xx.MaJo.xx
Aimetz Volkov
Esperanza
Val_17
Emmie
ElyCasdel

Anakaren
Adriana Tate
Key
Niki
Laurita PI
Amélie.
LucindaMaddox
Jasiel Odair
Mire

Revisión Final:

Mel Wentworth

Diseño:

Moninik & Yessy

Morgan matson
SINCE YOU'VE BEEN GONE

INDICE

Sinopsis

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Agradecimientos

SINOPSIS

La Emily Pre-Sloane no asistía a fiestas, apenas le hablaba a los chicos, y no llevaba a cabo nada demasiado loco. Introduzcan a Sloane, un tornado social y la mejor clase de mejor amiga —esa que te arranca fuera de tu caparazón. Pero justo antes de lo que debía ser un verano épico, Sloane simplemente... desaparece. Nada de notas. Nada de llamadas. Nada de mensajes. Nada de Sloane. Solamente deja una rara lista de cosas por hacer. En ella se encuentran trece cosas definitivamente bizarras elegidas por Sloane que Emily nunca intentaría... a menos que le indiquen el camino de vuelta a su mejor amiga. ¿Recoger manzanas de noche? De acuerdo, bastante fácil. ¿Bailar hasta el amanecer? Seguro, ¿por qué no? ¿Besar a un extraño? Espera... ¿qué?

Realizar las tareas de esa lista significaría pasar por muchas primeras veces. Pero Emily tiene todo un inesperado verano frente a ella, y con la ayuda de Frank Porter (algo totalmente inesperado) podrá lograrlo. ¿Quién sabe lo que encontrará?

¿Ir a nadar desnuda? Um...



Morgan matson
SINCE YOU'VE BEEN GONE

Duncan

Confía en mí con esto. Somos amigos.

Cecily

No creo que lo seamos.

Los verdaderos amigos son con los que puedes contar sin importar qué.

Los que entran al bosque a buscarte y te llevan a casa.

Y los verdaderos amigos no tienen que decirte que son tus amigos.

Bug Juice: Una Obra © Andrea Hughes & Scott Hughes.

Gotham Dramatists, Todos los derechos reservados.



1

La lista

Traducido por Jasiel Odair, Val_17 y Sofia Belikov

Corregido por Elle

La lista llegó después de que Sloane se hubo ido dos semanas antes.

7

Yo no estaba en casa para recibirla porque me encontraba en la de Sloane, donde había ido una vez más, esperando encontrarla allí. Había decidido, mientras conducía a su casa, con mi iPod apagado y mis manos agarrando el volante, que si ella estaba allí, ni siquiera necesitaría una explicación. No sería necesario que me dijera por qué de repente había dejado de contestar su teléfono, mensajes de texto y correo electrónico, o por qué había desaparecido, junto con sus padres y su coche. Sabía que era ridículo pensar de esa manera, como si estuviera negociando con un traficante cósmico que podía garantizarme esto, pero eso no me detuvo mientras me acercaba más y más a Randolph Farms Lane. No me importaba lo que tenía que prometer si eso significaba que Sloane estaría allí. Porque si Sloane estaba allí, todo podría empezar a tener sentido de nuevo.

No era una exageración decir que las dos últimas semanas habían sido las peores de mi vida. El primer fin de semana después de la escuela había terminado, y había sido arrastrada al interior del país por mis padres en contra de mis deseos y a pesar de mis protestas. Cuando regresé a Stanwich, tras visitar demasiadas tiendas de antigüedades y galerías de arte, la llamé inmediatamente, con las llaves del coche en la mano, esperando con impaciencia a que respondiera y así podría decirme dónde estaba, o, si se encontraba en casa, si podía recogerla. Pero Sloane no contestó a su teléfono, y no respondió cuando llamé de nuevo una hora más tarde, o más tarde esa noche, o antes de irme a la cama.

Al día siguiente pasé por su casa, solo para notar la ausencia del coche de sus padres y las ventanas oscuras. Ella no respondía los mensajes de texto y todavía no contestaba al teléfono. Iba derecho al correo de voz, pero yo no estaba preocupada, no entonces. Sloane a veces dejaba que se descargara la batería hasta que el teléfono se apagara, y nunca parecía saber dónde estaba su cargador. Y sus padres, Milly y Anderson, tenían la costumbre de olvidar contarle sobre sus planes de viaje. Se la llevarían a lugares como Palm Beach y Nantucket, y Sloane

regresarían unos días más tarde, con un regalo para mí e historias que contar. Estaba segura de que eso era lo que había sucedido en esta ocasión.

Pero después de tres días, y todavía ninguna palabra, me preocupé. Después de cinco días, me entró el pánico. Cuando no pude soportar estar en mi casa por más tiempo, mirando fijamente el teléfono, deseando que sonara, empecé a conducir por la ciudad, ir a todos nuestros sitios, siempre capaz de imaginarla allí hasta el momento en que llegaba para encontrarlo libre de Sloane. No estaba tendida al sol en una mesa de picnic en el Orchard, o recorriendo el estante de venta de Twice Upon a Time, o terminando su rebanada de piña en el Captain Pizza. Solo se había desvanecido.

No tenía ni idea de qué hacer conmigo misma. Era raro que no nos viéramos a diario, habláramos o enviáramos mensajes constantemente, sin nada fuera de los límites o demasiado triviales, incluso intercambios como, *Creo que mi nueva falda me hace ver como si fuera Amish, ¿prometes decirme si lo hace?* (yo) y *¿Has notado que ha pasado un tiempo desde que alguien ha visto al monstruo del Lago Ness?* (ella). En los dos años que habíamos sido mejores amigas, había compartido casi todos mis pensamientos y experiencias con ella, y el silencio repentino se sentía ensordecedor. No sabía qué hacer, excepto seguir enviando mensajes de texto y tratar de encontrarla. Seguí tomando mi teléfono para decirle a Sloane que tenía problemas para manejar el hecho de que ella no contestaba al teléfono.

8

Contuve el aliento mientras llegaba a su camino de entrada, el camino que usaba cuando era pequeña e iba para abrir mi último regalo de cumpleaños, deseando que fuera la única cosa que todavía no tenía, lo único que yo quería.

Pero el camino de entrada estaba vacío, y todas las ventanas a oscuras. Me detuve delante de la casa de todos modos, luego aparqué el auto y apagué el motor. Me dejé caer en el asiento, luchando para mantener bajo el bulto que se elevaba en mi garganta. Ya no sabía qué más hacer, dónde más buscar. Pero Sloane no podrían haber desaparecido. Ella no se habría marchado sin decirme nada.

Pero entonces, ¿dónde estaba?

Cuando me sentí al borde de las lágrimas, me bajé del coche y eché un vistazo a la casa en el sol de la mañana. El hecho de que estuviera vacía, tan temprano, era realmente toda la evidencia que necesitaba, ya que nunca había sabido de Milly o Anderson el estar despiertos antes de las diez. Aunque sabía que probablemente no había razón para ello, me acerqué a la casa y subí las amplias escaleras de piedra que se hallaban cubiertas con brillantes hojas verdes de verano. Las hojas eran lo suficientemente gruesas para tener que patearlas a un lado, y sabía, en el fondo, que era una prueba más de que no había nadie, y que no habían estado allí por un tiempo. Pero caminé hacia la puerta principal, con su aldaba de cabeza de león de bronce, y llamé de todas formas, así como había hecho otras cinco veces esa semana. Esperé, tratando de mirar por el cristal lateral de la puerta, todavía con una pequeña chispa de esperanza de que en un segundo, en cualquier

momento, me gustaría escuchar los pasos de Sloane mientras corría por el pasillo y abría la puerta, tirándome en un abrazo y hablando a mil por hora. Pero la casa estaba en silencio, y todo lo que podía ver a través del vidrio era la placa histórica junto a la puerta, la que proclamaba a la casa "uno de los tesoros arquitectónicos de Stanwich", que siempre parecía cubierto por rastros de huellas dactilares.

Esperé unos minutos más, por si acaso, y luego volví y bajé a sentarme en el escalón más alto, tratando de no quebrarme entre las hojas.

Había una parte de mí que todavía tenía la esperanza de averiguar que había sido una pesadilla muy realista, y que en cualquier momento, me despertaría, y Sloane estaría allí, en el otro extremo de su teléfono como se suponía que debía ser, planeando el día para nosotras.

La casa de Sloane se hallaba en lo que siempre se llamó "zona rural", donde las casas tenían más años y estaban más lejos la una de la otra, en lotes cada vez más grandes. Ella estaba a diez kilómetros de distancia de mí, lo cuales, cuando había estado en la cima de mi forma física, habían sido fáciles de cruzar. Pero a pesar de que estaban cerca, nuestros barrios no podían haber sido más diferentes. Aquí no solo era el ocasional coche antiguo pasando, y el silencio parecía subrayar el hecho de que estaba totalmente sola, que no había nadie en casa y, lo más probable era que nadie regresara. Me incliné hacia delante, dejando que el pelo cayera a mi alrededor como una cortina. Si allí no había nadie, al menos significaba que podía quedarme un rato, y nadie me pediría que me fuera. Probablemente podría quedarme allí todo el día. Sinceramente, no sabía qué más hacer conmigo.

Oí el ruido sordo de un motor y levanté la mirada, rápido, empujando el pelo de mi cara, sintiendo la llamarada de esperanza una vez más en mi pecho. Pero el coche rodando lentamente por el camino no era el ligeramente abollado BMW de Anderson. Era una camioneta de color amarillo, la parte de atrás con montones de cortadoras de césped y rastrillos. Cuando se detuvo frente a las escaleras, pude ver el escrito, en letra cursiva estilizada, en el lateral. *Paisajismo Stanwich, decía. Plantación... jardinería... mantenimiento... y ¡mucho, mucho más!* Sloane amaba cuando las tiendas tenían nombres cursis o lemas. No es que fuera una gran fan de los juegos de palabras, pero ella siempre había dicho que le gustaba imaginarse a los propietarios pensando en eso, y lo contentos con ellos mismos que debieron haber estado cuando se dieron cuenta de lo que habían elegido. Inmediatamente hice una nota mental para decirle a Sloane sobre el lema, y luego, un momento después, me di cuenta de lo estúpido que era.¹

Tres chicos se bajaron del camión y se dirigieron a la parte posterior del mismo, dos de ellos empezaron a levantar el equipo. Parecían más viejos, como si tal vez estuvieran en la universidad; me quedé congelada en los escalones, observándolos. Sabía que esta era una oportunidad para tratar de obtener alguna

¹ "Mulch, mulch more" es un juego de palabras con "much, much more". Mulch = mantillo (una especie de planta)

información, pero eso implicaría hablar con estos chicos. Había sido tímida desde el nacimiento, pero los dos últimos años habían sido diferentes. Con Sloane a mi lado era como si de repente tuviera una red de seguridad. Ella siempre fue capaz de tomar la iniciativa si quería hacerlo, y si no lo hacía, yo sabía que iba a estar allí, saltando en caso de perder los nervios o me ponía nerviosa. Y cuando estaba sola, los torpes o fallidos intentos no parecían importar tanto, ya que sabía que sería capaz de convertirlo en una historia, y podríamos reírnos de ello después. Sin embargo, sin ella aquí, estaba claro para mí lo terrible que ahora llevaría este tipo de cosas por mi cuenta.

—Oye. —Salté, notando que estaba siendo señalada por uno de los paisajistas. Él me miraba, protegiéndose los ojos del sol mientras los otros dos cargaban un tractor cortacésped—. ¿Usted vive aquí?

Los otros dos chicos colocaron la segadora en el suelo, y me di cuenta de que conocía a uno de ellos; había estado en mi clase de inglés del año pasado, haciendo esto de repente aún peor. —No —dije, y oí cómo sonaba mi voz rasposa. Solo había hablado de manera superficial con mis padres y mi hermano menor durante las últimas dos semanas, y la única conversación en que realmente había participado había sido con el correo de voz de Sloane. Me aclaré la garganta y lo intenté de nuevo—. No, no vivo aquí.

10

El que había hablado conmigo alzó las cejas, y supe que esta era mi señal para salir. Yo estaba, al menos en sus mentes, allanando, y probablemente estorbando su trabajo. Los tres chicos ahora me miraban, claramente a la espera de que me fuera. Pero si me iba de la casa de Sloane, si cedía a estos extraños de camisas amarillas, ¿dónde iba a conseguir más información? ¿Significaba eso que yo aceptaba el hecho de que ella se había ido?

El que me había hablado cruzó los brazos sobre el pecho, viéndose impaciente, no podía seguir sentada allí. Si Sloane hubiera estado conmigo, habría sido capaz de preguntarles. Si estuviera aquí, ella probablemente habría conseguido dos de sus números ya, y estaría apuntando a una vuelta en la cortadora de césped, preguntando si podía cortar su nombre en la hierba. Pero si Sloane estuviera aquí, nada de esto estaría sucediendo en primer lugar. Mis mejillas ardían cuando me puse de pie y caminé rápidamente por los escalones de piedra, mis sandalias deslizándose una vez en las hojas, pero me estabilicé antes de que me ayudaran y eso hubiese sido más humillante de lo que ya era. Asentí a los chicos, y luego bajé la mirada a la calzada mientras caminaba hacia mi coche.

Ahora que ya me iba, todos ellos entraron en acción, distribuyendo equipos y discutiendo sobre quién haría qué. Agarré la manija de la puerta, pero no la abrí aún. ¿En serio solo me iba a ir? ¿Sin siquiera intentarlo?

—Bueno —dije, pero no lo suficientemente alto, ya que los chicos continuaron hablando el uno al otro, ninguno de ellos mirándome, dos de ellos con una discusión sobre de quién era el turno para fertilizar, mientras que el chico de la

clase de inglés del año pasado tomó su gorra de béisbol en la mano, doblándola en una curva—. Bueno —dije, pero mucho más fuerte esta vez, y los chicos dejaron de hablar y me miraron de nuevo. Podía sentir mis palmas sudando, pero sabía que tenía que seguir adelante, que no sería capaz de perdonarme si me daba la vuelta y me iba—. Estaba solo... esto... —Dejé escapar un suspiro tembloroso—. Mi amiga vive aquí, y estaba tratando de encontrarla. ¿Tiene usted...? —De repente vi, como si estuviera observando la escena en la televisión, lo ridículo que esto probablemente era, preguntando a los chicos de jardinería para obtener información sobre el paradero de mi mejor amiga—. Quiero decir, ¿los contrataron para este trabajo? ¿Sus padres, quiero decir? ¿Milly o Anderson Williams? —A pesar de que trataba de no hacerlo, podía sentirme agarrando esta posibilidad, convirtiéndola en algo que pudiese entender. Si los Williams habían contratado a Paisajismo Stanwich, tal vez no estaban en más que en un viaje a alguna parte, que se ocuparan de las cosas del patio atendidas durante su ausencia, para no ser molestados. Solo era un largo viaje, y habían ido a alguna parte sin señal de celular o servicio de correo electrónico. Eso era todo.

Los chicos se miraron entre sí, y no parecía como que cualquiera de estos nombres les sonara familiar. —Lo siento —dijo el hombre que había hablado primero conmigo—. Acabamos de conseguir la dirección. No sabemos de esas cosas.

11

Asentí, sintiendo como si acabara de agotar mi última reserva de esperanza. Pensando en ello, el hecho de que los jardineros estuvieran aquí era en realidad un poco siniestro, cómo tampoco había visto ni una vez a Anderson mostrar el menor interés por el césped, a pesar de que la Sociedad Histórica de Stanwich aparentemente siempre lo molestaba para que contrara al alguien que mantuviera la propiedad.

Dos de los chicos se habían dirigido a un costado de la casa, y el chico de mi clase de inglés me miró mientras se colocaba su gorra de béisbol. —Oye, tú eres amiga de Sloane Williams, ¿verdad?

—Sí —le dije inmediatamente. Esta era mi identidad en la escuela, pero a mí nunca me había importado, y ahora, nunca me había sentido tan feliz de ser reconocida de esa manera. Tal vez sabía algo, o había oído algo—. Sloane es en realidad a quien estoy buscando. Esta es su casa, así que...

El chico asintió, luego me dio un gesto de disculpa. —Lo siento, no sé nada —dijo—. Espero que la encuentres. —No me preguntó cuál era mi nombre, y no se lo ofrecí voluntariamente. ¿Cuál sería el punto?

—Gracias. —Me las arreglé para decir, pero un momento demasiado tarde, porque ya se había unido a los otros dos. Miré a la casa una vez más, la casa que de alguna manera ya ni siquiera sentía como de Sloane, y caí en la cuenta de que no había nada que hacer excepto irme.

No me dirigí a casa; en cambio me detuve en el Stanwich Café, con la posibilidad de que habría una chica en la silla de la esquina, con el pelo recogido en un moño desordenado mantenido con un lápiz, leyendo una novela británica que utiliza guiones en lugar de comillas. Pero Sloane no estaba allí. Y mientras me dirigía a mi coche me di cuenta de que, si hubiera estado en la ciudad, habría sido impensable que no me hubiese llamado de nuevo. Habían pasado dos semanas; algo andaba mal.

Extrañamente, esta idea me mantuvo a flote mientras me dirigía a casa. Cuando salía de la casa todos los días, dejaba que mis padres asumieran que me encontraba con Sloane, y si le preguntaban cuáles eran mis planes, decía cosas vagas sobre solicitudes de empleo. Pero sabía que ahora era el momento para decirles que estaba preocupada; que necesitaba saber qué había pasado. Después de todo, tal vez sabían algo, a pesar de que mis padres no eran cercanos a los de ella. La primera vez que se conocieron, Milly y Anderson habían venido a recoger a Sloane de una fiesta de pijamas en mi casa, dos horas más tarde de lo que supuestamente tenían que aparecer. Y después de las cortesías que intercambiaron, Sloane y yo habíamos dicho adiós, mi padre había cerrado la puerta, se había vuelto hacia mi madre, y se quejó: —Eso fue como estar atrapado en una obra de Gurney. —No sabía lo que quería decir con esto, pero me di cuenta, por su tono de voz, que no había sido un cumplido. Pero a pesar de que no habían sido amigos, todavía podrían saber algo. O podrían ser capaces de encontrar algo.

12

Me aferré a esto con fuerza a medida que me acercaba más a mi casa. Vivíamos cerca de uno de los cuatro distritos comerciales repartidos por toda Stanwich. Mi barrio era agradable para pasear y caminar, y siempre había un montón de tráfico, coches y gente, por lo general en dirección a la playa, a diez minutos en coche de nuestra casa. Stanwich, Connecticut, se encontraba en Long Island Sound, y aunque no había olas, todavía había arena, hermosas vistas, y casas impresionantes que tenían el agua como patios traseros.

Nuestra casa, en cambio, era una vieja casa victoriana que mis padres habían estado arreglando desde que nos habíamos mudado hacía seis años. Los suelos eran desiguales y los techos bajos, y toda la planta baja estaba dividida en un montón de pequeñas habitaciones, originalmente todas las salas específicas de algún tipo. Pero mis padres —que habían estado viviendo conmigo, y después mi hermano menor, en pequeños apartamentos, por lo general por encima de una tienda de delicatessen o un lugar de comida tailandesa— no podían creer su buena fortuna. No pensaron en el hecho de que se estaba casi cayendo, que era de tres pisos y con corrientes de aire, escandalosamente cara de mantener en el invierno y, con el aire acondicionado central aún no inventado cuando se construyó la casa, casi imposible de enfriar en el verano. Estaban atrapados con el lugar.

La casa originalmente estaba pintada de un color púrpura brillante, pero se había desvanecido en los últimos años a un lavanda pálido. Tenía un amplio

porche delantero, un paseo en la parte superior de la casa, demasiadas ventanas para tener cualquier sentido lógico, y una sala con torrecilla que era el estudio de mis padres.

Me detuve frente a la casa y vi que mi hermano estaba sentado en los escalones del porche, completamente inmóvil. Esto era sorprendente en sí mismo. Beckett tenía diez años, y siempre estaba en constante movimiento, subiendo cosas vertiginosas, practicando sus movimientos ninja, y andando en bicicleta por las calles de nuestra vecindad con abandono, por lo general con su mejor amiga Annabel Montpelier, el azote de las madres que empujaban cochecitos se escuchaba en un radio de ocho kilómetros. —Hola —le dije mientras bajaba del coche y me dirigía hacia las escaleras, de repente preocupada porque me había perdido algo grande en las últimas dos semanas, mientras andaba zombi por las comidas en familia, apenas prestando atención a lo que sucedía a mi alrededor. Pero tal vez Beckett había ido demasiado lejos, y estaba en un momento de pausa. De todos modos me enteraría rápido, ya que tenía que hablar con mis padres sobre Sloane—. ¿Estás bien? —pregunté, subiendo los tres escalones del porche.

Me miró, luego de vuelta a sus zapatillas. —Está pasando otra vez.

—¿Estás seguro? —Crucé el porche hacia la puerta y la abrí. Esperaba que Beckett estuviera equivocado; después de todo, él solo había experimentado esto dos veces antes. Tal vez malinterpretaba las señales.

13

Beckett me siguió, entrando en lo que originalmente había sido un salón de entrada, pero que habíamos convertido en un cuartito, donde dejábamos las chaquetas, bufandas, llaves y zapatos. Entré a la casa, bizqueando por la luz que siempre era demasiado tenue. —¿Mamá? —llamé, cruzando los dedos en los bolsillos de mis pantaloncillos, esperando que Beckett estuviera equivocado.

Pero mientras mis ojos se ajustaban, lo pude ver, a través de la puerta abierta de la cocina, una explosión de cosas de la tienda mayorista del pueblo. Apilado en todos los mostradores de la cocina había enormes cantidades de comida y provisiones —macarrones con queso instantáneo, cajas gigantes de cereal, galones de leche, una cantidad casi obscena de mini bagels de queso. Cuando lo asimilé, me di cuenta, con desazón, que Beckett tenía toda la razón. Estaban empezando una obra nueva.

—Te lo dije —dijo Beckett con un suspiro mientras se unía a mí.

Mis padres eran un equipo de dramaturgos que trabajaba durante el año escolar en el Stanwich College, la universidad local y la razón por la que nos mudamos aquí. Mi mamá enseñaba dramaturgia en el departamento de teatro, y mi papá enseñaba análisis crítico en el departamento de inglés. Ambos pasaban el año escolar ocupados y estresados —especialmente cuando mi mamá dirigía una obra y mi papá trataba con sus estudiantes de tesis y parciales—, pero se relajaban cuando terminaba el año escolar. Ocasionalmente podían sacar un viejo guión que

habían puesto a un lado un par de años antes y jugar un poco con él, pero casi siempre tomaban esos tres meses de vacaciones.

Había un patrón para nuestros veranos, por lo general casi podías establecer tu calendario para ello. En junio, papá decidiría que había estado demasiado encerrado por la sociedad y sus reglamentos arbitrarios, y declararía que él era un hombre. Básicamente, esto significaba que haría a la parrilla todo lo que comíamos, incluso las cosas que realmente no deberían cocinarse a la parrilla, como la lasaña, y le comenzaría a crecer la barba que lo haría parecer un hombre de las montañas para mediados de julio.

Mi madre tomaría algún nuevo pasatiempo al mismo tiempo, declarándolo su “escape creativo”. Un año, terminamos todos con bufandas desiguales cuando aprendió a tejer, y otro año no se nos permitió usar ninguna de las mesas, ya que todas habían sido cubiertas con rompecabezas, y tuvimos que comer la comida a la parrilla en platos que sosteníamos en nuestros regazos. Y el año pasado decidí cultivar un jardín de verduras, pero la única cosa que parecía florecer era el calabacín, el cual atrajo a los ciervos que posteriormente nos declararon la guerra.

Para fines de agosto todos estábamos hartos de comida carbonizada, y mi papá estaba cansado de recibir miradas extrañas cuando iba a la oficina de correos. Papá se afeitaría, empezábamos a usar la cocina en el interior, y mi madre pondría a un lado sus bufandas, rompecabezas o calabacines. Era una rutina extraña, pero era nuestra, y estaba acostumbrada a ella.

14

Pero cuando escribían, todo cambiaba.

Había pasado solo dos veces antes. El verano de mis once años, me enviaron al campamento del terror —una experiencia que, aunque horrible para mí, en realidad terminó proporcionándoles la trama de su obra. Pasó otra vez cuando tenía trece y Beckett tenía seis. Tuvieron una idea para una nueva obra una noche y básicamente habían desaparecido en el comedor por el resto del verano, comprando alimentos en abundancia y emergiendo cada pocos días para asegurarse de que seguíamos vivos. Sabía que ignorarnos no era algo que ninguno de ellos intentaba hacer, pero habían sido un equipo de dramaturgia durante años antes de tenernos, y era como si solo volvieran a sus viejos hábitos, donde podían vivir para escribir, y nada importaba excepto la obra.

Pero realmente no quería que esto pasara justo ahora, no cuando los necesitaba. —¡Mamá! —llamé de nuevo.

Mi madre salió del comedor y observé con molestia que llevaba pantalones de chándal y una camiseta —ropa para escribir— y su cabello rizado estaba en un nudo en la parte superior de su cabeza. —¿Emily? —preguntó mi mamá. Miró a su alrededor—. ¿Dónde está tu hermano?

—Um, aquí —dijo Beckett, saludándola desde mi lado.

—Oh, bien —dijo mi madre—. Justo íbamos a llamarlos a ambos. Necesitamos tener una reunión familiar.

—Espera —dijo rápidamente, avanzando—. Mamá. Necesitaba hablar contigo y papá. Es sobre Sloane...

—¡Reunión familiar! —gritó papá desde la cocina. Su voz era profunda, muy fuerte, y esa era la razón por la que siempre era asignado a las clases de las ocho de la mañana, era uno de los pocos profesores en el departamento de inglés que podía mantener a los estudiantes de primer año despiertos—. ¡Beckett! ¡Emily! —Salió de la cocina y parpadeó cuando nos vio—. Oh. Eso fue rápido.

—Papá —dije, esperando que de alguna manera pudiera sacar el tema—. Necesitaba hablar con ustedes.

—Necesitamos hablar contigo también —dijo mi madre—. Tu padre y yo estábamos charlando anoche, y de alguna manera conseguimos... Scott, ¿cómo empezamos a hablar de ello?

—Fue porque tu lámpara de lectura se quemó —dijo papá, dando un paso más cerca de mamá—. Y empezamos a hablar sobre la electricidad.

—Correcto —dijo mi madre, asintiendo—. Exactamente. Así que empezamos a hablar sobre Edison, luego Tesla, y luego Edison y Tesla, y...

15

—Pensamos que podríamos tener una obra —terminó mi papá, mirando el comedor. Vi que ya tenían sus ordenadores puestos a través de la mesa, uno frente al otro—. Vamos a jugar con algunas ideas. Podría no ser nada.

Asentí, pero sabía con inquietud que era algo. Mis padres habían hecho esto las veces suficientes como para saber que algo valía la pena el comprar comida al por mayor. Conocía bien las señales; siempre le restaban importancia a las ideas que realmente veían que prometían. Pero cuando empezaban a hablar animadamente de una nueva obra, viendo ya su potencial antes de tener algo escrito, sabía que se esfumarían en pocos días.

—Así que podríamos estar trabajando un poco —dijo mi madre, en lo que seguro era el eufemismo del verano—. Compramos suministros —dijo, señalando vagamente la cocina, donde podía ver las bolsas de tamaño gigante de guisantes congelados y burritos para microondas que comenzaban a derretirse—. Y siempre hay dinero de emergencia en la caracola. —La caracola había servido como utilería durante la producción de Broadway de Bug Juice, la obra más exitosa de mis padres, y ahora, además de ser donde guardábamos el dinero para la casa, servía como sujeta-papeles de un montón de recetas de cocina—. Beckett estará en el campamento diurno durante la semana, así que todo está listo. Annabel también va —dijo mi madre, tal vez notando el ceño fruncido de Beckett.

—¿Qué pasa con lo de acampar? —preguntó él.

—Aun iremos a acampar —dijo mi padre. Tal vez viendo mi mirada alarmada, añadió—: Sólo tu hermano y yo. Los hombres Hughes en el desierto.

—Pero... —Beckett miró hacia el comedor con el ceño fruncido.

Mi padre hizo un gesto a eso. —No nos vamos hasta julio —dijo—. Y estoy seguro de que esta idea no será mucho de todos modos.

—¿Qué hay de ti, Em? —preguntó mamá, incluso mientras se acercaba más al comedor, como si estuviera siendo arrastrada por la fuerza gravitacional—. ¿Tienes listos tus planes para el verano?

Me mordí el labio. Sloane y yo habíamos hecho muchos planes para este verano. Compramos entradas para conciertos, ella me dijo que había hecho un mapa con algo llamado: “rastreo de la pizza”, y yo decidí que deberíamos pasar el verano buscando el mejor pastelito de Stanwich. Sloane tenía un plan para que encontráramos a los “chicos del verano”, pero había sido vaga sobre cómo íbamos a lograr esto. Habíamos bloqueado los fines de semana que conduciríamos al norte del estado para los distintos mercadillos que ella había pasado explorando los últimos meses, y yo ya había ido por el calendario del autocine y decidido cuáles noches necesitábamos bloquear para las funciones dobles. Ella había planeado hacerse amiga de alguien que tuviera una piscina, y había decidido que este sería el verano en que finalmente me vencería en el minigolf (yo era misteriosamente experta de manera natural en ello, y descubrí que Sloane se ponía extrañamente competitiva cuando había premios de animales de peluche involucrados). Quería aprender el baile zombi de “Thriller”, y ella quería aprender el baile del nuevo video de *London Moore*, el que había provocado todo tipo de protestas por grupos de padres.

En algún momento íbamos a necesitar conseguir trabajos, por supuesto. Pero decidimos que iba a ser algo poco gratificante que pudiéramos hacer juntas, como lo hicimos el verano anterior, cuando fuimos camareras en el Stanwich Country Club —Sloane obteniendo más propinas que cualquier otra persona, yo consiguiendo una reputación de ser una absoluta genio en el llenado de las botellas de ketchup al final de la noche. También dejamos un montón de tiempo sin programar —largos períodos de horas que pasaríamos en la playa o paseando o simplemente pasando el rato sin ningún plan más allá de tal vez conseguir una fuente de Coca-Colas de dieta. Era Sloane, por lo general no necesitabas más que eso para tener el mejor miércoles de tu vida.

Tragué con fuerza al pensar en todos esos planes, toda la dirección que planeé que tomara mi verano, simplemente desvaneciéndose. Y me di cuenta de que, si Sloane estuviera aquí, tener a mis padres de repente ocupados de otra forma, y sin prestar atención a cosas como mi toque de queda, habría significado que podríamos haber tenido el verano más épico de la vida. Prácticamente podía ver ese verano, el que yo quería, el que debería haber estado viviendo, brillando delante de mí como un espejismo antes de desvanecerse y desaparecer.

—¿Emily? —incitó mi madre, y volví a mirarla. Estaba en la misma habitación que yo, técnicamente me miraba, pero sabía cuándo mis padres estaban presentes y cuando sus mentes estaban en la obra. Por solo un momento pensé en tratar de contarles sobre Sloane, tratar de conseguir que me ayudaran a averiguar lo que había pasado. Pero sabía que dirían que sí con la mejor de las intenciones y luego lo olvidarían todo cuando se enfocaran en Tesla y Edison.

—Estoy... trabajando en eso —dije finalmente.

—Suenas bien —dijo papá, asintiendo. Mamá sonrió, como si le hubiera dado la respuesta que quería, a pesar de que no les había dicho nada concreto. Pero estaba claro que querían esto fuera de sus platos, así podrían considerar a sus hijos más o menos listos, y podrían ir a trabajar. Ambos se dirigían hacia el comedor, donde sus ordenadores brillaban suavemente, atrayéndolos. Suspiré y comencé a ir a la cocina, pensando que debería poner las cosas congeladas en el congelador antes de que se pusieran malas.

—Oh, Em —dijo mamá, sacando la cabeza del comedor. Vi que papá ya estaba sentado en su silla, abriendo su ordenador y estirando los dedos—. Llegó una carta para ti.

Mi corazón se desaceleró y luego empezó a golpear más fuerte. Sólo había una persona que me escribía regularmente. Y ni siquiera eran realmente cartas, eran listas. —¿Dónde?

17

—Microondas —dijo mi madre. Volvió al comedor y corrí a la cocina, sin importarme si todos los burritos se derretían. Empujé a un lado los doce paquetes de pañuelos desechables y la vi. Apoyada contra el microondas como si nada, junto a una factura de pizza.

Pero iba dirigida a mí. Y era la letra de Sloane.



Junio

Un año antes

—¿Me enviaste una lista? —pregunté. Sloane me miró bruscamente, casi dejando caer sus lentes de sol con grandes marcos verdes que acababa de elegir.

Sostuve el papel en mis manos, la carta que había visto apoyada en el microondas mientras bajaba esa mañana, de camino a recogerla y llevarnos al último mercadillo que había encontrado, a una hora de Stanwich. Aunque no había remitente —solo un corazón— inmediatamente reconocí la letra de Sloane, una mezcla distintiva de letra de imprenta y cursiva. —Es lo que pasa cuando vas a tres escuelas diferentes en tercer grado —me explicó una vez—. Todos aprenden esto en diferentes etapas y nunca entiendes los fundamentos. —Sloane y sus padres vivían el tipo de existencia peripatética (empacar y mudarse cuando se les antojaba o cuando solo querían una nueva aventura) que había visto en las películas, pero que, de hecho, no existía en la vida real.

18

Había aprendido que Sloane usaba esa excusa cuando le convenía, y no solo para su caligrafía, sino también para su incapacidad de comprender el álgebra, escalar una cuerda en educación física, o conducir. Era la única persona de nuestra edad que conocía que no tenía licencia. Afirmó que en todas sus mudanzas, nunca tuvo la edad correcta para una licencia de conducir, pero también tenía la sensación de que Milly y Anderson habían estado ocupados con cosas más emocionantes que llevarla a clases de conducir y luego interrogarla cada noche durante la cena, aprendiendo sobre las normas de tráfico y el sistema de puntos, justo como mi papá lo hizo conmigo.

Cada vez que sacaba el hecho de que ella ahora vivía en Stanwich, y podría obtener una licencia en Connecticut sin ningún problema, Sloane lo rechazaba. —Conozco los fundamentos de la conducción —decía ella—. Si estoy en un autobús que ha sido secuestrado en la autopista, puedo tomar el control cuando el conductor reciba un disparo. No hay problema. —Y ya que a Sloane le gustaba caminar cuando fuera posible, un hábito que había adoptado viviendo en ciudades gran parte de su vida, y no solo en lugares como Manhattan y Boston, sino también Londres, París y Copenhague, no parecía importarle mucho. Me gustaba conducir y estaba feliz de llevarnos a todas partes, Sloane sentada a mi lado, la DJ y navegante, siempre encima diciéndome cuando nuestros bocadillos estaban disminuyendo.

Una mujer mayor, determinada a comprobar la selección de deslustrados gemelos para blusas, me empujó del camino, y me aparté. Este mercado de pulgas era similar a muchos en los que había estado, siempre con Sloane. Técnicamente estábamos aquí buscando botas para ella, pero tan pronto como pagamos nuestros dos dólares cada una y entramos al estacionamiento de la escuela media que había sido convertida, por el fin de semana, en una tierra de potenciales tesoros, había hecho una línea recta a este puesto, el cual parecía ser mayormente de lentes de sol y joyería. Desde que recogí la carta, esperaba el momento correcto para preguntárselo, cuando tuviera toda su atención, y en el camino había sido un mal momento —había música para cantar, cosas que discutir, y direcciones que seguir. Sloane me sonrió, incluso cuando se puso los terribles lentes de sol verdes, ocultando sus ojos, y me pregunté por un momento si estaba avergonzada, lo cual casi nunca había visto.

—No se suponía que la tuvieras hasta mañana —dijo mientras se inclinaba para mirar su reflejo en el pequeño espejo—. Esperaba que estuviera allí justo antes de que ustedes se fueran al aeropuerto. El correo aquí es demasiado eficiente.

—Pero, ¿qué es? —pregunté, hojeando las páginas. *¡Emily va a Escocia!* estaba escrito en la parte superior.

19

1. Probar el haggis².
 2. Llamar al menos a tres personas: “muchacha”³.
 3. Decir, por lo menos una vez: “¡Puedes tomar mi vida, pero nunca tendrás mi libertad!”
- (Decir esto en voz alta y en público).

La lista continuaba a la siguiente página, llena de cosas —como pescar con moscas y preguntarle a la gente si sabían dónde podía encontrar a *J.K. Rowling*—, que no tenía intención de hacer, y no solo porque iría por cinco días. Una de las obras de mis padres iba a los ensayos para el Fringe Festival de Edimburgo, y habían decidido que sería la oportunidad perfecta para hacer un viaje familiar. De repente noté que en la parte inferior de la lista, en pequeñas letras, había escrito: *Cuando termines esta lista, búscame y me lo cuentas todo*. Miré a Sloane, que se había sacado los lentes verdes y ahora estaba girando una armadura redondeada en forma de ojos de gato.

—¡Son cosas para que hagas en Escocia! —dijo. Frunció el ceño bajo los lentes de sol y levantó la armadura hacia mí, y sabía que estaba pidiéndome

² Haggis: plato típico escocés.

³ Lassie (muchacha): palabra usada usualmente por los escoceses, de ahí que sea algo representativo.

opinión. Sacudí la cabeza, asintió y los bajó—. Quería asegurarme de que aprovecharas al máximo tu experiencia.

—Bueno, no estoy segura de cuántas de estas haré en realidad —le dije mientras doblaba cuidadosamente la carta y la ponía en el sobre—. Pero esto es increíble de tu parte. Muchas gracias.

Me hizo un pequeño guiño, luego siguió observando a través de sus lentes de sol, claramente buscando algo en específico. Había pasado la mayor parte de la primavera imitando a Audrey Hepburn —con un montón de delineador negro, oscuros pantalones con líneas, y bailarinas— pero actualmente se encontraba en una etapa a la que llamaba “los setenta en California”, y haciendo referencia a personas como *Marianne Faithfull* y *Anita Pallenberg*, de quien nunca había escuchado, y a *Penny Lane* de *Casi Famosos*, de quien sí había oído. Hoy llevaba un fluido y largo vestido clásico junto a unas sandalias que se ataban alrededor de los tobillos, su ondeante y oscuro cabello rubio desparramado sobre sus hombros y espalda. Antes de que hubiera conocido a Sloane, no sabía que fuera posible vestirse de la forma en que ella lo hacía, que nadie que no se dirigiera a una sesión de fotos vestía con tanto estilo. Mi propio vestuario había mejorado desmesuradamente desde que nos convertimos en amigas, mayormente por las cosas que ella escogía para mí, pero con algunas cosas que había encontrado yo misma y con las que me sentía lo suficientemente valiente para llevar cuando salía con ella, sabiendo que lo apreciaría.

20

Cogió un par de aviadorez con montura dorada, ligeramente torcidos, y se los puso, volteándose hacia mí en busca de una opinión. Asentí y luego noté a un chico, que lucía unos pocos años menos que nosotras, mirando fijamente a Sloane. Sostenía ausentemente un collar de macramé; estaba bastante segura de que no tenía idea de que lo había atrapado, y que habría estado mortificado si se diera cuenta. Pero así era mi mejor amiga, era el tipo de chica a la que no podrías dejar de mirar en una multitud. Pero aunque era hermosa —con cabello ondulado, brillantes ojos azules y una perfecta piel salpicada con pecas— eso no era todo. Era como si supiera un secreto, uno increíble, y si te acercabas lo suficiente, tal vez te lo contaría también.

—Sí —dije definitivamente, apartando la mirada del tipo y su collar—. Están geniales.

Sonrió con suficiencia. —Pensé lo mismo. ¿Me harías el favor?

—Seguro —dije con facilidad mientras me alejaba unos cuantos pasos de ella, caminando hacia la caja registradora, fingiendo estar interesada en un verdaderamente horrible par de aros que parecían estar hechos de algún tipo de oropel. Por la mirada periférica, vi a Sloane coger otro par de lentes (unos negros) y mirarlos por un momento antes de también llevarlos a la caja, donde un hombre de mediana edad se hallaba leyendo un cómic.

—¿Cuánto por los aviadores? —preguntó Sloane mientras me acercaba, levantando la mirada como si acabara de notar que los había cogido.

—Veinticinco —dijo el tipo, sin siquiera levantar la mirada del cómic.

—Ugh —dije, negando con la cabeza—. No valen para nada la pena. Mira, están abollados.

Sloane me dio una pequeña sonrisa antes de poner su cara de juego. Sabía que la había sorprendido, cuando recién habíamos comenzado con esto de las negociaciones, que hubiera sido capaz de seguirle el juego. Pero cuando crecías en un teatro, aprendías a manejar las imprevisiones. —Oh, tienes razón —dijo, mirándolos de cerca.

—No están tan abollados —dijo el hombre, bajando su cómic de los Súper Amigos—. Son clásicos.

Me encogí de hombros. —No pagaría más de quince por ellos —dije, y vi, un momento demasiado tarde, cómo Sloane me ampliaba los ojos—. ¡Es decir, diez! —dije rápidamente—. No más que diez.

—Sí —dijo ella, poniéndolos frente al tipo, junto a los otros que le había visto coger, los que tenían marcos negros—. Además, acabamos de llegar. Deberíamos ir a otras tiendas.

21

—Sí, deberíamos —dije, tratando lucir como si estuviera caminando hacia la salida sin en realidad salir.

—¡Esperen! —dijo el tipo rápidamente—. Puedo vendértelos en quince. Es mi última oferta.

—Ambos por veinte —dijo Sloane, mirándolo directamente a los ojos.

—Veintiuno —negoció el tipo sin convicción, pero Sloane solo sonrió y hurgó en su bolsillo por dinero.

Un minuto más tarde, salimos de la tienda, Sloane balanceando sus nuevos aviadores. —Bien hecho —dijo.

—Lamento haber subido tanto el precio —dije mientras bordeaba a un tipo llevando un enorme portarretrato de un gatito—. Debería haber comenzado con diez.

Se encogió de hombros. —Si empiezas desde muy abajo, algunas veces lo pierdes todo —dijo—. Toma. —Me tendió los lentes negros, y vi que eran unos RayBans clásicos—. Para ti.

—¿En serio? —Me los puse y, sin un espejo cerca, me giré hacia Sloane en busca de su opinión.

Retrocedió un paso, con las manos en las caderas, su rostro serio, como si me estuviera estudiando críticamente, y luego sonrió ampliamente. —Luces

increíble —dijo, hurgando en su bolsa. Sacó una de sus siempre presentes cámaras desechables, y me tomó una foto antes de que pudiera cubrir mi rostro o detenerla. A pesar de tener un teléfono inteligente, Sloane siempre llevaba una cámara desechable con ella, y a veces dos. Tenía panorámicas, en blanco y negro, y hasta impermeables. La semana pasada habíamos ido por primera vez a la playa este verano, y Sloane había sacado fotos de nosotras bajo el agua, emergiendo triunfante y sosteniendo la cámara sobre su cabeza. —¿Tu teléfono puede hacer esto? —Había preguntado, arrastrando la cámara por la superficie del agua—. ¿Puede?

—¿Lucen bien? —pregunté, aunque por supuesto que le creía.

Asintió. —Son de tu estilo. —Metió la cámara una vez más en su bolsa y comenzó a pasear por las tiendas. La seguí mientras nos llevaba a un puesto de ropa clásica y luego volvía a mirar botas. Me agaché para ver mi reflejo en el espejo, luego me aseguré de que su carta estuviera segura en mi bolsa.

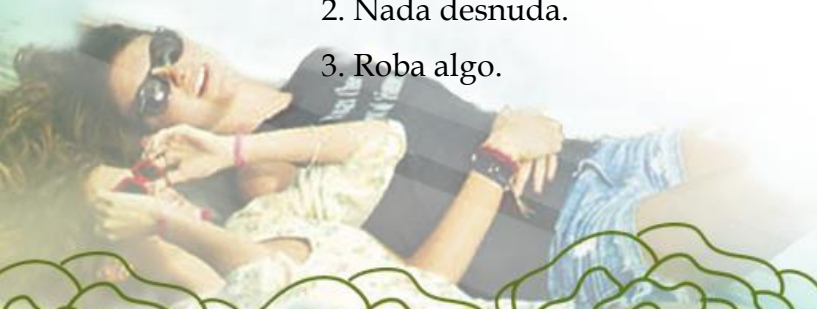
—Oye —dije, acercándome a ella en la parte trasera, donde se encontraba sentada en el suelo, ya rodeada por opciones y desatando sus sandalias. Alcé la lista—. ¿Por qué me enviaste esto? ¿Por qué no me lo diste en persona? —Bajé la mirada hacia el sobre en mis manos, a la estampa y el matasellos y todo el trabajo que iba con ello—. ¿Por qué siquiera me enviaste algo? ¿Por qué no solo me lo dijiste?

Sloane levantó la mirada hacia mí y sonrió, un destello de sus brillantes y ligeramente torcidos dientes. —Pero, ¿qué tiene de divertido eso?

22



1. Besa a un extraño.
2. Nada desnuda.
3. Roba algo.



4. Rompe algo.
5. Penélope.
6. Cabalga un maldito caballo, vaquera.
7. Av. S 55. Pregunta por Mona.
8. El vestido sin espalda. Y un lugar para usarlo.
9. Baila hasta el amanecer.
10. Comparte algunos secretos en la oscuridad.
11. Abraza a un Jamie.
12. Recoge manzanas de noche.
13. Duerme bajo las estrellas.

Me senté en la cama, apretando tan duramente la nueva lista en mis manos que pude ver las puntas de mis dedos ponerse blancas.

No estaba segura de lo que significaba, pero era algo. Era de Sloane. Sloane me había enviado una lista.

23

Tan pronto como cogí el sobre, solo lo miré fijamente, mi cerebro sin ser capaz de transformar los símbolos en palabras, en cosas que pudiera entender. En ese momento había sido suficiente que ella me hubiera enviado algo, el que no fuese a desaparecer y dejarme sin nada más que preguntas y recuerdos. Había algo más que eso, lo que me hizo sentir como si la neblina en la que había estado por las dos últimas semanas se hubiera aclarado y dejado entrar algo de luz.

Como las otras que me había enviado —una aparecía cada vez que no estaba, incluso si era solo por unos cuantos días— no había ninguna explicación. Como las otras, era una lista de cosas raras, todas fuera de mi zona de comodidad, cosas que por lo general nunca haría. Las listas se habían convertido en algo normal entre nosotras, y antes de cada viaje, me preguntaba con qué saldría. En la última, cuando había ido a New Haven con mi madre por un largo fin de semana, incluyó cosas como robar un bulldog, llamado Precioso Dan, y liarme con un músico (más tarde descubrí que Anderson había ido a Yale, así que había incluido un montón de cosas específicas). Con el pasar de los años me las arreglé para tachar su ocasional punto en algún viaje, y siempre le contaba, pero ella siempre quería saber por qué no había hecho más, por qué no completaba todas.

Miré la lista de nuevo, y vi que algo en ella era diferente. Había cosas realmente aterradoras —como el nadar desnuda y tener que tratar con mi miedo irracional a los caballos; siquiera pensar en ello hacía que mis palmas comenzaran a sudar— pero algunas de ellas no parecían tan malas. Unas cuantas eran casi factibles.

Y mientras leía la lista de nuevo, me di cuenta de que estos no eran como los puntos que me habían acompañado en mis viajes a California, Austin y Edinburg. Aunque muchos de ellos no tenían sentido para mí —¿por qué quería que abrazara a alguien llamado Jamie?— reconocí el razonamiento detrás de algunos. Eran las cosas que siempre evitaba, usualmente porque me sentía asustada. Era como si me estuviera dando la oportunidad de hacer las cosas de nuevo, y de forma diferente. Lo que hacía que la lista luciera menos amenazadora y más como una prueba. O un reto.

Giré la hoja, pero no había nada al otro lado. Cogí el sobre, notando su usual dibujo donde la mayoría de las personas escribía sus direcciones —esa vez había dibujado una palmera y una sencilla luna— y que el matasellos estaba demasiado difuso como para que viera el código de la ciudad. Miré la lista de nuevo, hacia la cuidadosa e inconfundible letra de Sloane, y pensé en lo que a veces se encontraba en la parte superior de estas —*Cuando termines la lista, encuéntrame y cuéntame sobre ello*. Podía sentir mi corazón latiendo rápidamente mientras me daba cuenta de que esta lista —que hacer esas aterradoras cosas— podría ser la forma en que la encontraría de nuevo. No estaba segura de cómo, exactamente, iba a suceder, pero por primera vez desde que la había llamado y fui enviada directamente al correo de voz, fue como si supiera qué hacer. Sloane me había dejado un mapa, y tal vez —con suerte— este me llevaría a ella.

24

Leí los puntos una y otra vez, tratando de encontrar uno que no fuera la cosa más aterradora que alguna vez hubiera hecho, algo que pudiera hacer en ese mismo momento, ese día, porque quería comenzar inmediatamente. La lista iba a llevarme de vuelta a Sloane, y necesitaba comenzar.

Av. S en el número siete tenía que significar Avenida Stanwich, la calle comercial principal del pueblo. Podía ir y preguntar por Mona. Podía hacerlo. No tenía idea de qué era lo que había en el 55 de la avenida Stanwich, pero era la cosa más fácil de la lista de lejos. Sintiéndome como si tuviera un plan, una dirección por primera vez en dos semanas, me levanté de la cama y me dirigí hacia la puerta.

—¿Emily?

—¡Oh, Dios mío! —grité mientras saltaba involuntariamente. Mi hermano estaba en el marco de la puerta, pero no solo se inclinaba contra el marco como una persona normal. Estaba en la cima del marco, sus piernas presionadas contra un lado de él, su espalda contra el otro. Era lo más nuevo que hacía, después de que lo hubiera visto en alguna película ninja. Nos había asustado al principio, pero por lo general yo solo revisaba antes de entrar a una habitación. Decir que Beckett no le tenía miedo a las alturas era un eufemismo. Había descubierto cómo subir al techo de nuestra casa cuando tenía cinco, y si tratábamos de encontrarlo, comenzábamos mirando hacia arriba.

—Lo siento —dijo Beckett, sin sonar arrepentido, encogiéndose de hombros.

—¿Cuánto tiempo has estado ahí? —pregunté, dándome cuenta de que mientras me encontraba absorta en mi carta, mi hermano había entrado a mi habitación y subido a la parte superior del marco de la puerta sin que siquiera lo notara.

Se encogió de hombros de nuevo. —Creí que me habías visto —dijo—. ¿Puedes llevarme a algún sitio?

—Estoy a punto de salir —dije. Miré la lista de Sloane, y luego me di cuenta de que la había dejado en la cama. Nuestro gato solo se encontraba en casa la mitad del tiempo, pero parecía tener una habilidad natural para saber lo que era importante, y siempre destruía todo. Tomé la carta y la puse cuidadosamente en el sobre, luego la metí en el cajón de mi cómoda, donde mantenía todas las cosas importantes, recuerdos de la infancia, fotos, notas que Sloane había puesto en mi mano entre clases o a través de las ranuras de mi casillero.

—¿A dónde? —preguntó Beckett, aún por encima de mí.

—A la avenida Stanwich —dije. Incliné el cuello para verlo, y de repente me pregunté si ese era el por qué lo hacía, así todos teníamos que levantar la mirada para verlo, en lugar de lo usual: mirar hacia abajo.

—¿Puedes llevarme a IndoorXtreme? —preguntó, su voz alzándose de la forma en que lo hacía cuando se sentía emocionado—. Annabel me contó sobre ello. Es increíble. Bicicletas y rutas de escalar, hasta paintball.

25

Estaba a punto de decirle a mi hermano que lo lamentaba, que estaba ocupada, pero había algo en su expresión que me detuvo, y supe que si no lo llevaba, pasaría todo el rato sintiéndome culpable. —¿Vas querer pasar mucho rato allí? —pregunté—. ¿Si te dejas en este sitio? Porque necesito estar en otro lugar.

Beckett sonrió. —Horas —dijo—. Como, toda una tarde. —Asentí, y Beckett levantó el pie, básicamente haciendo una caída libre por el marco de mi puerta, deteniéndose antes de tocar el suelo y saltando sobre sus pies—. ¡Te espero en el auto! —Salió corriendo de mi habitación, y miré mi tocador.

Atrapé mi reflejo en el espejo sobre él, y me pasé el cepillo por el cabello rápidamente, esperando que Mona —quien fuera— no fuera alguien a quien tuviera que impresionar. Estaba usando una camiseta clásica que Sloane insistió que comprara, y un par de vaqueros cortos. Era alta —le sacaba unos buenos diez centímetros a Sloane, a menos que estuviera pasando por una de sus etapas de usar tacones— y la única cosa realmente interesante eran mis ojos, que eran de dos colores diferentes. Uno era castaño, y el otro era castaño y azul, y Sloane había perdido los papeles la primera vez que lo notó, probando con todo tipo de combinaciones de sombras de ojo distintas, tratando de ver si podía hacer que se volvieran del mismo color. Mi cabello era castaño, recto y largo, alcanzando la mitad de mi espalda, pero cada vez que decía que iba a cortarlo, Sloane protestaba.

Morgan matson
SINCE YOU'VE BEEN GONE

—Tienes un cabello de princesa —había dicho—. Cualquiera puede tener cabello corto.

Me metí el cabello detrás de las orejas, y luego abrí el cajón para asegurarme de que la lista y el sobre estuvieran a salvo. Cuando me aseguré de que lo estaban, bajé las escaleras, pensando una y otra vez lo que estaba a punto de hacer: *Av. S 55. Pregunta por Mona.*



2

Recoger manzanas de noche

Traducido por Verito, Jasiel Odair, Nikky, ElyCasdel y Niki

Corregido por Miry GPE

27

Beckett ya se hallaba sentado en el asiento del pasajero de mi coche cuando salí. Conducía un viejo Volvo verde que mi papá le compró a un estudiante que se transfirió a una escuela en California. Nunca conocí al estudiante, pero sentía como si supiese un montón sobre él a pesar de eso, porque el coche se encontraba cubierto de calcomanías. *Salva a las Ballenas, ¿Quién No Ama A Las Golondrinas Purpúreas?, Este Carro Subió El Monte Washington*. A lo largo del parabrisas trasero había una pegatina reconstruida de escuela que decía *Unichusetts de Massaversidad*, pero no tenía, entre todas ellas, una pegatina de la Universidad Stanwich, lo que mostraba claramente porque el dueño del auto se transfirió. Traté de quitarlas, pero eran casi imposibles de sacar, y ahora ya estaba acostumbrada a ellas y los bocinazos de ira —o de solidaridad— que obtenía de los otros conductores que creían leer mi opinión. La puerta trasera izquierda se hallaba atascada, le tomaba bastante tiempo calentarse en invierno, y el indicador de gasolina se rompió, quedo permanentemente en el centro, mostrando que tenía la mitad del tanque incluso cuando corría con sólo los gases de la gasolina. He aprendido, con el tiempo, a permanecer atenta de cuando lo había llenado y cuanto conducía. Era una ciencia inexacta, pero ya que nunca me quedé sin gasolina, parecía funcionar.

Como sea, el mayor problema con el carro era el techo siempre abierto. El panel que lo cerraba hace tiempo que no funcionaba cuando mi papá compró el Volvo, y esperaba que funcionara cuando el coche subió el Monte Washington. Tenía una lona que podía poner cuando llovía en el verano, y mis padres consiguieron que los chicos que construían el escenario cortaran una pieza de madera que embonaba por dentro y era casi hermético en el invierno. Sloane amaba esta parte del coche, y nunca quería el techo cubierto, incluso cuando tuvimos que soportar el calor y aguantar el frío en mantas. Ella siempre estiraba la mano para dejar que el viento corriera entre sus dedos, e inclinándose hacia la luz del sol que caía bañando los asientos.

—¿Todo listo? —pregunté mientras me ponía mis *Ray-Bans* negros y cerraba la puerta. Pregunté más por hábito que por otra cosa, ya que Beckett estaba listo para irse. Encendí el coche y lo saqué de la calzada, después de asegurarme que no había cochecitos o corredores dirigiéndose a nosotros.

—¿Quién es Tesla? —preguntó Beckett mientras comenzaba a conducir al centro de la ciudad. Busqué la dirección de IndoorXtreme mientras bajaba las escaleras, queriendo minimizar cualquier retraso que seguramente Beckett causaría esperando conocer a dónde íbamos. Y a parte del hecho de que cuando yo tenía su edad ya dominaba el sistema de metros de Nueva York —o al menos las paradas de Brooklyn— mi hermano y yo tuvimos infancias muy diferentes. Yo fui la hija de dos escritores de obras que luchaban por abrirse camino, mudándose a donde quiera que mis padres estuvieran presentando una obra, o donde hubieran logrado aterrizar como un profesor adjunto o escritor-en-residencia⁴ de espectáculos. Vivimos en Brooklyn, San Francisco, Portland, Maine y Oregón. Usualmente dormía en el sofá en los apartamentos que subarrendábamos, y si tenía mi propia habitación, nunca colgué mis carteles de bandas de chicos o recuerdos, ya que sabía que no estaríamos mucho tiempo ahí. Pero todo cambio con *Bug Juice*. Mi miserable verano en el campamento había conducido a una obra de teatro en Broadway, una terrible película posterior, e incontables teatros comunitarios y producciones escolares, el teatro tomando una vida propia, mis padres un éxito de la noche a la mañana, luego de diez años de luchar. Pero lo más importante, el teatro le aseguró a mis padres dos puestos de trabajo en la misma escuela, lo que incluso entonces sabía era un gran trato. Y entonces nos mudamos a Stanwich, y mientras mi hermano solía asegurar que recordaba nuestros primeros, horribles apartamentos, mayormente él solo conoció la seguridad, sus carteles colgados firmemente en sus paredes.

—¿Qué? —pregunté, levantando la vista de las direcciones de mi teléfono, analizando si Beckett era confiable para leerlos para mí, o si él perdería el interés y comenzaría a jugar *SpaceHog*.

—Tesla —dijo Beckett con cuidado, como si estuviera probando la palabra—. ¿La obra que están escribiendo?

—Oh —dije. No tenía idea de quién era, pero por el momento, no me importaba. La obra de mis padres no era mi prioridad, la lista de Sloane sí—. No estoy segura —dije—. ¿Quieres mirar? —Le pasé el teléfono, y Beckett lo tomó, pero un momento después escuché la canción de *SpaceHog*.

Me hallaba a punto de decirle que pusiera atención a las direcciones, cuando en voz baja dijo: —¿Crees que esta va a durar?

⁴ Un escritor que ocupa un puesto de residencia temporal en un centro académico, con el fin de compartir sus conocimientos profesionales.

—¿La obra? —pregunté, y Beckett asintió sin levantar la mirada del juego, sus rizos meneándose. Yo salí a mi padre, con mi pelo lacio y altura, y Beckett era una mini versión de nuestra madre, cabello rizado, ojos azules—. No sé —dije honestamente. Parecía que podría durar, pero habían tenido malos comienzos antes.

—Sólo porque papá y yo íbamos a ir a acampar —dijo Beckett, golpeando la pantalla de mi teléfono, provocándome una mueca de dolor—. Teníamos un gran plan y todo. Íbamos a comer el pescado que pescáramos para la cena y dormir en el exterior.

—Ni siquiera te gusta el pescado —puntalicé, solo para conseguir una mirada fulminante a cambio.

—Ese es el *punto* de acampar, hacer cosas que no harías normalmente.

—Estoy segura de que sigue en pie —dije cruzando los dedos bajo el volante, esperando que fuera verdad. Beckett me miró, y sonrió.

—Genial —dijo—. Porque... —Se detuvo y se sentó derecho, apuntando a la ventana—. Ahí es.

29

Entré en el estacionamiento medio lleno de un gran edificio; me encontraba bastante segura de que una vez fue una bodega. Puse el carro en parquear, pero mientras el motor aun funcionaba, Beckett desbloqueó su cinturón de seguridad y salió, corriendo a la entrada sin esperar por mí. Bajo otras circunstancias, eso quizás me molestaría, pero hoy me maravilló, ya que probaba que no le importaría que lo dejara ahí mientras iba a la avenida Stanwich. Mientras salía del auto, miré al indicador de gasolina, aunque no tenía sentido, y me di cuenta de que debería rellenarlo pronto, otra razón para dejar a Beckett y marcharme. Seguí a mi hermano a través del estacionamiento, abriendo con dificultad una pesada puerta de metal, el mango en forma de pico de montaña.

IndoorXtreme era grande —un gigante, espacio abierto con los techos más altos que vi en mi vida. Tenían un mostrador con una caja registradora, zapatos en renta y equipamientos, pero el resto del espacio era dedicado a todas las formas en que te podías lesionar en el confort del aire acondicionado. Había un medio tubo con patinetas volando a un lado y al otro, un circuito de bicicleta con saltos, y, a lo largo de la parte posterior, un muro de escalada vertical, con escaladores que subían o bajaban. El muro tenía apoyos para manos y pies a lo largo de él, y llegaba hasta el techo. El lugar entero parecía estar hecho de acero y granito, y pintado principalmente de gris, con la ocasional mancha de rojo. Hacía frío, y el zumbido del aire acondicionado industrial se mezclaba con los gritos de los patinadores y la música tecno de fondo solo un poco más fuerte.

Beckett me esperaba en el mostrador, después de haberse levantado a sí mismo para ver las opciones, sus pies colgando. Me informó que quería el paquete para niños que incluía todo, excepto el paintball, y aunque me aterró el precio, se

lo compré, pensando que mientras más tiempo Beckett estuviera ocupado, más puntos en la lista de Sloane podría cumplir. Planeaba hacer uno, pero quizás podría hacer dos. Quizás, si de alguna manera encontraba como hacer las cosas realmente aterradoras, podría terminar todo en una semana.

Le pagué al chico que lucía aburrido tras el mostrador, cuya etiqueta del nombre decía *Doug* y quien cogió un grueso libro de bolsillo al segundo que nos alejamos, apoyando los codos en el mostrador para leer. Luego Beckett corrió a un banco que se parecía a una roca — o quizás *era* una roca — y comenzó a ponerse los zapatos de escalar que Doug había cambiado por sus zapatos tenis. —¿Estás listo? —pregunté, sin sentarme. Ya planeando mi ruta hacia la avenida Stanwich. Si no paraba por gasolina, podría estar allí en diez minutos—. Te dije, tengo estos... recados que hacer.

—Estoy bien —dijo Beckett, abrochando sus zapatos y poniéndose de pie de un salto—. ¿Te veo en un par de horas?

—Genial —dije, y Beckett me dio una sonrisa y corrió al muro de escalar. Mientras miraba alrededor, me di cuenta de que era el lugar perfecto para dejarlo. No tenía duda de que mi hermano estaría ocupado toda la tarde. Decidí esperar un minuto más, para no sentirme como la peor hermana del mundo, y vi como Beckett tomaba lugar en la fila, saltando de un pie a otro como cuando se encontraba realmente emocionado.

30

—¿Ocho? —Me giré y vi dos cosas, ninguna de ellas tenía sentido. Frank Porter se hallaba de pie frente a mí, y sostenía un par de zapatos.

Sabía quién era porque todos conocían a Frank Porter, una de las indiscutidas estrellas de la secundaria Stanwich. Nunca salió del Cuadro de Honor, era un Mérito Escolar Nacional, había sido presidente en primer y segundo año. Parecía que quería hacer del mundo —o al menos de nuestra escuela— un lugar mejor, constantemente circulando peticiones y fundando clubes y organizaciones, siempre tratando de salvar un programa, un monumento o un pájaro. Él sería seguro el mejor estudiante que diría el discurso de despedida si no fuese por su novia, Lissa Young, quien era tan disciplinada y dedicada como él. Ellos estuvieron juntos desde noveno grado, pero no eran una de esas parejas que se la pasaban besándose contra los casilleros o que peleaban a gritos en el estacionamiento. Ellos se veían como una unidad, como si incluso su relación estuviera correctamente dirigida. Escuché que ellos se iban juntos cada verano a un programa de perfeccionamiento académico, así que no entendía por qué Frank Porter se encontraba parado frente a mí. Era uno de los pocos chicos en nuestra clase que se veía totalmente cómodo cuando había eventos formales y se debía usar traje y corbata, por ello fue chocante verlo ahora, usando una camiseta gris con *¡Actitud Xtrema!* escrito sobre ella, en un estilo de letra que parecía grafiti. *Frank*, decía su identificador, solo por si tenía alguna duda de que fuese él.

Los zapatos que me sostenía cayeron un poco, y Frank giró su cabeza a un lado. —¿Emily?

Asentí, un poco sorprendida, aunque estuvimos en la misma escuela por tres años. Desde que Sloane llegó a la ciudad, existí felizmente a su lado. La gente gritaba su nombre y a mí me saludaban con la mano, y tenía el presentimiento que la mayoría de mi clase, como el tipo de jardinería, me identificaban como “la chica que siempre estaba con Sloane Williams” o algo parecido a eso. Y nunca me importó, incluso sólo ser la amiga de Sloane me hacía mucho más interesante de lo que hubiese sido yo sola.

—Hola —dijo Frank Porter, dándome una pequeña sonrisa—. ¿Cómo estás?
—A pesar de la camiseta, Frank lucía igual que durante el año escolar. Era alto, cerca del metro noventa y desgarrado. Su cabello era rubio rojizo, bien corto, bien peinado y curvado ligeramente cerca de su nuca. Sus ojos eran marrón claro, y tenía pecas en su piel. Incluso en su camiseta y sosteniendo un par de zapatos de renta, Frank de alguna manera irradiaba autoridad. Es como si pudieras verlo moviéndose por el mundo más allá de la preparatoria Stanwich, sin duda tendría un éxito salvaje —postulando para un cargo, presidiendo una junta, inventando algo pequeño, electrónico y esencial. Tenía ese aire en él, competente y confiable, y, especialmente, saludable. Si él no tuviese grandes ambiciones, podría verlo en comerciales para mantequilla de maní y desayunos sanos para el corazón. Cuando Sloane llegó a la preparatoria Stanwich, lo miró de arriba a abajo y preguntó—: ¿Quién es el niño explorador?

—Hola —tartamudeé cuando me di cuenta de que lo miré por mucho tiempo. Frank me miraba, como si esperara por algo, y recordé, muy tarde, que me hizo una pregunta y aún no respondía—. Quiero decir, bien.

—¿Necesitas estos? —preguntó Frank, levantando los zapatos. No podía pensar porqué los necesitaría, y negué con la cabeza—. Oh —dijo, alejándolos—. Escuché que alguien necesitaba zapatos de escalar y pensé que eras tú. Supuse la talla. —Miró a mis sandalias, y miré también, luego deseé haberme hecho una pedicura, mientras los vestigios de la última que tuve con Sloane —rojo brillante, con un gato hecho con puntos negros en mi dedo gordo— se borró—. ¿Al menos le acerté? —preguntó, sacando la mirada de mis pies—. ¿Talla ocho?

—Uh —dije. Me di cuenta de que esperaba que alguien saltara y dirigiera esta conversación, pero desafortunadamente, estaba solo yo, haciendo un trabajo muy pobre. Si Sloane estuviese aquí, sabría qué decir. Algo divertido, algo coqueto, y luego yo hubiese sabido qué decir también, ya sea hacer una intervención o hacer algún tipo de broma que solo podía hacer a su alrededor. No sabía hacer esto sola, y quería aprender. Además, no creía que hubiese intercambiado más de un par de oraciones con Frank Porter en tres años, así que no entendía por qué hablábamos del tamaño de mis pies. Lo que no era algo de lo que estuviese muy contenta de hablar, ya que eran más grandes de lo que quería.

—Es solo porque eres alta —me dijo Sloane, con la confianza de alguien con pies pequeños—. De otra forma, te verías rara.

—Nueve —dije finalmente, sin mencionar el *y medio* porque, realmente, ¿por qué necesitaba Frank Porter saber la talla de mi zapato?

Se encogió de hombros. —Bueno, aún estoy aprendiendo las cuerdas⁵. —Si Sloane hubiese estado junto a mí, yo hubiese dicho *Por decirlo así* o *Eso es seguro* o alguna otra observación ya que realmente habían cuerdas aquí y Frank había más o menos abierto la puerta para una broma como esa. Pero ella no estaba, así que solo aparté la mirada, tratando de encontrar a mi hermano en algún lado en la fila para el muro, para poder verificar que se encontraba bien y marcharme.

—¡Porter! —Ambos nos giramos y vimos a Matt Collins, a quien conocía del colegio pero no me hallaba segura de si hablé con él alguna vez, colgando en una de las cuerdas de rapel. Usaba una camiseta como la de Frank, junto con un casco rojo brillante, y estaba dando poco a poco su cuerda, golpeando la pared para girarse a sí mismo—. Esta noche. Vamos al Huerto, ¿verdad?

El Huerto, en algún momento, fue un huerto funcional, pero ahora la tierra estaba vacía, y se convirtió en un lugar de fiestas, especialmente en el verano. Tenía el beneficio de existir en la frontera entre Stanwich y Hartfield, el pueblo siguiente, lo que significaba que los policías se mantenían alejados, mayormente porque, decían los rumores, nadie se hallaba seguro de a qué jurisdicción correspondía. Fui un par de veces, mayormente esa primavera, cuando habíamos sido Sloane y Sam, y Gideon y yo. El Huerto traía, para mí, recuerdos de mí sentándome cerca de Gideon girando una botella entre mis palmas, tratando de pensar en algo qué decir.

Frank asintió, y Collins —aunque su nombre era Matthew, todos, incluso los profesores, lo llamaban por su apellido— sonrió. —¡Bien, sí! —dijo—. ¡Mi amigo va a conocer algunas señoritas dulces esta noche!

La mujer que escalaba junto a él, quien se veía como si estuviera en sus treinta, con un impresionante y serio equipo de escalada, le frunció el ceño, pero Collins solo le sonrió más. —¿Y cómo estás *tú* hoy?

Frank solo suspiró y negó con la cabeza.

—Bueno —dije, comenzando a caminar hacia la salida. Incluso aunque no veía a Beckett, seguramente estaba bien. Y realmente no quería seguir con esta increíblemente incomoda conversación con Frank Porter. Necesitaba llegar a la avenida Stanwich, y ya pasé más tiempo aquí que el planeado—. Debería... —señalé a la puerta con la cabeza, dando un paso hacia allá, esperando que Frank no pensara que debía seguir hablando conmigo porque creyó que era un cliente.

⁵ *Learning the ropes (Slang)*: Aprendiendo el oficio.

—Bien —dijo Frank, poniendo los innecesarios y muy pequeños zapatos bajo su hombro—. Fue agradable...

—¡Hola! —Collins corrió hacia nosotros a toda velocidad y chocó contra Frank, casi derribándolo y perdiendo el equilibrio él mismo, sus brazos como aspas tratando de mantener el equilibrio. Aún usaba su casco, el cual no le favorecía mucho. Collins era una cabeza más bajo que Frank —parecía que fuese un poco más pequeño que yo— y un poco más pesado, con una cara redonda, nariz aplastada y cabello rubio oscuro.

—Collins —dijo Frank en un tono resignado, mientras lo ayudaba a sostenerse.

—Entonces, ¿qué pasa? ¿De qué hablamos? —preguntó Collins, sus ojos enfocándose en mí. Frunció el ceño por un momento, luego sonrió de oreja a oreja—. Oye —dijo—. Te conozco. ¿Dónde está tu amiga? Eres Emma, ¿verdad?

—Emily —le corrigió Frank—. Emily Hughes. —Lo miré, sorprendida de que Frank supiera mi apellido—. Pensé que se suponía que vigilarías el muro.

—Este tipo —dijo Collins, mientras colocaba una mano en el hombro de Frank. Se volvió hacia mí y sacudió la cabeza—. Quiero decir, he trabajado aquí un mes y él dos semanas, y ya está listo para dirigir las cosas. ¡Tan impresionante!

33

—¿Vigilando? —persistió Frank, pero Collins sólo agitó su mano desechándolo.

—Todo el mundo está bien —dijo—. Y realmente *estaba* vigilando. Los *vi* a ustedes dos hablando aquí y quería unirme a la charla. Entonces, ¿de qué hablan? —Miró los zapatos bajo el brazo de Frank—. ¿Vas a escalar? —me preguntó. Sin esperar respuesta, tomó los zapatos de Frank, bajó la mirada a mis pies, y luego a la suela de los zapatos donde estaba escrita la talla—. No, con estas no. Supongo que eres más como, qué, ¿un nueve y medio?

Bajé la mirada a mis pies por un segundo, dejando que mi pelo cayera hacia adelante y cubriera mi cara, ya que tenía la sensación de que estaba roja brillante. ¿Tenía que responder a eso? La gente no se encontraba obligada a admitir su talla de zapatos, ¿o sí? Pero presentía que si trataba de negarlo, Collins me desafiaría a ponerme los zapatos más pequeños, y probablemente empezaría a tomar las apuestas de los espectadores. Di otro paso y comencé a girar hacia la puerta, cuando el grito rasgó el aire, dominando el tecno. Eso sonaba muy diferente de los gritos felices, que, me di cuenta, se convirtieron en ruido de fondo. Los tres volteamos en esa dirección, y vi que el grito vino de la mujer escalando, que se encontraba metida en su arnés y apuntando hacia arriba a la parte superior del muro donde mi hermano, noté con mi corazón hundiéndose, se hallaba alegremente caminando.

—Mierda —dijo Collins, con la boca abierta—. ¿Cómo ese chico llegó hasta allí? ¿Y dónde está el arnés? ¿O el casco?

Antes de que pudiera decir nada, Frank y Collins se dispararon en dirección a la pared, y los seguí. Una multitud se reunió, y la mayoría de los escaladores bajaron, fuera del camino.

—¡Emily! —gritó Beckett, saludándome, y su voz resonó en el espacio enorme—. ¡Mira lo alto que estoy!

Tanto Frank como Collins me miraron, y retorcí mis manos detrás de mi espalda. —Así que, ese es mi hermano —dije. Traté de pensar en algo, como una explicación de por qué me humillaba y poniendo en peligro la política de seguros de IndoorXtreme, pero nada vino.

—¿Cómo se llama? —preguntó Collins.

—Beckett —le dije—. Pero estoy segura de que está bien. Él sólo...

—¿Bucket? —preguntó Collins, luego asintió como si esto tuviera sentido—. ¡Oye, Bucket! —le gritó a mi hermano—. Voy a necesitar que bajes de allí, ¿de acuerdo? Espera —dijo, sacudiendo la cabeza—. Primero, ponte tu casco de nuevo y baja. En realidad —se corrigió, dando un pequeño paso más cerca—, ponte primero tu arnés, *luego* tu casco, entonces ve bajando desde allí. ¿De acuerdo?

34

Beckett miró a la multitud que ahora lo miraba, luego a mí, y traté de transmitirle silenciosamente que tenía que hacer esto, y lo más rápidamente posible.

—Está bien —dijo con un encogimiento de hombros, recogiendo su arnés y colocándoselo de nuevo.

Las personas dejaron escapar un suspiro de alivio y la multitud empezó a dispersarse, los escaladores empezaron a subir la pared de nuevo o los otros volviendo al circuito de bicicleta.

—¿Ves? Todo bien —dijo Collins, señalando a mi hermano, que se encontraba abrochándose la correa de la barbilla por debajo de su casco.

—Es por eso que se suponía que debías estar vigilando —dijo Frank, sacudiendo la cabeza mientras se dirigía hacia el muro de escalada.

—Ya va a bajar —señaló Collins, y mi hermano de hecho empezó a encontrar los primeros asideros para los pies que lo traerían de regreso a tierra—. No tienes que ir hasta allí. —Pero de cualquier modo Frank no escuchó eso o decidió ignorarlo, porque empezó a subir por la pared con un sentido de propósito, en dirección a Beckett—. Uh, oh —dijo Collins en voz baja, mirando a la pared de escalada, con el ceño fruncido.

—Está bien —le dije—. Mi hermano sube a cosas muy altas todo el tiempo.

—No estoy preocupado por Bucket —dijo Collins—. Estoy preocupado por Porter.

Levanté la vista hacia la pared. Frank se encontraba casi a medio camino ahora, moviendo las manos con facilidad de un asidero al siguiente. Parecía estar bien para mí. —Um, ¿por qué?

Collins se quitó el casco y se pasó la mano por la frente. Tenía el pelo oscuro de sudor y pegado contra su frente, haciéndolo parecer como si tuviera un corte de hongo. No era la mejor vista de él. —Porter le tiene miedo a las alturas.

Miré alrededor, a todas las muchas cosas en este establecimiento que implicarían escalar, patinar o saltar sobre cosas altas. —Oh —dije. Traté de pensar en alguna manera de preguntar por qué trabajaba aquí sin ser insultante—. Pero...

—Lo sé —dijo Collins, hablando rápido, sonando a la defensiva—. Mi tío me dijo lo mismo cuando le conseguí a Porter el trabajo. Pero es *genial* con todas las cosas de paintball —dijo, y yo asentí, deseando nunca haber dicho nada—. Y no hay nadie mejor en el circuito de bicicleta —prosiguió—. Ese chico puede enderezar saltos como nadie. Además, es el más competente aquí, así que por eso es el encargado de los depósitos bancarios. Yo era *terrible* en eso. —Asentí. Podía fácilmente creer eso—. ¿Pero las alturas? —Collins se inclinó un poco más cerca de mí y sacudió la cabeza—. No es su fuerte.

35

Miré a Frank, que ya se encontraba bastante alto, casi al nivel de Beckett. —Entonces, ¿por qué está subiendo? —le pregunté, sintiendo un poco de pánico en nombre de Frank.

—Porque es Frank Porter —dijo Collins, y oí una nota de amargura en su voz por primera vez—. Capitán Responsable.

Miré de nuevo a la pared, pensando que a pesar de eso, tal vez las cosas saldrían bien, cuando vi a Frank alcanzar el siguiente asidero, mirando hacia abajo, y congelándose, con el brazo todavía extendido.

—Te lo dije —dijo Collins en voz baja, sin tener ningún placer al decirlo.

Frank ahora se aferraba a la pared con ambas manos, pero aún no se movía. —¿Qué pasa ahora? —le pregunté, sintiendo como si viera algo que realmente no debería pasar.

—Bueno, a veces lo logra —dijo Collins, con su voz tranquila—. De lo contrario, hay una gran escalera en la parte de atrás.

—Oh no —le dije, tratando de apartar la mirada pero era imposible. Era claro para mí que esto era por Beckett, lo que significaba, que en lo que se refiere a Frank Porter, todo fue por mi culpa.

—Lo sé —dijo Collins, haciendo una mueca.



Beckett llegó al mismo nivel que Frank, y le dijo algo que no pude oír. Beckett siguió bajando y noté que se encontraba ahora por debajo de Frank, quien todavía no se movió.

Doug de la recepción salió a mirar el espectáculo, su libro abandonado en el mostrador. —¿Escalera? —le preguntó a Collins, quien asintió con la cabeza.

—Creo que sí —dijo.

Un segundo más tarde, Beckett cambió de dirección y volvió a subir hasta que estuvo al nivel de Frank de nuevo. Le dijo algo, y Frank negó con la cabeza. Pero mi hermano se quedó donde se encontraba, sin dejar de hablar con Frank. Y después de una larga pausa, Frank se inclinó hacia el asidero justo debajo de él. Beckett asintió, bajó dos asideros, y le indicó a Frank que bajara donde él se encontraba, señalando los puntos de apoyo. Después de otra pausa, Frank se trasladó hasta el siguiente asidero de nuevo. Era dolorosamente claro para mí que mi hermano de diez años de edad, le decía al empleado de IndoorXtreme que bajara por la pared de escalada, y yo sólo esperaba que no fuera tan obvio para todo el mundo en el establecimiento.

—Lindo —dijo Collins, mientras observaba el progreso lento, pero gradual en la pared—. ¿Necesita tu hermano un trabajo?

36

—Ja, ja —le dije un poco sin humor. Lo veía con una sensación de opresión en el pecho, y no dejé escapar una respiración completa hasta que Beckett saltó los últimos metros hasta el suelo y luego miró a Frank Porter, señalando los asideros restantes y dándole un pulgar hacia arriba. Frank medio tropezó hacia el suelo, y cuando se dio la vuelta, pude ver que su rostro estaba casi tan rojo como su casco. Doug se encogió de hombros, luego se giró y penosamente regresó a la caja registradora.

—Porter —gritó Collins—. Eres un completo idiota. ¡Pensé que iba a tener que conseguir la escalera y sacarte como un maldito gato! —El amigo preocupado que estuvo allí sólo momentos antes se fue, y me di cuenta que Collins cambió de nuevo al tipo al que estaba acostumbrada en la escuela, el que constantemente tiraba bromas e invitaba a salir a las chicas más populares de forma muy pública que invariablemente eran contraproducentes.

—Beckett —lo llamé, haciendo un gesto para que viniera a mí. Mi hermano asintió, sin quitarse el arnés, y levantó la mano para chocar un cinco, el cual Frank devolvió con desgana. Ahora que se encontraba a salvo en tierra, casi pude sentir la vergüenza de Frank en oleadas.

Beckett me alcanzó, y lo agarré por el cuello de su camiseta, ya que no quería que quedara fuera de mi vista, en caso de que decidiera escalar el medio tubo o algo así. —Nos vemos —le dije a Collins, solo por hábito, pero sin ninguna expectativa de que eso fuera cierto.

—Sí —dijo Collins, y me di cuenta que lo decía de la misma forma condescendiente porque alguien dice algo, no es que lo quieres decir en serio—. Por supuesto. —Se dirigió hacia Frank, que seguía de pie junto a la pared, y lo vi alejarse por un momento antes de mirar hacia mi hermano, que tenía por lo menos la decencia de fingirse avergonzado de sí mismo.

—Lo siento —dijo rápidamente—. Sólo quería ver la vista desde la parte superior, y...

—Vamos —le dije, dirigiéndome hacia el mostrador, Beckett arrastrando los pies y hablando rápido, tratando de ganar.

—No tenemos que irnos —dijo—. Ya no voy a subir por la pared. Todavía puedo hacer el circuito de bicicleta, ¿verdad, Em?

Ni siquiera respondí cuando llegamos al mostrador y Beckett se quitó los zapatos de escalar. No me encontraba contenta por salir, porque eso significaba que probablemente no conseguiría la lista de Sloane hoy. Pero tenía la sensación de que incluso si no me llevaba a Beckett, él mismo pediría que nos fuéramos, haciendo esto aún más vergonzoso de lo que ya era. Empujé los zapatos de escalada de Beckett hacia Doug, quien volvió a leer su libro de bolsillo. *Un Asesinato de Cuervos*, se leía en la cubierta, mostrando un pájaro de aspecto feroz a punto de posarse en una espada de fuego. Se puso de pie y tomó las zapatillas de deporte de Beckett sin levantar la vista de su libro.

37

—Pero, *Emily* —se quejó Beckett.

Sacudí la cabeza. Y nos dirigimos a mi coche en silencio mientras trataba de decidir lo que tendría que hacer. Por lo general no jugaba la carta de la hermana mayor, Beckett y yo nos llevamos muy bien, sobre todo porque había siete años entre nosotros, y nunca competimos por las mismas cosas, y por lo general me sentía más como su niñera que su hermana. Pero este fue uno de los casos en los que sabía que tenía que hacerlo, ya que mis padres seguramente no se iban a reportar, no cuando justo habían comenzado una obra de teatro. Puse la llave en el contacto, pero aún no lo encendí cuando me enfrenté a mi hermano, quien se sentó con las piernas cruzadas en el asiento, mirando hacia sus manos. —Beck, no puedes hacer ese tipo de cosas —le dije. De repente me pregunté si habría sido mejor que Beckett se hubiese hecho daño en algún momento durante los años que estuvo escalando, por lo que tendría un grado saludable de miedo, o al menos algún conocimiento de las consecuencias—. No debes tomar riesgos o algo por el estilo. No me importa lo que escales en casa. Había otras personas alrededor. Podrías haberte herido, o podrías haberlos lastimado. Eso se llama ser imprudente.

Arranqué el coche y me dirigí a casa, Beckett no habló, sin dejar de mirar hacia abajo. Sabía que se hallaba enojado conmigo y pensé que probablemente estaría de mal humor el resto del día, así que me sorprendió cuando tomó la palabra al girar hacia nuestra calle.

—Pero no lo hice—dijo Beckett. No me encontraba segura de lo que quería decir, y debió ser claro, porque continuó—: No salí herido. Nadie más lo hizo, tampoco. Y realmente obtuve una muy buena vista. Entonces, ¿cómo se llama eso?

Sacudí la cabeza, sabiendo de alguna manera que había una falla en su lógica, pero no muy segura de cómo demostrar lo que era. —Solo...

—Lo sé, lo sé, más cuidado —dijo mientras me ponía en el camino de entrada. Él se contradijo de inmediato desabrochándose el cinturón de seguridad y saltando antes de que incluso pusiera el coche en parquear—. Voy a lo de Annabel. Nos vemos más tarde —gritó mientras golpeaba la puerta y echó a correr detrás de nuestra casa. Annabel vivía en el otro extremo de la manzana, y ella y Beckett pasaban la mayoría del verano encontrado atajos entre las dos casas que ellos ocultaban celosamente y se negaban a revelar.

Lo vi alejarse y luego recogí mi teléfono. Pulsé el botón para llamar a Sloane automáticamente, cuando me di cuenta de lo que hacía. Colgué, pero no antes de que hubiese oído el teléfono ir directamente a su correo de voz, el que oí una y mil veces, el que ella grabó conmigo a su lado mientras caminábamos por la calle. Al final, se podía oír mi risa. Puse el teléfono en el asiento del copiloto, fuera de alcance. Pero siempre se sentía como si nada sucedía realmente hasta que lo hablaba con Sloane. Me acostumbré a contarle mis experiencias, y luego ir a través de ellas, momento a momento. Y si estuviera aquí o en el otro lado del teléfono, podría haberle dicho lo extraño que era que Frank Porter trabajara en IndoorXtreme, sobre Collins, y lo que oí acerca de sus planes de la tarde.

38

De repente comprendí algo y miré la ventana de mi dormitorio, imaginando la lista en mi cajón. Ahora sé lo que Sloane quería decir con el número doce. No era sólo una extraña misión de recolectar frutas. Ella quería que fuera al Huerto.

Esperé hasta las diez antes de irme. En este punto, Beckett estaba en cama y mis padres se retiraron a su estudio en la parte superior de la casa. Todos sus patrones desde hace unos años regresaban, y esta fue la forma en que trabajaban a continuación: iban a escribir todo el día en el comedor, por lo general olvidándose de la cena, y luego yendo arriba, donde pasarían las páginas de ese día y planificarían el día siguiente.

Cuando tenía trece años, la última vez que pasó, no era como si tuviera una gran vida social o cualquier sitio para ir por la noche, por lo que nunca exploré las posibilidades que ofrecía su escritura. Pero ahora, las cosas eran diferentes. Durante el año escolar, tuve un muy estricto toque de queda de medianoche por lo que Sloane —quien no tenía un toque de queda en absoluto— descubrió todo tipo de técnicas de escape. Ahora que mis padres se hallaban ocupados, tuve la sensación de que mi toque de queda se volvió más teórico que algo que tenía que cumplir. Pero por si acaso, garabateé una nota y la dejé en contra de la televisión en la cocina, así que si descubrían que me fui, no llamarían a la policía.

Cuando estuve lista en mi habitación, esto básicamente significaba ponerme pantalones vaqueros en lugar de pantalones cortos, agarrar una sudadera, y colocar un poco de brillo de labios. Miré a la lista. Mientras seguía sin entender algunos de los otros, *realmente* no entendía este. No parecía que iba a ser un reto, ya que no era como si nunca hubiese estado en el Huerto antes. Fuimos allí una tarde la semana antes de ir al norte del estado y que Sloane desapareciera. Tuvimos malteadas, de vainilla para mí, y de café para ella, y permanecimos en las mesas de picnic por horas bajo el sol, sólo hablando. Estuvimos algunas veces la pasada primavera, generalmente en la noche, pero de vez en cuando durante el día, cuando Sloane quería un lugar donde podíamos pasar el rato en paz, trabajando en nuestros bronceados o simplemente andar por las hileras de árboles, hablando de cualquier cosa que nos venía a la mente.

Mantuve las luces del Volvo apagadas hasta que llegué a la calle, a pesar de que las cortinas en el estudio de mis padres permanecían abajo. Y una vez que llegué a la calle sin mi celular iluminándose con llamadas y textos preguntándome adónde pensaba que iba, me di cuenta de que me encontraba fuera de peligro.

39 Encendí mis luces y mi música, un álbum de *Luke Bryan* que descargué el mes pasado, pero no escuché hasta ahora, y me dirigí en la dirección al Huerto. Me encontraba a mitad del álbum cuando giré a la carretera principal y a la calle que me llevaría allí. Aquí afuera, las casas quedaban más y más lejos hasta que no quedó nada más que tierra vacía y, escondido en un camino casi oculto, el Huerto. Reduje la velocidad a medida que me acercaba. La entrada estaba donde siempre, por lo tanto me encontraba segura, parpadea y te perderás. Pensaba en dar la vuelta y dar marcha atrás cuando vi la descolorida señal y el estrecho camino de grava. Me puse en camino, a pesar de que no vi ningún otro coche en la carretera, y giré, deteniéndome un momento para mirar el cartel.

Estaba casi a punto de perderse en los arbustos de maleza al lado de la carretera, tan desvanecido por el clima y el tiempo que piezas enteras apenas se podían ver. Sin querer, bajé la mirada a la parte inferior de mi muñeca antes de mirar lejos y conducir.

MARZO

Tres meses antes

40

—Es sólo hasta aquí —dijo Sloane mientras se daba vuelta en el coche hacia mí, señalando—. ¿Ves la entrada?

—No puedo creer que nunca hayas estado en el Huerto —dijo Sam desde el asiento del conductor, y oí la letra mayúscula en su tono.

—No, ¿recuerdas? —preguntó Sloane, y pude oír una risa escondida en algún lugar bordeando sus palabras—. Porque yo nunca estuve aquí antes de venir el mes pasado.

—Eso no significa que Emily no podría haber ido por su cuenta —dijo Sam, agitando la cabeza. Sloane volvió la cabeza hacia atrás para mirarme de nuevo e intercambiáramos la más pequeña de las sonrisas —probablemente ni siquiera perceptible a nadie más que nosotras. No quería contradecir a Sam, o discutir con él, pero *por supuesto* que no vendría aquí si no estuviera aquí con Sloane, y las dos lo sabíamos.

Ella levantó las cejas hacia mí con una sonrisa grande, y entendí su significado perfectamente —preguntaba algo como *Te estás divirtiendo, ¿verdad? ¿Esto no es genial? ¿Estás bien?*

Le devolví la sonrisa, una sonrisa real y no una sonrisa de *Necesito un rescate*. La última cosa que quería era amargar la tarde en la que trabajó tan duro para arreglar. Su sonrisa se ensanchó, y se volvió hacia Sam, moviéndose tan cerca de él como el cinturón de seguridad se lo permitió, estirándose y pasando la mano por su pelo rizado.

Gideon y yo nos encontrábamos sentados en los extremos opuestos del asiento trasero, en contraste con lo apretados que se hallaban en el frente. Me encontraba mitad en el asiento y mitad presionada contra la manija de la puerta, lo que probablemente no era realmente necesario, ya que nos encontrábamos en una enorme camioneta y parecía que probablemente había mucho espacio entre nosotros para varias personas. Mire a través de la distancia del oscuro asiento trasero hacia Gideon, a quien conocí apenas unas horas antes.

Sloane estuvo hablando de Gideon Baker por semanas, desde que ella y Sam se convirtieron en lo que sea que fueran ahora. —No necesitamos una etiqueta —

dijo Sloane, cuando tentativamente pregunté qué, exactamente, hacían. Me sonrió y enderezó su chaqueta vintage—. Sabes que odio esos. —Pero cuando lo que hacían se volvió más serio, de repente empecé a escuchar mucho sobre Gideon, el mejor amigo de Sam, quien también era soltero. Y *¿No sería grandioso si...?*

Esa oración siempre se desvanecía poco a poco, realmente nunca indicando qué preguntaba exactamente, pero siempre con un signo de interrogación marcado al final. En algún lugar a lo largo de la línea, estuve de acuerdo que eso *sería* grandioso, que me encontraba llevando más maquillaje de lo habitual, compartiendo un asiento trasero con Gideon, yendo a un lugar llamado el Huerto.

Gideon ocupaba una gran cantidad de espacio en el coche —era alto, de hombros anchos y grandes manos y pies, cuando estuvimos sentados uno frente al otro en una cabina una hora antes, y Sloane estuvo robando papas fritas del plato de Sam, le pregunte si jugaba algún deporte. Tenía el aspecto de un atleta —prácticamente podía verlo destacado en el sitio web de la Academia Stanwich, un palo de lacrosse colgado sobre un hombro. Pero él solo tomó un bocado de su hamburguesa cuando pregunté esto. Masticó, tragó, tomó un sorbo de refresco de cola, se limpió la boca, y luego dijo—: No. —Y eso prácticamente fue lo más lejos que nuestra conversación llego.

41

—¿Qué es esto? —preguntó Sam, dejando escapar un suspiro mientras pisaba el freno. Me incliné hacia adelante y vi que ahora nos encontrábamos detrás de una larga fila de coches, y que había un callejón sin salida alrededor de la entrada a un camino de grava.

—Sólo significa que este es *claramente* el lugar para estar —dijo Sloane, podía oír en su voz lo feliz que se hallaba. Feliz de que fuimos allí, feliz de estar con Sam, feliz de que yo me encontraba allí en la parte trasera, con un chico para mí, no siendo una tercera rueda.

Nos acercamos más hasta el desvío, Sam suspirando en voz alta y tamborileando con los dedos sobre el volante. Eche un vistazo al otro lado del coche hacia Gideon otra vez, tratando de pensar en algo que decir, cuando vi el letrero. Se hallaba fuera de su ventana, me alejé un poco de mi manija de la puerta, tratando de obtener una mejor visión. Se encontraba oscuro fuera, pero los faros de la camioneta —que eran brillantes como de ciencia ficción y también claramente hechos de algo caro y lujoso, a diferencia de las regulares viejas luces de mi Volvo— estaban justo en el, iluminándolo.

—Chicos, ¿ven eso? —pregunté, señalando el letrero, consciente mientras lo hacía de que mi voz se sentía un poco áspera — fue la primer cosa que dije durante el viaje en coche. Todos se volvieron a mirar, pero Sam se encogió de hombros.

—Es la señal de que esto solía ser un huerto real—dijo—. Siempre ha permanecido ahí.



Me acerque un poco más hacia el medio, tratando de obtener una mirada más cerca. Prácticamente se encontraba desvanecido, pero podrías decir que fue de colores brillantes en algún momento. ¡Huertos de Kilmer! se leía en escritura estilizada. Manzanas/Melocotones/Cerezas. ¡Bayas de temporada! ¡Tartas! Debajo de esto, se encontraba un dibujo de estilo animado de dos cerezas, unidas al tallo. Tenían caras y sonrisas gigantes, mirando hacia arriba como si estuvieran leyendo el mensaje en la parte superior. Miré todos los puntos de exclamación, ahora descoloridos e innecesarios, la venta de un producto que ya no existía. También podría decir que el letrero fue pintado a mano, y no por un profesional —las cerezas se hallaban sin duda un poco ladeadas— lo cual de alguna manera empeoraba las cosas.

—¿Qué? —pregunto Sloane. La miré, vi que me miraba, y que se dio cuenta de que algo andaba mal.

—Sólo... ese letrero —dije, oyendo lo tonto que sonaba. Era algo que diría con facilidad si se tratara solo de Sloane y yo, pero la presencia de los chicos en el coche cambio esto—. No sé —dije, forzando una sonrisa y moviéndome de nuevo a mi lado del asiento—. Es solo... parecía muy triste, supongo.

Sloane empezó a contestar cuando Sam se rio y siguió conduciendo, hablando sobre ella. —Es solo un letrero, Emily.

42

—Lo sé—dije, tratando de mantener la voz ligera mientras miraba por mi propia ventana—. No importa.

Sam se inclinó y le dijo algo que no pude oír a Sloane, observé los arboles pasando lentamente en la oscuridad. Deseaba que nunca hubiera dicho nada en absoluto cuando sentí que algo me tocaba el brazo.

Salté y me giré para ver a Gideon, con el cinturón de seguridad desabrochado, de repente sentado cerca de mí, justo en el asiento del medio. Me dio una media sonrisa, luego cogió mi brazo y lo llevo un poco más cerca de él.

Mantuvo literalmente su distancia de mí toda la noche —así que ¿por qué me sostenía el brazo? Tomé una respiración para decir algo cuando sacó un marcador delgado de su bolsillo. Asintió hacia abajo a mi brazo, y luego levanto el marcador, como si preguntara si estaba bien.

Asentí, más que nada porque me hallaba demasiado desconcertada. Destapó el marcador, luego comenzó a dibujar en el interior de mi muñeca. Los trazos del marcador sintiéndose livianos como plumas sobre mi piel, casi haciéndome cosquillas, pero no del todo. Traté de inclinarme para ver lo que Gideon dibujaba, pero tiró de mi brazo un poco más cerca de él y lo volteó un poco, con cuidado hacia sí mismo y alejándolo de mí. Todavía trataba de sacar de mi cabeza el hecho de que esto estuviera sucediendo, y de repente me encontraba contenta de que Sloane y Sam estuvieran distraídos en el asiento delantero, porque sabía lo extraño que esto debía lucir.

La cabeza de Gideon estaba inclinada sobre mi brazo mientras trabajaba, y no pude dejar de notar la textura de su cabello oscuro, tan corto que casi era un corte a rape, y lo grande que sus manos eran, la forma en que parecía que, si él hubiera querido, podría rodear totalmente mi muñeca con dos dedos. El coche se tambaleo por un bache, y mi brazo voló, casi golpeándolo en la cara. Me miró y yo le di una pequeña sonrisa de disculpa. Esperó un momento, estabilizando el brazo, sujetándolo con ambas manos—tal vez para asegurarse de que no hubiera más sacudidas— y entonces comenzó a trabajar de nuevo, dibujando más rápido que antes. Se enderezó y tapó el marcador al mismo tiempo que Sam estacionó el coche.

Moví la mano hacia atrás para ver lo que hizo y vi, para mi sorpresa, que había dibujado las cerezas del letrero. Era claramente un artista mucho más talentoso que el pintor del cartel, pero se las arregló para capturarlas perfectamente en su ligeramente irregular gloria. Una de las cerezas decía algo, y levanté la muñeca más cerca de mi cara para ver de qué se trataba.

¡No te preocupes, Emily! ¡No estamos tristes!

Sonreí ante eso, pasando los dedos sobre las palabras, su prolija impresión ordenada. Levanté la mirada hacia Gideon, quien seguía sentado cerca de mí. — Gracias — dije.

43

Sam apagó el motor y las luces interiores del coche se encendieron. Pude ver a Gideon mucho más claramente ahora mientras agachaba la cabeza como si estuviera avergonzado y se deslizaba a su lado del coche. Pero antes de que las luces comenzaran a apagarse, lo vi sonreírme de vuelta.



El Huerto se veía, desde mi área de estacionamiento, más o menos de la misma forma que lo hizo la última vez que estuve allí. Era un gran espacio abierto, cubierto de hierba que siempre era aplastada por el paso de los autos y las personas caminando sobre él. Las personas tienden a aparcarse al azar y luego reunirse en las mesas de picnic que rodeaban el lugar, que quedaron de la encarnación anterior del Huerto. Todavía tenía algunas escaleras que se encontraban apoyadas en los árboles, pero la mayoría de ellas al menos tenían uno o dos peldaños rotos, y sólo las personas más valientes —o más ebrias— se aventuraban hasta ellas. Más de una vez, vi a alguien estrellarse contra el suelo cuando un peldaño se quebró bajo sus pies. A veces las personas se organizaban lo



suficientemente para obtener un barril, pero generalmente traían sus propias bebidas con ellos, y había por lo general una persona emprendedora que vendía latas no tan frías de cerveza, por un considerable aumento del precio, de un congelador en la parte posterior de su coche.

Parecía como si todavía fuera una noche tranquila —sabías que una noche iba a ser alocada cuando no había ningún sitio para aparcar en la hierba y la gente terminaba estacionándose en el camino que conducía hasta el desvío. La etiqueta *Huerta* dictaba que te estacionaras, como mínimo, a mitad de una milla de la carretera con el fin de no atraer la atención de los policías.

Un convertible, relleno de gente, chilló en el lugar junto a mí y se estacionó en ángulo. No reconocí a nadie, pero antes de que pudiera mirar hacia otro lado, algunos de ellos me miraron mientras salían del coche. Me di la vuelta rápidamente, y en ese momento, de repente me di cuenta de lo que hice. Estuve tan centrada en seguir la lista de Sloane que sólo ahora noté el hecho que fui al lugar de fiesta del pueblo, todo por mí misma. Las únicas personas que había visto solos en el Huerto eran chicos espeluznantes de la Universidad de Stanwich, tratando de recoger a las chicas de las escuelas preparatorias.

44

El motor del Volvo comenzó a chirriar y extendí la mano para apagarlo, luego me recosté de nuevo en mi asiento. Leyendo la lista y haciendo el plan para esta noche, parecía como si Sloane estuviera aquí conmigo. Pero esta era la verdad. Me hallaba sola en el Huerto, y no tenía idea de lo que se suponía que debía hacer a continuación. Podía oír, a través del claro, el bajo de la música golpeando y ocasionales gritos o risas. No podía distinguir claramente a nadie, pero me di cuenta de que un montón de gente se encontraba allí, grupos de amigos reunidos. ¿Se suponía que sólo caminará por allí sola?

Un coche giró para aparcar al otro lado de mí, y cogí mi teléfono, fingiendo estar absorta en él, hasta que noté que nadie dejó el coche —y, de hecho, la pareja en el interior empezó a besarse con furia en el asiento delantero.

Eso fue suficiente para hacerme salir del coche, azotar mi puerta y bloquearla. Miré delante de mí, al Huerto. Durante un segundo, traté de racionalizar que tal vez podría ir a casa ahora —después de todo, vine aquí, y Sloane no me proporcionó alguna otra instrucción. Pero incluso mientras lo pensaba, sabía que no era eso lo que quería decir. Y si iba a hacer esto, tenía que hacer las cosas bien. Tomé un gran respiro y me obligué a poner un pie delante del otro, mientras caminaba hacia el claro, preguntándome qué era lo que normalmente hacía con mis manos.

Solo que no acostumbraba a tener que hacer cosas como esta por mí cuenta. Fuimos Sloane y yo, unidas por la cadera durante los últimos dos años, y ella era tan buena en este tipo de cosas —totalmente sin miedo a caminar por lugares en los que no estuvo antes, o hablar con personas que no conocía— que cualquier habilidad que podría alguna vez tener en ese departamento se marchitó, ya que

sabía que Sloane podría abrir el camino. Y antes de que se mudara a la ciudad, fui parte de un grupo de otras chicas de primer año, y básicamente habíamos navegado a cualquier lugar el primer año de la preparatoria yendo a todas partes en manada.

Comprendí, con mi corazón en un puño mientras me acercaba al claro, que tenía que lidiar con el hecho de que no tenía a donde ir. Había unas cuarenta personas aquí, y reconocí alrededor de un tercio de ellas —en su mayoría personas de la preparatoria Stanwich, pero un par de personas de la Academia Stanwich quienes me eran familiares por fiestas en las que estuve con Gideon, cuando nos fuimos con Sloane y Sam. Grupos diferentes llenaban las mesas de picnic, con gente sentada en las mesas y los bancos, todo el mundo hablando, riendo y claramente aquí con sus amigos. Nadie más daba vueltas solo.

Pude ver, un poco más lejos entre las hileras de árboles, varias parejas, ya sea discutiendo o ligando, y más allá de ellos, un pequeño grupo fumando. Había un chico en el borde de las mesas de picnic con un barril y un montón de vasos de plástico rojos, una hielera abierta a sus pies, y una constante acumulación de personas caminando en su dirección. Pensé en ir por allí, sólo para tener algo que hacer, pero entonces, ¿qué haría después? Me encontraba segura que todos me miraban; prácticamente podía sentirlos. Todo el mundo dándose cuenta que me hallaba de pie sola, fuera de lugar y sin amigos. La mitad de la gente allí, probablemente pensó que era un narco.

45

Noté que me encontraba a sólo unos minutos de llorar —o entrar en pánico— y para evitar esta reacción metí las manos en los bolsillos traseros y traté de mirar a mi alrededor con un propósito, como si tal vez solo tratara de localizar al amigo con el que me reunía, las personas que esperaban por mí. Al mirar alrededor, vi a Collins, apoyado en una escalera en lo que estoy segura que él pensó era una pose genial, hablando con Callie Dwyer, que era una de las chicas más bellas y populares en la escuela —alguien que no podía estar más fuera de su liga. Callie parecía aburrida y un poco desconcertada, y no parecía que Collins aún se diera cuenta que ella lentamente se alejaba de él.

En la mesa de picnic más cercana a él se hallaba Frank Porter, sentado con un grupo con el cual reconocí que él pasaba el tiempo en la escuela, pero a ninguno de los cuales yo conocía particularmente bien —ellos eran grandes triunfadores, alumnos de alto rendimiento súper centrados.

Aparté la mirada rápidamente, antes de que cualquiera de ellos me viera mirándolos, de repente preocupada porque pensaran que vine aquí para acompañarlos porque oí sus planes en IndoorXtreme.

Bajé la mirada hacia mis pies, a mi descascarado esmalte de uñas, como si fueran de alguna manera fascinantes, preguntándome cuanto tiempo tenía que permanecer aquí antes de que pudiera considerar la tarea terminada y regresar a casa.

Sentí una mano sobre mi hombro y salté, asustada, y luego me giré para ver a Gideon de pie delante de mí.

—Oh —dije, sorprendida de verlo— sobre todo desde que estuve pensando en él antes. Repentinamente esperaba que eso no se notara en mi expresión. Comprendí, después de un segundo que esta no fue la reacción más cortes, y rápidamente agregué—: Quiero decir, hola. ¿Cómo estás?

—Bien —dijo Gideon, dándome una media sonrisa. Me miró durante un largo rato antes de hablar de nuevo—. Es bueno verte, Emily.

—A ti también —digo automáticamente, luego preguntándome un segundo más tarde, si realmente lo era. Mientras estaba feliz de tener a alguien con quien hablar y que ya no era la persona más patética en el Huerto, particularmente no quiero hablar con Gideon, especialmente después de la forma en que dejamos las cosas.

Gideon se veía igual que la última vez que lo vi, la noche de Mayo cuando todo se estrelló y quemó. Me acostumbré a su altura cuando pasábamos el rato —o lo que fuera que estuvimos haciendo— cada fin de semana, pero había sido suficiente tiempo desde que lo vi que me golpeó de nuevo. Sus ojos azules eran todavía indescifrables, y su cabello oscuro parecía recién cortado. Me encontraba sorprendida y un poco impresionada de que viniera a mí. Sabía que si yo lo hubiera visto aquí, no haría lo mismo. Pero tal vez me veía así de patética de pie aquí por mi cuenta que había sentido la necesidad de venir a rescatarme. —Entonces —dije, después de una larga pausa, cuando quedó claro de que Gideon no iba a decir nada—. ¿Cómo has estado?

—Bien —dijo, luego otra pausa. Gideon siempre se saltaba la pequeña charla conmigo, siempre pensando en sus respuestas y siempre queriendo respuestas reales a cambio. Nunca daba las respuestas evasivas y fáciles como todos los demás. Pensé que ahora que ya no éramos el algo que habíamos sido una vez, tenía que dejar esto y volver a lo superficial. Pero al parecer no—. Estoy bien —dijo finalmente. Giró un poco su cabeza a la derecha y asintió detrás de él—. Sam quería salir esta noche, así que...

Me perdí cualquier cosa más que Gideon decía mientras seguía su asentimiento y veía a Sam. Solo la vista de él era suficiente para hacer mi estómago caer. Se encontraba inclinado contra la mesa de picnic, y había una chica sentada sobre ella, hablando con él, sonriendo ampliamente y haciendo grandes gestos. ¿Por qué no entendí esto tan pronto como vi a Gideon? Él y Sam iban a lugares juntos, especialmente lugares como el Huerto. Antes de poder alejar la mirada, la mirada de Sam se alejó de la chica y cayó en mí. Solo nos miramos por un momento, mi corazón golpeando, antes de alejar la mirada, hacia el suelo.

Aún podía sentir sus ojos en mí, y me sentí acercarme al pánico, preguntándome si se acercaría, si tendría que hablar con él. Pero cuando miré de

nuevo, vi que miraba en otra dirección, claramente apenas escuchando a la chica a su lado. Y pude sentir que me relajaba un poco. Por supuesto que no vendría. Siempre fue un cobarde.

—¿Emily? —Me enfoqué de nuevo en Gideon, quien me miraba con sus cejas levantadas, esperando una respuesta a una pregunta que no lo escuché formular.

—Lo siento —dije rápidamente—. ¿Qué era?

—Nada —dijo Gideon, con una sonrisa que desapareció inmediatamente. Tomó una respiración, y me di cuenta que lucía nervioso, que tragaba duro—. Emily. Yo...

—Lo siento —dije rápidamente, necesitando cortar lo que sea que diría. Ni siquiera me hallaba segura de lo que era, solo que probablemente querría alguna explicación para lo que pasó, y prefería bastante mantener la lata de lombrices cerrada—. Solo... tengo que irme —dije, comenzando a alejarme de él—. De hecho... hay alguien con quien necesito hablar.

47

Gideon solo me miró en silencio, y pude sentir una frustración largamente dormida saliendo a la superficie. La mitad de mis conversaciones con Gideon parecían consistir en esas pausas largas y cargadas, y después de un tiempo solo lo encontré cansado, como ser un personaje dentro de una puesta en escena. Como si existieran todos esos significados que se suponía debería entender en sus silencios, pero nunca lo hice. —De acuerdo —dijo en voz baja.

—Adiós —dije, luego me giré y me alejé, hacia el chico con el barril, simplemente porque no pude pensar en otras opciones. Me di cuenta justo después de que sería tarde para cambiar de dirección, sin ser súper obvia, cruzaría cerca de Sam. Intenté mantener los ojos fijos frente a mí, pero no pude evitar mirar en su dirección justo mientras pasaba. La chica a su lado seguía hablando, sus gestos eran más grandes que nunca, mientras él solo miraba impasible. Eso es algo que siempre me molestó de él: raramente reía a cualquier cosa, haciéndote sentir como si estuvieras obligado a entretenerlo. Aun cuando no quería, cuando lograbas hacerlo reír, de alguna forma se sentía como éxito. Intencionalmente alejé la mirada antes de que nuestros ojos se encontraran de nuevo, manteniendo la cabeza baja hasta que llegué al barril.

El chico, vendiendo cerveza se encontraba arriba de una de las mesas más destartaladas con una chica a su lado, sentados cerca. No reconocí a ninguno de los dos, me encontraba muy segura de que iban a Hartfield.

Esperé un momento, hasta que se hizo claro que no me prestaba atención, entonces me aclaré la garganta y dije: —Um, ¿cerveza? ¿Por favor?



—Cinco dólares —dijo el chico, sin quitar la mirada de la chica, aun cuando saqué un billete arrugado de mi bolsillo y se lo entregué. Señaló los vasos rojos remanentes, y luego hacia el barril.

—Gracias —dije, tomando un vaso y caminado hacia el barril mientras la chica rompía en risas. Aun cuando sabía que no se trataba de mí, sentía mi corazón golpear mientras presionaba la espita. El barril estaba casi lleno, y nunca fui buena comenzando con uno, así que mayormente tuve un vaso de espuma. Realmente no me importaba, sin embargo, ya que era básicamente utilizarlo como un señuelo. Tomé un sorbo pequeño, haciendo gestos por el sabor caliente y metálico, preguntándome cuánto más tendría que quedarme.

Una hora después, había resuelto el problema de lucir como una perdedora total pasando el rato sola, removiéndome de la vista pública. Encontré un punto en la fila de árboles, lejanos a las mesas de picnic que nadie debería estar escalando como un reto, y me senté, mi espalda contra uno de ellos, intentando no llorar. Lo sabía, por supuesto, que Sloane ya no se encontraba aquí. Pero no entendí ni un poco lo que eso significaba hasta esta noche. Mientras caminaba por el Huerto con mi cerveza. Vi gente que conocía de la escuela, y ocasionalmente me darían medio asentimiento, pero los ojos de algunas personas se deslizaban de mí, como si, sin Sloane a mi lado, me volví invisible. Pretendí que tenía algún lugar al cuál ir, mordiendo mi labio con fuerza mientras caminaba entre los árboles y luego me senté.

48

La realidad de la vida sin Sloane resultó, mucho peor de lo que imaginé. La realidad era me encontraba sentada en un árbol con un señuelo de cerveza, totalmente sola, mientras otras personas reían con sus amigos. Vací la cerveza en las ramas de los árboles y me puse de pie. Me iba a casa. Seguramente pasé el tiempo en el Huerto para satisfacer la lista de Sloane, sin embargo no tenía idea de lo que eso pudo haber logrado además de hacerme sentir la pérdida de ella aún más fuerte.

Salí de entre los árboles de regreso al pasto, y noté un momento demasiado tarde que básicamente estuve a un paso de dos personas dirigiéndose en la misma dirección. Después de un segundo, vi que eran Frank y Collins, y sentí mi corazón hundirse.

—¡Hola! —dijo Collins, sonriéndome en grande. Usaba una camisa polo rosa que le quedaba un poco demasiado ajustada y pantaloncillos cargo caqui—. ¿De dónde vienes, Emma?

—Lee —corrigió Frank.

—¿Lee? —preguntó Collins, mirándome de soslayo, levantando la cabeza hacia un lado—. No, no creo que eso sea correcto.



—Emily —explicó Frank, su voz paciente—. Pasamos por eso como por cuatro horas en el trabajo. —Me miró y me dio una media sonrisa—. Hola, por cierto.

—Hola —murmuré. Me imaginé que probablemente se dirigían al barril, y miré mucho tiempo hacia los autos, estuve tan cerca de solo estar sola, y no tener nada más de estas raras conversaciones—. Nos vemos, chicos —dije girándome hacia el estacionamiento, contando los segundos hasta que terminara.

—Nosotros, um, de hecho —dijo Frank asintiendo hacia adelante, y me di cuenta de que también se dirigían a su auto, en la misma dirección que yo, y solo hice esto más incómodo de lo que necesitaba ser.

—Oh, correcto —dije rápidamente—. Correcto. Genial. —Realmente no parecía haber mucho que decir ante eso, y caminamos en silencio, todos en fila, como si fuéramos una banda en una película musical—. Nos vemos, chicos —dije tan pronto como mi auto estuvo a la vista, y luego me di cuenta un segundo después que acababa de repetir lo mismo. Pero no me importó realmente, a este punto solo quería ir a casa.

—Hasta luego, Emma-lee —dijo Collins, enfatizando la última sílaba de mi nombre. Se detuvo frente a una minivan marrón y señaló el control hacia ella. Un momento después, la puerta lateral abrió con un movimiento de sacudidas, hasta que finalmente se detuvo. Miró orgullosamente la puerta abierta y me dio una sonrisa de falsa modestia—. No está mal, ¿eh?

49

No me encontraba segura de qué decir ante eso, o incluso por qué abrió esa puerta, no era la puerta del conductor, pero antes de que tuviera que pensar en algo. Collins estiró su mano hacia Frank para un golpe de puños, me dio un guiño, entró por la puerta lateral, y maniobró su camino hacia el asiento delantero. Luego salió del Huerto, rápido, su puerta cerrándose mientras se alejaba.

Caminé hacia el Volvo y lo abrí mientras noté que Frank entraba a una camioneta pickup azul algunos carros lejos de mí. Me dio un asentimiento, y le di una media sonrisa antes de entrar en mi auto y encender el motor. Encendí mis luces, comenzando a respirar un poco más fácil ahora que toda esta extraña, tarde estresante comenzaba a terminar. Ni siquiera esperé a que Frank se marchara primero, sino que aceleré, solo queriendo ir a casa. Casi lo logré hasta la cima del camino, cerca de la señal, cuando mi carro comenzó a desacelerar. Presioné más fuerte el acelerador, pero el auto no aceleró, en su lugar solo rodó un par de metros más y se detuvo. Puse el auto en parquear y apagué el motor, luego esperé unos segundos e intenté arrancar el auto otra vez. Pero no arrancó, el motor encendió una vez, y luego murió. ¿Era la batería? Miré el tablero con pánico, como si pudiera decirme algo, y mis ojos se dirigieron al indicador de gasolina, aún a medio tanque, y me di cuenta de lo que había pasado. Me quedé sin combustible.

Cerré los ojos por un largo momento, como creyendo que tal vez despertaría y encontraría que todo esto era un terrible sueño. Pero no. Los abrí, vi luces delanteras aproximándose desde atrás, y noté que las cosas solo se pondrían peor.

Era la camioneta de Frank. Intenté arrancar el auto de nuevo, como si tal vez tuviera un tanque de reserva secreto que pudiera ser activado, pero por supuesto, nada pasó. Podía escuchar el motor de Frank retumbando detrás de mí, y bajé la ventana y saqué la mano, señalándole que siguiera. Estaba estrecho aquí en la cima del camino, pero había suficiente espacio para pasar si conducías por el pasto. Y él estaba en una camioneta, así que no es como que fuera un problema para él ni nada. Cuando Frank no se movió, le hice señas de que siguiera, otra vez, deseando que se fuera para poder pensar en qué hacer aquí. Pero un momento después sus preventivas se encendieron, destellando rojo cada pocos segundos, y Frank salió del lado del conductor y se dirigió a mi auto.

Alejé la mirada y me mordí el labio, sintiendo como que me encontraba a cinco segundos de llorar. Todo lo que quería era ir a casa. ¿Por qué eso era tan imposible? ¿Y por qué Frank Porter insistía en ser testigo de la humillación? De pronto me encontraba molesta —furiosa— con Sloane. No quería estar aquí. No quería lidiar con nada de esto. Era solo que me dijo que fuera ahí. Y si no se hubiera ido, estaría donde se supone que estuviera, nada de esto estaría pasando.

50

—Hola. —Miré y vi que Frank se agachaba para hablarme a través de la ventana abierta, su cara más cerca de la mía de lo que esperaba. Me alejé levemente, apreté las llaves en una mano y noté que temblaba—. ¿Estás bien?

—Bien —dije, intentando obligarme a sonreírle, deseando más que nada que solo me dejara en paz. Frank me miró por un momento, y me pregunté si lo insulté intentando pretender que las cosas se encontraban bien cuando era claro que no. No podría evitar desear que fuera cualquier otra persona detrás de mí. Por supuesto que Frank Porter iba a venir a mí sin pensarlo dos veces—. Digo —añadí, después de un momento en el que Frank no se movió—. No tengo combustible. Pero está bien. Puedo manejarlo.

—¿En serio? —Un auto detrás del de Frank tocó el claxon, fuerte, y Frank hizo la misma seña de *pasa* que yo hice. El auto chirrió a nuestro alrededor, seguido por dos más, y me sentí comenzar a entrar en pánico, mientras comprendí que bloqueaba completamente el paso de las personas. Frank se giró de nuevo hacia mí—. ¿Por qué no te llevo a alguna gasolinera?

—Oh, está bien —dije automáticamente—. Estaré bien. —Sin embargo, un segundo después noté que no pensé en lo que haría. ¿Llamar a mis padres, despertarlos, y decirles que vinieran a buscarme porque me quedé varada en una fiesta a la que no sabían que había ido? No era una buena opción. Tenía la sensación de que estarían más molestos por ser despertados —y teniendo un día de trabajo mañana— que por la fiesta. ¿Podría llamar a una grúa? Pero no sabía cuánto costaría, o si tenía suficiente dinero para cubrirlo.

Dos autos más pasaron a nuestro lado, un conductor gritó algo mientras se perdía en el rugido de su motor. Uno de ellos giró cerca del auto, y Frank se acercó un paso más a la ventana. —Vamos —dijo, y nuestras cabezas casi se encontraban al mismo nivel mientras descansaba la suya en el marco de la ventanilla—. Hay un lugar no muy lejos de la carretera. No llevará mucho tiempo.

Miré hacia el tablero, al medidor inútil, y consideré mis opciones. Ir con Frank Porter por combustible era, increíblemente, lo mejor de las opciones. Otro auto nos pasó, el conductor tocando el claxon mientras se iba. —¿Emily? —solicitó Frank.

—Sí —dije rápidamente, dándome cuenta que Frank era increíblemente bueno ofreciendo esto, y probablemente no tenía toda la noche para andar por ahí mientras yo vacilaba. Tomé una profunda respiración y la dejé salir—. Vamos.

Condujimos en silencio por la carretera juntos. Frank y yo empujamos el Volvo a un lado del camino, casi contra el letrero con las cerezas. Luego abrió el lado del pasajero para mí, y entré, sin recordar decir gracias hasta que cerró y caminó hacia el lado del pasajero. Mientras me sentaba en la camioneta, abrochándome el cinturón de seguridad y las luces se apagaban, comprendí que estaba en el auto de un *chico*. No es que pasara mucho tiempo imaginando el interior del auto de Frank Porter, pero no era lo que esperaba. No se encontraba impecablemente limpio, tal vez con unos libros de preparación para el SAT cuidadosamente apilados en el asiento trasero. Había *cosas* en todos lados. En el suelo frente a mí había una cámara digital, una gruesa biografía de *John Lennon* y una gorra de baseball con un robot donde normalmente va el nombre del equipo. En el asiento trasero, pude ver un par de zapatos tenis, un iPod y una bolsa de una tienda de arte de la avenida Stanwich. En el porta vasos delantero, había un vaso de una fuente de sodas, la pajilla doblada, y en el trasero, una rana de origami. Intentaba procesar todo esto, pero bastante cayó como una revelación que me golpeó en el estómago. Frank Porter era una *persona real* y, a pesar de su presencia ubicua en el campus, una de quien no sabía nada. Y eso hizo aún más extraño el hecho de que nos hallábamos haciendo esto.

Frank abrió la puerta del conductor y entró, apagó las preventivas, y encendió el motor. El estéreo vino a la vida, pero no tocando música, solo el sonido de gente riendo y aplaudiendo antes de que Frank lo alcanzara rápido, y golpeará el botón para apagarlo. No comentó nada, por lo que yo tampoco mientras nos adentrábamos en la oscura y silenciosa carretera. Frank giró a la derecha, la dirección opuesta de regreso al pueblo. Realmente no tenía idea de a dónde nos dirigíamos, y me encontraba muy agradecida de que él parecía saber dónde se hallaba la gasolinera más cercana.

Estando muy lejos de las luces de la ciudad —y sin casas alrededor— estaba oscuro como el carbón, las luces de la camioneta brillaban contra la oscuridad y las estrellas arriba tomando el cielo, aparentemente dos veces más de ellas que las que

veía en casa. Miré su perfil, iluminado por las luces del tablero, luego otra vez por la ventaba, intentando entender lo que pasaba. Me encontraba sola con Frank Porter, en la oscuridad, en un espacio confinado.

La verdad era, que no me estaba acostumbrada a estar sola con chicos. Aún con Gideon, cuando estábamos solos juntos, era usualmente en una gran fiesta, o con Sam y Sloane. No podía recordar cuando —si es que— habíamos sido solo un chico y yo, solos en un auto, en una carretera oscura.

—Entonces, ¿te divertiste esta noche? —preguntó Frank, mirándome después de que hubiéramos estado conduciendo en silencio por varios minutos, yo empujando mi pie hacia arriba, evitando pisar a John Lennon. No respondí rápidamente, y añadió—: Hasta los problemas del auto, digo.

—Oh —dije. Bajé la mirada y vi que la camioneta tenía una palanca de cambios y que Frank conducía con facilidad, moviéndose entre las velocidades sin siquiera bajar la mirada—. Um, estuvo bien —dije, sintiendo que la última cosa que Frank Porter necesitaba era una recapitulación de cuán terrible fue mi noche. Asintió y miró la carretera, y comprendí después de un momento muy largo que ahora era mi turno de hacerle una pregunta. Si se encontrara Sloane en el auto y no yo, ella y Frank estarían riendo y hablando como viejos amigos, y hubieran establecido su propio tipo de bromas para el momento en que llegaran a la estación de gasolina. Y si hubiéramos sido los tres, hubiera sido capaz de sentarme callada, felizmente, uniéndome a la risa, sintiéndome parte de ello, lo bastante cómoda como para unirme con algún comentario o una parte, pero sabiendo que el peso de la interacción no recaía en mí—. ¿Tú? —pregunté finalmente—. ¿Te divertiste, digo? ¿Hoy? —Logrando exprimir esta simple pregunta, miré afuera de la ventana, poniéndome los ojos en blanco yo sola.

Hubo una pequeña pausa, y Frank se aclaró la garganta antes de responder.

—Sí, claro. Quiero decir, estuvo bien. —Asentí, y volví a mirar por la ventana, pensando que era el final de nuestro intento de conversación. Pero un segundo después, agregó—: No suelo ir allí. En realidad no es nuestra escena. Mía y de Lissa —aclaró después de una pequeña pausa, como si no supiera a quien se refería con *nuestra*. Asentí otra vez, y noté que, de hecho, nunca lo vi en el Huerto antes—. Pero Collins me pidió que fuera con él como su cómplice, así que... —Se encogió de hombros.

—¿Cómo, um —dije después de otra pausa demasiado larga—, cómo te fue con eso? —Tenía la sensación de que sabía, ya que la chica con la que Collins había estado coqueteando no parecía muy emocionada al respecto.

—De la misma manera que siempre lo hace —dijo Frank, sacudiendo la cabeza.

Me volví a mirar por la ventana, sintiéndome aliviada, como si hubiéramos tenido una charla lo suficientemente pequeña, y ahora Frank Porter no se sentiría

obligado a tratar y mantener una conversación conmigo. Encendió sus faroles, y el mundo exterior fue mucho más claro, mostrándonos las cosas que estuvieron escondidas en las sombras antes —incluyendo una zarigüeya que se arrojó sobre la carretera, directo en el camino de la camioneta.

Frank pisó el freno. Fui sacudida hacia adelante, hacia el cinturón de seguridad, y sentí algo deslizarse debajo de mi asiento que me golpeó en el tobillo. Afortunadamente, la zarigüeya no se asustó y terminó muerta en el medio de la carretera, sino que siguió corriendo, desapareciendo un segundo más tarde entre los árboles al otro lado.

—Lo siento —dijo, mirando por encima de mí cuando redujo la marcha y comenzó a conducir de nuevo, esta vez más despacio—. ¿Estás bien?

—Bien —dije. Me agaché y cogí lo que se deslizó por debajo del asiento. Era una caja de CD, la portada mostraba a un chico que lucía triste en un bordillo en la lluvia, sosteniendo un micrófono. Algo acerca de la imagen me hizo pensar que era antiguo. *Curtis en el Commodore*, decía en letra cursiva estilizada. Frank me miró, y rápidamente puse el CD en el asiento junto a mí, con la esperanza de que no pensara que estaba espiando entre sus cosas.

—Lo siento —le dije rápidamente—. Esto cayó justo debajo del asiento, y cuando te detuviste...

53

—Correcto —dijo Frank, alcanzándolo y dejándolo caer detrás de su propio asiento—. Gracias. —Miró directamente a la calle, y me pregunté si miré algo que no debía. Pero ya que no tenía ni idea de cómo pedir disculpas por eso, ni siquiera lo intenté. Antes de que el silencio volviera a ser incómodo, vi las luces de neón brillantes de la estación de servicio más adelante. *Ruta 1 de combustible*, decía el cartel. Probablemente destacaría a la luz del día también, ya que no había nada a su alrededor, como si hubiese surgido de la tierra. Sobre todo después de la oscuridad de una carretera sin alumbrado público, pareció aparecer casi como un espejismo. Pero era un espejismo que me encontraba muy feliz de ver en este momento. Era pequeña, sólo cuatro bombas y un mini-mart que parecía muy pequeño en realidad. Pude ver a un empleado bostezando detrás del mostrador, y un letrero de neón parpadeante en la ventana que decía *Snacks, Bebidas y Dulces*.

—Estoy realmente... —empecé, luego me detuve y volví a intentarlo—. Quiero decir, me alegro de que supieras sobre este lugar. Todo el camino hasta aquí.

Frank asintió y levantó una de las bombas de combustible, señalando a los árboles detrás del muy pequeño mini-mart.

—¿Ves esas? —preguntó—. Ese es el hábitat de la rana arbórea gris. Hubo planes el año pasado para ampliar la tienda, añadiendo un lavado de autos. Lissa y yo encabezamos la petición para cancelar el proyecto.

—Oh —dije, asintiendo. Eso fue impresionante, y mientras estaba feliz por la rana arbórea gris, no podía evitar desear que hubiéramos ido a una gasolinera en la que alguien no tuviera rencor hacia Frank —y, por asociación, a mí—. Bueno, sólo voy a tardar un segundo —le dije, desabroché el cinturón de seguridad y abrí la puerta.

—Voy a entrar —dijo Frank, desabrochando su cinturón de seguridad, al parecer, no le preocupaba que la gestión fuera a echarnos antes de poder conseguir gasolina. Pero, no sentía como si pudiera decirle que no, así que sólo me dirigí hasta el mini-mart, Frank jaló la puerta y la mantuvo abierta para mí antes de que pudiera alcanzarla.

—Gracias —murmuré. Me acerqué al mostrador, con la esperanza de que en un lugar tan pequeño, vendieran algo en lo que pudiera poner gasolina—. Um, hola —dije, y el hombre detrás del mostrador se enderezó de donde se encontraba apoyado sobre una sección de papel plegado, un lápiz en su mano. Parecía que estuviera haciendo una sopa de letras, unas palabras ya estaban rodeadas.

—Hola —dijo, mientras Frank se paró a mi lado. Frank se inclinó hacia adelante, girando la cabeza hacia un lado, y me di cuenta de que estaba tratando de mirar la sopa de letras—. ¿Qué necesitas?

54 —¿Tienes algún contenedor de gasolina? —pregunté, mirando alrededor de la tienda, pero sólo ver las cosas que usualmente había en un mini-mart, bolsas normales de patatas fritas, refrescos en vitrinas refrigeradas, dulces y revistas.

El chico asintió y señaló hacia la parte posterior de la tienda. —Junto a la pared.

—Gracias —le dije, apresurándome porque no quería tomar más tiempo de Frank Porter de lo que ya había hecho. Pero no me hallaba muy segura de sí a Frank le importaba en absoluto, porque lo vi inclinarse hacia adelante, mirando el periódico.

—¿Haces sopas de letras? —escuché a Frank preguntar cuando llegué a la parte de atrás de la tienda. Encontré la sección muy pequeña que parecía estar dedicada a cosas para el mantenimiento de coches en general. Me encontré con un recipiente de plástico gigante con una boquilla conectada, pero realmente no pensé que iba a necesitar mucho, además de que no estaba segura de poder pagar por él, sobre todo teniendo en cuenta que también tendría que comprar gasolina para llenarlo. Después de haber pagado de más por la cerveza que no bebí, sólo tenía veinte dólares conmigo. Tenía una tarjeta de crédito de emergencia, pero se encontraba vinculada a la tarjeta de mis padres, y realmente no quería que vieran que compré gasolina en el medio de la nada a la una de la madrugada.

Volví al mostrador con un contenedor cerca de un tercio del tamaño del gigante para encontrar a Frank y al hombre inclinados sobre el mostrador, con el periódico entre ellos.

— *Renacimiento* — dijo Frank, dando golpecitos con el dedo en el periódico, y de alguna manera no me sorprendió en absoluto que Frank Porter hiciera una sopa de letras con el empleado del mini-mart. El chico se acercó más, luego asintió y rodeó la palabra.

— Al revés — dijo el hombre, moviendo la cabeza —. Siempre tratan de ponerlo difícil de esa manera.

— ¿Eso es todo? — Frank preguntó, bajando su mirada al papel —. ¿Falta alguna palabra?

El tipo debió notarme entonces, porque se enderezó y cogió el recipiente, lo escaneó y me lo devolvió. — ¿Y con el resto llenas el contenedor? — le pregunté, entregándole mi billete de veinte.

— Bien hecho — dijo Frank. Él asintió hacia abajo en la sopa de letras, que ahora era sólo una colección de círculos hechos a lápiz, una lista de las palabras tachadas, y unas pocas letras solitarias que no encajaba en ningún lado —. Emily, échale un vistazo.

— Oh — dije, no muy segura de lo que decir acerca de esto, ya que nunca antes me encontré en una situación con la necesidad de hacer comentarios sobre la sopa de letras resuelta de alguien. ¿Qué se supone debía decir? ¿Qué se veía muy meticulosa?

55

Pero antes de poder decidir eso, Frank ya se movía, arrancando mi recibo del mostrador y comenzó a doblarlo distraídamente.

— ¿Alguna vez haces Sudoku? — preguntó.

— No — dijo el tipo, metiendo el lápiz en su oreja —. No es mi escena.

— Tienes que probarlo — dijo Frank entusiasmado mientras me daba la vuelta para irme, sintiéndome de repente como si estuviera haciendo un mal tercio —. Una vez que lo haces, es adictivo. Oh, hombre. No tienes ni idea.

Oí al chico reír antes de que la puerta se cerrara detrás de mí, y me acerqué a la bomba. Traté de concentrarme en ajustar la boquilla en el recipiente, y luego en que la gasolina no se derramara en todas partes, mientras el contenedor empezaba a llenarse, pero en realidad trataba de no pensar en lo muy consciente que me hallaba de que había dos tipos de personas — el tipo que podía hablar con cualquier persona y establecer amistad con ellas, y el tipo de personas que se escondía en las fiestas y se quedaba sentada contra los árboles.

— Oye. — Levanté la mirada y vi a Frank venir a pararse a mi lado —. ¿Estás bien? Te iba a ayudar.

— Creo que lo tengo — le dije. Los números habían comenzado a disminuir, y cuando se detuvieron, saqué la boquilla, cerré firmemente el contenedor, y luego me agaché para levantarlo, pero no se movió.

—Vamos a ver eso —dijo Frank, inclinándose así para agarrar uno de los lados del mismo. Lo izamos juntos, y sólo entonces se me ocurrió que podría haber llenado el recipiente cuando ya lo hubiera puesto en la cajuela de la camioneta, y así hacer las cosas más fáciles para nosotros. Era sólo una cosa más que salió mal esta noche, y lo añadí a la lista—. James dijo que deberíamos mantenerlo en la parte de atrás —dijo mientras colocábamos el contenedor en la plataforma del camión—. E incluso después de que esté vacío, se debe mantener en el maletero a menos que quieras que tu coche huela como una estación de servicio.

—¿James? —pregunté mientras caminaba alrededor de la parte trasera hacia el lado del pasajero. No me di cuenta de una etiqueta con su nombre, pero tal vez Frank sí, o tal vez simplemente se habían vuelto cercanos mientras hacían la sopa de letras.

—Sí —dijo Frank, señalando con la cabeza al tipo dentro de la tienda, que nos saludó—. Buen tipo. Creo que le dará un intento al Sudoku.

Nos metimos en la camioneta, Frank encendió el motor y dejó un pedazo de papel en el portavasos junto con una rana de origami —fue cuando noté que lo que había sido mi recibo ahora estaba doblado en forma de grulla. Quería preguntarle sobre ello, pero en su lugar, sólo me puse el cinturón de seguridad y miré por la ventana. Si Sloane estuviera allí, sentada a mi lado, podría haberle pedido que le preguntara con una sola mirada. Ella lo habría hecho, también. Nunca, en los dos años que la conocía, dejó pasar cualquier tipo de desafío.

56

Estábamos a medio camino del Huerto antes de que rompiera el silencio y hablara. Nuestra interacción llegaba a su fin; casi podía verlo brillando en la distancia como una línea de meta al final de una de mis largas carreras a campo traviesa.

—Gracias de nuevo —dije finalmente después de probar silenciosamente algunas versiones diferentes de esto—. Realmente lo aprecio. Te lo juro, nunca me he quedado sin gasolina antes.

—Y apuesto a que no lo harás otra vez —dijo Frank. Asintió en dirección a su panel de control, que se iluminó como una nave espacial, bañando su lado del coche en una luz azul fresca—. El mío empieza a parpadear y sonar si me queda por debajo de un cuarto de tanque, así que normalmente voy a llenarlo inmediatamente sólo para conseguir que se detenga.

—El medidor de mi coche se averió —le expliqué. Normalmente no compartiría eso, pero no quería que Frank Porter pensara que era una especie de cabeza hueca, además de ser la hermana de un adicto a la adrenalina preadolescente—. Así que sólo trato de ser consciente de lo mucho que he conducido.

Frank me miró, con las cejas levantadas. —Me sorprende que no te hayas quedado sin gasolina antes.

—No, por lo general soy muy cuidadosa —le dije—. Pero esta semana... — Mi voz se apagó cuando me di cuenta que no estaba a punto de decirle a Frank este tipo de detalles sobre mi vida: Sloane fugándose, yo conduciendo por toda la ciudad en busca de ella, la lista—. Simplemente ha sido un poco loca —dije finalmente.

Él asintió mientras hacía un giro de regreso al Huerto. Parecía que, mientras estuvimos fuera, la noche había comenzado a relajarse —sólo había un puñado de coches todavía estacionados allí. Frank se detuvo junto a mi coche, y a pesar de que sólo había esperado que me dejara, me ayudó a levantar el contenedor y luego a mantenerlo en equilibrio, mientras llenaba el tanque. Tiré el recipiente vacío en el maletero, y cuando caminé de vuelta hacia el lado del conductor, vi que Frank leía las pegatinas que cubrían la parte izquierda. Me miró, y pude ver la pregunta en sus ojos, pero desvió la mirada a medida que fui al volante y crucé los dedos. Giré la llave, y después de un momento, el coche volvió a la vida.

—¿Funciona? —preguntó Frank, inclinándose en mi ventana un poco.

—Funciona —le dije. Golpeé en el manómetro—. Pero no mires esto. Siempre está atascado apuntando que está medio vacío.

Frank se acercó más, contemplándolo.

57

—Yo diría que medio lleno. —Me sonrió, y un momento después, entendí la broma. Pero en vez de reír, o de decir algo a cambio, sólo le di una sonrisa tensa y miré al frente. Frank volvió a su camioneta, y de repente me pregunté si fui increíblemente grosera.

—Pero en serio —dije, inclinándome por la ventana un poco—, gracias. Quiero saber si hay algo que pueda hacer para regresarte el favor.

Asintió y levantó una mano en saludo mientras daba la vuelta. Pero entonces se detuvo y se inclinó sobre su camioneta para mirarme.

—En realidad —dijo a través de la ventana abierta—. Hay algo. ¿Me puedes enseñar a correr?

Eso no estuvo ni siquiera cerca de lo que esperaba que dijera, así que no me encontraba segura de cómo reaccionar en un primer momento. Esto podría haber sido evidente en mi expresión, porque Frank se apresuró a continuar.

—Quiero decir, sé cómo funciona. Sólo quiero mejorar en ello, tal vez a entrenar para un maratón de 10 kilómetros o algo así. Estás en el equipo de cross-country⁶, ¿no?

⁶ Es una modalidad de atletismo. Consistente principalmente en recorrer distancias campo a través, es decir, en circuitos naturales no-urbanos.

Asentí a eso, tratando de disimular mi sorpresa que Frank tuviera idea de en qué estuviera involucrada en la escuela —u, honestamente, que supiera algo de mí en absoluto. Y después de haber empezado a faltar a las prácticas y reuniones regularmente en la primavera pasada, no me encontraba segura de si me gustaría volver a estar en el equipo llegado el otoño. Pero no creía que él necesitara saber nada de eso.

—Claro —le dije, con facilidad. Encontrándome bastante segura de que no llegaría a nada, que él se olvidaría de lo que me pidió, y la siguiente vez que viera a Frank Porter, sería en el primer día de clases en septiembre, cuando nos diera la bienvenida a todos los de último año como el presidente de la clase. Probablemente sólo me lo había pedido para que no me sintiera como si le debiera algo—. En cualquier momento.

—Genial —dijo Frank. Me dio una sonrisa, luego siguió adelante, señalizando cuando dio un giro para irse, a pesar de que no había ninguna razón para ello. Vi sus luces traseras hasta que desaparecieron de la vista, y luego encendí mi iPod, conectado al antiguo equipo de música a través de una línea, puse mi coche en marcha, y me dirigí a casa, lista para poder dejar esta noche detrás de mí.

58

Abrí la puerta lentamente, por lo que las bisagras no me rechinaran, y crucé el umbral. Era casi la una y media, y contuve la respiración mientras esperaba que las luces se encendieran y que mis padres llegaran como un rayo por las escaleras, pidiendo explicaciones y furiosos. Pero sólo hubo silencio, interrumpido por el ruidoso tic-tac del reloj de pie que se encontraba en la casa cuando nos mudamos y demostró ser demasiado pesado como para levantarlo. Dejé escapar un suspiro justo cuando sentí que algo rozaba mis piernas.

Me quedé helada. Mi corazón golpeteando, bajé la mirada y vi que era sólo el gato.

—Muévete —le susurré mientras se sentaba en el umbral y comenzó a lavar sus patas, como si no supiera que se hallaba sentado justo en el camino de la puerta. Habíamos estado en Stanwich un año antes de que él se presentara, maullando a nuestra puerta una noche. Me encontraba muy emocionada por finalmente adquirir una mascota, algo que nunca fue posible antes. Pero a pesar de que le pusimos un collar y llenamos sus platos de comida y agua, rápidamente se hizo evidente que no iba a ser un gato doméstico típico. Iba y venía a su antojo, en su mayoría vivía fuera del garaje, sólo pasando grandes cantidades de tiempo en la casa, cuando hacía frío afuera. Pero justo cuando renunciamos a que regresara alguna vez, aparecía en la cocina por la mañana, esperando impacientemente por su plato, como si nunca hubiera estado fuera. Mi padre le había llamado Godot, y con los años, todos nos acostumbramos a su presencia de *estará allí si me da la gana*.

—Vamos —le dije, dándole un ligero empujón con el pie, pero con cuidado, ya que sólo tenía puestas unas sandalias, y Godot no era tímido sobre el uso de sus

garras cuando se sentía ofendido. Pero era tarde, me hallaba agotada, y fue un día bastante largo, sin tener que lidiar con nuestro gato. Quería ir arriba, tachar *recoger manzanas en la noche* de la lista, y luego caer en la cama. Pero del mismo modo que tomé un respiro para decirle al gato que se moviera de nuevo, se me ocurrió algo. ¿Me gané el derecho a tacharlo? Fui al Huerto en la noche, pero no recogí ninguna manzana, y no me encontraba segura de qué tan literal Sloane quería que fuera con algunas de las cosas de la lista. Así que antes de que pudiera realmente pensar en ello o convencerme de no hacerlo, cerré la puerta, sobresaltando al gato, que me siseó a medias y luego me alejé en la noche.

59

Para el momento en que regresé al Huerto, pude ver que los últimos coches restantes se fueron. El lugar se encontraba vacío, vacío a excepción de los ocasionales vasos rojos dejados aplastados en el suelo. Ahora que estaba aquí por mi cuenta, el lugar ya no parecía el campo de batalla de miedo que fue antes, y me encontré caminando fácilmente por el mismo espacio que caminé de puntillas sólo unas horas antes. Caminé por la hierba, mis ojos adaptándose a la oscuridad, mi camino iluminado por la luna que salió de su cubierta de nubes. Mientras caminaba por las hileras de árboles, me puse a buscar uno con una escalera casi intacta, que no fuera tan visible. Pensé que esta era mi mejor opción, ya que las escaleras muy prominentes eran en las que se subía la gente borracha, y esas eran las que tenían la mayor parte de los peldaños rotos. Pero la escalera que finalmente cogí parecía estar de una sola pieza, a excepción del primer peldaño, el cual me salté. Subí con cuidado, y cuando llegué a la cima, y noté que no me caí, sentí que me relajaba. Me hallaba en las ramas del árbol, y también pude admirar la vista desde aquí arriba —el aparcamiento con sólo mi coche en él ahora, el extenso camino oscuro que llevaba de regreso al pueblo.

Faltaban meses para que fuera temporada de manzanas, pero tenía la esperanza de que hubiera algunas. Las manzanas que sí vi parecían las pequeñas y agrias y me resigné a una de ellas, cuando vi una sólo un poco fuera de alcance. No era tan grande o tan perfectamente formada como una manzana de supermercado, pero fue la mejor que pude ver. La cogí, y me aseguré de aferrarme a la escalera con mi otra mano mientras le di un fuerte tirón. La liberé del árbol, y la pulí con mi camiseta antes de dar la vuelta y apoyarme en el escalón más alto. Entonces, asegurándome de que estaba equilibrada, tomé un bocado.

No estaba mal. Todavía no se encontraba bastante madura, pero no estaba mal. Y realmente era bonito aquí —tal vez Beckett tenía razón en algo, después de todo. Me incliné más, completamente en contra de la escalera y admiré a la vista mientras comía mi manzana, poco a poco, bajo la luna.

3

Av. Stanwich 55. Pregunta por Mona

Traducido por Miry GPE, Snowsmily, Beatrix & SofiaG

Corregido por Itxi

Me paré en el estacionamiento en frente del número cincuenta y cinco de la Avenida Stanwich y me quedé mirando la señal frente a mí. *Helados Paraíso*, se leía en letras neón de colores. ¡Dónde cada uno es un sueño!

60

Me encontraba en una pequeña plaza comercial de una de las principales calles de la ciudad. He venido aquí varias veces antes, pero nunca presté atención a los números, así que no sabía cuál era el cincuenta y cinco hasta que me detuve en el estacionamiento, siguiendo las instrucciones de mi teléfono. Había solo un puñado de tiendas en esta plaza comercial: Capitán Pizza, el cual era nuestro lugar de pizzas para llevar; una tienda de artículos de belleza; otra de artículos para correr dónde compré mi último par de tenis; una oficina contable, y al final, Helados Paraíso.

Era el día después de ir al Huerto. Cuando desperté esa mañana, por costumbre, alcancé mi teléfono para llamar a Sloane, sin recordar la situación actual hasta unos pocos segundos después. Pero a diferencia de las dos semanas previas, la comprensión no me envió en picada. Obtuve una carta de ella, después de todo. Tenía instrucciones. Ya taché uno de los elementos de la lista, y seguramente podría hacer el resto justo así de rápido. Tenía un plan.

Tomé una respiración profunda y crucé el estacionamiento. Al pasar Capitán Pizza mientras caminaba, mi estómago gruñó ante el aroma de la pizza recién horneada que flotaba en el aire, a pesar de que aún no era mediodía y acababa de desayunar. A través de la ventana, pude ver a una chica rubia detrás del mostrador, acercándose a un chico parado junto a la caja registradora, el cual se alisaba su cabello y reía.

Cuando abrí la puerta de la heladería y entré, una ráfaga de aire frío me golpeó. El lugar era muy brillante, con paredes y mesas blancas, y luces fluorescentes en el techo. No era enorme —cinco mesas con sillas, un largo mostrador con vitrinas exponiendo el helado debajo, y una nevera que mostraba

pasteles de helado y pintas para llevar. Grandes carteles enmarcados cubrían la mayoría del espacio disponible en la pared. Había algo en la fotografía, o tal vez la forma en que los modelos fueron vestidos, lo que me hizo pensar que no los cambiaron desde hace algunos años. Todas mostraban personas sosteniendo tazas o conos de helado y viéndose dichosamente felices sobre eso. ¡*Atrévete!* se leía en uno en el que se encontraba una mujer sonriendo sosteniendo un cono apilando cinco bolas de helado. ¿*Cuál es tu helado soñado?* se leía en otro, con un niño pensativo contemplando un helado recubierto de sirope.

Una chica usando una camiseta con un arcoíris en el frente se encontraba detrás del mostrador. Supuse que tendría más o menos mi edad, tal vez un poco más joven. Ella no miró cuando entré a la tienda, en su lugar examinaba las puntas abiertas al final de su trenza.

—Hola —dije, mientras me acerqué al mostrador. Tenía una etiqueta con su nombre prendida en su camiseta en la que se leía *Kerry*, y me desinflé un poco al mirarla. Por supuesto no podría ser Mona —eso haría esto demasiado fácil.

—¿Qué te ofrezco? —preguntó, alejando la mirada de su cabello y recogiendo la cuchara para servir helado de una taza con agua en la cual se encontraba.

61 —Oh —dije rápidamente—. No. Quiero decir... no quiero ningún helado. —Kerry paró de sacudir la cuchara y me dio una mirada que claramente decía: *¿entonces qué haces aquí?* Tragué con dificultad, y traté de pasar por esto—. Yo... ¿Está Mona?

—No —dijo Kerry, mirándome de forma extraña. No la culpé.

Asentí, preguntándome si tal vez debí comprar un helado primero; tal vez eso habría hecho este proceso un poco más fácil. Me quede ahí de pie por un momento, intentando pensar cómo pedir esto. Podría haber ayudado si tuviera alguna idea de quien era Mona, o si supiera por qué se supone que debo preguntar por ella—. Yo solo... —inicié, sin estar segura de cómo describir lo que necesitaba sin saber yo misma ni un poco sobre ello. Tomé aliento y decidí solo decírselo, sin importar cuán loco sonaría—. Una amiga mía me dejó una nota, diciendo que viniera aquí para hablar con Mona. Así que... —Paré de hablar cuando comprendí que no sabía cómo terminar la frase, sin demandar que Kerry, de alguna manera, la buscara. Esto ya se había vuelto mucho más humillante de lo que imaginé que podría ser, lo cual era, de un modo extraño, una especie de liberación.

—Bueno, Mona no se encuentra aquí —dijo Kerry, hablando deliberadamente lento, como si la razón por la que continuaba de pie en frente de ella, sin ordenar helado, era que no entendía bien el español—. Así que si no vas a querer algo, puedes... —El teléfono sonó y lo contestó—: Hola, Paraíso —dijo, manteniendo sus ojos en mí todo el tiempo, como si esto fuera parte de un plan elaborado para robar el lugar—. Hola, Mona. No. Sin clientes. Solo...

—¿Es Mona? —pregunté rápidamente, inclinándome sobre el mostrador. La desesperación me hizo valiente, y cualquier sentido de dignidad que tenía cuando entré al lugar se fue—. ¿Puedo hablar con ella?

—No —dijo Kerry al teléfono, pero probablemente a mí también, dando un paso atrás—. Solo una chica que no ordenó nada. Quiere hablar contigo. —Escuchó por un momento, luego bajó el teléfono—. ¿Qué es lo que quieres?

—Bien, mi amiga —balbuceé, hablando rápidamente, no sea que Kerry cambiara de opinión—, me dejó una lista, su nombre es Sloane Williams, no sé si eso importa. Como sea, en la lista, me pidió que viniera y preguntara por Mona. Así que eso es... lo que estoy haciendo.

Kerry solo elevó sus cejas al mirarme. —¿Escuchaste eso? —dijo al teléfono. Inclino ligeramente su cabeza a la derecha, escuchando algo que decían del otro lado de la línea—. Oh —dijo, mirándome—. No sé porque ella no empezó justo con eso entonces. Está bien. Sí, le preguntaré. Hablamos después. —Colgó y miré con consternación al teléfono sobre el mostrador, preguntándome si debí intentar hablar yo misma con Mona por teléfono. Kerry alcanzó algo bajo el mostrador y sacó una carpeta manila. Hojeó los papeles que contenía, inclinados, por lo que no podía ver lo que eran. Se detuvo, y luego miró hacia mí—. ¿Cuál es tu nombre?

62

Mi corazón latía con más fuerza ahora, pero no por los nervios —porque se sentía como si estuviera cerca de descubrir algo. —Emily —dije, preguntándome si debería mostrar alguna identificación—. Emily Hughes.

Asintió y sacó un pedazo de papel y lo colocó sobre el mostrador. —Se suponía que tenías que estar aquí la semana pasada —dijo—. Mona creyó que no querías el trabajo.

Me le quedé mirando. —¿Trabajo?

Kerry rodó los ojos, claramente perdiendo la paciencia que había tenido conmigo. —Sí, el trabajo —dijo—. ¿El que solicitaste? ¿Mona es el gerente? —sacudió su cabeza y se inclinó por sobre el mostrador colocando el pedazo de papel más cerca de mí para que lo pudiera leer.

Efectivamente, era una solicitud de empleo para Helados Paraíso. Fue rellenado a mi nombre con la letra de Sloane. Tenía el correo electrónico y el número telefónico de Sloane, pero mi nombre y experiencia laboral. Sloane se puso a sí misma como contacto de emergencia y bajo *Información Adicional* añadió: *Soy realmente una buena trabajadora, una amiga maravillosa, muy puntual, divertida, leal, detallista, todo lo asombroso. Oh, y humilde también.*

Sonreí cuando leí esto mientras simultáneamente sentía como si fuera a estallar en lágrimas. Lo único que lo impidió fue imaginar lo que Mona, Kerry o quien fuera, debieron pensar de esta extraña solicitud.

—¿Puedo quedarme con esto? —pregunté, sosteniendo la solicitud mientras Kerry se enderezaba de nuevo, sosteniendo dos camisetas blancas.

—No —dijo, sonando exasperada conmigo, mientras la colocaba de nuevo en la carpeta—. Necesitamos conservarlo. Así tenemos tu información en caso de que incendies el lugar o algo. —Me miró muy de cerca después que dijo eso, claramente pensando que podía ser capaz hacerlo—. Como sea, seguramente Mona mencionó el salario cuando solicitaste el empleo. Así que necesitamos a alguien cinco días a la semana, dos de esos tienen que ser en fin de semana. Mona hace la programación de los horarios esta noche, por lo que puede enviarte un correo electrónico.

Parpadeé hacia ella. —¿Quieres decir que tengo el empleo? —Kerry ni se molestó en responder a eso. Solo volvió a la carpeta de nuevo.

—Mona quiere saber si tu amiga aún sigue interesada. —Sacó otro papel, y pude ver que era la escritura de Sloane de nuevo, esta vez relleno con su propia información. Vi, en la sección que trataba sobre la programación, Sloane escribió en mayúsculas: *!!!NECESITO LOS MISMOS HORARIOS QUE EMILY HUGHES!!!*

Finalmente, lo entendí. Ella tuvo un plan para que nosotras trabajáramos juntas después de todo. Y a juzgar por lo vacío que se encontraba Paraíso, eligió el lugar ideal. A diferencia del verano pasado, cuando nuestras sesiones maratónicas de charla siempre eran interrumpidas por personas que querían que se les entregara su comida o se les tomara su orden, este hubiese sido el trabajo perfecto para nosotras. Nos pagarían por estar juntas todo el día, con una interferencia mínima de clientes.

Kerry soltó un suspiro fuerte, y me di cuenta que no le contesté. —No —dije rápidamente. Notando que Sloane dejó en blanco la sección *Información Adicional* de su propia solicitud de empleo—. Ella... ya no está disponible.

—Está bien —dijo Kerry, poniendo la aplicación de Sloane de nuevo en la carpeta—. ¿Quieres el trabajo o no? Porque si no, tenemos que llamar a los otros candidatos.

Pensé en ello mientras miraba las dos camisetas blancas cuidadosamente dobladas sobre el mostrador. No era la peor idea del mundo. Necesitaba un trabajo, después de todo. Y Sloane me consiguió uno. Puso esto en la lista después de todo, así supe acerca de este trabajo, incluso después de que ella se fue. Y tuve la sensación de que probablemente no sería muy demandante. Asentí. —Sí —dije—. Lo tomaré.

—Genial —dijo Kerry, sonando decididamente sin entusiasmo por esto mientras empujaba las camisetas en mi dirección—. Bienvenida a Paraíso.

Para el momento en que llegué a casa de nuevo, hacía mucho calor. El aire acondicionado del Volvo era apenas funcional, por lo que normalmente ni siquiera

intentaba encenderlo. Pero cuando lo encendí hoy, y sólo salió aire caliente, rápidamente lo apagué. Normalmente, el techo abierto dejaba entrar una brisa, pero en cambio, se sentía como si estuviera sentada directamente en un rayo de sol del que no podía salir. Hice una nota mental, mientras me estacionaba en el camino de entrada, de conseguir del garaje la pieza de madera para el techo, aunque solo sea para enfriar un poco el coche proporcionando algo de sombra. Mientras caminaba a la puerta principal, con las nuevas camisetas de empleado en la mano —las cuales tenían arcoíris en ellas como las de Kerry, y me consterné al verlas— me encontraba lamentando el hecho de que no conseguí ningún helado después de todo.

Entré, con cuidado de no hacer demasiado ruido en caso de que mis padres estuvieran trabajando. Pero cuando pasé al comedor, sólo mi papá se hallaba sentado en la mesa. Su computadora portátil se encontraba abierta, pero se hallaba recostado en su silla ergonómica con ruedas, leyendo un libro grueso, subrayando en ocasiones, tan concentrado en su tarea, que seguro que ni siquiera me escuchó entrar.

Encontré a mi mamá en la cocina, lavando un durazno. Se giró cuando me oyó, dándome una sonrisa cansada, y tuve la sensación de que estuvieron trabajando toda la mañana. —Hola, Em —dijo. Miró las camisetas bajo mi brazo—. ¿Fuiste de compras?

64

—Conseguí un empleo —dije, sacudiendo una de las camisetas y levantándola en el aire para que pudiera verla—. Helados Paraíso.

—Oh —dijo mi madre, alzando las cejas—. Bien, eso es... bueno. Y estoy segura que va a ser agradable y genial ahí, ¿verdad? —Sin esperar respuesta, prosiguió—. ¿Has comido? —Miró a su alrededor, y luego tendió la fruta en su mano hacia mí—. ¿Durazno?

—No, gracias —dije, crucé hacia la nevera, agarré una botella de agua y tomé un largo trago.

—Quería preguntarte —dijo mi madre mientras secaba el durazno—, ¿está todo bien entre Sloane y tú? Se siente como que no la hemos visto por aquí en mucho tiempo.

—Oh —dije. Miré hacia la madera rayada del suelo de la cocina, debatiendo qué decirle. Justo ayer, no quería nada más que decirles a mis padres, y obtener su ayuda para encontrarla. Pero eso fue antes de la lista. Y la lista me hizo sentir como si Sloane tuviera un plan, y el que yo corriera a mis padres en busca de ayuda no era parte de él—. Está fuera de la ciudad por el verano —le dije, mirando de vuelta a mi mamá, racionalizando eso, técnicamente, no era incluso realmente una mentira.

—Oh, es una pena —dijo mi mamá, frunciendo el ceño. Mi madre sentía todo rápida y profundamente, y lloraba con facilidad. Esa era la razón por la que

ninguno de nosotros quería sentarse junto a ella cuando veíamos películas tristes — . Eso va a ser difícil para ti, Em.

Mi madre dio un mordisco a su durazno, pero podía decir que tenía más cosas que preguntar sobre eso; prácticamente podía sentir las preguntas como *dónde, por qué, por cuánto tiempo*, las cuales no podía comenzar a responder. Así que antes de que pudiera plantearlas, rápidamente dije: — Así que Beckett parece muy entusiasmado con este viaje a acampar. — Estaba casi segura de que se encontraba en el campamento de día, pero miré hacia la puerta para comprobar, por si acaso.

— Sí — dijo mi madre con una sonrisa—. Tu papá, también. — Asentí, pensando que esto significaba que el viaje seguía en pie, y yo hice lo correcto al decirle básicamente tanto a mi hermano—. Aunque no sé por qué — dijo mi madre mientras negaba con la cabeza, girando el durazno, en busca de un bocado perfecto—. Dormir al aire libre cuando se tiene una perfecta cama no tiene...

— Andrea, escucha esto — dijo mi papá, irrumpiendo en la cocina. Tenía en sus manos un grueso libro, y hablaba rápido y emocionado—. Tesla y Edison eran *amigos* cuando llegó aquí por primera vez desde París. Edison lo llamó un genio.

— Scott — dijo mi madre—. Me hallaba en medio de una plática con Em. — Pero noté que ella estaba sólo parcialmente en la cocina conmigo ahora. Era como si pudiera prácticamente sentir su deseo de volver a la obra, y me encontraba bastante segura de que ya se olvidó de Beckett y acampar.

— Está realmente bien — le dije rápidamente, caminando hacia atrás en la cocina—. Ustedes vayan a escribir.

Mi madre se mordió el labio y me miró, y le di una brillante *todo está bien aquí* sonrisa y me dirigí arriba, pero no antes de escucharlos comenzar a hablar, sus voces excitadas y superpuestas, diciendo palabras como *laboratorio, patentes y corriente alterna*.

Subí las escaleras hasta mi habitación lentamente, sintiendo como si la temperatura se elevara con cada paso. Me dejé caer en la cama y miré hacia el techo, donde aún podía ver las marcas de cinta, dejadas por el panteón rotativo de carteles del ídolo adolescente de turno que puse durante mis años de escuela media. Cogí mi teléfono, que se encontraba, por supuesto, libre de cualquier texto o llamada perdida. Y aunque sabía que probablemente sólo iría a su buzón de voz, me encontré pulsando el botón para llamar a Sloane. Efectivamente, la grabación del correo de voz comenzó, el que me sabía de memoria. Esperé hasta el bip, respiré hondo y empecé.

— Oye, soy yo. Me dieron el trabajo, el de Paraíso. Así que gracias por arreglarlo para nosotras. — Dije la palabra de forma automática, pero un segundo después, la realidad me golpeó como un puñetazo en el estómago. No había ningún *nosotras* en Paraíso. Sólo yo, trabajando con una camiseta con un arcoíris en ella—. Tengo que contarte lo que pasó. Fue muy divertido, esa chica pensaba que

estaba loca. —Escuché el silencio, el espacio vacío donde la voz de Sloane debería encontrarse, riéndose, haciéndome preguntas, reaccionando sólo de la forma correcta—. Como sea. Te llamaré pronto.

Colgué y, después de un momento, me levanté de la cama. Dejé mis nuevas camisas en el cajón y saqué la lista de Sloane. No creía que hoy fuera capaz de realizar algo más —sabía que tendría que tener una lluvia de ideas antes de hacer frente a lo demás. Cuidadosamente taché el número siete y regresé la lista a su sobre y la puse en el cajón. Luego miré alrededor, un poco perdida.

No quería quedarme en mi habitación —de hecho no pensaba que fuera saludable si quería evitar el golpe de calor— pero no quería pasar de puntillas por las escaleras. Y no quería ir al campus, o ir al centro por mi cuenta. Comenzaba a sentirme nerviosa, claustrofobia. Necesitaba salir, pero técnicamente acababa de regresar. Y, ¿adónde se suponía que iría? Me quité las sandalias y las arrojé en mi armario, donde aterrizaron en las deportivas y me dieron la respuesta.

Sin pensarlo dos veces, saqué las zapatillas del armario, luego me dirigí al cajón que guardaba mi ropa de entrenamiento. No sabía si iba a mejorar algo, pero era la única cosa que quería hacer por el momento. Iba a correr.



JUNIO

Dos años antes

Sacudí los brazos y traté de acelerar el paso, intentando ignorar la forma en que mi respiración salía irregularmente. No había corrido desde que la escuela terminó hace dos semanas, y lo sentía con cada paso. Estuve con el equipo de cross-country como una de primer año, pero me quedé detrás del resto del equipo, por lo que quería mejorar mis tiempos en el verano de modo que tendría una oportunidad de hacerlo de nuevo en el otoño, cuando sabía que la competencia sería más intensa.

67

Ya que caminaban muchas personas y eran demasiadas las excusas para bajar la velocidad en mi vecindario, salí de mi camino en este viaje. Eran unos buenos 16 kilómetros desde mi casa, y tenía la sensación de que mi regreso podría terminar en una caminata —y una larga, cabe destacar. Casi no había pasado tiempo en esta parte de la ciudad, fuera del campo de Stanwich. No había ninguna acera, pero correr en la carretera no parecía la gran cosa, desde que circulaban tan pocos coches.

Me debatía en si podía seguir andando, o si tal vez era tiempo de rendirme y comenzar a caminar, cuando vi a una chica.

Se paseaba de un lado a otro en la entrada para coches de una casa, pero se detuvo cuando me acerqué cubriendo sus ojos del resplandor. Luego, para mi sorpresa, comenzó a saludarme con la mano —pero no el saludo de tipo normal de decir hola— la clase de gesto que hacía un náufrago en una isla para detener a los barcos que pasan.

—Me alegra tanto que estés aquí —dijo, tan pronto como pude escucharla—. ¡He estado esperándote! —Reduje la velocidad a una caminata, luego me detuve delante de la chica. Parecía de mi edad, a excepción de que vestía mucho mejor que cualquiera que conocía —vestía un top ligero con sus pantalones cortos de mezclilla, lápiz labial rojo brillante, y máscara. Pero lo chocante con todo esto era el hecho de que su cabello se hallaba debajo de una toalla, la que giró para convertirla en un turbante.

—¿Yo? —pregunté, intentando recuperar el aliento, mirando alrededor para ver que el camino todavía se encontraba vacío. Pero no podía haberse referido a mí —nunca nos habíamos conocido antes. La habría recordado, eso era seguro.

—Bueno —reconoció la chica con una sonrisa —, a alguien como tú. Alguien que no luciera como un total extraño aterrador. Aunque en este punto, honestamente, probablemente lo habría aceptado también. Pero eres la primera persona que aparece aquí como en una *hora*, lo juro. Me preocupaba que estuviera repentinamente en una película zombi donde toda la humanidad había desaparecido. —Se detuvo y tomó una respiración, yo solo parpadeé, tratando de seguirle el paso a lo que sucedía aquí. Hablaba rápido, y parecía una combinación de estresada y al borde de una crisis nerviosa, una mezcla que no sabía si había visto antes.

—¿Qué...? —comencé, luego me detuve, cuando me di cuenta de que no sabía que decir ahí—. ¿Estás bien?

—No —dijo, luego pareció pensarlo de nuevo—. Bueno, quiero decir, estoy, como, físicamente bien. Yo solo... —tragó una bocanada de aire—. ¿Me puedes ayudar a allanar mi casa? —Señaló detrás de ella, y sentí que mi mandíbula caía abierta.

Era una completa y enorme mansión. Parecía antigua, majestuosa, y muy lujosa. Era la clase de lugar que podía imaginar que poseían los magnates del acero, donde se daban fiestas de corbata, invitaban a las duquesas y los senadores a cenar y serios mayordomos de guantes blancos abrían la puerta principal.

68

—¡Yo vivo aquí! —continuó la chica—. Lo juro, no trato de robar nada. Solo me quedé fuera. —Negó con la cabeza, luego extendió los brazos para enderezar la toalla—. Y normalmente, haría cualquiera cosa, solo tomaría un paseo o trabajaría en mi bronceado o algo. Porque mi padres van a venir en algún *punto*. Sabes, algo así. Pero estoy un poco preocupada de que mi cabello está a punto de convertirse en verde permanentemente. —Después de que dijo eso, comenzó a reír, cerrando sus ojos e inclinándose hacia adelante ligeramente, sus hombros temblando.

Aunque no sabía lo que era divertido, y todavía trataba de descubrir lo que sucedía, me sentí sonreír también, como si estuviera a punto de comenzar a reír también, solo para estar en la broma.

—Lo siento —dijo, enderezándose y dejando escapar una bocanada de aire, recomponiéndose—. La situación es simplemente ridícula.

—¿Por qué tu cabello está a punto de volverse verde? —pregunté.

La chica hizo una mueca y se quitó la toalla. Sentí que mis ojos se ampliaban mientras tomaba un pequeño paso hacia atrás. Su cabello se hallaba cubierto de una brillante máscara verde que parecía como si estuviera endureciéndose en forma de casco. —Se supone que solo lo dejes por veinte minutos —dijo, levantando los brazos para apenas tocar su cabello—. Y ha pasado, como, una hora. O más. Probablemente más. Oh, Dios.

—Seguro —dije—. Quiero decir, ¿cómo puedo ayudar? —Tan pronto como las palabras salieron de mi boca, me sorprendí de haberlas dicho. Pero las dije en serio, cien por cierto.

—Oh, muchas gracias —dijo la chica, sus hombros hundiéndose con alivio—. Nos mudamos solo hace un par de semanas, así que no es ni siquiera como si supiera donde están los mejores lugares para entrar. Pero estoy bastante segura de que hay una ventana abierta a la que puedo llegar, si solo me echas una mano.

—De acuerdo —dije, y la chica sonrió en mi dirección y se dirigió a la entrada para coches. La seguí, y noté que iba descalza, y que el astillado y brillante rojo de sus uñas parecía combinar con su labial. La casa era incluso más impresionante a medida que me acercaba, y repentinamente me di cuenta de que la había visto antes. Cuando llegamos a Stanwich por primera vez, mis padres buscaban una casa, el agente inmobiliario nos había conducido más allá de ella, hablando acerca de cómo era uno de los sitios arquitectónicos emblemáticos del pueblo, usando palabras que nunca escuché antes, como *pórtico* y *vestíbulo*—. Tu casa es asombrosa —dije, mientras la seguía rodeando el costado, mirando hacia arriba.

69

—Gracias —dijo con un encogimiento, claramente sin estar tan impresionada como yo—. De acuerdo, ¿ves esa ventana? —Apuntó hacia una ventana que parecía preocupantemente alta, pero podía ver que se hallaba abierta, las cortinas beige dentro se agitaban en la brisa ligera.

—Sí —dije con lentitud, tratando de descubrir cómo —incluso con mi ayuda— esta chica iba a llegar arriba.

—Así que pienso que si solo me das una mano, debería poder entrar —dijo—. Y luego puedo lavarme esta cosa. Y con suerte no habrá hecho daño permanente, o provocado que mi cabello se caiga o algo como eso.

—Estoy segura de que estará bien —dije, aunque no tenía conocimiento de nada acerca de esto. Me arrepentí inmediatamente —la líder del grupo de chicas de la que era amiga habría rodado sus ojos y preguntando, *como*, exactamente, sabía eso. Pero esta chica solo me sonrió.

—Muchas gracias —dijo. Antes de que pudiera responder, la chica se inclinó hacia adelante, examinando la ventana, con las manos en sus caderas—. Creo que esto debe ser realizable —dijo, aunque sonaba menos confiada de lo que lo hizo hace un momento antes. Me miró, y de repente deseé verme más decente —lo que era ridículo, porque había estado corriendo. Pero esta chica se veía tan genial, que no podía evitar ser consciente de que vestía mis viejos pantalones demasiado cortos para correr, y una vieja y simple camisa de mi mamá que decía *Williamstown Theater Festival Crew*. —Gracias a Dios eres alta —dijo—. Estoy tan celosa. Desearía serlo.

—No eres tan baja —dijo, ya que era unos diez centímetros más alta que ella.

—Lo soy —dijo, negando con la cabeza, y noté, preocupándome un poco, que su cabello no se moviera en absoluto cuando hizo eso—. Oh Dios mío, cuando vivía en Copenhague era *peor*. Todo el mundo es alto. Era prácticamente la persona más baja de ahí. Tú habrías encajado completamente. Me encanta tu camisa, por cierto. ¿Es vitange?

—Um —dijo, bajando la mirada hacia ella, pensando que *vitange* probablemente no era la palabra adecuada, pero asintiendo de todas formas—. Algo así. Era de mi mamá.

—Increíble —dijo—. Puedes decirlo. El algodón solo se hace tan fino con años de lavarlo. Conozco una tienda de segunda mano en San Francisco que te pagaría al menos unos cien dólares por eso. —Parecía darse cuenta de que nos habíamos alejado de la misión en primer lugar, porque se giró de regreso a la ventana.

Mientras levanté la mirada en dirección a la ventana, no podía evitar desear que Beckett hubiera estado con nosotras, habría sido capaz de llegar ahí sin problemas.

—De acuerdo —dijo la chica, mirando a la ventana y de regreso a mí—. ¿Tal vez si me das un empujón?

—De acuerdo —repetí, tratando de sonar más segura de esto de lo que me sentía. Encontré su mirada, y ambas compartimos una carcajada, aunque no podría haber dicho por qué.

—Oh, Dios mío —dijo la chica, claramente tratando de recomponerse—. Bien. Bien. Bien.

Hice una cesta con mis manos, y dio un paso en ellas. Y mientras hacía mi mejor esfuerzo para empujarla hacia arriba, rápidamente se giró de modo que básicamente estaba de pie en mi espalda mientras agarraba la repisa de la ventana.

—¿Estás bien? —preguntó—. Lo siento. No puedo creer esto. ¿Estoy lastimándote?

—Está bien. —Me las arreglé para enderezarme y darle otro empujón.

—¡Lo tengo! —dijo triunfantemente, pero cuando me enderecé, vi que tal vez era un poco optimista, ya que colgaba del borde, pero parecía mucho más cerca de caerse al suelo que de entrar por la ventana—. Um, algo así.

—Aquí —dijo, agarrando uno de sus pies que pateaba el espacio mientras trataba de subirse—. ¿Tal vez si te doy otro empujón?

—¡Sí! —dijo—. Gran idea. Eres un genio en esto. —Sostuve su pie, se alzó en mis manos y pudo balancear una pierna, y luego otra sobre el alfeizar. Cayó sobre

la ventana con un ruido seco que pude escuchar incluso desde el suelo —. Ouch — escuché su murmullo desde el interior.

—¿Estás bien? —llamé.

Un segundo después, su cabeza verde apareció en la ventana. —¡Bien! — dijo—. ¡Muchas gracias! Salvaste mi vida. O al menos mi cabello. —Me sonrió, y luego desapareció de la vista. Me imaginé que se fue a lavar la máscara verde, pero me encontré esperando en la ventana solo un momento más, preguntándome si terminó. Cuando no regresó, me giré y caminé hacia la entrada para coches. Cuando llegué al final y giré a la derecha en el camino, en la dirección que me llevaría a casa, me di cuenta que ni siquiera sabía el nombre de la chica.

Cuando comencé a correr en la misma dirección al día siguiente, mis músculos protestaron —fuertemente. Pero ni siquiera pensé en no ir, aunque esperaba que no me hiciera parecer una acosadora. Se sentía como si hubiera visto los primeros cinco minutos de una película, y tenía saber lo que sucedía después. Y si la chica no estaba allí, no iba a llamar a la puerta ni nada. Cuando me acerqué más a su casa, sentí mis esperanzas desinflarse mientras me daba cuenta de la entrada y la acera vacías. Parecía completamente obvio ahora que lo estarían. ¿Esperaba que estuviera pasando el rato afuera, esperando por ahí? Me giré para regresar a casa, mientras lo hacía noté que había una escritura en el suelo, con tiza las letras eran una mezcla de mayúsculas y cursivas.

71

Hola, ¡chica corredora! Muchas gracias.

El cabello está bien. J xo, SW.

En el tercer día, ni siquiera traté de correr. Mis piernas me mataban después de intentar hacer dos largos viajes cuando todavía estaba fuera de forma. Conseguí que mi madre me dejara como a un kilómetro de distancia, diciéndole que quería explorar nuevas rutas. Creo que normalmente habría hecho más preguntas, pero Beckett tenía una rabieta en el asiento trasero y su atención estaba dividida. Me dijo que la llamara si necesitaba un aventón a casa, recordándome no ir tan lejos, ya que teníamos una cena familiar planificada.

Si hubiera sido una de las chicas de la escuela a las que intentaba impresionar, hubiera usado algo diferente. Uno de mis vestidos más bonitos, la falda que mi madre me acababa de comprar, la clase de ropa que siempre me hace sentir como si fingiera ser alguien más por completo. Pero me encontré buscando otra de las viejas camisas de mi madre, las que solo usaba normalmente para correr o andar por la casa. También me puse algo de brillo labial, aunque no tenía nada ni de cerca rojo brillante. Cuando me miré en el espejo, me di cuenta de que me sentía como yo misma, pero una nueva versión de mi misma, una que nunca probé hasta hoy.

Caminé con lentitud hasta la casa de la chica, intentando reunir coraje. Decidí, antes cuando me arreglaba, que iba llegar y tocar el timbre. Me dejó una

nota, después de todo, ¿y no era eso una clase de invitación? Pero mientras más me acercaba, más comenzaba a preguntarme si de verdad sería capaz de hacer esto. Tocar el timbre de la mansión, y cuando alguien venga a la puerta preguntar por... ¿Quién, exactamente? El plan parecía más y más estúpido a medida que me acercaba, pero me hice caminar todo el camino hasta la entrada para coches. El mensaje de tiza se había ido, sin duda lavado por la tormenta que me despertó a las dos de la mañana. Levanté la mirada hacia la entrada por un momento más largo, luego perdí cada pizca de coraje que me llevó tan lejos y me giré para irme.

—¡Oye! —Levanté la mirada y vi a la chica sobresaliendo de una ventana del segundo piso. Me sonrió—. Espera, ¿de acuerdo? —Asentí, y su cabeza desapareció dentro.

Me balanceé de un pie al otro, alisando mi camisa, preguntándome por qué me sentía tan nerviosa. Me ponía nerviosa alrededor de mis amigos en el colegio, pero eso era más por si diría algo estúpido o haría que me echaran del grupo. Esto era algo más.

—¡Regresaste! —Levanté la mirada y vi a la chica bajando por la entrada, caminando rápido, luego corriendo un par de pasos, y luego caminando de nuevo. A medida que se acercaba, vi que sostenía un par de sandalias en una mano, balanceándolas por las largas tiras de cuero—. ¡Me alegra tanto que estés aquí! Quería agradecerte, pero luego me di cuenta de que no tenía idea de cómo hacerlo. ¡Mira! —Se inclinó hacia adelante y sacudió su cabello en mi dirección, y me di cuenta de que estaba intacto, y no tenía ni la más ligera pizca de verde.

—¿No hay daños? —le pregunté, mientras volteaba la cabeza hacia atrás.

—¡Ninguno! —dijo felizmente, tirando de un extremo para examinarlo, luego, metiéndolo detrás de su oreja—. Quiero decir, por lo que yo sé. Igual se caerá el próximo martes.

—Reacción retardada —le dije, asintiendo—. ¿Y si has descubierto algún compuesto químico mágico que sólo se activa cuando lo has dejado por mucho tiempo? Y es por eso que te dicen que no lo hagas.

—Me encanta —dijo—. La máscara del pelo es mi araña radiactiva. —Me reí, y ni siquiera tenía tiempo para preocuparme de si la aburría o parecía tonta antes de que ella preguntara—: ¿Cómo te llamas?

—Emily —le dije, y sonrió, como si eso era sólo el nombre que esperaba oír.

—Es tan agradable conocerte —dijo—. Soy Sloane.





¡Corre, Emily, Corre!

Galveston, Glen Campbell

Any Way You Want It - Journey

Crash My Party - Luke Bryan

Heat of the Moment - Asia

True North - Jillette Johnson

Take On Me - A-Ha!

The Moment I Knew - Taylor Swift

Just Like Heaven - The Cure

It Goes Like This - Thomas Rhett

Mr. Blue Sky - ELO

All Kinds of Kinds - Miranda Lambert

Nightswimming - R.E.M.

What About Love - Heart

The Downeaster "Alexa" - Billy Joel

Short People - Randy Newman

Dancin' Away with My Heart - Lady Antebellum

Take Me Home Tonight - Eddie Money

You Make My Dreams - Hall & Oates

Even If It Breaks Your Heart - Eli Young Band

Aw Naw - Chris Young

The Power of Love - Huey Lewis & The News

This - Darius Rucker

Fancy - Reba McEntire

Run - Matt Nathanson feat. Sugarland

A Lot to Learn About Livin' - Easton Corbin

Centerfold - J. Geils Band

Quittin' You - The Band Perry



74

Me hallaba seriamente fuera de forma. Podía sentirlo por cómo mis pantorrillas empezaron a dolerme de inmediato, cómo era de dificultosa la respiración después del primer kilómetro. Mi participación en el equipo de cross-country llegó muy esporádica mientras la escuela terminaba, y no corrí en absoluto, ya que volví para encontrar que Sloane se fue. Pero aun así era triste que, después de hacer esto durante la mayor parte de mi vida, podría llegar a ser tan mala en ello tan rápidamente.

Correr era la única actividad que hice regularmente desde la infancia. Mirando hacia atrás, quedó claro por qué mis padres me empujaron a unirme a los clubes de carreras y, si uno de ellos diera clases, me animaban a bajar al colegio o la universidad y practicar en la pista. Era barato y no requería un equipo o estar en el mismo lugar todo el tiempo —el dinero y la regularidad eran escasos cuando crecía.

Sloane, por otra parte, tuvo más lecciones de lo que yo realmente conocía como opciones. Podía montar caballos y sabía bailes de salón, además de ballet y claqué. Podía navegar, jugar al tenis, hablar un coloquial francés y, por alguna razón que nunca quedó clara, podría jugar un juego de cartas llamado double bridge. Yo aprendí a nadar en el campamento, pero sobre todo a correr. Durante la mayor parte de mi vida, fue la única cosa atlética que podía hacer bien, y por eso era tan vergonzoso encontrarme ahora cojeando durante el primer kilómetro.

Subí el volumen en mi iPod, como si me diera un aumento de energía. No fue así, pero me empujó para ir más rápido, jadeando en busca de aire. Escuchaba una nueva mezcla, con nombres vergonzosamente motivacionales. La mezcla se introdujo con el tipo de música que escuchaba, pero nunca admití, country y pop de los ochenta. Tenía la misma lista de reproducción repitiéndose de nuevo al final; la función de repetición de mi iPod estaba rota, y cuando llegó al final de una lista de reproducción, sólo se congeló. Actuaba poco firme desde que lo dejé en el coche y un aguacero inesperado llegó a través del techo abierto, bañándolo.

Corría un trayecto circular cerca de mi barrio que descubrí el año pasado. Me llevó directamente a lo largo del agua, lo que significaba que era más frío y, a



veces conseguiría una brisa que necesitaba seriamente en ese momento. Por lo general, se trataba de una simple carrera de cinco kilómetros, pero normalmente no estaba tan fuera de forma.

Doblé en una curva en la carretera y vi que alguien corría por delante de mí. Era un chico, y tal vez de mi edad... Giró la cabeza para ajustar el iPod atado a su brazo, dejándome ver su perfil, y sentí mis pies tropezar y luego reducir la marcha cuando me di cuenta de que era Frank Porter.

No parecía que me hubiera visto. Volvió a mirar al frente, los auriculares blancos en las orejas. Reduje la velocidad aún más, prácticamente caminaba con rebote ahora, y traté de averiguar qué hacer. Si me esforzaba, me pondría por delante de él, pero entonces tendría que seguir yendo rápido hasta que pudiera llegar a casa. Además, Frank estaría mirando mi culo, a no ser que *realmente* mantuviera mi ritmo y desapareciera de su vista. Había agarrado el primer par de pantalones cortos que vi en mi cajón, y tenían ¡GO SH!⁷ impreso en la parte de atrás. Esto se supone que significa *Go Stanwich High*, pero al parecer nadie se dio cuenta hasta que todos nos preparamos para ello, que ¡GOSH! estaba escrito en el culo. Pero la carrera rápida parecía ser mi mejor opción si quería seguir en este camino, a menos que vaya a un ritmo muy lento, muy por detrás de él y esperando que no me viera, lo que se sentía extraño y acosador.

75

Parecía que la mejor solución era sólo dar la vuelta y correr por el camino que vine. Podría hacer uno o dos kilómetros más cerca de mi casa, y no era como si esta carrera fuera espectacularmente de todos modos. Porque si bien fue muy amable que Frank me ayudara con mi coche, no era como si quisiera seguir luchando para mantener una conversación con él, o que sienta como si tuviera que correr conmigo cuando no quería. Una interacción con Frank Porter por el verano parecía la cantidad correcta para mí.

Me di la vuelta justo cuando Frank se detuvo y se arrodilló para atar su zapatilla. Él miró y me vio, levantando la mano para cortar el resplandor, luego sacó los auriculares de las orejas.

—¿Emily?— gritó.

Me mordí el labio. En realidad no podía evitar esto ahora sin parecer increíblemente grosera. Saqué mis propios auriculares y apreté pausa en mi lista de reproducción.

—Hola —dije, dándole un saludo con la mano. Cambié mi peso de un pie a otro, con la esperanza de que tal vez esto hubiera sido suficiente y sólo podría empezar a correr de nuevo.

⁷ Aquí hace un juego de palabras con ¡GO SH! y ¡Gosh! La primera hace referencia al *Go Stanwich High*, que significa *Vamos Stanwich High*. Y la segunda ¡Gosh! Que significa ¡Cielos!



— Pensaba que eras tú — dijo Frank mientras se enderezaba y se dirigía hacia mí, rompiendo la última de estas esperanzas. Mientras se acercaba, pude notar que estaba un poco sin aliento, su respiración era fatigosa. Su cabello era de color rojo oscuro con el sudor, y llevaba una camiseta azul desteñida que decía *Tri-State Latin Decathlon...* ¡Recházalo si te atreves! Hacía muecas de dolor mientras se acercaba a mí—. Todo esto es culpa tuya, ya sabes.

Parpadee hacia él por un momento. No tenía idea de lo que hice, o a lo que a se refería.

— ¿Mía?

Se pasó la mano por el rostro y por el pelo. — Sí — dijo —. Creo recordar que dijiste que me ayudarías a aprender a correr.

Abrí la boca y luego la cerré de nuevo, no estoy segura de qué decir a esto. No era como si me encontró y me pidió que hiciera esto. ¿Se suponía que lo seguí y le ofrecí mis servicios de carrera, o algo así?

— Lo siento — balbuceé, mientras miraba de nuevo al encantador vacío tramo de la carretera detrás de mí, deseando haberme dado la vuelta un segundo antes, o que Frank acabara de atar los cordones con más fuerza.

Sonrió y negó con la cabeza, y sonaba como si pudiera respirar de nuevo. — Estoy bromeando — dijo —. Soy tan terrible en esto.

Asentí y miré a la carretera, a mis zapatillas de deporte en el asfalto, y respiré. — Bueno, debo seguir.

— ¿Vas por este camino? — preguntó Frank, señalando a la dirección a la que me dirigía. No sabía si podía decir que no. Si lo hiciera, más o menos estaría admitiendo que elegía no correr con él.

— Sí — dije finalmente, consciente de que la respuesta no requería casi la misma cantidad de tiempo para pensar en ello como la que le había dado.

— Yo también — dijo. Se agachó para apretar su otro cordón y me miró —. ¿Quieres que corramos juntos por un rato? A menos que te haga perder tiempo — añadió rápidamente.

— Está bien — le dije, y luego preguntándome si esta respuesta fue grosera —. Quiero decir, estoy segura de que no lo harás. No estoy en la mejor forma.

— Excelente — dijo Frank. Señaló con la cabeza hacia adelante, y empecé a correr de nuevo. Frank igualó el paso a mi lado, gimiendo un poco cuando comenzó a igualar mi ritmo. Corríamos lado a lado, conmigo más cerca de la orilla de la carretera y Frank más cerca de la línea central. Sólo habíamos estado corriendo durante unos segundos antes de que notara que empezó a desplazarse más cerca de mí, así que me moví hacia la izquierda para compensar. Pensé que

esto era sólo una cosa de una sola vez hasta que Frank comenzó a desviarse hacia mí otra vez, y cuando intenté moverme, corría sobre la suciedad.

—Um —le dije, intentando no toser por las nubes que levantaba—. ¿Frank?

Frank me miró y pareció darse cuenta de lo que sucedía.

—Dios, lo siento —dijo—. ¿Tal vez deberíamos cambiar de lugar?

—Suená bien —le dije, mientras corría alrededor para ponerme en el exterior. Después de correr en silencio durante unos minutos, lo miré, luego al frente de nuevo. No tenía ni idea de cómo tenía que actuar aquí. ¿Deberíamos empezar a escuchar nuestra propia música otra vez? O, ¿tal vez deberíamos seguir corriendo en silencio? Pero, ¿no era raro, en cierto modo?

—¿*Bug Juice*?⁸ —preguntó Frank. Miré hacia él, sorprendida, y luego miré hacia abajo y me di cuenta que usaba la camiseta con el elenco original de Broadway, cuando la conseguí primero fue el tipo de camisa para dormir, pero ahora me encajaba como una camiseta regular.

—Oh —dije— Um... sí. —Seguí corriendo, Frank mantenía el ritmo junto a mí, y oí, en el silencio que se extendía, que realmente necesitaba que le diera algún tipo de explicación; de lo contrario, parecía simplemente como si yo fuera una fan muy grande de una obra que se cerró hace años—. Mis, eh, padres lo escribieron.

77

—Pensé que eso era todo lo que necesitaba saber; no tuve que decirle que la obra fue inspirada en mis experiencias, que Cecilia, la protagonista, se basó en mí. Por lo menos, lo era al comienzo de la obra. Ella empieza tímida, pero en el transcurso de la misma, se convierte en confiada, audaz y valiente; finalmente, da el golpe final y derriba el Campamento Greenleaf.

Las cejas de Frank se dispararon. —¿En serio? —preguntó—. Eso es genial. Estoy bastante seguro de que vi una producción de la misma. Tenía como doce o algo... —Asentí. Esto no fue tan sorprendente. Entre la carrera de Broadway y las interminables producciones regionales y teatro comunitario, la mayoría de la gente tenía al menos cierta familiaridad con la obra. Me preparé para lo inevitable pregunta de seguimiento—. ¿Han escrito algo más?

Miré a la carretera por un momento antes de contestar. Este era el problema que aprendí con el éxito repentino e inesperado. Mis padres estuvieron escribiendo obras de teatro durante diez años antes de que *Bug Juice* llegara a Broadway, y escribieron obras de teatro desde entonces. Pero nada fue un éxito tan grande. Podría haber sido en parte culpa de mis padres, por seguir su éxito de masas acerca de los niños en el campamento de verano con un juego increíblemente deprimente acerca de un cantante suicida de música country y western.

⁸ Serie en la cual enfoca alrededor de 20 niños y sus experiencias en el campamento de verano.

—Están en realidad trabajando en algo ahora —le dije, feliz de que pudiera responder de esta manera, sin tener que entrar en detalles acerca de sus obras menos exitosas que muy pocas personas habían oído hablar.

—¿Oh, sí? —preguntó. Me miró, y podía escuchar que su respiración empezaba a trabajar de nuevo.

Asentí. —Se trata de Tesla. —Frank asintió, como esto significaba algo para él—. ¿Sabes quién es? —pregunté, muy sorprendida por ello pero no me detuve a mí misma.

—Claro —dijo Frank—. Él era un genio. Responsable de cosas como los rayos X y el radar. Mucho antes de su tiempo. —Asentí, comprendiendo durante un momento que olvidé con quién hablaba. Podría haber estado rojo y luchando para hablar, pero este era todavía Frank Porter, quien iba a ser candidato a mejor estudiante el próximo año—. Podemos... —jadeó, y pude oír cómo de desigual era su respiración—. ¿Quizá podemos caminar un poco?

—Claro —le dije rápidamente. Me sentía bastante sin aliento, y mientras me encontraba en mejor estado que Frank, todavía luchaba. Disminuimos a un paseo, Frank tomaba grandes bocanadas de aire.

—Lo siento —dijo, cuando consiguió aliento, limpiándose la cara a través de su manga—. Probablemente te retengo. No dudes, si necesitas ir más rápido.

78

—Está bien —dije, y luego me di cuenta de que podría haber tomado la salida que me daba y seguir por mi cuenta, sin rencores. Pero en realidad podría haber utilizado algún tiempo para caminar, a pesar de que sabía por experiencia lo difícil que era empezar a correr de nuevo si has estado caminando durante demasiado tiempo. Pero en este momento, mis piernas se sentían como si estuvieran hechas de plomo, y sabía que no parecía probable que pudiera empezar a correr de nuevo, no sin un descanso.

Frank se levantó la parte inferior de la camisa para secarse la cara con ella, y sentí que los pies se me hacían un lío. Frank Porter, por alguna razón, se hallaba en muy buena forma. Era delgado, pero con los músculos del abdomen muy definidos, sus pantalones cortos asentados en las caderas. Tragué saliva y aparté la mirada rápidamente, intentando concentrarme en caminar en línea recta. En el segundo que llegara a casa, *tenía* que contarle a Sloane.

Excepto, claro, que no podía. Al menos, no aún.

—Oye, ¿puedo preguntarte algo? —dijo después de que caminamos por un par de minutos. Le miré, intentando ver a la persona que fue no mucho tiempo atrás. Frank Porter, el agradable presidente de la clase, no el secretamente atlético chico caminando junto a mí. Asentí, incluso a pesar de que por mi experiencia, cuándo alguien pregunta si pueden preguntarte algo, en lugar de solo preguntar, significa que va a ser una difícil pregunta por responder—. La otra noche, en el

Huerto —dijo. Apartó la vista de mí y sacudió la cabeza—. Realmente lo siento si esto es entrometerse —dijo—, solo sigo pensando en ello, por alguna razón. Pero cuando te llevé a conseguir gas... —Me miró y me di cuenta que intentaba encontrar la manera de cómo decirlo—. ¿Estabas sola?

Sentí mis mejillas sonrojarse, y sabía que no tenía nada que ver con la carrera. Así que, Frank se dio cuenta de que estaba allí, completamente sola, como una gran perdedora. —No es que no estuviera contento de llevarte —añadió rápidamente—. En serio, no me molestó en absoluto. Supongo que solo me lo preguntaba.

Le sonreí tensamente, luego miré al frente hacia la carretera, intentando averiguar qué hacer, deseando con todo lo que tenía, que solo me hubiera obligado a seguir corriendo cuando me dio la oportunidad de irme. ¿Podía solo irme? ¿Tenía que contestar esa pregunta? ¿Qué pasaría si solo empezara a correr a casa? No es como si fuéramos amigos, después de todo. Y entonces, de repente, me di cuenta de que tenía otra opción, podía decirle la verdad.

Tal vez fue porque *no éramos amigos*, o porque sabía que probablemente no volvería a ver a Frank Porter de nuevo este verano, pero me encontré asintiendo—. Sí —le dije—. Fue... —Dejé escapar un suspiro, tratando de descubrir cómo decir esto—. ¿Conoces a Sloane Williams?

79

—Por supuesto que conozco a Sloane —dijo, lo que esperaba—. Ustedes dos vienen en paquete ¿no?

—Sí —dije lentamente. Me di cuenta de que no le dije a nadie sobre esto, y no tenía ninguna explicación practicada. Pero por alguna razón, tuve la sensación de que Frank estaría dispuesto a esperar hasta que descubriera cómo explicarlo, tal vez por todos los debates que le vi presidir, estando pacientemente de pie, con el micrófono en la mano, mientras que alguien se quejaba acerca de las máquinas expendedoras—. Bueno... ella se fue a principios del verano. No sé a dónde fue o por qué. Pero me dejó esta lista. Es... —Me detuve otra vez, buscando la manera de describirla—. Es una lista de trece cosas que quiere que haga, e ir al Huerto era una de ellas. —Miré de regreso a Frank, esperando que luzca confundido o simplemente asienta cortésmente antes de cambiar de tema. No esperaba que se viera emocionado.

—¡Eso es *estupendo*! —dijo entusiasmado—. Quiero decir, no el que Sloane se fuera —añadió rápidamente—. Lo siento por eso. Me refiero a que te dejara algo así. ¿La tienes contigo?

—No —dije, mirando por encima de él, pensando que eso debería haber sido obvio, ya que estaba *corriendo*—. ¿Por qué es estupendo?

—Porque tiene que haber algo más en ello que eso, ¿no? —preguntó—. No puede ser sólo la lista. Tiene que haber un código, o un mensaje secreto...

—No lo creo —dije, pensando en los trece objetivos. Se veían lo suficiente misteriosos por sí mismos como para ir en busca de significados extra.

—¿Le tomarías una foto y me la enviarías? —preguntó, y vi que lo decía en serio—. Si hay algo más ahí, puedo averiguarlo. —Mi primer impulso fue decir que no, era increíblemente personal, y además, había cosas como la de *besar a un extraño* e ir a *nadar desnuda* en esa lista, y ambas parecían demasiado vergonzosas como para compartirlo con Frank Porter. Pero ¿qué si había algo más? No vi nada por mí misma, pero eso no quería decir que no lo hubiera. En lugar de decirle sí o no, solo dije—. Supongo que realmente te gustan los acertijos.

Frank sonrió, sin parecer avergonzado por eso. —Un poco obvio, ¿no?

Asentí. —Y en la estación de gas, prácticamente te hiciste cargo en la búsqueda de palabras de ese chico.

Frank rio. —¡James! —dijo—. Buen hombre. Lo sé, es un poco extraño. He estado en ello desde hace años, códigos, rompecabezas, patrones. Es como mi cerebro trabaja, supongo. —Asentí, pensando que era el final de esto. Compartí algo, él también, y ahora podíamos volver a correr. Pero un momento después, Frank continuó, su voz un poco vacilante—. Creo que empezó con Los Beatles. Mi primo los escuchaba un montón, y me dijo que tenían códigos secretos en todas sus letras. Me obsesioné.

80

—¿Con los códigos? —pregunté, mirando por encima de él. Ni siquiera trotábamos más. Paseando sería probablemente la palabra adecuada para lo que hacíamos, solo tomándonos nuestro tiempo, caminando lado a lado—. ¿O con los Beatles?

—Bueno.... ambos —admitió Frank con una sonrisa—. Y metí a Collins en ello también. Fue nuestra música cuando éramos niños. —Señaló con la cabeza hacia la carretera—. ¿Qué opinas? —preguntó—. ¿Deberíamos intentar correr de nuevo?

Asentí, un poco sorprendida de que quisiera hacer esto, dado que parecía estar esforzándose. Pero este era Frank Porter. Él probablemente estaría entrenando para una maratón para el final del verano. Empezamos a correr, el ritmo solo ligeramente más lento de lo que fue antes.

—Dios. —Frank se quedó sin aliento después de haber estado corriendo más o menos un kilómetro—. ¿Por qué la gente hace esto? Es horrible y nunca se vuelve más fácil.

—Bueno —dije, mirándole. Me sentía contenta de ver que tenía la cara roja y sudorosa, ya que seguramente lucía igual que él—. ¿Cuánto tiempo has estado corriendo?

—Demasiado —dijo con la voz entrecortada.

—No —dije, tomando una bocanada de aire mientras reía, lo que lo hizo sonar, por un vergonzoso momento, como si me estuviera ahogando con el aire. Traté de convertirlo en una tos, luego pregunté —: Quiero decir, ¿cuánta distancia?

—Nunca tanta como esta —dijo—. Esto es demasiado.

—No, ese es tu problema —dije, deseando que fuera una explicación más corta, ya que empezaba a sentir una punzada en el costado que era como estar siendo apuñalada—. Correr, en realidad, se vuelve más fácil mientras más distancia recorres.

Frank negó con la cabeza. —En un universo bien ordenado, ese no sería el caso. —Lo miré fijamente. Él dijo la mayor parte de eso con un acento gracioso, y me pregunté si tal vez deberíamos parar, que tal vez se forzó demasiado por un día. Frank me miró—. Es Curtis Anderson —dijo.

Ese nombre no significaba nada para mí, y negué con la cabeza. Pero entonces recordé el CD que se deslizó por debajo del asiento de pasajero en su carro. —¿Era ese del CD que tenías la otra noche? —pregunté.

—Sí —dijo—. El comediante. Ese es su lema... —Frank tomó un gran y jadeante suspiro. Señaló sobre nosotros, hacia tres casas más abajo—. Esa es mi casa, ¿una carrera?

81

—Ja, ja —dije, segura de que Frank bromeaba, pero para mi sorpresa, un segundo después, aceleró el paso, claramente encontrando reservas de energía de alguna parte. No queriendo quedarme atrás, especialmente desde que se suponía que debía ser la experta aquí, empecé a correr más rápido también. Incluso aunque cada músculo de mi cuerpo protestaban por ello, empecé la carrera, alcanzando a Frank y luego pasándolo, pero solo por poco, tropezando al detenerme frente a la casa que Frank señaló.

—Buen... trabajo —dijo sin aliento, doblándose en dos, con las manos sobre las rodillas. Yo también me sentía sin aliento como para responder así que levanté los pulgares, luego me di cuenta de lo que hacía y los bajé de inmediato.

Me enderecé, estirando los brazos sobre la cabeza, y conseguí mi primer vistazo a la casa en la que nos detuvimos. —Esta casa es increíble —dije. Se veía como algo sacado de una revista de diseño, gris pálida y de estilo moderno, era bastante única en la zona, que solía favorecer lo tradicional, de estilo colonial, en especial, las casas.

—Está bien —dijo Frank con un encogimiento de hombros.

Había un pequeño letrero en frente de la casa que decía, en letras estilizadas: *A Porter & Porter Concept*. Asentí hacia ello. —¿Son esos tus padres?

—Sí —dijo secamente—. Mi papá es el arquitecto, mi mamá decoradora —dijo eso con una nota de frialdad, y me pregunté si de alguna forma me sobrepasé.

—No sabía que vivías tan cerca de mí —dije—. Vivo arriba de Driftway. — En el segundo en que lo dije, esperaba que no hubiera sonado espeluznante, como si hubiera hecho mi asunto el saber dónde vivía Frank Porter. Pero fue una sorpresa, pensé que conocía a la mayoría de los chicos que vivían a mi alrededor, aunque solo fuera por el bus que todos soportamos juntos antes de obtener licencias.

—Sólo hemos estado allí alrededor de un año —dijo encogiéndose de hombros—. Nos mudamos bastante. —Solo asentí, algo en la expresión de Frank me decía que no quería entrar en ello.

Asentí y desenvolví mis audífonos de mi iPod. Frank llegó a casa, así que claramente nuestra carrera, inesperada como fue, llegó a su fin.

—¿Lo hacemos de nuevo pronto? —preguntó Frank con una sonrisa, pero todavía respiraba con dificultad, y pude notar que bromeaba.

—Totalmente —le dije, devolviéndole la sonrisa, para que sepa que entendí que era broma—. En cualquier momento. —Empecé a ponerme los audífonos de nuevo y noté que Frank aún se hallaba de pie, mirándome, no entrando a casa—. ¿Vas a correr de regreso a Driftway?

—Puede que sea más una caminata. —Admití—. No es tan lejos.

—¿Quieres entrar? —preguntó—. Te daré una botella de agua.

—No, estoy bien —dije automáticamente—. Pero, gracias.

Frank negó con la cabeza—. Oh, vamos —dijo, empezando a caminar hacia la casa. Después de un momento, lo seguí, poniéndome a su lado mientras caminábamos por la entrada. Estaba hermosamente ajardinada, con flores plantadas en lo que parecía ser intervalos matemáticamente precisos. Dio la vuelta alrededor hacia una puerta lateral y buscó una llave bajo la alfombra, luego abrió la puerta y la mantuvo abierta para mí. Di un paso dentro a un vestíbulo de techo alto, lleno de luz, y acababa de voltear para decirle lo bonita que su casa era, cuando escuché el estallido.

Me congelé, y Frank, de pie junto a mí, se detuvo también, su expresión cautelosa. —Es... —empecé, pero eso fue lo lejos que llegué.

—¡Porque es mi proyecto! —escuché a una mujer gritar—. He estado trabajando en él día y noche, mientras tú gastabas todo tu tiempo con Darien haciendo solo Dios sabe qué...

—¡No me hables de esa manera! —gritó un hombre de regreso, coincidiendo con la mujer en volumen e intensidad—. No estarías aquí si no fuera por mí, solo montándote en mi éxito... —Una mujer pasó por delante de nosotros, con la cara roja, antes de desaparecer de la vista otra vez, seguida por un hombre, con la cara roja también, antes de que se perdiera de vista igualmente. Los reconocí, sólo vagamente, como los padres de Frank, de las fotos en el periódico y las funciones

de la escuela dónde ellos estaban usualmente de pie tras su hijo, educados y compuestos, sonriendo con orgullo mientras él recibía otro premio.

Miré a Frank, cuyo rostro se volvió blanco. Tenía la vista baja, hacia sus zapatillas, y me sentí como si estuviera viendo algo que absolutamente no debería. Y de alguna manera sabía que, por malo que fuera esto para él, el que yo esté allí para presenciarlo lo hacía peor. —Me voy a ir —dije, mi voz apenas un susurro. Frank asintió sin mirarme. Retrocedí, y mientras llegué a la puerta, pude oír las voces levantarse en la otra habitación.

Salí y empecé a caminar por la entrada, rápido, deseando sólo haberme ido cuando tuve la oportunidad, y no tener que haber visto la expresión en la cara de Frank mientras escuchaba a sus padres gritarse el uno al otro. Empecé a caminar más rápido una vez que llegué a la calle, a pesar del hecho de que todos los músculos de mi cuerpo se oponían a eso.

Corrí todo el camino a casa y no fue hasta que casi llegué a mi casa, que me di cuenta de que me había estado pegando a un lado, dejando espacio suficiente para que alguien corriera junto a mí.



4

Abraza a un Jamie

Traducido por Ankmar, *~ Vero ~*, Julieyrr y Zafiro

Corregido por xx.MaJo.xx

84

Me puse de pie detrás de la barra de Helados Paraíso y miré con nostalgia a la puerta. En los cuatro días que había estado trabajando en la heladería, había tenido exactamente cinco clientes. Y uno de ellos era un tipo que quería cambio para el parquímetro. Si Sloane hubiera estado aquí, estaríamos trabajando juntas, hubiera sido increíble, y la falta de clientes habría sido la mayor ventaja del trabajo. Pero desde que era sólo yo, sola, todo el día, me encontré mirando con esperanza cada vez que alguien pasaba, cruzando mis dedos que ellos querían un poco de helado. Pero aunque la gente a veces miraba por la ventana, seguían caminando, por lo general a la pizzería.

Mi lugar de trabajo libre de clientes y silencioso no habría sido tan malo, excepto cuando dejaba mi trabajo y tenía que ir a casa, donde mi teléfono todavía estaba en silencio y no tenía a nadie para pasar el rato.

Todavía no había sido capaz de tachar cualquier otra cosa fuera de la lista, y dos noches antes, en un momento bajo, había tomado una foto de él y la envíe por correo electrónico a la dirección de la escuela de Frank. Me arrepentí tan pronto como el correo electrónico había salido, pero desde que no había oído nada de él, me di cuenta de que no chequeaba la cuenta de la escuela durante el verano, o que él se había olvidado por completo de nuestra inesperada conversación. De cualquier manera, no había hecho ningún progreso, y me ponía ansiosa.

Ahora, alejé la mirada de la puerta y bajé la mirada a la servilleta delante de mí, donde yo había compilado una lista de todos los Jamies de la escuela que se me ocurrieron. Yo no conocía bien a ninguno de ellos, y sinceramente no creo que fuera capaz de llamar a cada uno de ellos y preguntar si podía ir a su casa y darle un abrazo. Acababa recordar una vez más —que estaba bastante segura de que el chico que había estado en el traje de la mascota del año pasado había sido nombrado Jamie— cuando la campana encima de la puerta sonó y una chica se precipitó en la tienda.

Empujé la servilleta al lado y traté de parecer profesional. —Bienvenido al Paraíso —le dije, sonriendo.

Se quedó paralizada en la puerta y me di cuenta de por qué me resultaba familiar —ella era la chica que trabajaba a dos puertas de Capitán Pizza. —Hola —dijo con voz temblorosa. Miré más de cerca y me di cuenta de que tenía la cara enrojecida y sus ojos se veían hinchados. Aparte de eso, sin embargo, ella era bastante hermosa, pequeña y con curvas, con el pelo rubio brillante, flequillo, y ojos de color azul pálido que parecían ser dos veces el tamaño de los ojos de las personas normales. Se pasó una mano por el pelo y dio un paso más cerca del mostrador—. Lo siento —indicó—. En realidad no quiero un helado. —Suspiré y asentí con la cabeza; en este momento, me sentía como si eso ni siquiera debería haberme sorprendido. Tomó un gran, suspiro tembloroso—. Sólo tenía que salir de allí por un momento. Y si fuera a mi coche, todo el mundo sería capaz de verme... —Su rostro se arrugó y ella levantó la mano a sus ojos—. Lo siento —mencionó con voz ahogada—. Estaré fuera en un segundo.

—Um —dije mientras miraba alrededor, como si uno de los signos sobre el lavado de manos y chequear las temperaturas del congelador me pudiera ayudar en esta situación. Salí de detrás del mostrador y gire las manos—. ¿Estás bien?

85

La chica asintió y me dio una versión muy mala de una sonrisa, una que se tambaleó y colapsó unos segundos después. —No —dijo entre sollozos, comenzando a llorar en serio. Cogí uno de los contenedores de servilletas sobre la mesa y se lo acerqué. Se sentó en una de las sillas de metal y presionó una servilleta en su cara—. Me siento tan estúpida, sabes. Yo debería haberlo visto. Estaba justo en frente de mi rostro. Por decirlo así, literalmente. Pero mi prima Stephanie siempre dijo que yo era demasiado confiada.

—¿Deberías haber visto qué? —le pregunté, dando un paso más cerca de ella. Yo no podía decidir si sería grosero o útil señalar que, en las películas al menos, las personas que se encontraban en crisis emocionales a menudo pasaban a través de ellas con un poco de helado.

La chica limpió debajo de sus ojos, luego se sonó la nariz en el pañuelo y me miró. —Que mi novio me engañaba.

—Oh, Dios —le dije, empujando más servilletas a ella—. Lo siento mucho.

—Con mi mejor amiga.

—Oh —expresé, tragando saliva.

—Y todos trabajamos juntos. —Señaló en dirección a la pizzería—. Al lado —diciéndome toda esta información parecía traer gravedad a la situación de nuevo, y rompió en lágrimas frescas.

—Um —dije, dando un paso más cerca de la mesa—. ¿Hay alguna posibilidad de que tal vez lo entendiste mal? Tal vez tu mejor amiga no lo decía en

serio, o tal vez vio algo que no era... —Mi voz se apagó. Un recuerdo, uno que no me gusta pensar si podía evitarlo, fue repentinamente entrometido con fuerza, esa noche de mayo, la casa de Sam, la mirada en el rostro de Sloane, el vidrio quebrándose a sus pies.

—No —señaló la chica, con la voz ahogada, mientras negaba con la cabeza—. Yo estaba fuera en una entrega, y las dos últimas estaban justo una al lado de la otra, así que volví muy temprano. —Su voz se tranquilizó, y tembló—. Y fue entonces cuando vi a Bryan y Mandy, besándose en los casilleros de los empleados. —Me miró y vi que sus ojos rebosaban de lágrimas—. Ese era nuestro lugar. Era donde nosotros solíamos besarnos.

—Lo siento mucho —comenté, entregándole otra pila de servilletas, dándole cuenta de que podría tener que llevarle otro dispensador pronto.

—Y luego le dije: “¿Qué se supone que significaba esto?” Yo realmente estaba tal vez dispuesta a darles el beneficio de la duda. Lo juro —detalló ella, presionando la servilleta debajo de sus ojos de nuevo—. Pero entonces Bryan tomó la mano de Mandy y me dice que tenemos que hablar. ¿Puedes creerlo? —Comenzó a llorar de nuevo, y extendí la mano y tentativamente le palmeé su espalda.

86

—Lo siento mucho —dije—. Yo... —Se me ocurrió algo, y pregunté con esperanza—. Tu nombre no es Jamie, ¿por casualidad? —Después de todo, yo estaba a medio camino de abrazarla ya.

—No —dijo la chica, enderezándose. Señaló su camiseta, que fue diseñada para parecerse a un uniforme militar. Sobre los hombros, había ingredientes de pizza donde tendría que haber medallas, champiñones, pimientos y rodajas de pepperoni. DAWN se hallaba impreso en la camiseta con tipografía militar, a la derecha sobre su corazón—. Dawn Finley.

—Emily —expresé—. Hughes.

—Encantada de conocerte —dijo ella, dándome algo que estaba más cerca de una sonrisa de verdad esta vez—. Lo siento mucho por esto —señaló, empujándose a sí misma a levantarse y recogiendo sus pañuelos arrugados—. Gracias por escuchar.

—Claro —le dije, de pie también—. ¿Segura que no quieres nada de helado? Va por cuenta de la casa. —Técnicamente, no estaba segura de que se me permitiera hacer esto, pero teniendo en cuenta incluso que nadie había llegado a obtener las muestras, me imaginé que una cucharada o dos no necesariamente se pueden perder.

—No, pero gracias —dijo Dawn—. Lo siento de nuevo.

—Está bien —le señalé—. En serio. —Dawn me dio una media sonrisa, luego se irguió y respiró hondo antes de tirar de la puerta y dirigirse de nuevo hacia la pizzería.

La campana sonó, luego se desvaneció, y yo me quedé sola de nuevo. Y mientras caminaba de regreso detrás del mostrador, me di cuenta de que el silencio de alguna manera se sentía más fuerte de lo que lo había hecho antes.

La tarde transcurrió con lentitud fría. Limpié y luego re-limpié las vitrinas, entonces reorganicé el helado en el congelador de entrada, primero agrupándolos por sabor, y luego por orden alfabético. No estaba a cargo de cerrar —esa era Elise, la ayudante del encargado, que venía a cerrar todos los días. Tenía los ojos fijos en la puerta de atrás, esperando simplemente a Elise para mostrar la ficha de salida y volver a casa. Trataba de no pensar en el hecho de que no tenía nada que hacer, en realidad, solo los padres que no podían ser perturbados y un hermano pequeño probablemente al acecho en una puerta y nada en absoluto. Yo sólo quería salir de allí. Miraba con tanta atención a la puerta trasera que no oí el tintineo de la campana, y no me di cuenta que había alguien delante de mí hasta que se aclaró la garganta.

—Lo siento —dije, dando la vuelta rápidamente. Dawn estaba allí de pie, sosteniendo un cargador de entregas de pizza con una pila de billetes en la parte superior—. Oh, hola. —Se veía un poco mejor de lo que lo había hecho más temprano, pero sus ojos todavía se encontraban enrojecidos e hinchados.

—Hola —dijo con una sonrisa avergonzada—. Sólo quería darte las gracias de nuevo, y disculparme por lo de antes.

—Está bien —le aseguré. Para mi sorpresa, me di cuenta que quería saber lo que había pasado cuando volvió a trabajar, lo que habían hecho Bryan y Mandy. Pero realmente no conocía esta chica, y ahora que parecía avergonzada y un poco incómoda, empezaba a sentirme de esa manera.

—Así que, si hay algo que pueda hacer, házmelo saber —dijo ella, cambiando el portador a la otra mano, más cerca del mostrador—. ¡Y te puedo conseguir un almuerzo especial con mi descuento! Solo tienes que venir cualquier día de la semana, y. . .

Dawn continuó, me hablaba de las ofertas de pizza que probablemente podría conseguir para mí, incluyendo una lata de refresco, mi elección, pero yo ya no era su audiencia. En su lugar, mis ojos estaban fijos en la boleta de entrega arriba. Iba a una dirección en Stanwich, a un Jamie Roarke.

Di un grito ahogado. Se sentía como una señal. Y si no es una señal, por lo menos una oportunidad que yo no iba a dejar pasar. —En realidad —le dije, interrumpiendo Dawn—, hay algo que puedes hacer. —Ella arqueó las cejas, y tomó aire, mis ojos aún fijos en el nombre en la boleta de entrega—. ¿Puedo entregar pizzas contigo?



—Y luego Mandy empezó a hablar de lo que sentía como si nunca me viera más, y me preguntó si podía conseguirle un trabajo en Capitán Pizza también — detalló Dawn mientras iba disparada por el camino. Asentí y me aferré a un lado del coche, sintiendo mi pie presionando un freno fantasma. No estaba segura de si Dawn conducía así —rápido, y un poco distraída— porque ella revivía la saga Bryan y Mandy mientras me contaba sobre eso, o porque siempre conducía así, pero de cualquier manera, estaba claro que nosotras definitivamente íbamos a lograr el plazo de entrega prometido por Capitán Pizza—. Y entonces intercedí por ella y consiguió un trabajo como mesera, y fue tan genial durante un tiempo, ella y Bryan realmente se llevaba bien, y pensé que todo era perfecto, ¿sabes? Yo ni siquiera sospechaba que nada más estaba pasando.

—Pero no tenías ninguna forma de saberlo —mencioné mientras Dawn se detuvo con un chirrido en un pare, haciendo que las figuritas en su tablero —incluyendo un bailarín de ule sin camisa, había aprendido, que fue llamado Stan— cabeceen y se agiten. Cuando al principio le pedí acompañarla, me sorprendí de que hubiera aceptado tan fácilmente, pero después le pregunté a qué escuela iba (Hartfield, entrando al último año, como yo) y había usado la oportunidad de llenarme con el drama, se volvía claro para mí que ella sólo había estado contenta de tener a alguien con quien hablar, lo cual yo podía más que entender.

—Lo sé —dijo Dawn, mientras bajaba la mirada hacia las instrucciones de su teléfono, y luego sacudió el coche hacia adelante en cuanto la luz se puso verde—. Pero me siento como si debiera hacerlo, ¿sabes? Todo iba perfecto, y estaba segura de que iba a ser el mejor verano. Es como si maldijera todo creyendo que iba a suceder. —Hizo un giro a la izquierda fuerte, encendiendo su luz intermitente por un segundo casi como una idea de último momento, haciendo que las caderas de Stan se mecieran—. Simplemente no puedo creer que los haya perdido a los dos —dijo, sacudiendo la cabeza, todavía sonando un poco aturdida por esto—. Como, en el mismo día. Y todo lo que quiero hacer es hablar con Mandy sobre esto, pero por supuesto, no puedo... —Su voz se desvaneció y me miró—. ¿Sabes lo que quiero decir?

—Sí —dije de inmediato, sin siquiera pensar en ello primero, solo tan contenta de tener a alguien verbalizando lo que había estado pensando desde hace tres semanas—. Mi mejor amiga... —Dudé—. Está fuera por el verano —dije, racionalizando, como había hecho con mi madre, que esto no era siquiera



realmente una mentira—. Y estamos acostumbradas a pasar el rato o hablar todos los días, por lo que es solo... difícil de ajustarse a eso.

—Sí —explicó Dawn mientras giraba a la derecha. Desaceleró ligeramente mientras se inclinaba hacia delante, entrecerrando los ojos a los números—. ¿Pero, por qué no la llamas?

—Porque —dije, tratando de pensar rápido—. Ella está... tú sabes... acampando. —Dawn me miró, y añadí—: En Europa.

—Oh —señaló, viéndose impresionada—. ¿En serio?

—Sí —mencioné, ya lamentando esto, y deseando haber elegido casi cualquier otra cosa, ya que no sabía nada de acampar. O de Europa.

—¿Dónde? —preguntó, y traté de pensar rápido.

—En... París —respondí, preguntándome por qué continuaba haciendo esto, pero al darme cuenta de que era probablemente demasiado tarde para admitir que había inventado todo el asunto.

—No sabía que había campamentos en París —dijo Dawn.

—Yo tampoco —dije con sinceridad—. Pero allí es donde está —añadí, sólo con la esperanza de que Dawn no hiciera más preguntas, ya que sabía que no sería capaz de mantener todo esto durante mucho más tiempo.

89

Dawn respiró profundo, como si estuviera a punto de preguntar algo más, pero luego clavó los frenos y se inclinó a mi lado del coche. —¿Eso dice treinta y uno? —Asentí y Dawn se metió en el camino de entrada, evitando por poco golpear el buzón decorativo de la casa. Puso el auto en el estacionamiento y luego salió, inclinando su asiento hacia adelante para que pudiera agarrar la caja en el asiento trasero. Salí también, sintiendo el pulso comenzar en mi garganta. Había estado distraída en el viaje hasta aquí, tanto por la historia de Dawn y su manera de conducir, pero ahora la razón por la que estaba aquí —abrazar a uno de los clientes del Captain Pizza— era inevitable.

—Entonces, ¿cuál casa es esta? —inquirí, tratando de mantener mi voz ligera y agradablemente curiosa. Sabía que tenía cuatro entregas que hacer en esta ronda, pero no tenía ni idea de dónde Jamie Roarke caía en esa orden.

Dawn tomó el ticket en la parte superior de la caja y bajó la mirada hacia él. —Greg Milton. —Leyó, luego gimió—. Siempre ordena como cuatro tipos de carnes. Apenas puedo levantar sus pizzas, son tan pesadas. ¿Quieres venir a la puerta?

—No, está bien —aclaré. Sabía que iba a tener que mentalizarme a mí misma para abrazar a Jamie Roarke, fuera quien fuese, y me vendría bien un momento de silencio—. Voy a esperar aquí.

—Bien. —Dawn camina en dirección a la casa—. Ya vuelvo.

Mientras observaba a Dawn caminar hasta la puerta principal y tocar el timbre, me apoyé en su coche, un convertible verde Volkswagen con un cartel triangular sobre el de Captain Pizza. Pero en lugar de estar en el techo, donde siempre los había visto en los coches de entrega de pizza, éste estaba en el maletero del coche, como una aleta de tiburón.

Ella caminaba de regreso hacia el coche sólo unos momentos después, metiendo un poco de dinero en el bolsillo delantero de sus pantalones cortos, y dejé escapar un suspiro mientras abría la puerta del lado del pasajero y me metía en el coche. Me dije que no importaba si Dawn pensaba que era rara, o si asusto a este tal Jamie, o si me sentiría como si no pudiera volver a Captain Pizza por el resto del verano. Tenía que hacerlo.

—¿Así que esta es la última entrega? —curioseé, a veinte minutos y otras dos entregas libre-de-Jamie después, esperando no sonar tan nerviosa como me sentía mientras Dawn se estacionaba en el camino de una casa pequeña, de color azul claro.

—Sí —señaló Dawn, lanzándome una mirada compasiva—. ¿Esto ha sido tan aburrido para ti? Es para Jamie Roarke. Ella es la más bonita, y tiene el puggle más lindo...

90

Dawn se bajó del auto, y con la esperanza de que sonara algo natural y espontánea, me desabroché el cinturón de seguridad y dije: —Creo que voy a ir contigo esta vez, si te parece bien.

—Claro —expresó Dawn mientras metió la mano en la parte de atrás y agarró la caja—. Vamos.

Me bajé del coche, sintiendo que mi corazón latía con fuerza. Me alegré mucho de que esta tal Jamie era una mujer, parecía que iba a facilitar las cosas. Seguí detrás de Dawn, notando por primera vez que hay algo escrito en la parte posterior de su camisa también. *Captain Pizza-¡Somos un gran trato!* estaba estampado en sus omóplatos. Me paré junto a Dawn en el tapete de la puerta mientras tocó el timbre, el cual sonaba como un canon de Pachelbel. La puerta se abrió, y una mujer que parecía tener unos cuarenta años estaba detrás de ella, un perro se asomaba desde alrededor de sus tobillos.

—Hola —habló, hurgando en su billetera por algunos billetes—. Lo siento, siempre vienen tan rápido, que nunca estoy preparada.

—No se preocupe —expuso Dawn mientras deslizaba la pizza del bolso y lo dejó caer ahora vacío a sus pies.

Me quedé mirando a Jamie Roarke, mi pulso acelerado, esperando a que saliera de detrás de la puerta. Todavía estaba medio escondida detrás de ella. ¿Qué se supone que debía hacer, abrir la puerta y abrazarla? ¿Y si pensaba que la estaba atacando o algo así?

—Podría haber jurado que recogí algunos más ayer —murmuró mientras tragué saliva e intenté que mi coraje subiera. Podría hacer esto. Podría abrazar a un completo extraño. Como si percibiera de alguna manera la dirección de mis pensamientos, el puggle a los pies de Jamie Roarke empezó a gruñir—. Quieto —dijo, mientras el perro enseñó los dientes, estaba bastante segura, justo hacia mí—. Está bien, lo tengo —indico, levantando la mirada hacia Dawn y sonriente mientras le entregó algunos billetes. Sus ojos se posaron en mí, de pie en lo que claramente no era un uniforme de Captain Pizza, y su sonrisa se desvaneció.

—Ella es Emily —mencionó Dawn mientras se guardó los billetes y le entregó a Jamie Roarke su tarta—. Ella está solo... observando.

Jamie Roarke me dio una inclinación de cabeza, y yo sabía que era mi momento. Solo tenía que hacer esto. ¿A quién le importaba lo que esta mujer o Dawn pensarán? Sólo tenía que extender mis brazos y abrazarla. Mi oportunidad estaba justo en frente de mí. Traté de ponerme a hacerlo, simplemente dar un paso adelante y darle un abrazo. Pero no era capaz de moverme. Me quedé allí, congelada, mi corazón golpeando contra mi pecho mientras veía mi oportunidad escaparse mientras Jamie Roarke agradecía a Dawn y luego cerraba la puerta.

—Así que, así es como funciona —comentó Dawn mientras recogía el bolso vacío. Me miró a la luz del porche de Jamie Roarke, donde las polillas empezaron a dar vueltas, arrastradas hacia el brillo—. ¿Estás bien?

91

Asentí, y me dirigí al coche de Dawn sin hablar, furiosa conmigo misma. Quién sabía por qué Sloane había puesto esto en la lista, pero lo había hecho, y era uno de los más fáciles. Y ni siquiera pude hacerlo. Las segundas cosas se ponían difíciles, o no podía esconderme en el bosque, solo me di por vencida. Me metí en el asiento del pasajero, cerrando la puerta más fuerte de lo que necesitaba, mirando por la ventana, odiándome.

—Um —señaló Dawn mientras arrancaba el coche, mirando por encima de mí—. ¿Estás segura de que te encuentras bien?

—Bien —dije, esperando que no sonara tan molesta como actualmente me sentía—. Sólo estoy... muy cansada.

—Oh, Dios mío, yo también —concretó Dawn con un suspiro—. Siento que este ha sido el día más largo. ¿Alguna vez te sientes así? ¿Como si algunos días toman cinco años, y otros han terminado como en un minuto? —habló Dawn mientras íbamos de vuelta, y no pareció darse cuenta de que yo no decía mucho. Estaba feliz de tenerla llenando el coche con conversación, ayudándome a distraerme de la verdad de cómo me había fallado de forma tan decisiva.

Aparcó torcidamente en lo que no estaba muy segura que era un lugar de estacionamiento, y cuando nos bajábamos del auto, vi a Dawn morderse el labio mientras miraba hacia el Captain Pizza. —Todo irá bien —dije, sin siquiera pensar en ello primero. No estaba segura de qué debería haber dicho, ya que no tenía

forma de saber si sería cierto. Pero Dawn me lanzó una sonrisa que era mucho menos temblorosa que la que me había dado cuando se había mostrado por primera vez en Paraíso esa tarde.

—Eso espero —expresó—. Y gracias por venir conmigo esta noche. La compañía ayudó mucho.

—Oh —señalé. Me sentí a mí misma sonreír, y sabía que no era el momento de decirle la verdadera razón por la que quería ir—. Me alegro —dije con sinceridad. Dawn levantó la mano en un gesto, luego se dirigió de regreso a la pizzería, y crucé el aparcamiento hacia mi coche. Empecé a ir a casa, después de todo, no tenía otro lugar a donde ir. Pero a medida que me acercaba, la idea de ir de regreso a mi casa tranquila y la calurosa quietud vacía de mi habitación, empecé a sentir claustrofobia. Salí del camino que me llevaría allí y conduje mi auto hacia el centro de Stanwich. No parecía haber un montón de actividad, se hacía tarde, y ésta era, sobre todo durante la semana, una ciudad de ir temprano a la cama. Las luces seguían encendidas en el comedor, y pude ver algunas mesas que daban a las ventanas que estaban llenas, el comedor era prácticamente el único lugar para comer después de las diez durante la semana. La mayor parte de los negocios de la ciudad estaban cerrados, sus luces apagadas, y podía ver, a través de las puertas de cristal de la sala de cine, un empleado bostezando limpiando la máquina de palomitas de maíz.

92

Sabía que estaba solo desperdiciando gas en este punto, pero seguí adelante. La mecánica de conducir, además de la nueva mezcla sonando en mi iPod, me ayudó a mantener la mente alejada de lo que había fallado en hacer esta noche, y el hecho de que probablemente había volado mi mejor oportunidad de tachar el número once de la lista.

Me encontré conduciendo cada vez más lejos, lejos de las principales zonas comerciales, y no fue hasta que las luces de las calles desaparecieron y las estrellas se hicieron cargo del cielo que me di cuenta de que me dirigía hacia el Huerto. Ralentiqué la marcha mientras lo pasé, por el camino, podía ver a unos cuantos coches aparcados, pero no había ninguno en el lado de la carretera, y tenía la sensación de que quienquiera que estaba pasando el rato allí ahora era un grupo bastante pequeño, nada como la fiestas de fin de semana. Seguí conduciendo pasando, y cuando vi las luces de la estación de combustible Route 1 por delante, me di cuenta de que podría no ser la peor idea llenar mi tanque, especialmente desde que había estado conduciendo sin rumbo y había perdido la noción de dónde estaba con mis niveles de gas.

Mientras entré en el interior del mini-mercado, vi que se trataba de la misma persona que había estado trabajando detrás del mostrador, como la anterior vez que había estado allí. Me dio una pequeña sonrisa, como si tal vez se acordaba de mí mientras dejó el libro que estaba leyendo y tomó mis veinte. Estaba en mejores niveles de gas de lo que me había imaginado, y el auto sólo tomó quince dólares.

Me dirigí al interior por mi cambio, y el chico dejó el libro a un lado de nuevo, pero esta vez estaba boca arriba, y leí su título, *Comenzando Sudoku: Consejos y trucos*.

De repente, todo volvió a mí. Frank, tratando de hacer que este tipo lo probara. Tendría que mencionarlo, si alguna vez hablaba con él de nuevo, y él diciéndome que el nombre de este tipo era James. Me dio un billete de cinco, y lo tomé, no del todo capaz de creer que iba a hacer esto. —Tú eres, um, James, ¿verdad? —pregunté mientras guardé el cambio.

—Sí —dijo el hombre, sonando un poco confundido, probablemente preguntándose cómo sabía eso, ya que él no tenía una etiqueta con su nombre.

—Eso es genial —dije, hablando rápido, y probablemente sonando loca, pero no me importaba realmente—. ¿Acaso, um, alguna vez alguien te llamó Jamie? ¿Algo así como, alguna vez?

—Mi abuela —mencionó después de una pausa, claramente confundido en cuanto a por qué en la tierra le preguntaba esto—. Ya sabes, cuando era pequeño.

Eso era suficientemente bueno para mí. Eso contaba, ¿verdad? Tenía que. —Está bien —dije, asintiendo con la cabeza. No me permití pensar en lo que estaba a punto de hacer, porque sabía que me convencería de no hacerlo. Sólo me estiré al otro lado del mostrador y le di un rápido abrazo, mis brazos apenas tocando su espalda antes de que cayeran de nuevo. Di un paso hacia atrás del mostrador y vi que me estaba mirando, viéndose desconcertado y más confundido que nunca—. Um, tenga una buena noche —dije mientras le daba una inclinación de cabeza y corrí a mi coche. Esperé sentirme muy avergonzada, pero el sentimiento no llegó. Era más como una pequeña victoria, un secreto para todo el mundo menos para mí.

Arranqué el Volvo y miré hacia atrás una vez a la estación de gas antes de irme. A través de la ventana, pude ver a James aún de pie detrás del mostrador, pero no leyendo su libro. En cambio, tenía la mirada baja, a un lado, con una pequeña sonrisa en su rostro.

Salí a la noche oscura, sintiendo vértigo, una risa incrédula empezando a burbujear. No la intenté contener, y me reí en voz alta, sola en mi coche, no del todo capaz de creer que acababa de hacer eso. —Jamie abrazado —me dije, en una voz de *misión cumplida*, o tal vez a Sloane. Sabía que ella habría querido eso. Si hubiera podido verme abrazando al tipo del mini-mercado, no habría dejado de reír durante unas dos semanas. Sentí la sonrisa aún en mi rostro cuando subí el volumen de mi música, más fuerte de lo normal, y regresé a casa, golpeteando los dedos sobre el volante.



FEBRERO

Cuatro meses antes

Me desperté con un sobresalto y parpadeé hacia el techo de mi dormitorio y las constelaciones inexactamente colocadas que brillan en la oscuridad que desfilaban en uno de los lados. Miré alrededor, tratando de averiguar lo que había sucedido, por qué estaba despierta. Me senté y vi, a los pies de mi cama, un par de brillantes ojos amarillos mirándome.

—¡Godot! —susurró entre dientes, arrojando mi almohada en su dirección. No era que particularmente quería herir al gato, no en ese momento de todos modos, pero me había asustado, y mi corazón latía tan fuerte que podía sentirlo en mi garganta.

94

Mi puntería era amplia, y el gato ni se inmutó mientras la almohada pasó junto a él. Me dio una mirada que sólo puede ser descrita como despectiva, luego se estiró y saltó de la cama, cruzando mi puerta que estaba entreabierta y escurriéndose a través de ella. —Estúpido gato —murmuré mientras me levanté de la cama para recuperar mi almohada. Cuando lo hice, me di cuenta de que una pila de camisas en mi vestidor se iluminaba intermitentemente.

Me acerqué a mi vestidor y rápidamente encontré la fuente de ello, mi celular, que había sido enterrado bajo mi ropa limpia. Vi que tenía cuatro textos, todos de Sloane.

Hola ¿estás despierta?

Estoy abajo

Afuera

¡Hace frío!

Inmediatamente escribí una respuesta.

¡Ya voy!

Entonces abrí la puerta de mi habitación y bajé las escaleras en la oscuridad tan silenciosamente como pude. A pesar de que había visto en mi teléfono cuando envié el mensaje de texto que era técnicamente sábado, todavía estábamos sólidamente en medio de lo que mi abuela llamaba las "altas horas de la madrugada". Mi padre podría tener un sueño notoriamente liviano, y desde que

estaba enseñando una clase a las 8 a.m. ese semestre, no creo que apreciaría ser despertado en medio de la noche en un día cuando normalmente podría dormir hasta tarde. Sólo había dado unos pasos cuando me di cuenta de que había sido un error el hacerlo sin zapatos o algo abrigado puesto. La casa estaba muy ventosa, especialmente en el invierno, y mis pies ya se sentían medio congelados. Seguí presionando el botón en mi teléfono para iluminar mi camino hasta la puerta principal, la iluminación de la imagen que estaba en la pantalla de inicio, Sloane y yo en el concierto de Call Me Kevin que habíamos visto en agosto, mi camisa al revés porque no sabía hasta que ella me había dicho y me hizo cambiar, que no se suponía que llevaras la camiseta de la banda a su concierto.

Me arrastré al primer piso y ya no necesitaba la luz del celular, gracias a la luz de la luna que entraba por las ventanas. Además no me tenía que preocupar por estar tan tranquilo aquí abajo, y crucé el cuartito de la entrada lo más rápido que pude. Si me estaba congelando dentro de la casa, sólo podía imaginar lo que ella sentía fuera de ella.

Abrí la puerta de entrada y allí estaba mi mejor amiga, sus mejillas y nariz sonrosadas, sus hombros cayeron con alivio cuando me vio.

95

—¡Gracias a Dios! —Sloane me dio un rápido abrazo apretado, una de sus especialidades; de alguna manera se las arregló para hacer que sus abrazos se sintieran de manera significativa, también eficientes, y cruzó detrás de mí en el cuartito de la entrada. Podía oler el perfume que siempre usaba, esta noche más que de costumbre, de madera mezclado con gardenias. Cerré la puerta y se apresuró a la casa, frotándose las manos—. Estoy tan contenta de que recibieras mis textos —susurró—. Me estaba *congelando* por ahí.

—¿Qué estás haciendo aquí? —musité, a pesar de que estábamos en la cocina ahora, un piso por debajo de donde mis padres dormían, y probablemente podría haberme arriesgado a usar algo más de volumen. La miré y chequé, por primera vez, lo que llevaba puesto. Estaba en un vestido negro hasta los pies con un escote que se hundía y se reunía en algún lugar alrededor de su esternón con un broche de diamantes de imitación. Sobre esto, llevaba un pequeño capelet de piel que no tenía ninguna duda que había encontrado en uno de los amplios closets de sus abuelas, o era de Twice Upon a Time, su tienda de consignación favorita, ya que era claramente vintage—. ¿Había algún código de vestimenta para esta noche del que no me dijiste?

—No —dijo, riendo—. Estaba en esa fiesta a la que Milly y Anderson me arrastraron, ¿recuerdas?

—Entonces, ¿cómo estuvo? —pregunté. Algo se sentía raro, y no podía poner mi dedo en qué, hasta que me di cuenta de que estábamos casi de ojo a ojo, de que tenía los pies descalzos y Sloane llevaba tacones.

—¿Podemos ir arriba? —consultó, bostezando y tapándose la boca con la mano—. Estoy agotada.

Asentí, ella se volvió y se dirigió a la escalera. Pasaba tiempo suficiente en mi casa para saber su camino alrededor y por fin estar lo suficientemente cómoda para simplemente meter la mano en la nevera y tomar algo si tenía hambre. Seguí a unos pasos detrás, todavía no teniendo claro el por qué había venido a mi casa después de la fiesta, pero feliz de tenerla allí, no obstante. Ella caminaba con un poco más cuidado que de costumbre, sus tobillos se tambaleaban ligeramente en los tacones, sosteniendo su vestido hacia un lado para no tropezar con él.

Cuando llegó a mi habitación, se quitó los zapatos de tacón y se fue derecho al cajón donde guardaba mi pijama. Efectivamente, sacó una de la parte inferior de la pila, la camisa del grupo de la desastrosa película *Bug Juice*. Había sido acosado por problemas todo el camino, empezando por el hecho de que los productores habían cambiado las edades de los niños once-dieciséis, y la actriz principal había sido enviada a rehabilitación a medio rodaje. La camisa dice “*No Puedes Manejar el Jugo*”, una broma del grupo, y la primera vez que Sloane la había visto, había se descostilló de la risa. Le encantaba la camisa, por alguna razón, y siempre amenazaba con robarla.

96

—Te lo juro —dijo ella, bostezando de nuevo mientras se ponía la camisa por la cabeza y luego se escurrió de su vestido, dejándolo caer en una pila a sus pies y saliendo de el—, uno de estos días. Esta camisa sólo va a desaparecer, y no tendrás idea de a dónde se habrá ido.

—Creo que voy a tener una idea —dije. Fui a la pila de ropa en mi armario y vi que mi mejor par de pantalones de pijama estaba limpio—. ¿Quieres esto? —le consulté, sosteniéndolos. Asintió, se los lancé, y se los puso.

—Oh, Dios mío —dijo, bostezando de nuevo mientras yacía en mi cama. Mi cama era vieja y el colchón se hundía en el medio, pero era grande, y había suficiente espacio para podernos enfrentar una a otra y aun así tener espacio suficiente para vernos y hablar. Tomó el lado que siempre tenía cuando se quedaba, se acurrucó bajo las mantas, entonces, abrazó la almohada y me sonrió. Sabía cuándo tenía algo que decir, y me di cuenta de que había estado esperando este momento, tranquila, con toda mi atención, desde que había abierto la puerta de entrada—. Así que me encontré con un chico esta noche.

—¿En serio? —pregunté, metiéndome en la cama, tirando de las mantas y volviéndome hacia ella—. ¿En la fiesta?

—Mmm-hmm —dijo—. Estaba allí con sus padres.

—¿Va a Stanwich? —Me acomodé, sólo para darme cuenta de que mi almohada estaba todavía en el suelo. Me incliné medio fuera de la cama para agarrarla, entonces subí una vez más y me instalé en ella, preparándome para escuchar la historia.

Los chicos se habían embrutecido con Sloane desde que había aparecido en la Secundaria Stanwich, pero ella había sido exigente. Había salido con uno de último año durante unas semanas en nuestro segundo año, luego un compañero de secundaria en el otoño pasado, y el verano anterior, tuvo una breve relación con un tipo que se fue a un internado y estaba sólo en la ciudad para el verano. Pero ninguno de ellos había durado, y no había parecido particularmente devastada cuando no lo hicieron, siempre fue ella quien rompía. Pero había pasado un tiempo desde que un hombre había aparecido en su radar, hasta esta noche, al parecer.

—No —dijo. La Academia Stanwich. Era la escuela privada en la ciudad, y mientras yo apenas conocía a algunas chicas que iban allí, las dos escuelas realmente no tienen mucha superposición socialmente—. Su nombre es Sam. Sam Watkins —pronunció el nombre con cuidado, como si fuera una palabra extranjera que no estaba acostumbrada a decir, pero sin embargo amaba el sonido de esta. Ella sonrió, ampliamente, y vi en ese momento que realmente le gustaba.

—Oh, Dios mío —dije—. Ya estás colgada. Puedo decirlo. —No lo negó, pero hundió la cara en la almohada, así que todo lo que podía ver era su cabello, las ondas inducidas a rizos para la noche—. Háblame de él.

Volvió su cabeza hacia mí, bostezando, pero no abrió de nuevo los ojos, cuando terminó el bostezo. —Está muy bien —dijo, sus palabras saliendo más lento que antes—. Ya lo verás.

97

Esperé algo más por venir, una explicación de su grandeza, cuando se me ocurrió que probablemente era Sam quien había dejado a Sloane en mi casa; Milly y Anderson simplemente la llevarían de vuelta con ellos. No porque no le habría importado si se quedaba a dormir, sino porque no habrían querido hacer un viaje extra. Traté de recordar si había habido un coche allí cuando abrí la puerta, alguien esperando para asegurarse de que ella estuviera bien, pero no podía recordar.

—Oye —le susurré. Le di un golpe en el tobillo con el pie—. ¿Acaso Sam...? —Estaba a punto de preguntarle cuando me di cuenta de que respiraba lenta y regularmente, con los ojos con rímel bien cerrados. Sloane siempre podía dormir de inmediato, algo que ella atribuía a que Milly y Anderson nunca le dieron una hora fija para acostarse cuando era pequeña. "Así que aprendí a dormir cuando se puede," me había explicado. "Nada de esta historia-para-leer o vasos-de-agua tontos. Yo era siempre quien se quedaba dormida en la pila de abrigos en una fiesta"

Esperé para ver si estaba dormida por completo, dándole un pequeño empujoncito más. Pero no se movió, así que pensé que le preguntaría por la mañana. Cerré los ojos y me sentí a la deriva, de alguna manera confortada al saber que cuando me despertara temprano, Sloane estaría allí.



Me desperté con un sobresalto. Miré a mí alrededor, tratando de averiguar por qué no seguía durmiendo. No era que el gato se había quedado dormido en mi cabeza de nuevo, o que alguno de mis padres fue a gritarme que despertara. Los pedazos de la noche anterior fueron llegando —entrega con Dawn, Jamie Roarke, abrazando a James del mini-mart— y me di cuenta, con cierta sorpresa, estos no eran fragmentos de un sueño. Realmente había ocurrido. Estaba a punto de tratar de volver a dormir, cuando el teléfono en mi mesa de noche se iluminó.

Un texto.

Lo cogí y vi que tenía dos, el primero debe haber sido lo que me despertó. Pero a pesar del hecho de que ni siquiera eran ocho, al mirar hacia abajo en el teléfono, estaba completamente despierta. Ambos textos eran de un número que no reconocí. Y mientras sostenía el teléfono en mi mano, sonó con un tercero.

Emily. ¿Estás despierta?

Estoy fuera.

Vamos.

Era como si mi cerebro estuviera en cortocircuito por un momento, y luego comenzó a trabajar de nuevo, el doble de tiempo. Era Sloane.

Había regresado.

Yo estaba fuera de mi puerta y bajando las escaleras en un destello, sin poner nada más que la camiseta que con la había estado durmiendo, sin tratar de permanecer tranquila, sin importarme si despertaba a toda la casa mientras mis pies descalzos golpeaban por las escaleras. Sloane se encontraba aquí, me estaba esperando, y me diría lo que había ocurrido, dónde había ido en la realidad, me di cuenta de que me salté los dos últimos pasos hasta el primer rellano y me lancé al cuartito de la entrada, ni siquiera me preocupé por eso. Lo único que importaba era que ella estaba aquí, y las cosas podrían volver a la forma en que habían estado.

Abrí la puerta y me detuve en seco. Frank se hallaba sentado en los escalones, llevaba una camiseta, pantalones cortos y zapatillas de deporte, un iPod atado a su brazo, se levantó y sonrió cuando me vio. —Hola —dijo—. ¿Lista para ir a correr?

Abrí la boca, luego la cerré cuando me di cuenta que no estaba muy segura de qué decir. Sólo lo miré mientras sentí que mi ritmo cardíaco empezaba a ralentizar, mis esperanzas cayendo. No era Sloane. No había vuelto.

Ella todavía no estaba.

—Uh —dijo Frank, y me di cuenta por primera vez que se veía confundido y un poco incómodo.

Me miré y de repente me di cuenta de que tenía problemas mayores. Estaba de pie delante de Frank Porter —*Frank Porter*— en camisón. Aunque era un poco más largo que una camiseta normal, no lo era por mucho, y rápidamente la jalé hacia abajo. Estaba descalza y —oh dios— todavía tenía de la crema de zit que me puse en la cara anoche. No llevaba sujetador. Rápidamente crucé los brazos sobre el pecho, luego lo lamenté, ya que causó que la camiseta a se subiera más.

—Lo siento —dijo Frank, y mientras yo tenía la sensación de que trataba de sonar arrepentido, esto fue socavado un poco por el hecho de que él también parecía que estaba a punto de perderlo—. Tengo tu número de celular y dirección del directorio de la escuela. No quise despertarte. Supongo que pensé que si no estabas despierta, no lo harías... ya sabes, salir.

Asentí, como si se tratara de una conversación normal. Pero parte de mí aún estaba conmocionada por el hecho de que esto sucedía en absoluto. Sinceramente, no podía entender cómo me había ido, en el transcurso de la semana, de no hablar con Frank Porter, a sabiendas de que tenía un cuerpo caliente disimulado, a estar de pie medio desnuda delante de él.

99

—Entonces —dijo, bajando la mirada a mis pies con una sonrisa—, ¿correr descalzo es una tendencia sobre la que sigo leyendo?

—Oh —dije. Mi cara se sentía caliente, como si estuviera en llamas, y tenía la sensación de que era de color rojo brillante, que probablemente se veía simplemente fantástico con la crema zit blanca—. Um, no. Ja, ja. Yo sólo...

—¿Emily? —Me volví y vi a mi padre de pie detrás de mí, vestido con su bata y zapatillas y llevando su ordenador portátil, sus gafas encaramadas en lo alto de la cabeza. Yo realmente no había pensado que esto podría ser peor. Pero al parecer, Frank Porter iba a ver a toda la familia Hughes en sus pijamas esta mañana.

—Papá —dije, oyendo cuan estrangulada sonaba mi voz.

—¿Has visto mis gafas? —preguntó, sin pensar, al parecer, en lo nada extraño que era el hecho de que su hija estuviera despierta a las ocho de la mañana y de pie en la puerta, en pijama, hablando con un chico que nunca había conocido.

—Están en su cabeza, señor —suministró Frank desde el pórtico.

Mi padre se acercó y se acarició la cabeza, luego asintió y se las puso. Luego miró a Frank. —¿Te conozco?



—Este es Frank —me las arreglé para decir. Era posible morir de vergüenza, ¿no? La expresión tuvo que haber venido de alguna parte—. Estábamos a punto de, um, salir a correr.

—Oh —dijo mi padre. Miró a Frank un momento más, luego me miró y frunció el ceño—. Bueno, asegúrate de ponerte algunos zapatos. —Luego continuó hacia el interior, sin duda yendo al comedor para empezar a trabajar.

—Está bien —aclaré—. Voy a ir arriba y me pongo algo para correr. Y luego vuelvo.

—Voy a estar aquí —dijo Frank, y se veía como si estuviera tratando, aunque no muy duro de reprimir una sonrisa.

Asentí, pero, sin querer dar la vuelta, retrocedí hasta que llegué a la puerta, y luego di un gran paso hacia atrás y cerré la puerta. Me apoyé en ella, cerrando los ojos, preguntándome por un momento si me encontraba realmente en una pesadilla. Seguramente esta competente.

Diez minutos más tarde, me había lavado la cara y me puse una camisa de manga larga y leggings largos con las zapatillas de correr. Ya hacía calor afuera, pero sentía que tenía que equilibrar la media desnudez accidental que había comenzado esta mañana. —¿Listo para viajar? —pregunté mientras me uní a Frank afuera, con mi iPod en la mano. Tenía la esperanza de que si yo era brusca y formal, olvidaría todo sobre el estado en que me había mostrado antes.

—Claro —dijo, caminando hacia el final de la calzada conmigo. Me di cuenta de que trataba de llamarme la atención, pero me ocupé con la selección de mi nueva lista de reproducción y ajusté el volumen, sin ponerme los auriculares o presionando reproducir, ya que todavía no estaba segura cual era la etiqueta.

—¿Listo? —pregunté. Frank asintió y empezamos a correr, yo del lado externo, como antes. Mantuve un ritmo más lento, sabiendo que sin duda necesitaba de un calentamiento, ya que mis músculos estaban fríos.

—Así que, ¿supongo que te sorprendí esta mañana? —preguntó Frank después de unos minutos de carrera silenciosa, y me dio la sensación de que no había sido capaz de contenerse por más tiempo.

—Un poco —dije, dándome cuenta ahora de que estaba sorprendida. No había esperado que quisiera seguir corriendo.

—Dije que deberíamos de hacerlo de nuevo, y tú dijiste en cualquier momento —señaló—. Recuerdo que lo hiciste.

—Pensé que bromeabas —contesté—. No parecía que realmente pasaras un buen rato.

—Nada que valga la pena es fácil —dijo Frank—. Sobre todo al principio. Pero no estoy a punto de renunciar.

—Guau —dije, sacudiendo la cabeza. Corrimos en silencio por unos pocos pasos, con sólo el sonido de nuestras zapatillas de deporte golpeando el pavimento, en ocasiones encontrando el mismo ritmo y aterrizando en secuencia, luego cayendo fuera de éste una vez más.

—Guau, ¿qué? —preguntó Frank, una nota a la defensiva que no había oído antes arrastrándose en su voz.

—No —le mencioné, rápidamente, deseando nunca haber dicho nada—. Nada. No importa. —Frank asintió y vio al frente, su boca se encontraba en una línea fina y un color opaco en sus mejillas. Oh Dios. ¿Simplemente lo insulté? Si Sloane estuviera aquí, podría haberle hecho esta pregunta con los ojos y ella hubiera sido capaz de responder de la misma forma. Pero, por supuesto, si Sloane estuviera aquí, no estaría corriendo con Frank Porter en absoluto—. No quise decir nada malo —empecé, preguntándome incluso mientras hablaba si tendría que dejarlo pasar—. Sólo quería decir que tiene sentido.

Había una rama baja frente a nosotros, y ambos nos agachamos al mismo para evitarla. —¿Qué?

—Sólo que tendrías esa actitud —le comenté, tratando de articular lo que había sido una reacción instantánea—. Es comprensible. Quiero decir, debido a quien eres. —Frank me miró, y por su expresión, no había aclarado nada, sino sólo había empeorado las cosas.

—¿A quién soy? —repitió, su voz tranquila.

—Sí —le dije, ahora realmente deseando haber dejado que las cosas sigan y no tratado de explicar nada. Ni siquiera conocía a Frank Porter; ¿por qué intentaba decirle quién era? Tuve la clara impresión de que no estaba lo suficientemente despierta como para manejar esta conversación—. Eres Frank Porter. Eres bueno en todo.

—No corriendo —señaló—. Soy *terrible* en eso.

—Pero no te estás rindiendo, como dijiste. Así que es probable que lo seas pronto.

Frank miró al frente, y no habló durante unos minutos, y me pregunté si me había sobrepasado, empeorando las cosas cuando intentaba mejorarlas. Estaba a punto de tratar de encontrar la manera de disculparme cuando Frank preguntó: —Entonces, ¿cómo va la lista?

—¿Recibiste mi correo electrónico? —pregunté, y asintió. A pesar de que me dije que era una posibilidad muy remota, pude sentir mis esperanzas comenzar a elevarse. Tal vez había algo en la lista que solo había pasado por alto, y la respuesta estaba ahí, había estado allí todo el tiempo—. ¿Encontraste algo?



Frank meneó la cabeza, y sentí mis esperanzas desinflarse. —Pero he empezado a mirar —dijo, lanzándome una rápida sonrisa—. Y mientras tanto, tuve algunas ideas.

Lo miré, y entonces tuve que hacer un incómodo movimiento saltando sobre una roca que había aparecido en mi camino. Pero me alegré por la distracción; me permitió probar y procesar lo extraño que era escuchar a Frank hablando de mi lista como si fuera normal, cuando había sido mi secreto, algo a lo que había estado dándole vueltas una y otra vez en mi cabeza pero nunca hablando de ello. —¿Qué quieres decir con ideas?

—Para terminar tu lista —dijo, como si debería haber sido obvio—. Puedo ayudarte, si quieres. —Volví a mirar al camino, tratando de clasificar lo que sentía por esto. Una cosa era ir a correr dos veces con Frank Porter. Esto sería algo más—. Estoy seriamente necesitando un proyecto —continuó—. Quiero decir, incluso Collins tiene un proyecto de verano.

—¿Lo tiene?

—Decidió que va a tener una novia a finales del verano. O, como insiste en ponerlo, un pasar el rato estable.

—¿Y cómo va eso?

102

Frank rio. —Casi tan bien como te lo podrás imaginar. Y tengo que oír hablar de eso todos los días en el trabajo.

Entonces corrimos en silencio durante un rato, pero no nos sentimos incómodos, y cuando volví a mirar a Frank, levantó su iPod, como preguntando si estaba bien si los encendíamos. Asentí y me puse mis propios auriculares, escuchando la misma mezcla con la que había corrido antes. Fue realmente agradable, correr junto a Frank, pero sin sentir la presión de decir lo correcto o mantener una conversación. Parecía como si se estuviera riendo de vez en cuando mientras corría, lo que no entiendo, a menos que estuviera escuchando a alguien como They Might Be Giants, que era casi tan lejos en los años noventa como me aventuré. Habíamos ido más lejos esta vez, y estábamos casi en la entrada a la playa de la ciudad. Señalé adelante a ello, y Frank asintió, y tal vez era porque habíamos corrimos hasta el final antes, pero ambos empezamos corriendo a velocidad. Mis músculos no protestaba tanto esta vez, pero aun así era una lucha coger mi ritmo. Llegué al cartel de madera tallada indicando la entrada a la playa antes que Frank, pero no por mucho. A ambos nos faltó el aliento durante unos segundos, luego Frank se quitó sus auriculares y me sonrió. —Muy bien hecho.

—Tú también —dije, mientras me sacaba mis propios auriculares, inclinándome un poco, tratando de tomar profundas y prolongadas respiraciones y de ralentizar mi ritmo cardíaco. Me enderecé y empezamos a caminar de regreso, los dos haciendo una mueca, y sabía que sentiría esta carrera mañana por la mañana.

—Oye, ¿qué estás escuchando? —preguntó Frank, y antes de que pudiera detenerlo o incluso darme cuenta de lo que ocurría, había tomado el iPod de mis manos y se desplazaba a través de mi lista de reproducción.

—No, eso no es... —empecé—. Estaba solo, eh...

Frank me miró, y sonreía mientras miraba. —Sabes que hay una función de repetición, ¿no? —aclaró—. ¿Así que no tienes que seguir repitiendo la lista de reproducción?

—Lo sé —murmuré—. El mío solo se dañó, porque lo dejé en mi coche cuando llovía. Mi techo no funciona.

—Nunca he oído hablar de estas canciones —dijo, frunciendo el ceño—. ¿Cuál es Downeaster “Alexa”?

—Es Billy Joel —dije, y pude escuchar que me ponía a la defensiva, lo que era sorprendente, porque no sabía que sentía fuertemente sobre él—. Es... sobre la situación de los pescadores en Long Island —dije el significado para reforzar mi argumento de que era una buena canción, pero tan pronto como lo había dicho, empecé a reconsiderar esto, especialmente cuando Frank se echó a reír.

—Sinceramente, no reconozco la mitad de estos artistas —dijo Frank, sacudiendo la cabeza—. ¿Y por qué no hay ninguna g en cualquiera de estos títulos de canciones?

—No es nada —le indiqué, tratando de quitárselo—. Solo...

—Hay una canción aquí llamada “Aw Naw” —dijo. Se volvió hacia mí, y pude ver que lucía incrédulo—. Emily, ¿esto es *country*?

—Bueno, ¿qué estás escuchando? —le pregunté, sintiéndome inusualmente audaz mientras agarraba su iPod, mirando su lista de reproducción.

Mezcla # 4

West Coast - Coconut Records

Heartbreak Yellow - Andy Davis

Our Deal - Best Coast

Dance for You - Dirty Projectors

We Can Work It Out - The Beatles

Cristallized - Young the Giant

Breaking It Up - Lykke Li

Airplanes - Curtis Anderson

Dreaming - Smallpools

Kiss Me Slowly - Parachute
Magic - B.o.B feat. Rivers Cuomo
Peggy-O - Among the Oak & Ash
Step Out - José González
City Living - Curtis Anderson
Golden Slumbers - The Beatles
No One Does It Like You - Department of Eagles
Gone, Gone, Gone - Phillip Phillips
Fallen - Imagine Dragons
Spitting Fire - The Boxer Rebellion
Yesterday - The Beatles
Simple Song - The Shins
Passenger Seat - Death Cab For Cutie
Thoughts at Arby - Curtis Anderson
Midnight City - M83
About Today - The National
Wake Up - Arcade Fire

104

No reconocí la mayoría de las canciones, así que presioné reproducir en la canción que había sido detenida, poniéndome uno de sus auriculares. Estaba confundida al principio, porque no oía música. Había sólo el sonido de risas, algunas personas aplaudiendo, como si estuviera oyendo la primera noche en su camioneta. Y luego, un tipo con acento de Boston diciendo: —Pero en serio... en un universo bien ordenado, no tendríamos porteros, ¿me equivoco? Como, abriendo las puertas por nosotros mismos durante todo el día. ¿Pero en este caso nos volvemos totalmente indefensos?

Miré a Frank, que no se reía más. —¿Es este ese comediante?

—Curtis Anderson —dijo Frank con un asentimiento—. No sé, siempre he pensado que era gracioso. Lissa pensó que era realmente juvenil, pero... —Se encogió de hombros.

—¿Es eso con lo que has estado corriendo? —le pregunté. Frank asintió, y sacudí la cabeza hacia él—. Ese es tu problema. Necesitas hacer una mezcla con canciones que te eleven y te lleven a través de la carrera.

—Ya veo —señaló Frank, asintiendo, con una expresión seria—. ¿Cómo canciones sobre los pescadores? —Me reí de eso sin siquiera pensarlo primero y volvía mirar hacia su lista de reproducción.

—Estas no son bandas reales —dije, mientras me desplazé a través de ella—. Como, estos tienen que ser nombres inventados.

—¿Te refieres a los Beatles? —investigó Frank, sin expresión, mientras trataba de tomar su iPod de nuevo, y fingí no darme cuenta.

—No como los Beatles —le dije, mientras terminaba de desplazarme a través de las canciones—. Pero hay una gran cantidad de sus canciones aquí.

—Te dije que estaba obsesionado.

—Pero “Department of Eagles” es falso, ¿no? —pregunté mientras le devolvía su iPod y él me dio el mío—. Eso no es una banda real.

Frank sólo parecía sorprendido. —¿Nunca has oído hablar de ellos? Son excelentes. Te haré una mezcla.

Lo dijo con tanta facilidad, como si estuviera seguro de que estaríamos viéndonos otra vez, como si estos no fueran solo incidentes aislados. Pero de repente me di cuenta de que no quería que lo fueran. Así que cuando llegamos a la casa de Frank y dijo: —¿Hacemos esto otra vez pronto? —Asentí, con la esperanza de que sería cierto.

—¿Tienes algunos grandes planes para el fin de semana? —preguntó mientras estiraba los cuádriceps, y me encontré mirando, con más interés del que probablemente debería haber tenido, para ver si se había levantado la camisa para secarse la cara otra vez.

—Oh —dije, pensando rápido. Por un segundo, pensé en decirle la verdad, pero inmediatamente decidí no hacerlo—. No mucho. Ya sabes.

—Bueno, espero que sea bueno —dijo Frank, y me dio un ondeo de su mano. Le devolví el saludo y empecé a caminar hacia casa, diciéndome que había hecho lo correcto. Porque incluso si se había ofrecido a ayudarme con la lista, tenía la sensación de que el presidente del cuerpo estudiantil no habría sido feliz de saber que planeaba tachar el número tres la noche del sábado. Iba a robar algo.

5

Comparte algunos secretos en la oscuridad

Traducido por Lorena, Nani Dawson & BeaG

Corregido por Aimezt Volkov

106

Me senté en mi coche en el autocine de Hartfield y miré alrededor, deseando saber qué, exactamente, involucraba armar un porro. Las películas de atracos que había visto no habían sido muy específicas. Afortunadamente, sin embargo, no era como si este lugar fuese desconocido para mí. Sloane me había traído después de estar solo un mes en la ciudad. Nunca había estado en un autocine antes, pero lo amé después de la primera película, la gran pantalla colocada a un extremo del campo, los coches aparcados en filas ligeramente torcidas, los altavoces que podías colgar sobre la ventana de tu coche, la forma en la que siempre ponían dos películas.

Fuimos unas pocas veces cada verano, el primer año con mis padres dejándonos, sentadas en toallas de playa o mantas frente a la pantalla. Pero el verano pasado, yo conduje, y fuimos capaces de aparcar con todos los demás.

Dejé escapar un largo suspiro, esperando no parecer sospechosa, y lucir como si solo estuviese ahí, como todos los demás, para ver una doble sesión de Hitchcock de *North by Northwest* y *The Lady Vanishes*, y no para cometer mi primer crimen.

El número tres había sido una interrogación desde que leí la lista por primera vez. No fue mucho el robo en sí, sino averiguar qué robar. Pero cuando, conduciendo a casa desde la gasolinera, pasé un anuncio del autocine, recordé una promesa que le hice a Sloane dos años atrás, y sólo así, supe lo que tenía que ser.



JULIO

Dos años antes

—¿Lo de siempre? —preguntó Sloane, y asentí.

—Por supuesto. —Nosotras solo habíamos visto un puñado de películas juntas hasta ahora, pero ya trabajábamos en nuestra rutina de snacks. Ella fue quien me enseñó el concepto de agitar M&M's en una bolsa de palomitas saladas con mantequilla, y usar Twizzlers como pajitas para Cola light. Había, a su vez, conseguido su adicción a los amargos y gomosos dulces y nunca me gustaba ver una película sin ellos.

107

Agrupamos nuestro dinero mientras íbamos hacia el puesto de comida, un edificio pequeño que parecía haber estado ahí por siempre, y cuando Sloane llegó al frente de la fila, di un paso hacia atrás para dejarla pedir. —Palomitas grandes —dijo mientras yo miraba el puesto. Había posters vintage en las paredes y fotos enmarcadas del autocine a lo largo de los años—. M&M's, Twizzlers, dos Colas light. —El chico detrás del mostrador asintió y agarró una bolsa para nuestras palomitas, y estaba feliz de ver que parecían que estaban recién hechas. Me encontraba a punto de recordarle a Sloane pedir extra mantequilla cuando me agarró del brazo y señaló un letrero que descansaba en una de las estanterías del puesto, medios escondido detrás de un mostrador de camisetas y tazas del autocine Hartfield—. Mira.

Era un pequeño cartel, del tipo en el que pones letras imantadas, el tipo que asociaba a menús de aperitivos en la bolera. Pero este, en vez de decirte cuánto costaban los perritos, decía

SLOANE

AMA

FERRIS

Me quedé mirándolo por un momento hasta que me di cuenta de que era una referencia a *Ferris Bueller's Day Off*⁹. No entendí que hacía detrás de un puesto

⁹ Ferris Bueller's Day Off (Un experto en diversión en Hispanoamérica Y Todo en un día en España) es una película estadounidense de 1986 escrita y dirigida por John Hughes.

de comida, pero tenía un aspecto genial y vintage. —Genial —dije mientras alcanzaba mi teléfono—. ¿Quieres que le haga una foto?

Alguien más trajo nuestros aperitivos a un lado de la caja registradora, y Sloane pagó sin apartar la vista del letrero. —¿Está eso a la venta? —preguntó mientras me pasaba el cambio. Estaba a cargo del dinero cuando íbamos juntas. Sloane no era distraída, pero parecía tener problemas para aferrarse al dinero y siempre estaba encontrando propinas en los bolsillos de sus vestidos y pantalones cortos, lo cual ella trataba como algo para celebrar, e insistiría en comprar para ambas el más grande y extravagante café para llevar que Stanwich Coffee pudiese hacer.

—¿El qué? —preguntó el chico, mirando detrás de nosotras a la siguiente persona de la fila, quien suspiraba ruidosamente.

—El cartel —dijo ella, señalándolo—, el cartel de Sloane.

El chico miró a Sloane como si estuviese loca. —No —dijo—. Ha estado aquí desde los ochenta.

—¿Estás *seguro* de que no se vende? —preguntó, dándole una gran sonrisa. Pero el chico parecía inmune a eso y dejó escapar una risa.

—Estoy seguro —dijo—. Sin embargo, es la primera vez que me preguntan esto en veinte años. ¡Siguiente!

Los hombros de Sloane cayeron y volvimos a nuestra manta. —¿Crees que debería haberle ofrecido algo?

Me encogí de hombros. No creía que fuese de ayuda el señalar, que después de comprar los aperitivos, teníamos una suma total de un dólar con treinta y cinco centavos entre las dos. —No estoy segura de que hubiese hecho una diferencia.

—Pero podría tener... —dijo Sloane, mirando hacia el puesto de comida. Estaba oscureciendo; había luciérnagas empezando a parpadear en la hierba, pero el cartel, y las letras que formaban su nombre, eran aun visibles, atrapando la luz mortecina y reflejándola. Ella se giró hacia mí, y pude ver que su alegría habitual había regresado—. Prométeme que me ayudarás a conseguirlo —dijo, inclinándose hacia delante—. Este es mi nuevo objetivo en la vida. —Me reí ante eso, y Sloane sonrió también, pero no apartó sus ojos de los míos—. ¿Prometido, Em?

—Claro —dije, fácilmente—. Haremos lo que tengamos que hacer. Vendremos cada fin de semana y le convenceremos.

Sloane sonrió y agarró un puñado de palomitas. —Impresionante —dijo—. Tenemos un plan.



Así que robaría el cartel para ella. Nunca fuimos capaces de encontrar a alguien que nos lo vendiera, así que esta era la única opción, y de este modo, tacharía algo de la lista y mantendría mi promesa, todo a la vez. Era una solución perfecta —a menos que, por supuesto, fuera arrastrada mientras trataba de llevarlo a cabo.

No me puse en la fila del puesto de inmediato, pero di vueltas a su alrededor, comprobando dos veces que el cartel seguía ahí. Por suerte, estaba a un lado donde la gente recogía su comida, no donde la pedían. Así que los trabajadores del puesto estaban dejando cosas, y después corriendo a tomar órdenes a otras personas. Mentalmente hice el proceso de esto, y me di cuenta de que podía hacerlo parecer cómo si solo estuviese recogiendo mi pedido, agarrar el cartel, y dejarlo caer en mi bolso. Si alguien me pillaba, podía fingir que se había caído ahí y ni si quiera me había dado cuenta. Llevé mi bolso más grande por esta razón, el mejor para ocultar la evidencia.

109

No era el mejor plan, pero al menos era uno. Dejé escapar un suspiro y me puse en la fila que estaba llenándose rápidamente, sintiendo como si todo el mundo a mi alrededor pudiese decir lo que estaba a punto de hacer.

—¿Emily?

Sentí mi estómago caer mientras miraba hacia atrás y veía a Frank, detrás de unas pocas personas atrás en la fila, con una mirada sorprendida en su cara, levantando la mano en saludo. Le di una pequeña sonrisa a cambio, pero después girándome para mirar el puesto de comida de nuevo, sin preocuparme si parecía increíblemente grosera. ¿Qué hacía Frank Porter en el autocine?

—Hola.

Me giré y vi que Frank se me había unido en la fila. Se acercó a mí y dijo en voz baja: —¿Te importa si me salto la fila? —Miró detrás de ella a la anciana pareja que fruncía los labios en señal de desaprobación, y dijo, muy alto —: ¡Gracias por guardar mi sitio en la fila, Emily!

Realmente deseaba que dejase de decir mi nombre en frente de testigos potenciales. —No deberías —dije, mirando al mostrador, y deseando que la fila no se moviese tan rápido—. Yo solo... —Intenté pensar en cómo explicar que no podía esperar la fila conmigo porque estaba a punto de robar algo. A pesar de que él sabía lo de la lista, y esto no *parecería* tan aleatorio, no quería tener que explicárselo a todo el mundo en la fila capaz de oírme. Además, ¿y si Frank seguía conmigo



cuando intentase cogerlo, e intentase detenerme? ¿O se metiese en problemas también?

—Es de locos encontrarnos aquí —dijo Frank, agitando la cabeza—. Este sitio es impresionante. ¿Has estado alguna vez antes?

—Sí —murmuré, sintiendo mi corazón acelerarse cada vez más rápido en mi pecho, acercándome cada vez más a lo que seguro que era un ataque de pánico. El principio de la fila estaba solo a tres personas, y no había sido capaz de librarme de Frank o mentalizarme adecuadamente para cometer mi primer crimen—. Mucho.

—Solo estoy aquí por Collins —continuó Frank, aparentemente pensando que teníamos una buena conversación, sin darse cuenta de que estaba al borde de un aneurisma—. Él tiene una cosa por la chica que dirige la cabina de proyección. Pero ahora que estoy aquí, es realmente...

—Sabes qué —dije, saliendo de la fila—. En realidad... he olvidado algo. Así que pide, e iré a conseguir lo que olvidé, y, um... nos vemos, ¿de acuerdo? —Salí de la fila y caminé hacia mi coche. Miré hacia atrás para ver a Frank mirándome, su ceño fruncido, pero luego dio un paso al frente de la fila para ordenar, y fui a la parte final de la fila, la cual ahora parecía imposiblemente larga. Ya no me sentía segura de sí tendría tiempo suficiente de hacer esto antes del descanso del puesto terminase.

110

Dejé escapar un suspiro y traté de poner mis pensamientos en orden. Aun podía hacer esto. Solo tenía que concentrarme. La línea avanzó más rápido de lo que esperaba, y me di cuenta, mi estómago apretándose, de que solo quedaba una persona delante de mí, una señora mayor que tenía problemas en decidirse entre Sno-Caps y Junior Mints. Miré el cartel, después a mi enorme y expectante bolso.

—¡Siguiente! —Miré y vi que detrás del mostrador estaba un trabajador que no había visto antes, un chico que parecía en edad universitaria y aburrida —lo que era casi perfecto.

—Hola —dije, dando un paso hacia delante, escuchando que mi voz sonaba el doble de alta de lo normal. No hice contacto visual con el chico mientras decía—. Palomitas pequeñas con mantequilla y Cola light.

—Ocho —dijo el chico, y le di el dinero que tenía preparado mientras el cajón de la caja registradora se abría con un *¡ding!*—. Recogida a tu izquierda. ¡Siguiente!

Di un paso al lado, dejando mi bolso caer ligeramente abierto mientras intentaba parecer indiferente. Fingí bostezar y estiré el brazo hacia la señal, mis dedos solo acariciando el borde. Me estiré más lejos, casi desequilibrándome, corazón palpitante, casi agarrándola.

—Palomitas pequeñas y Cola light. —Una chica llevaba mis aperitivos, y estaba tan asustada que me sentí inclinarme hacia delante, apenas agarrándome

antes de plantar la cara en el mostrador. El cartel se tambaleó e inclinó hacia delante, y la chica lo agarró, mirando del cartel a mí con ojos entrecerrados—. ¿Qué estás haciendo?

—Yo... —empecé. Podía sentir el sudor en mi labio superior y mi corazón ya no latía con fuerza, ahora parecía estar bombeando mucho más lento de lo normal, lo que me pareció una mala señal—, yo solo...

—¿Has vuelto a tener ese calambre en el brazo? —De repente, ahí estaba Frank, a mi lado. Él deslizó su brazo en mis hombros, y esto fue tan alarmante que cualquier excusa que podría estar formando dejó mi cabeza—. Le pasa a veces. ¿Verdad?

—Sí —dije, asintiendo, tratando de parecer tan inocente como pudiese manejar—. Sí. Algunas veces.

—No olvides los aperitivos —dijo Frank, dándole un apretón a mi hombro, manteniendo una confiable, sonrisa de presidente de la clase en su cara. Los recogí y ambos sonreímos brillantemente hacia la chica, quien nos miraba con expresión sospechosa. Fue a colocar el cartel, pero dudó y lo puso en la estantería más alta del puesto de comida, justo detrás de la máquina de palomitas, lo que significa que ahora era básicamente imposible de conseguir.

111

Frank y yo nos apartamos, y cuando habíamos llegado casi hasta los coches y parecía que la policía del puesto no nos iba a dar caza, sentí que volvía a respirar. Di un largo trago a mi refresco, y no fue hasta que terminé que me di cuenta de que Frank seguía teniendo su brazo a mí alrededor. Se debió de dar cuenta a la vez, porque dejó caer su brazo y dio un paso lejos.

—Entonces —dije, todavía un poco sorprendida de que fuese capaz de ver justo cuando le necesitaba—. Um, ¿cómo has...?

—*Nunca* he visto a nadie parecer tan sospechoso —dijo Frank, agitando la cabeza—. *Nunca*. Me imaginé que debería estar cerca, por si acaso.

—Oh —dije, mirando al suelo. Aunque racionalmente sabía que no ser buena robando era una cosa positiva, y no algo de lo que estar avergonzada, no cambió la forma de la que me sentía... como si hubiera fallado.

—Así que... uh, ¿por qué intentabas robar en el puesto de comida? —preguntó Frank, sonando desconcertado.

—Es por la lista —dije, levantando un hombro—. Número tres.

Frank miró al cartel, y le vi leyendo el nombre de Sloane, uniendo las piezas. Asintió y empezó a decir algo justo cuando los altavoces crepitaban a la vida, anunciando que la película empezaba en sesenta segundos y el cierre del puesto de comida.

—Debería irme —dije. Sabía que probablemente tenía que agradecerle por ayudarme, y que si él no lo hubiera hecho, estaría en serios problemas. Pero es realmente humillante fallar en algo y luego necesitar ser rescatado, incluso si esa cosa es cometer un crimen. Le di una pequeña sonrisa y luego me dirigí hacia mi coche, mirando sobre mi hombro para ver a Frank apartándose también.

Tenía intención de huir después de coger el cartel y no quedarme a la segunda película. Pero estuvo claro al llegar a mi coche que no iba a ninguna parte, la gente en las filas detrás de mí me había encajonado, y todo el mundo estaba viendo la película, y tenía la sensación de que nadie estaría feliz de moverse si intentaba salir. Así que puse mi bebida en el portavasos y empujé mi asiento hacia atrás, acomodándome. Mientras lo hacía, me pregunté si era la única persona en todo el autocine que veía la película sola.



ABRIL

Dos meses antes

—¿Cuánto ofreciste esta vez? —pregunté, mientras Sloane regresaba a su coche, sin el letrero pero con las manos llenas de nuestros refrigerios.

—Cien —dijo con un suspiro—. Y ellos *aún* no lo aceptan. Lo juro, a este paso, voy a tener la necesidad de sobornar a uno de los empleados.

—O puedes empezar a trabajar ahí —sugerí, mientras tomaba las palomitas de ella y agarraba un puñado de la parte superior—. Que te contraten bajo un nombre falso. Y puede ser un trabajo interno.

Sloane me sonrió.

—Me gusta la manera que estás pensando —dijo—. ¿Qué nombre?

113

Pensé sobre eso, sólo disfrutando el juego. Estábamos ahí para ver una doble presentación de *Clueless* y *Tropp Beverly Hills*, lo que significaba que no atendería casi ningún chico. Parecía que había madres e hijas y grupos de amigas, como nosotras. Desde que Sam había llegado en la escena, se sentía como si había sido hace mucho tiempo desde que Sloane y yo pasamos tiempo juntas, y había esperado esto por semanas. —Alicia —dije después de pensarlo—. Alicia Paramount.

Sloane aventó su cabeza hacia atrás y se rio.

—Me encanta —dijo—. Aplicaré la siguiente semana.

Comencé a caminar a la parte trasera del Volvo. Una que vez ya había conseguido mi licencia y no teníamos que ver el césped más tiempo, se nos ocurrió la mejor manera de ver una película, mi auto al revés, con las puertas traseras abiertas, y ambas atrás, acostadas sobre almohadas y sabanas que olerían inevitablemente a palomitas por los días siguientes.

—¿Vienes? —dijo, mientras me seguía. Pero no se subió a la parte de atrás, solo se paró afuera estirando su cuello como si estuviera buscando algo, jugueteando con sus llaves, incluyendo el mini llavero personalizado SLOANE que yo le había ordenado especialmente por su cumpleaños, lo cual hacía cuando estaba nerviosa.

—¿Estás bien? —pregunté abriendo el regaliz y sacando uno, mordiendo ambas puntas y clavándolo en mi refresco dietético.

—Seguro —dijo—. Yo... —Pero no terminó eso porque su teléfono sonó con un texto. Lo sacó inmediatamente y lo leyó, sonriéndole a la pantalla mientras escribía una rápida contestación.

—¿Sam? —adiviné, tomando un poco a través del regaliz.

—Sí —dijo, metiendo su teléfono al bolsillo y mirándome. Había un rubor en sus mejillas y noté lo mucho que parecía más viva ahora, más feliz y entusiasmada, como si las cosas en realidad estuvieran pasando, mientras que antes no—. Entonces, así está la cosa —dijo, hablando rápido—. Le dije a Sam que íbamos a estar aquí, pero no estaba segura si él vendría o no, pero luego...

—Hola. —Ahí estaba Sam, deslizándolo los brazos por la cintura de Sloane y besando su mejilla.

—Hola —dijo Sloane, sonriendo ampliamente mientras se volteaba a besarla y podía escuchar la felicidad en su voz tan claramente—. ¡Estás aquí! No estaba segura si íbas a aparecer.

—Por supuesto que estoy aquí —dijo fácilmente. Colgó su hombro sobre el cuello de Sloane, dejando que las puntas de sus dedos descansaran en su brazo—. Oh, hola Emily —dijo, como si apenas me hubiera notado.

—Hola, Sam —dije, tratando de sonar entusiasmada de verlo, como si estuviera feliz de verlo aquí, no como si estuviera decepcionada que mi noche con Sloane hubiera llegado a una aplastante parada.

—Bonita pajilla —dijo con una pequeña risa, asintiendo hacia mi vaso con el regaliz saliendo del mismo—. Vaya. Dios. No había visto eso desde que tenía, como, once.

—Sí —dije con una risa avergonzada—. Es... —No estaba segura de como terminar esto, así que dejo que mi voz se vaya apagando. Sam todavía me veía, alzando las cejas como si estuviera desafiándome a terminar la oración. Me dio una sonrisa lastimosa, luego apretó el hombro de Sloane, enroscando sus dedos con los de ella—. Vamos —dijo, asintiendo hacia un lado lejos en el campo—. Tengo un gran lugar.

—Oh —dijo Sloane, viendo de Sam a mí, algo de su felicidad desvaneciéndose de su expresión—. Pensaba que podíamos ver todos juntos, ¿tal vez?

Sam sólo re ríó de nuevo, y noté, tal vez por primera vez, que él usaba su risa para ganar puntos, como signos de puntuación, no porque encontraba algo gracioso.

—Creo que Emily estará bien —dijo, viendo sobre mí, empezando a dirigir a Sloane lejos de mí—. ¿O no, Em?

No había manera de responder esta pregunta excepto afirmativamente, y mientras miraba la expresión de Sloane, podía ver que eso era todo lo que ella quería. Quería ser capaz de ser feliz con Sam, de irse con él y de que yo estuviera bien con eso.

—Claro —dije, dándole una sonrisa que no sentía, preguntándome por un segundo si ella podría notar la diferencia—. Ustedes chicos vayan a divertirse —dije con la intención de ser graciosa, pero de alguna manera no se vio divertido una vez que lo dije, Sam solo viéndome burlonamente, Sloane no riéndose de mis chistes como normalmente lo hace.

—Uh, está bien —dijo. Asintió hacia mí—. Nos vemos, Em.

—Adiós —dije mientras Sam comenzaba a caminar. Sloane se volteó a mirarme, y tuvimos una conversación rápida y furiosa mientras articulábamos nuestras palabras—. *¿Estás segura? ¡Sí! ¡Ve a divertirte! ¡Te hablo mañana? ¡Sí!*

Me lanzó una última sonrisa feliz y entusiasmada, luego se volteó de regreso a Sam, ya riéndose de algo que decía.

115 Los observé irse, sintiendo mi sonrisa desvanecerse hasta que ya no estaba. Subí a la parte trasera y tomé un sorbo a mi refresco. Pero el regaliz de repente hizo al refresco empalagosamente dulce, y lo saqué, reemplazándolo con un pajilla regular en su lugar. Era muy infantil, después de todo. Probablemente debería haber dejado de hacerlo hace tiempo.

Me acomodé en la parte trasera, quedándome en mi lado del coche, aun cuando no había necesidad, tratando de decirme que las cosas estaban bien, que debería estar feliz por Sloane. Había conocido a un chico que de verdad le gustaba, y ¿qué clase de mejor amiga sería si no podía estar entusiasmada por ella? Todo estará bien. Y para cuando los créditos pasaban, comenzaba a creerlo.



Desde que no tenía que preocuparme un un inminente crimen cometido, había podido seguir *The Lady Vanishes*, y me había gustado, aunque me preguntaba porque Hitchcock se obsesionaba tanto con los trenes, ambas películas había presentado *muchos* de ellos.



Me había quedado en mi auto por un rato, sólo mirando la pantalla oscura. La línea dejando el autocine siempre era épica, embotellamientos formándose en la salida y todos tocando los cláxones, aun cuando esto no conseguía nada. Nosotras siempre habíamos estado en el carro, acostadas contra las almohadas y terminando nuestros refrigerios, discutiendo las películas o sólo hablando.

Cuando el silencio fue demasiado, me dirigí afuera con mi basura y la tiré en una de los rebosantes contenedores. Ahora que el estacionamiento se estaba vaciando, podía ver a Frank y Collins parados cerca de la minivan de Collins. No sintiendo la necesidad de seguir humillándome frente a Frank, me di cuenta que esa cuota ya se había llenado esta noche, me volteé y estaba a medio camino a mi auto cuando escuche a Collins llamándome.

—¡Emma! —gritó, y luego vi a Frank inclinarse y decirle algo y luego Collins asintió—. ¡Emily! —gritó, finalmente diciendo bien mi nombre—. ¡Ven acá! —Sólo lo saludé con mi mano y continúe hacia mi auto, esperando que se tragaría el que no lo escuché—. No —gritó Collins, más fuerte que nunca, ahora incorporando largos movimientos de mano, apuntándome, luego a él, e imitando un caminar—. ¡Ven *hacia acá!* —Las personas empezaban a voltearse y ver, y supe que no había manera de seguir fingiendo.

116

Dejé salir un gran respiro y caminé hacia ellos. Frank y Collins tenían lo que parecía una intensa discusión que se detuvo abruptamente cuando alcancé la minivan.

—Hola —dijo Collins, dándome un guiño teatral—. No te ves encantadora esta noche. Hubiera sido un encantador conjunto para una foto policiaca.

Podía sentirme ruborizar y observé a Frank, quien lo fulminaba con la mirada, el cual no parecía notarlo. Sabía que probablemente no podía estar enojada con Frank por decirle. Si la situación hubiera sido al revés y yo estuviera aquí con Sloane y atrapaban a Frank Porter tratando de robar algo, no esperaría hasta verla, le hubiera hablando de camino al auto.

—Nada de qué avergonzarse —continuó Collins, sonriéndome sabiamente—. Algún día, cuando el momento sea correcto, recuérdame decirte la historia de mi vez en la cárcel de Disney. —Bajó la voz y se inclinó hacia mí—. Alerta de spoiler... *no* el lugar más feliz de la tierra.

Sólo parpadeé a Collins. ¿Me había llamado hasta acá para que pudiera burlarse de mí? Crucé los brazos sobre el pecho, y miré de regreso a mi auto, deseando que no me hubiera detenido, sólo debí seguir caminando. Ya estaría a medio camino a mi casa para ahora.

—Matt —dijo Frank. Su voz estaba seria, y esto, llamando a Collins por su nombre real, parecía estar enfocado en él.

—¡Cierto! —dijo, aplaudiendo sus manos juntas—. Está bien. Entonces logré hacer planes con la adorable señorita Gwen para esta noche —comentó Collins, y noté por primera vez que una chica con cabello negro se inclinaba contra un sedán a unos pocos autos de distancia, fumando un cigarrillo y hablando en su teléfono.

—Oh —dije, recordando lo que había dicho Frank sobre que a Collins le gustaba la proyeccionista—. Um, bien por ti.

—Bueno, gracias. —Alisó su polo verde neón y su cabello. Ahora que lo había visto unas pocas veces este verano, había comenzado a entender que este era su uniforme de verano, una camiseta polo ligeramente muy brillante, pantalones cortos y unas chancas maltratadas. Me sonrió—. Mis encantos, no pueden resistirse.

—Amigo, te está usando para ir a esta fiesta —dijo Frank, sacudiendo la cabeza.

—Creo que quisiste decir que me *invitó* a esta fiesta —lo corrigió Collins—. Y pedir si podía llevarla. Lo cual, siendo un caballero, accedí a hacer.

Frank sólo suspiró y miró hacia el suelo.

—¡Mike! —gritó la proyeccionista, pisando su cigarrillo y bajando su teléfono—. ¿Nos vamos o qué?

117

—Voy —gritó Collins, no pareciendo importarle que dijera su nombre mal—. Como sea —dijo, volteando de regreso a nosotros, todo de negocios—. Emily. Puedes llevar a Porter a casa, ¿verdad? ¿No viven ustedes cerca del otro?

—Oh —dije, volteando ver a Frank, finalmente entendiendo porque me habían convocado—. Seguro. No hay problema.

Apenas había dicho las palabras antes de que Collins sonriera, golpeó a Frank en la espalda y presionó para que la puerta corrediza de la minivan se abriera haciéndole un ademan a Gwen para que subiera. Ella ignoró la puerta corrediza, subió por la puerta del pasajero, aun sosteniendo otra conversación, y Collins subió a la van a través del lado. Luego la van se fue del estacionamiento con un chillido de llantas, dejándonos a Frank y a mí, solos.

—Lamento esto —dijo Frank, mientras caminamos a mi Volvo, ahora solo uno de los pocos autos en el campo.

—Está bien —dije—. Te lo debo de todas formas.

—Bueno, lo aprecio —dijo. Desbloqueé el auto y, cuando estábamos los dos adentro, encendí el motor y me dirigí a la salida. Ajusté las manos en el volante, luego las solté, tratando de ver como agradecerlo por lo que había hecho por mí—. Frank —empecé, luego lo observé para ver que veía su teléfono.



—¿Qué? —preguntó, mirándome—. Lo siento. Estuve tratando de hablarle a Lissa toda la noche. No he podido ser capaz de hablarle, así que sólo voy a enviarle un texto...

—Sí, por supuesto —dije, mirando de regreso a la carretera—. Lo siento.

El débil golpeteo de las teclas llenó el auto, y no quería prender mi iPod y distraerlo, sin mencionar el hecho que tampoco quería que se burlara de mi música. Aun cuando el sonido de los textos había parado, Frank sólo veía su teléfono, como si estuviera esperando una respuesta, y no estaba segura si era el momento adecuado para interrumpirlo. Al tiempo que llegó a su casa, aunque había guardado su teléfono, y no podía evitar notar que no había escuchado el alegre sonido *beep* que significaba que Frank no había tenido una respuesta rápida.

—Gracias Emily —dijo Frank mientras me paraba en la entrada.

—Seguro —dije—. No fue un... —Cualquier cosa que estaba por decir se perdió, mientras veía la casa de Frank de noche por primera vez. La casa entera estaba oscura, pero podía ver que está justo sobre el agua, algo que no había podido decir antes desde la carretera. La luz de la luna está brillando en la casa y reflejando su cromado y las superficies de vidrio, aparentando estar alumbrando todo desde adentro—. ¿Estás justo en la playa?

118 —Sí —dijo Frank. Después de una pequeña pausa, agregó—: ¿Quieres verlo?

—Oh —dije, poniendo mi espalda en mi pequeño asiento. Repentinamente me preocupé que pareciera muy interesada, y que él sintiera que tenía que invitarme por cortesía—. No, está bien. Además, parece que tus padres están dormidos.

—Nop —dijo Frank y sonó como si estuviera tratando de mantener su voz ligera. Noté esto y me pregunté cuando empecé a notar la diferencia—. No están.

—Oh —volteé al reloj en mi iPod, el reloj en mi tablero estaba atascado por siempre a las ocho y diecinueve. Era casi media noche, así que esto me sorprendió, pero ciertamente no iba a comentar sobre esto.

—Sí —dijo Frank encogiéndose de hombros—. Mi padre está en Darien trabajando en una casa, y mi madre tiene un proyecto de decoración en la ciudad. De todas maneras, se supone que no pueden estar en casa juntos porque... —Me miró, y de repente recordé a sus padres, con caras coloradas y gritándose el uno al otro, la expresión de Frank mientras los escuchaba—. Así que por eso es que no hay nadie allí—dijo Frank en voz más baja, y de repente entendí lo que decía. Que se quedaba solo aquí. E incluso aunque mis padres estaban físicamente en nuestro hogar, sabía lo que era llegar a casa y no tener a nadie que se preocupara por ti, o te preguntara por tu día. Todas las cosas de las que no puedes esperar para alejarte, hasta que ya no están ahí y entonces las extrañas demasiado.

—Entraré —dije, sorprendiéndome a mí misma, y a Frank, por su aspecto—. Solo por un rato. —Con cualquier otro chico, podría haber estado preocupada de que había algún tipo de motivo oculto para que me invitara a entrar, tarde en la noche, a una casa vacía. Pero eso no era algo que siquiera consideraría con Frank (novio a largo plazo y buen chico), si no solo para darme cuenta de que no era un problema.

—Genial —dijo Frank, dándome una sonrisa feliz y sorprendida—. Vamos. —Lo seguí hasta la puerta lateral por la que había ido antes. Cuando abrió la puerta, un alto y persistente timbre comenzó a sonar, hasta que Frank metió un código en un teclado que no había notado a un lado de la puerta. El timbre se detuvo y Frank comenzó a caminar, prendiendo las luces a su paso, y lo seguí, pero luego paré, mirando alrededor, realmente mirando alrededor por primera vez, mi mandíbula boquiabierta.

Era hermosa. Había muchas otras palabras para ello, resmas enteras de adjetivos, pero a primera vista, era todo lo que se me podía ocurrir. La planta baja era abierta, lo que significaba que podías ver todo el piso, la sala de televisión mezclándose con el estudio, que luego se convertía en el comedor, y luego en una cocina abierta y la barra de desayuno. La casa estaba iluminada y ventilada, con techos altos y muchas, muchas ventanas, todo estaba tonos grises, azules y blancos. Todo simplemente combinaba. Había pequeños grupos de objetos, simplemente dispuestos así. Vi, en una de las estanterías justo al lado de la puerta principal, un gran jarrón con largas plumas. Lo que era suficiente, pero en el estante de arriba, había un jarrón mediano con plumas medianas. Y en el estante de arriba había un jarrón pequeño lleno de las plumas más pequeñas que he visto nunca. Había cosas así, pequeños detalles y toques perfectos, donde quiera que mirara, y de repente no quería hacer nada más que quedarme ahí y observar cada centímetro.

—Emily —llamó Frank, y me di cuenta de que había cruzado la habitación y estaba parado al lado de una puerta de cristal construida en una pared entera de ventanas, las cuales daban vista hacia la arena y mar.

—Sí —dije, alejándome de la decoración sabiendo que habían un montón de cosas que me estaba perdiendo. Frank abrió la puerta, y salimos a una terraza de madera que daba al agua, con cuatro escalones que daban a la arena. La única vez que había estado en la playa de noche fue para los fuegos artificiales del 4 de Julio, donde había millones de personas y todo el mundo peleaba por un espacio. Pero este tramo de playa iluminado por la luna estaba vacío, y me di cuenta de que Frank y yo tendríamos todo para nosotros solos.

Seguí a Frank por las escaleras y caminé en la arena, luego inmediatamente me quité las sandalias así podría sentirla con mis pies descalzos. Vi a Frank hacer lo mismo, jalando sus zapatos y luego alineándolos cuidadosamente en los escalones de la terraza.

Caminé hacia el agua, a donde la arena se hacía más suave y moldeable, pero donde mis pies todavía estarían secos. Simplemente había algo sobre las playas de noche. Era tan tranquilo, sin nadie que estuviera gritando o jugando con un disco o poniendo la música a todo volumen. Y tal vez por eso, el sonido del agua, incluso aunque no teníamos olas reales, parecía mucho más alto. Y luego estaba la luna. Era enorme esta noche, en un cielo que estaba lleno de estrellas que se reflejaban en la superficie del agua.

Había esperado que esto fuera todo, que hubiera visto que la casa de Frank se encontraba, de hecho, en la playa, y que ahora me iría a casa. Pero mientras me volvía, vi a Frank sentándose en la arena mirando el agua, sus piernas extendidas en frente de él. Dudé por un momento antes de sentarme, no demasiado cerca de él, flexionando las rodillas y abrazándolas. —Me gusta tu patio —dije, y Frank sonrió.

—Bueno, debería disfrutarlo mientras puedo —dijo, cogiendo un puñado de arena y dejándolo caer entre sus dedos. Sentí que había más por salir, así que solo lo miré, esperando, tratando de ser tan paciente como él lo había sido conmigo—. Mis padres se están divorciando —dijo. Dejó el resto de la arena caer y limpió sus manos—. Eso fue lo que viste la otra mañana. —Pude ver el hundimiento en sus hombros—. Se ha puesto bastante complicado.

120 Me sentí a mí misma suspirar. Era lo que había pensado, dado los gritos de pelea de los que había sido testigo. —Lo siento mucho, Frank.

Asintió y me miró, sentí como que en ese momento, lograba ver al verdadero Frank Porter, como si realmente dejara caer sus muros un poco, no poniéndole una buena cara a las cosas. —Sí —dijo, dando una corta e infeliz risa—. Trabajan juntos, así que lo están manteniendo en secreto, para así no perder alguno de los trabajos. Pero están teniendo problemas para dividirse los bienes, así que no se supone que estén en la casa juntos sin la presencia de los abogados. —Su boca se hallaba en una triste línea recta, y aunque trataba de sonar como que esto no le afectaba, realmente no fingía bien.

—Así que... —dije, inclinándome un poco más hacia él, tratando de entender esto—. Quiero decir, ¿quién está viviendo aquí contigo?

—Bueno, están negociando eso —dijo—. En teoría. Parecía más fácil para ellos solo mantenerse cerca de sus otros proyectos.

Asentí y miré hacia la arena, suavizando una parte, una y otra vez. Incluso aunque mis padres no me prestaban atención o a Beckett, aún estaban ahí. Y sabía que si los necesitaba, los podría sacudir de su estupor de escritores.

—De todas maneras, ese es la razón estoy aquí por el verano. Usualmente voy a un programa en Princeton. E iba a ir de nuevo, pero ninguno de los dos se pudo poner de acuerdo en quién debería pagarlo, así que... —Se encogió de hombros y me dio un intento de sonrisa.

Incluso cuando comencé a formular la pregunta, sabía que no le habría preguntado si no hubiese estado oscuro y no pudiera mirar la arena en vez de a él. —¿Está... quiero decir, está Lissa en el programa de Princeton? —Era lo que me había estado preguntando desde que Frank había estado tratando de contactarla en nuestro camino aquí. Me había recordado que, en todas las veces que había visto a Frank este verano, nunca había estado con su novia.

Frank asintió. —Sí —dijo—. No pensamos que tendría que perderselo solo porque yo no podía ir. —Esperé a que dijera algo más, pero Frank solo miró hacia el agua, y cuando habló de nuevo su voz sonó como que si diera lo mejor de sí para sonar optimista—: De todas maneras, Collins me consiguió el trabajo en Indoor Extreme, y aquí estoy. No fue el verano que esperaba, eso es seguro —dijo. Pero luego sonrió, una pequeña, pero real sonrisa esta vez—. Pero esta resultando ser mejor de lo que imaginaba. —Alzó una ceja—. Quiero decir, solo esta noche, quizás haya salvado a alguien de ser arrestado.

Sonreí. —Gracias por eso, por cierto.

Frank hizo un ademán con la mano. —Gajes del oficio.

—¿La oferta aún sigue en pie? —pregunté, no sabiendo que lo haría, simplemente dejando salir las palabras—. De ayudarme con la lista, quiero decir.

121

—Por supuesto —dijo Frank, volviéndose hacia mí—. En realidad —dijo con una sonrisa—. Como que ya empecé.

Me reí, y supe que no debería estar sorprendida por ello. —Por supuesto que lo hiciste.

—Entonces —dijo, y en su voz, podía escuchar al Frank Porter, presidente de la clase, comenzando una asamblea—. He hecho una lista de todos los Jamies en nuestra escuela, y los dividí por género, y...

—En realidad —dije, sintiéndome a mí misma sonreír mientras me apoyaba hacia atrás sobre mis manos—. Ya me ocupé de ese. —Frank alzó sus cejas, y yo extendí las piernas en frente de mí, acomodándome para la historia—. De acuerdo, así que la otra noche...

Le dije a Frank la historia acerca de la entrega de pizzas, y de mí acobardándome, pero luego volviendo a la estación de gas, recordando lo que él me había dicho acerca del nombre del chico, y luego de alguna manera pasamos a otros temas. Antes de que lo supiera, la conversación estaba fluyendo sin que yo tratara y la guiara, o estuviera pendiente de cada cambio y giro. Ya no pensaba en lo que debería decir. Simplemente me dejaba llevar, dejando que la conversación se desarrolle.





—Pero eso no tiene sentido. —Solo me miró—. ¿Está en la lista solo porque tú tienes miedo a los *caballos*?

—Sí.

Frank solo inclinó su cabeza a un lado, como si estuviera tratando de resolver esto. —Así que, uh —dijo después de un momento—. ¿Estos serían, como, caballos regulares? ¿O caballos poseídos por demonios?

—Caballos regulares —admití mientras trataba muy fuerte de no reírse—. Realmente que no sé por qué.

—Bueno, para mí son las alturas —dijo, sacudiendo la cabeza. Luego me miró y podía verlo comenzar a sonrojarse un poco—. Como probablemente viste el otro día. Mi papá me llevó una vez a una construcción cuando tenía tres años, y recuerdo haber mirado hacia abajo y simplemente enloquecer, es una de mis recuerdos más tempranos, y trata de puro terror. Traté de superarlo el año pasado, cuando volamos hacia Montreal para un decatlón académico...

122



—No es una buena película. —Frank y yo ahora caminábamos en la orilla del mar, mientras buscaba entre la arena, había encontrado una roca y quería tratar de lanzarla. También quería tratar de convencerme que *Space Ninja*, la película que habían estado pasando en el autocine desde el Día de los Caídos¹⁰, era un ejemplo de calidad audiovisual.

—Lo es —insistió, y cuando levanté cejas hacia él, se rio—. De acuerdo, quizás el hecho de que la vi con Collins cambió un poco mi apreciación de ella. Pero tienes que admitir que fue mucho mejor que *Ninja Pirate*.

¹⁰ Fecha conmemorativa en EEUU, el último lunes de mayo.



Simplemente lo miré, preguntándome como siquiera había conseguido la reputación de una de las personas más inteligentes en la escuela. —¿Cómo eso prueba tu punto?



—En un universo bien ordenado —dijo Frank mientras buscábamos más piedras, la primera ronda de lanzarlas no había sucedido como él esperaba—, lanzar piedras al agua harían como un búmeran de vuelta a ti y no solo sería un ejercicio inútil.

—En un universo bien ordenado —repliqué—. La gente solo lanzarían piedras en lagos y no, tú sabes, en Long Island Sound¹¹.

123



—¿Puedo preguntar por Lissa? —Nos habíamos movido temporalmente a las escaleras de nuevo después de que Frank había ido dentro por suéteres para los dos—. ¿La extrañas?

Asintió y estuvo en silencio por un momento antes de decir: —Sí. Quiero decir, nunca hemos pasado tanto tiempo lejos del otro, así que... —Se encogió de hombros. Hubo una pausa larga antes de que añadiera, su voz mucho más baja —: Creo que es más difícil ser el que dejan atrás. —Me miró—. ¿Tú la extrañas?

Sabía que hablaba de Sloane. —Sí —dije. Pensé en decirle en como algunas veces me sentía como que si solo la mitad de mí estaba ahí, sin Sloane para hablar lo que experimentaba. Como se sentía como si alguien había cortado mi brazo, y luego como buena medida me hubiera quitado mi documento de identidad y sentido de la orientación. Como era como que no tenía idea de quién era, o adónde iba, junto con el hecho de que había una parte de mí perdida que nunca parecía dejar de doler, nunca dejándome olvidar, siempre recordándome que no estaba

¹¹ Estuario donde desembocan los ríos de la región de Nueva York, Estados Unidos.

entera. Pero en vez de eso solo lo miré, de alguna manera entendiendo que él sabía exactamente como se sentía estar así — . Lo hago.



—Oh, quería decirte —dijo Frank mientras trataba mi propia mano de lanzar piedras sobre el agua. Pero debo haberme perdido algún componente crucial, porque mi piedra solo aterrizaba en el agua y se hundía — . Chequeé con mi mamá. Vi *Big Juice* cuando estaba en Broadway, mi primera obra.

Lo miré, y me pregunté si había estado en el teatro ese día, como usualmente estaba, con las chicas que vendían la mercancía y tratando de conseguir M&M's de maní. Me pregunté cómo habría sido el Frank de once años, si lo habría conocido en ese entonces. —Está basada en mí —dije—. Cecily. — Frank alzó sus cejas, luciendo impresionado, y continué—: Quiero decir, al principio. Se vuelve menos como yo a medida que la obra sigue.

124

—¿Qué quieres decir? —preguntó mientras escogía una roca, arrojándola entre sus manos una par de veces, como si estuviera probando el peso.

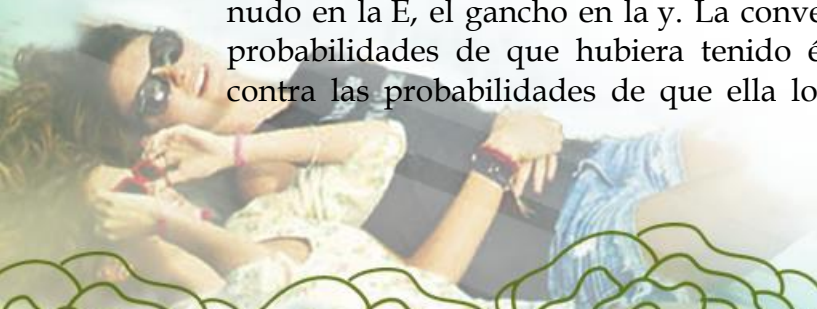
—Se vuelve... valiente —digo finalmente—. Y realmente fuerte. Sin miedo. —Saqué los dedos de los pies fuera de la arena, y luego añadido—: Además, está todo lo del incendio provocado.

—Bueno, eso también —dijo Frank, asintiendo. Envío su roca volando a través del agua, y rebotó cinco veces en la superficie antes de hundirse.

Yo sonreí. —Bien hecho.



—Hemos sido amigos desde que éramos pequeños —dijo. Estábamos de vuelta a estar sentados en la arena, y yo escribía mi nombre, una y otra vez, el nudo en la E, el gancho en la y. La conversación había girado hacia Collins. Y las probabilidades de que hubiera tenido éxito con Gwen la proyectadora (nulas) contra las probabilidades de que ella lo dejara por otro chico tan pronto como



llegaran a la fiesta (altas) —. Uno de esos amigos que ni siquiera puedes recordar como hiciste ¿Sabes? —No sabía, pero asentí de todas maneras—. Estaba realmente emocionado de que me quedaba en el pueblo por el verano. Por lo general, no salimos tanto juntos.

—Y además, ahora tiene un amigo de apoyo —señalé.

—Si —dijo Frank—. Por todo el bien que le estoy haciendo —Sacudió su cabeza, pero luego sonrió—. En realidad, tiene un gran viaje de campamento previsto para nosotros dos en agosto.

—En un universo bien ordenado —dije, borrando mi nombre en la arena y empezando de nuevo—. Un campamento podría ser en interiores.



125

La conversación comenzó a disminuir al tiempo en que comencé a sentir el frío de la arena a través de mis pantalones, y Frank comenzó a bostezar. Nos sacudimos nuestras manos y pies pero, no obstante dejamos un camino de arena en la terraza. Mientras caminamos hacia fuera, comencé a esperar a que se pusiera incómodo, ahora que lo podía ver claramente de nuevo, sus ojos marrones, su cabello rojizo, sus pecas.

Pero no lo hizo.

Y no entendí por qué hasta que volví al auto y Frank se había despedido de mí con la mano desde la puerta y yo había girado en dirección a casa. Parecía que entre los argumentos entre los méritos de las películas ninja, el dejó de ser Frank Porter, presidente de la clase, y persona que no conocía. Dejó de ser un extraño, un *chico*, alguien con quien no sabía cómo hablar. Esa noche, en la oscuridad, compartiendo nuestros secretos y nuestros ingredientes favoritos en las pizzas, se había movido más cerca que ser solo Frank, quizás, posiblemente, incluso mi amigo.



6

Besa a un extraño

Traducido por ashmcfly, Aleja E, Deydra B. & Cris_Eire

Corregido por Esperanza

126

Conduje mi auto a través de las puertas del Rancho Saddleback, sintiendo como mis manos apretaban el volante. Esto era lo que temía desde que Frank mencionó que tenía una idea para la lista. Desde que no supo qué significaba Penélope, o de cual vestido hablaba Sloane, y cada vez que mencionaba la lista, evitaba decir lo de nadar desnuda o besar a un extraño, lo que sólo dejaba un par de opciones. Y parecía que Frank decidió que hoy sería el día en el que finalmente yo iba a montar un caballo.

Cuando me desperté a la mañana siguiente después de nuestra charla en la playa, me sorprendí a mí misma alcanzando el teléfono y enviándole un mensaje de texto, preguntándole si quería correr. Y desde entonces hemos estado corriendo todos los días, usualmente en las mañanas, pero ocasionalmente por las tardes si ninguno de los dos tenía que trabajar. Era la última cosa que habría esperado, convertirme en amiga de Frank Porter, pero parecía que eso era exactamente lo que ocurría. La desventaja de esto, aparentemente, es que él hacía cosas como programar paseos a caballo para mí.

Estacioné al frente, parecía que había una pequeña oficina y, cruzando el estacionamiento, un granero y un corral para prácticas de equitación al aire libre donde los caballos y sus jinetes pasaban por un circuito de saltos, mucho más cerca de mí de lo que hubiera preferido.

—Hola —dijo Frank, saliendo de la oficina, viéndose aliviado—. Viniste. Estaba preocupado de que quizás viste el rótulo y saliste huyendo.

—Ja, ja —reí falsamente, de repente deseando que Frank no hubiera hecho esto. Una cosa era compartir historias vergonzosas con él, pero era muy diferente dejarlo verme cuando estaba patéticamente asustada.

—¿Estás bien? —preguntó Frank, dando un paso más cerca de mí—. Te ves un poco pálida.

—Sólo...—empecé, mirando hacía el granero de nuevo. Mi corazón latía intensamente, podía sentir que empezaba a sudar, y me limpié las manos en en pantalón—. No estoy...

—¿Estás aquí para las once? —Me volví y vi a una mujer en vaqueros y una camisa del Rancho Saddleback guiando a un caballo que era enorme, casi tuve que inclinar la cabeza hacia atrás para poder ver la parte superior—. Oh —dijo, mirando de Frank hacía mí—. ¿Estaban aquí por el paso en pareja?

—¡No! —dijimos Frank y yo inmediatamente, al mismo tiempo.

—Sólo Emily —dijo Frank, señalando hacía mí.

—Está bien, entonces —dijo la mujer, dando unas palmaditas fuertes al costado del caballo, lo que me provocó una mueca de dolor.

¿Y sí no le gustaba eso y se desquitaba conmigo? ¿Los caballos son de esos animales que pueden oler el miedo? Parecía probable, después de todo, sus caras eran prácticamente sólo nariz. Quizás sintiendo —u oliendo— esto, el gigantesco caballo resopló y pateó el suelo, haciéndome tomar un paso gigante hacia atrás y chocar con mi coche.

—Bueno, tengo a Bucky ensillado para ti —dijo.

127

—¿Por qué se llama así? —pregunté, tratando de tomar otro paso atrás, sin recordar de que ya estaba presionada contra mi coche. Podía oír lo aguda que sonaba mi voz, pero no creía que podía ser capaz de hacer algo al respecto—. ¿Es por qué arroja a las personas?

La mujer frunció el ceño. —¿Estás bien, cariño?

—¿Tal vez tengas un caballo más pequeño? —pregunté, tratando de encontrar una manera de que esto, quizás, aún se podía salvar—. Como, ¿algo no tan alto?

—Em, ¿estás bien? —preguntó Frank, dando un paso hacia mí, con su voz baja.

—¿Cómo un poni? —preguntó la mujer, luciendo confundida.

—Tal vez —dije, feliz de tener una opción que seguiría siendo montar a caballo, pero no tan lejos del suelo—. ¿Tienes alguno de esos? —Antes de que pudiera responder, mi teléfono sonó, y respondí, feliz de retrasar el momento en el que alguien espera que me suba a uno de esos caballos y tomar mi vida en sus manos—. ¿Hola?

—Oye —dice la voz al otro lado, y después de un momento reconocí que era Dawn—. ¿Estás en el trabajo?

El día después de mi viaje por pizza, pasé a saludar a Captain Pizza, asegurándome de mirar a Bryan con el ceño fruncido, mientras lo hacía. Supuse

que lo merecía, no sólo por lo que le hizo a Dawn, también porque usaba gafas de sol adentro. Habíamos intercambiado números, y Dawn a veces me llamaba antes de entrar al trabajo, para pedirme que fuera a Captain Pizza a ver qué pasaba con Bryan y Mandy.

—No —dije, y de repente me di cuenta de que podía convertir esto a mi favor. Todavía me estaría acobardando, pero por lo menos Frank no tendría que saber necesariamente que me acobardaba—. ¿Por qué? ¿Necesitas que vaya al trabajo? —Trabajo, articulé a Frank, tratando de ignorar a la mujer que aún sostenía a Bucky por las riendas.

—¿Qué? —preguntó Dawn, sonando confundida—. No, simplemente me preguntaba si podrías explorar la situación de Mandy y Bryan por mí. Estaba tratando de calcular cuánto tiempo dedicar a mi cabello.

—Oh, entiendo —dije, esperando que Dawn no creyera que enloquecí, supuse que le explicaría la próxima vez que la viera—. Totalmente. Iré tan pronto como sea posible.

—Emily, que estás... —dijo Dawn, sonando más confundida que nunca. Colgué la llamada, y rápidamente cambié mi teléfono a silencio en caso de que volviera a llamar.

128

—Lo siento mucho —dije a la mujer, tratando de que mi voz combinara con mis palabras, pero pude notar el alivio asomándose—. Yo, mmm, tendré que reprogramar.

—¿Problemas en el Paraíso? —pregunto Frank. Su voz era suave, pero estaba mirándome directamente, y de alguna manera tenía la sensación de que sabía que mentía.

—Sí —dije, guardando el teléfono en mi bolsillo, mirando hacia el suelo—. Realmente inesperado.

—Voy a tener que cobrarles por esto, ya que estaba fuera de la casilla —dijo la mujer, guiando al gigantesco caballo de vuelta al granero—. Pero te voy a descontar la mitad en tu próximo paseo, ¿qué te parece?

—Claro —dijo Frank—. Lo intentaremos de nuevo en otro momento.

—Lo siento mucho por el dinero —dije—. Te lo puedo devolver. —Pero era algo más que el dinero lo que de repente me hizo sentir horrible, ahora que el vértigo de salir de esta situación se calmó. Tuve la oportunidad entregada en bandeja de plata, de quitar algo más de la lista y tomé la primera excusa que encontré para huir de ella. E hice a Frank perder su tiempo, todo porque no era lo suficientemente valiente para subir a ese caballo.

Le di a Frank una media sonrisa y entré a mi coche, saliendo más rápido de lo que probablemente se aconsejaba cuando se estaba rodeado de caballos gigantes, pero sólo deseaba salir de ahí. Y cuando di vuelta hacía la calle que me llevaría de

Morgan matson
SINCE YOU'VE BEEN GONE

vuelta a casa, de repente me pregunté si haber intentado montar ese caballo me habría hecho sentir peor de lo que lo me sentía en este momento.



Mix #7

129

Don't You Worry Child - Swedish House Mafia

Jolene - The Weepies

King of Spain - The Tallest Man on Earth

She Doesn't Get It - The Format

Dirty Paws - Of Monsters and Men

Blackbird - The Beatles

High School Reunion - Curtis Anderson

The Gambler - fun.

Now Is the Start - A Fine Frenzy

5 Years Time - Noah and the Whale

I Will Wait - Mumford & Sons

Paperback Writer - The Beatles

Synesthesia - Andrew McMahon

Where Does This Door Go? - Mayer Hawthorne

House of Gold - Twenty One Pilots

Misadventures at the Laundromat - Curtis Anderson

Young Love - Mystery Jets

It Won't Be Long - The Beatles

Truth in the Dark - The Henry Gales

While My Guitar Gently Weeps - The Beatles

Re: Your Brains - Jonathan Coulton

Hannah - Freelance Whales

Mtn Tune - Trails and Ways

Home - Edward Sharpe & The Magnetic Zeros

Trojans - Atlas Genius

When They Fight, They Fight - Generationals

Take a Walk - Passion Pit

—Lo siento mucho por eso —dijo Frank mientras me miraba. Pasaron dos días y estábamos corriendo. Me presenté en su casa esa tarde, lista para disculparme, pero Frank le restó importancia a mis disculpas y luego, para mi sorpresa, ofreció sus propias disculpas una vez que corrimos cerca de un kilómetro y medio de la trayectoria de ocho kilómetros que planeé para nosotros—. No debí simplemente sorprenderte con eso. Sigo pensando como hubiera reaccionado si alguien simplemente me dijera que tengo que subir a la cima de un rascacielos, sin ninguna advertencia. No sería agradable.

—Sin embargo, voy a necesitar hacerlo en algún momento —señalé.

—Lo harás —dijo Frank, con tanta confianza, que casi le creí. Corrimos otro kilómetro y medio antes de que me mirara—. ¿Música?

130

Asentí y le di mi iPod. Habíamos estado corriendo juntos tres veces más y establecimos nuestra rutina. Hablábamos durante el primer kilómetro y medio, mientras calentábamos. Cuando respirar se hacía más importante que hablar, pasábamos a la música, la cual escucharíamos por el resto del recorrido, y luego apagaríamos los iPods cuando nos enfriábamos y caminábamos hacia una de nuestras casas, alternábamos. Pero, la vez anterior, Frank propuso que cambiáramos nuestros iPods para comprobar si mi teoría de “música, no comedia de observación” era efectiva en términos de ayudarlo a correr más rápido, y aparentemente yo podría aprender todo acerca de un grupo llamado Freelance Whales lo que era, aparentemente, una banda real. Creé para él una mezcla con mis canciones favoritas que esperaba no fueran muy extrañas para alguien que afirmaba haber escuchado country y no tener idea de quién es *The Cure*.

Caímos en nuestra rutina al correr, y me di cuenta que nuestras sombras se extendían delante de nosotros en la puesta de sol, a veces superponiéndose en el pavimento. A pesar que era un día caluroso y muy húmedo, nos impulsamos, manteniendo el ritmo, y los dos nos esforzamos para mantenerlo durante los últimos tres kilómetros. Como siempre, corrimos hasta la meta. Frank estuvo a mi lado hasta el último segundo, cuando me las arreglé para dar un salto, golpeando nuestro buzón con la palma abierta, y luego doblándome en dos tratando de recuperar el aliento. Giré la cabeza hacia un lado y vi a Frank haciendo lo mismo.

—¿Pensarías mal de mí —se las arregló para decir—, si colapso en el seto?

—No, en absoluto —le dije—, podría unirme a ti. —Me enderecé y empecé a sacudir las piernas y manos, consiguiendo un divertido adelanto de lo adolorida que estaría en la mañana. Empezamos a caminar en la dirección contraria, enfriando, como mi entrenador de atletismo siempre gritaba para que hagamos.

—Me gustó la mezcla —le dije, devolviéndole su iPod—. ¿Pero que eran todas esas canciones con aplausos?

—Era *Mumford* —señaló Frank, mirándome escandalizado—. ¿Sabes cuántos premios han ganado?

—Entonces, se podría pensar que son capaces de contratar a un baterista real —le dije, mientras Frank negó con la cabeza.

—¿Tienes alguna idea de cuántas canciones sobre camiones acabo de escuchar? —me preguntó, mientras me entregaba mi iPod—. Cinco. En serio. Ni siquiera son canciones country. ¿Qué hay sobre eso?

—Tú eres el que tiene una camioneta —señalé—. Así que uno pensaría que estarías a favor de ellos.

—Si esa lógica tuviera sentido, la cual no tiene, tú con tu Volvo, deberías estar con más de los *Swedish House Mafia*

—¿Quiénes eran esos?

—Primera canción —dijo Frank, y le hice una mueca—. Te lo dije.

—Bueno —le dije, tratando de recordar en lo que acababa de oír—. Estoy segura que los *Beatles* cantaron canciones sobre camiones de vez en cuando.

—Ninguna que me acuerde —dijo Frank inmediatamente—. A menos que te refieras al camión de bomberos en Penny Lane.

Negué con la cabeza y se levantó la camisa para secarse la cara, y le di una larga mirada, luego la desvié rápidamente, antes de que me descubriera mirándolo. —Entonces, ¿qué pasa con los *Beatles*? —Al ver la expresión de incredulidad en el rostro de Frank, añadí rápidamente—. Quiero decir, me dijiste por qué empezaste a escucharlos, a causa de los códigos. Pero había un *montón* de canciones de los *Beatles* en la lista de reproducción.

—¿No te gustan los *Beatles*? —preguntó Frank, sonando sorprendido, mientras terminamos nuestro enfriamiento y comenzamos a caminar hacia mi casa—. ¿Tampoco te gusta el sol, ni la risa, ni los cachorros? —Sólo lo miré fijamente, esperando que Frank Porter reaparezca y se dé cuenta que estaba siendo un poco loco, pero al parecer Frank sólo empezaba—. No creo que los *Beatles* reciban suficiente reconocimiento —dijo, hablando rápido—. Quiero decir, cuando nos fijamos en su grupo y la forma en que cambiaron la música para siempre. Creo que deberían tener días feriados y desfiles en su honor.

—Bueno, puedes trabajar en eso —le dije, mientras llegábamos al frente de mi casa—. En caso de que necesites otro proyecto de verano. —Frank rio y miró hacia la casa, limpiándose la cara con su manga.

—¿Me podrías dar agua?

—Claro —le dije de forma automática, sin pensar en nada más que en la sed que tenía mientras nos dirigimos por la entrada, juntos. Abrí la puerta y entramos al oscuro y fresco cuartito de la entrada, y no fue hasta que la puerta se cerró detrás de nosotros que me di cuenta que acababa de invitar a Frank Porter a mi casa. Él ya vio a mi padre en su bata y había esperado que si entraba de nuevo, podría convencer a mis padres de usar ropa de verdad. De repente me di cuenta de que no tenía idea de lo que Frank podría pensar al entrar.

Solo crucé los dedos para que la casa no estuviera hecha un desastre, que mis padres estén tranquilamente escribiendo en el comedor, y que Beckett no estuviera al acecho en las puertas, esperando para asustarnos. —Mis padres probablemente están trabajando —le dije—. Así que es posible que necesitemos bajar la voz...

Pero tan pronto como cruzamos el cuartito de la entrada, la frase murió en mis labios. Mis padres no sólo estaban lejos del comedor y de sus computadoras, se movían, empujando el sofá contra la pared mientras Beckett patinaba alrededor de la sala de televisión con sus zapatos de deporte que se convertían en patines cuando se ponía en talones. Pilas de obras de teatro se balanceaban en sus brazos, y el gato parecía estar deliberadamente bajo de sus pies tanto como era posible.

—Um —dije mientras cerraba la puerta del vestíbulo, haciendo que todo el mundo se detenga por un momento y miré por encima de mí. Estaba muy agradecida de ver que ninguno de mis padres llevaban batas o pantalones de chándal, pero mi madre tenía el pelo en rulos y mi padre llevaba dos lazos en el cuello, así que no estaba segura que ello fuera una gran mejora—. ¿Qué está pasando?

—Emily, ¡gracias a Dios que estás en casa! —dijo mi madre. Tomó una pila de obras y papeles del suelo y los arrojó a mis brazos—. Pon esto en alguna parte. ¿Y luego podrías ver si tenemos algo de comer? ¿Si hay algo en el congelador? ¿Pequeños rollitos de pan para micro?

—Me los terminé la semana anterior —dijo Beckett, patinando lejos de mí—. Así que no.

—Probablemente debería irme —me dijo Frank en voz baja, pero al parecer no lo suficientemente baja, porque mi padre se levantó del sofá y se fijó en él.

—¡Un chico! —dijo, el alivio en su voz—. Maravilloso. Ven a ayudarme a levantar esto. —Miró a Frank a través de sus gafas—. Oye, ¿te conozco? —le preguntó.

—En serio, ¿qué está pasando? —pregunté, caminando un poco hacia la izquierda para dejar que Frank vaya a unirse con mi papá. Mis padres se miraron entre sí y luego hacia el suelo y de repente me preocupó que realmente hubieran dejado pasar las facturas este verano mientras estuvieron trabajando, y que todo en la casa estuviera a punto de ser embargado, o algo así.

—Teatro de Sala —intervino finalmente Beckett cuando quedó claro que mis padres no iban a hacerlo, mientras patinaba hábilmente alrededor del gato—. Lo olvidaron.

—¿Espera, aquí? —pregunté, hundiendo mi estómago, tan pronto como comprendí por qué todo el mundo estaba apurado—. ¿Esta noche?

—Esta noche —dijo mi madre con gravedad, depositando otro montón de obras de teatro en mis brazos—. No estábamos preparados exactamente.

—¿Teatro de Sala? —Oí el eco de Frank detrás de mí.

—¿Alguien canceló o algo así? —pregunté.

—Bueno —dijo mi madre—, técnicamente nos ofrecimos de anfitriones voluntarios este año. Pero eso fue antes de saber que estaríamos escribiendo. Y tu padre piensa que el correo electrónico está interfiriendo con su proceso creativo, por lo que se perdió los recordatorios.

133

Cerré los ojos por un momento. —¿Qué tan pronto? —pregunté.

Mi padre miró su reloj e hizo una mueca. —Una hora.

—Um, ¿qué es Sala Teatro? —me preguntó Frank, ya que esta información parecía hacer entrar en pánico al resto de mi familia, y todos se pusieron en marcha de nuevo.

—Bueno, al menos que te vayas ahora —dije, dándome cuenta que incluso podría ser demasiado tarde ya que mi madre dejó caer una pila de papel de la impresora en sus brazos—. Creo que lo vas a averiguar.

JULIO

Un año atrás

— Explícame esto otra vez — me dijo Sloane, Sloane, mis padres, Beckett y yo caminábamos hasta la entrada de la casa de Pamela Curry —. ¿No tienen lo suficiente de teatro durante el año escolar?

134 Mi madre sonrió y se acercó a Sloane, enlazando su brazo con el de ella. Los dos se llevaron bien desde el principio, y un montón de veces cuando se quedaba a dormir, al bajar las escaleras por la mañana veía a Sloane y mamá sentadas en la mesa de la cocina, hablando, casi más como amigas que otra cosa. — Todo comenzó hace unos años — dijo —. En una reunión del departamento de teatro e Inglés sobre el aparcamiento, y esas cosas. Terminamos hablando de las obras que amábamos, y cómo tenían que ser tan selectas en la universidad para no ofender a nadie, elegir a tantos estudiantes como sea posible, ir por debajo del presupuesto, y todas las preocupaciones habituales. Y entonces alguien...

— Harkins — intervino mi padre desde el otro lado del grupo —. ¿Te acuerdas? Puso todo esto en marcha y luego se fue cuando consiguió el puesto en Williams.

— De todos modos, el profesor Harkins sugirió que nos juntemos una vez cada verano, tanto los departamentos de Inglés y Teatro y pusiéramos en escena lo que habría sido imposible de hacer durante el año escolar. Sin utilería, sin vestuario, todos sosteniendo el libro.

— Suena divertido — dijo Sloane cuando llegamos a la puerta principal, mi madre golpeó una vez, luego sólo la abrió y entró. El Teatro de Sala tendía a hacer las cosas un poco más informal, y por lo general había bastante caos antes de la función por lo que las personas no se molestaban con detalles como abrir la puerta.

Entramos y, por supuesto, la planta de abajo estaba llena, en su mayoría con compañeros de mis padres de ambos departamentos, además de sus hijos. Los niños siempre eran invitados al Teatro de Sala, a menos que fuera Mamet, en cuyo caso había una estricta regla de trece años en adelante. La gente se arremolinaba alrededor, los actores de esta noche caminaban sosteniendo libretos y murmurando, y todos los demás se agrupan en torno a la mesa de la comida.

Miré a mi alrededor, tratando de ser lo más sutil como sea posible, pero al parecer no tuve éxito, ya que Sloane se inclinó hacia mí y susurró: —¿Ya lo viste? —Sentí que me sonrojaba mientras negué con la cabeza. Pamela Curry y sus dos hijos se trasladaron aquí el año anterior, y ella empezó a trabajar con mi padre en el departamento de Inglés. Su hijo y su hija eran mayores mientras yo era solo una estudiante de segundo año, y realmente sólo conocía a su hija, Amy, porque conmocionó a toda la escuela cuando comenzó a recibir todos los papeles en las obras de teatro, aún recién llegada. Pero tenía un flechazo irracional y gigantesco con Charlie Curry, a pesar de que era capitán del equipo de tenis, y no parecía especialmente interesado en salir con una novata no jugadora de tenis.

—¡Andrea! ¡Scott! —Corrió Pamela Curry hacia mis padres, dándonos a Sloane y a mí una rápida sonrisa, Beckett desapareció en la dirección de la comida—. Vamos a tener una crisis.

—No estaríamos en El Teatro de Sala sin una —dijo mi papá sabiamente.

—No tenemos a nuestra hermana más joven —dijo ella—. Susan Greene tiene gripe. —Aunque Susan, una de las colegas de mi madre, era por lo menos diez años más que mamá, La sala del teatro siempre tenía elenco sin importar la edad.

—¿En *Crímenes del corazón*? —preguntó mi padre, con los ojos muy abiertos—. Esto es una crisis.

—Lo sé. —Pamela hizo una mueca—. Babe es una gran parte, también, pero si no sale bien...

—¿Por qué no puede tu hija hacerlo? —le preguntó mi madre, y Pamela negó con la cabeza.

—Ella y su novio están de mochileros en Europa —dijo—. De lo contrario, me habría aprovechado ella hace semanas. —Miró de repente hacia mí y Sloane, su ojos brillando—. ¿Tal vez una de ustedes dos?

—Um —le dije, tratando de ignorar la alentadora sonrisa de mi madre—, yo no. —Miré a Sloane y levanté mis cejas—. ¿Quieres participar?

—Me encantaría —dijo, mirando de Pamela, y frunciendo el ceño ligeramente hacia mí—. Pero Emily...

—¡Maravilloso! —dijo Pamela, casi colapsando de alivio—. Pensé que iba a tener que hacerlo, y créanme, eso es algo que nadie quiere ver. Te traeré un guion.

Un colega llamó a mis padres, y se dirigieron hacia el otro lado de la habitación mientras Sloane se volvió hacia mí. —¿Por qué no lo haces? —preguntó—. Estoy segura de que sabes esta obra mucho mejor que yo, teniendo en cuenta que nunca he oído hablar de esto

—No quería participar en esto —le dije, a pesar de que no era del todo cierto. Y no podía echarle la culpa al no querer hacer el ridículo delante de Charlie, ya que no estaba aquí para verlo. Sólo sabía que Sloane lo haría mucho mejor que yo.



136

—No estoy seguro de esto —dijo Frank mientras miraba alrededor de la puerta del comedor y en la sala de televisión, en donde el sofá fue empujado a un lado para hacer espacio suficiente para un escenario improvisado, y todas las sillas que teníamos en la casa —y luego almohadas frente a ellas, una vez que nos quedamos sin sillas— se encontraban alineadas delante. Todavía teníamos puesto nuestro tenis y nuestra ropa de deporte. Por supuesto, podría haberme cambiado, pero ya que era debido a mis padres que él hacía esto, no quería que fuera la única persona ahí en equipo atlético. Faltaban cinco minutos para el espectáculo, y Frank se veía un poco pálido. Pero teniendo en cuenta todo lo que ocurrió en la última hora, no podía culparlo.

—Traté de advertirte —señalé, y Frank se limitó a asentir mientras tomaba su guion. Tuve la sensación de que esto no era particularmente reconfortante en este momento.

Cuando vi el tornado que era el Teatro de Sala acercándose, empujé a un lado a Frank antes de que mi padre pudiera enlistarlo en cualquier trabajo manual. —Tienes que irte —dije seriamente—. Ahora.

Frank miró hacia la sala, donde mi papá aullaba de dolor. Pisó accidentalmente a Godot, y el gato no perdió el tiempo en decretar su venganza. —Pero parece que tus padres necesitan ayuda —dijo.

Sacudí la cabeza. —En serio, vete mientras puedas. —Los inocentes espectadores tenían una tendencia a conseguir un papel en estas cosas, así fue como hace dos años, el plomero que vino a arreglar una fuga terminó interpretando a Mercutio y casi se desmaya.

—¡Em! —dijo mi madre, corriendo hasta mí y depositando un montón de obras de teatro en mis brazos—. ¿Puedes encontrar algo que podamos usar?

—¿Todavía no han elegido una obra? —pregunté, cosas horribles pasaban hasta aquí atrás.



—Hola —dijo Frank, tendiéndole la mano libre a mi madre—. Soy Frank Porter, un amigo de Emily. —Lo miré cuando dijo esto, y me di cuenta que era verdad; era un amigo mío, por mucho que aun estuviera acostumbrándome a ello.

—Oh —dijo mi madre, alzando las cejas en mi dirección y lanzándome una sonrisa antes de que estrechara la mano de Frank—. Encantada de conocerte. Has estado corriendo con Em, ¿verdad? —preguntó, y me di cuenta de que mi papá no fue tan distraído como pensé la mañana en que encontró a Frank en los escalones.

Frank asintió. —Me ha estado poniendo en forma.

—Apenas —dije. Mi madre me dio una sonrisa significativa, y sacudí la cabeza, sin saber cómo transmitirle de manera no verbal que él tenía novia y tenía una idea equivocada.

—Bueno, estamos muy contentos de que pudieras unirtenos para esto —dijo mi madre, y antes de que pudiera decirle que no se unió a nosotros, sólo cometió el error de tratar de venir por agua, la cual aún no consiguió, ella lo estaba apresurando en dirección al sofá—. ¿Tienes alguna lesión en la espalda? —preguntó mi madre—. ¿Estarías dispuesto a levantar algunos muebles?

Vete, le articulé a Frank, pero claramente era demasiado educado para esto y pronto se encontraba alzando un lado de nuestro sofá, mientras yo me precipitaba a través de tantas obras como podía, contando papeles hablados. Mientras trataba de ver si podíamos hacer *Noises Off!*, la cual siempre fue una de mis favoritas, escuché fragmentos de la conversación que pasaba cuando mi papá y Frank intentaban sacar el sofá de la sala de televisión. —Su trabajo... Bug Juice... Broadway...

Entonces, escuché un estruendo, y eché una ojeada para ver que mi papá dejó caer su extremo del sofá, provocando que Frank luchara para sostener un lado del sofá en alto. —¡Andrea! —gritó papá, mientras Frank bajaba su lado lentamente, la cara roja. Tuve el presentimiento de que se arrepentía de no haberse ido a su casa cuando tuvo la oportunidad—. ¡Fred tuvo una gran idea!

—Frank —corregí con los dientes apretados. No podía evitar desear por los padres que tenía normalmente, los que nunca se habrían olvidado el Teatro de Sala, los que no estaban decididos a avergonzarme de todas las maneras posibles.

—¿Cuál? —preguntó mi madre, saliendo de la cocina.

—*Bug Juice!* —dijo papá—. Emily, deja de buscar obras. Simplemente presentaremos la nuestra. Tenemos suficientes copias del guion.

—Maravilloso —dijo mi madre, su rostro relajándose—. Pensaré en algo de comida y puedes repartirla.

Papá miró alrededor, luego señaló a Frank. —Tú puedes interpretar a Duncan —dijo, y Frank me lanzó una mirada.

—Papá —dije, poniendo a un lado el montón de obras y dando un paso adelante. Duncan era el personaje secundario, después de Cecily, y eso era mucho para lanzarla a alguien que sólo entró en la casa en un vano intento de hidratarse —. No estoy segura de que...

—Y necesitamos una Cecily —continuó, hablando por encima de mí—. Andrea —gritó en dirección a la cocina—, ¿quién puede interpretar a Cecily?

—Oh, Dios —dijo mamá, regresando a la habitación y tratando de pasar la mano por su cabello, al parecer olvidando que había rulos en él—, no tengo idea. ¿Tal vez la hija de Pamela?

—Si no tenemos a una buena Cecily, toda la obra se viene abajo —dijo mi papá, sacudiendo la cabeza—. Recuerdas lo que pasó durante esa actuación en Chicago.

—Lo sé —dijo mamá—. Veamos...

—Yo lo haré. —Las palabras salieron de mi boca antes de darme cuenta de que incluso las pensé. Mis papás se giran hacia mí, ambos sorprendidos. Sin embargo, Frank me sonreía desde el otro lado de la habitación.

—¿En serio? —preguntó Beckett, sonando muy escéptico.

138

—Creo que parece muy apropiado —dijo mi madre, pasando junto a mí para volver a la cocina, dándole a mi brazo un apretón en su camino—. Gracias, Em.

—Sí —dijo papá, después de una pequeña pausa, todavía mirándome como si no estuviera muy seguro de quién era yo—. Eso es... maravilloso. Ahora, movamos este sofá.

Así fue como, una hora después, con guiones en mano, Frank y yo terminamos de pie detrás de las puertas del comedor, echando vistazos mientras el público se reunía. Si no hubiera estado tan nerviosa por lo que estaba por venir, probablemente estaría mucho más avergonzada de que Frank fue arrastrado tan profundamente en el mundo de mis padres y luego lo forzaran a actuar en contra de su voluntad. Comenzaba a sentirme mareada, y era claro para mí que era mucho más fácil ofrecerse para hacer algo valiente y mucho más difícil realmente tener que seguir adelante con ello.

Podía ver a Dawn sentada al fondo, y cuando captó mi mirada, me saludó y me dio un pulgar hacia arriba. Resultó que casi no teníamos comida en la casa que pudiéramos servir, propuse que simplemente consiguiéramos pizza, y mi madre aceptó instantáneamente, poniéndome a cargo mientras ella intentaba ordenar la casa. Llamé al celular de Dawn, y le dije que necesitábamos diez tartas, varios tipos de ensaladas y palitos de pan. Entonces, Dawn me dijo que acababa de terminar su turno, pero que si llamaba al restaurante y pagaba con tarjeta, ella podría traerme la orden y luego irse a casa. Cuando llegó, me ayudó a colocar la comida, y se

enteró de lo que estaba a punto de pasar, preguntó si podía quedarse, y terminó ayudándole a mi madre con la limpieza de último minuto.

De repente, la multitud parecía mucho más grande de lo que fue en años anteriores. ¿Y por qué nunca consideré lo desconcertante que era tener una habitación llena de gente mirándote fijamente? Rodé el guion en mis manos. Me aferraba a él para salvar mi vida, a pesar de que realmente no lo necesitaba. *Bug Juice* había sido una gran parte de nuestras vidas por tanto tiempo que memoricé casi todo hace años, después de verla escenificada una y otra vez.

—Dos minutos —dijo Beckett, asomando la cabeza por la puerta del comedor y luego yéndose de nuevo. Era el encargado de leer las acotaciones y sostener el libro. A pesar de que todos tendríamos guiones en las manos, estuve en varios Teatro de Sala donde la gente perdía su lugar y luego buscaban a tientas su guion por lo que parecían horas, tratando de encontrar su línea.

—Probablemente deberíamos ir con el resto del elenco —dije. Los otros actores principales se agruparon en la cocina, esperando a que la obra comenzara. El elenco era lo suficientemente extenso que las personas con una o dos líneas simplemente se sentaban en la audiencia e intercambiaban guiones, y se abrían camino al “escenario” cuando llegara el momento de sus escenas. Pero los actores principales, que incluían a la secretaria del departamento de mi mamá, la erudita de la época isabelina en el departamento de inglés, el asistente de diseñador, tres chicos del set, y algunos estudiantes de posgrado de mi padre, tenían un cuarto verde¹² por la noche. Frank asintió, pero aún se veía nervioso, y de repente me di cuenta que Frank Porter, quien se levantó en frente de toda la escuela, que siempre hacía discursos, que parecía con más confianza que cualquiera que conocía, estaba nervioso por interpretar una obra improvisada en mi sala. Parecía mucho más nervioso que yo, lo que por alguna razón me hizo sentir valiente.

—Lo harás genial —le aseguré.

Frank me miró, y me dio una media sonrisa. —Gracias —dijo en voz baja. Le devolví la sonrisa justo mientras Beckett asomaba la cabeza en la cocina de nuevo.

—¡Ocupen sus lugares! —gritó.

Una hora y media más tarde, la obra comenzaba a llegar a su fin, y no ocurrieron grandes desastres. Mis primeras líneas fueron apresuradas, el guion temblando en mi mano y mi voz alta y temblorosa. Y era algo bueno que tuviera las líneas memorizadas, no dolió que mi yo de once años hubiera escrito muchas de ellas, porque en mi primera escena, mi visión estaba tan borrosa y mi guion vibraba demasiado para dejarme leer algo en la página, de todos modos. Pero mientras la obra continuaba, pude empezar a recordar lo que se sentía volver a

¹² Una habitación en un cuarto o estudio en donde los artistas pueden relajarse cuando no están actuando.

respirar con normalidad. Y tampoco era como si estuviera actuando con lo mejor de Broadway, la erudita isabelina interpretando al Director del Campamento Arnold dijo la mayoría de sus líneas dándole la espalda a la audiencia, y el estudiante de posgrado que interpretaba a Tucker perdió su lugar en cuatro ocasiones en su primer escena, lo que era impresionante considerando que sólo tuvo tres líneas.

Para mi alivio, Frank, como Duncan, se mantuvo más firme. No estaba segura de si lo alentaría a cambiar de dirección y comenzar a audicionar para todas las obras de la escuela, pero dijo sus líneas claramente, siguiendo el guion, y le hizo frente de la manera correcta. También reveló un sentido de momentos cómicos que nunca habría adivinado que tenía. Así que sentía que la noche no fue un completo desastre, y en realidad había ido bien, mientras Frank y yo tomábamos el escenario de nuevo para la escena final.

Duncan y Cecily estuvieron en un gran torbellino juntos, ya que pasaron de enemigos a amigos, hasta que Cecily se convenció de que Duncan sólo fingía ser su amigo después de que pareciera que él se volvió en su contra durante su corte marcial después de la guerra de colores. Pero sólo fue un malentendido, y en la escena final, en el último día del campamento, con las cenizas humeantes de lo que quedaba del campamento Greenleaf detrás de ellos, finalmente aclararon las cosas.

140

—Lo siento —me dijo Frank como Duncan.

—Camina hacia ella, por el lado derecho del escenario —entonó Beckett desde su privilegiada posición sobre el taburete de la cocina justo fuera del escenario. Él fue la verdadera estrella de la noche, siempre en lo alto, leyendo las acotaciones y saltando a ayudar cuando la gente perdía su lugar.

—Debiste haberme dicho lo que ocurría —dije, como Cecily.

—Lo sé —dijo Frank, levantando la mirada hacia mí y luego bajando la vista a su guion de nuevo.

—No pensé que pudiera confiar en ti —dije.

—Pero puedes —dijo Frank—. Estoy aquí.

—Él toma su mano —leyó Beckett en las acotaciones. Tanto Frank como yo miramos hacia él, pero ninguno de los dos se movió—. Él toma su mano —repitió Beckett, más alto esta vez, y Frank me miró, luego dio un paso más cerca.

Tragué saliva y pude sentir mi corazón comenzar a latir con fuerza. Traté de decirme a mí misma que sólo era actuado. No era un gran problema. Y ciertamente no significaba nada. Pasé el guion a mi mano izquierda y encontré la mirada de Frank. Me dio una pequeña y avergonzada sonrisa, luego se acercó a mí. Lo encontré a mitad de camino, nuestros dedos torpemente chocando hasta que nuestras palmas se alinearon y él entrelazó sus dedos con los míos. Su mano estaba

fría, y de repente fui consciente de lo bien que nuestras manos encajaban, nuestros dedos juntos fácilmente.

Mi corazón latía con fuerza, podía sentir la sangre pulsando en las puntas de mis dedos. ¿Cómo pasó esto? ¿Cómo era que Frank Porter sostenía mi mano?

—¿Cecily? —indicó Beckett, y fui sacudida de vuelta a la realidad mientras trataba de pasar a la última página de mi guion sólo con una mano.

—Lo siento —murmuré, y hubo una risa baja y cortés por parte del público. Alcé la mirada lo suficiente para ver a mis padres de pie en el fondo, los brazos de mi papá alrededor de mamá, ambos luciendo más presentes, y más relajados de lo que los vi en mucho tiempo. Sólo estaba aliviada de que ninguno de los dos pareciera furioso de que haya arruinado su obra maestra. Pasé a la última página del guion, y ahí estaba, en blanco y negro, a dos líneas de distancia; *Se besan*.

Debí haber bloqueado por completo que esto pasaría, podía sentir mi pulso acelerarse, y me preocupaba que mi palma, aún presionada contra la de Frank, empezara a sudar muy pronto.

—Mmm —dije, tratando de encontrar mi lugar en el guion—. ¿Y siempre estarás aquí? —le pregunté.

141 Ahora, sólo un poco demasiado tarde, recordé perfectamente lo que venía después. Duncan tenía la línea que siempre era la última risa de la obra, sobre cómo estaría ahí por lo menos hasta que su mamá viniera a recogerlo y llevarlo de regreso a Weehawken. Y luego, Duncan y Cecily se besarían mientras el resto de los campistas se presentaban en el escenario y cantaban la canción del Campamento Greenleaf.

No quería que Frank se sintiera obligado a besarme, como se sintió claramente obligado a tomar mi mano. Ni siquiera podía imaginar tener que besar a Frank Porter, especialmente en frente de todas estas personas, y mis padres y hermano menor. Además, él tenía novia. Y mientras que actores reales besaban a otras personas todo el tiempo, esto era diferente. Esto era...

—...de regreso a Weehawken —dijo Frank, terminando la línea que no lo oí empezar, y hubo risas de la audiencia y sabía lo que venía. Miré, presa del pánico, hacia mi hermano.

—Se besan —leyó Beckett, y prácticamente pude sentir la sorpresa de Frank y la pausa expectante en la audiencia.

Frank y yo nos miramos. Seguimos tomados de la mano, pero él todavía parecía imposiblemente muy lejos de mí, y ni siquiera podía imaginar cruzar ese abismo para besarlo. Sobre todo porque no podía ni imaginar besarlo. Una cosa era conocerlo, ir a correr con él, pero...

Manteniendo sus ojos en mí, Frank dio un pequeño paso, y fue como si mi cerebro se aclarara de pensamientos. Como si el mundo comenzara a moverse en

cámara lenta mientras se acercaba un poco más a mí, y luego inclinó su cabeza a un lado.

—¡Apaguen las luces! —gritó Beckett, regresándome de un tirón a la realidad, y parpadeé, tratando de entender todo lo que acababa de suceder, o que casi sucedió—. ¡Cortina!

Todos empezaron a aplaudir, y el resto del elenco salió en fila y todos nos dimos la mano —me di cuenta que Frank y yo no dejamos de tomarnos de la mano desde que Beckett nos dijo que lo hiciéramos—, e hicimos una reverencia, y luego las personas comenzaron a ponerse de pie y alejar las sillas y vagaron de regreso a la cocina para ver si quedaba algo de comida.

Frank y yo nos miramos, y después de un momento como ese, nos soltamos las manos. Metió sus manos en los bolsillos de sus pantalones cortos y yo agarré el guion con las mías, girándolo en un rollo apretado, tratando de no pensar en lo fría que se sentía mi mano ahora.

—¡Oye! —dijo Dawn, acercándose a nosotros y dándome una sonrisa—. Eso fue realmente genial.

—Gracias —dije, echándole un vistazo a Frank, preguntándome qué pensaría sobre lo que casi pasó, pero miraba con el ceño fruncido su teléfono.

142

—Ustedes dos, buen trabajo —dijo mi madre con una sonrisa mientras pasaba a mi lado, dándome un rápido abrazo en su camino. Capté la mirada de mi papá al otro lado del cuarto y me dio un muy tonto pulgar hacia arriba.

—Gracias —dijo Frank, levantando la vista de su teléfono por un momento antes de escribir una respuesta en él, luego mirándome, su ceño fruncido—. Oye —dijo—, la cosa es... —Pareció notar a Dawn por primera vez, y giró hacia ella, extendiendo la mano de una manera que prácticamente gritaba *Soy el presidente del cuerpo estudiantil*—. Lo siento —dijo—, soy Frank Porter.

—Dawn Finley —dijo ella mientras se estrechaban la mano—. Hiciste un gran trabajo.

—Bueno —dijo Frank, y me lanzó una pequeña sonrisa—, estoy seguro de que sólo fue por mi co-estrella.

—¿Cuál es la cosa? —pregunté, tratando de cambiar de tema.

Frank regresó la mirada a su teléfono y, un poco dubitativo, dijo: —Por lo visto, Collins está en mi casa. Quiere que vaya y salgamos, y me dijo que tú también tenías venir. —Alzó la vista y sacudió la cabeza—. Recuérdame quitarle su llave.

—Ah —dije, preguntándome por qué Collins me invitó específicamente. Pero lo estuve viendo más este verano de lo que nunca hubiera predicho, así que tal vez sólo era amable, invitándome a su salida.

—Y tú también eres bienvenida —le dijo Frank a Dawn—. A menos que tengas otros planes.

—Nop —dijo Dawn, viéndose emocionada por esta invitación—. Suena divertido. Ya sabes, lo que sea.

—¿Emily? —preguntó Frank.

Miré alrededor al caos que aún reinaba en mi casa, toda la gente de pie y comiendo palitos de pan fríos. Sabía muy bien cómo terminaban las noches del Teatro de Sala; los adultos pasando el rato por demasiado tiempo, intercambiando chismes de departamento por lo que siempre parecían horas. Tenía la sensación de que la casa estaría llena de gente por un rato, y si me quedaba, sin duda sería acordonada para limpiar. —Claro —dije—. ¿Por qué no?



143

—Esta es una casa muy bonita —dijo Dawn, su voz pasando a un susurro cuando entró, y tuve la sensación de que su expresión se veía igual a la que yo tuve cuando la vi por primera vez. Ya que mi coche fue enterrado detrás de todos los que se estacionaron en nuestra entrada, Dawn nos condujo a la casa de Frank en su convertible, haciéndome muy feliz porque Frank viviese tan cerca de mí por su forma de conducir.

—Gracias —dijo Frank ligeramente, dirigiéndonos al interior—. ¡Collins! —gritó, justo cuando apareció por la esquina en calcetines.

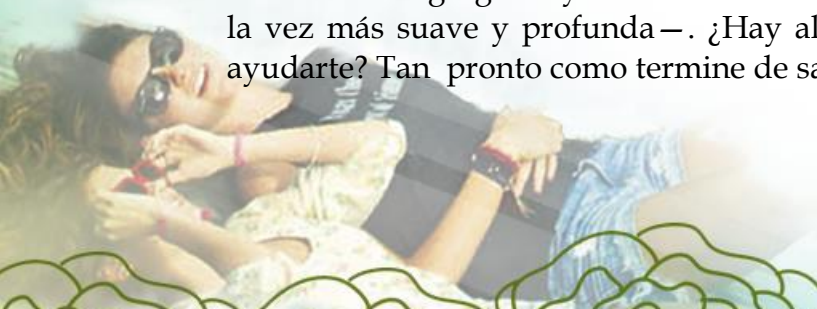
—Hola —dijo Collins, con un guiño en algún lugar de su voz, sonriéndome, estirando la palabra más de lo habitual, y añadiendo algunas *a* de más.

—Um, hola —le dije, dándole una sonrisa—. ¿Qué tal?

Miró detrás de mí, vio a Dawn y a su camiseta que decía *Captain Pizza ¡Un gran CORONEL de una idea!* y se animó. —¿Hemos pedido una pizza?

—No —dijo Dawn, bajando la mirada a su camiseta—. Terminé mi hora. Soy Dawn.

—Matthew Collins —dijo él—. Matthew con dos *t*'s y Collins con dos *l*'s. Pero llámame Collins. Aunque —dijo, levantando una ceja—, déjame en paz Frank. —Se aclaró la garganta y me dio una mirada grave y seria—. Emily —dijo, su voz a la vez más suave y profunda—. ¿Hay algo, *cualquier cosa*, que puedo hacer para ayudarte? Tan pronto como termine de salvar el planeta, prometo ponerme a ello.



—Collins —dijo Frank, pasándole caminando hacia dentro de la cocina, pero sin antes de que viese dos manchas rojas en sus mejillas —. ¿Vas a parar? Esa broma era vieja en la escuela media.

—Sólo estoy siendo franco con ellas —dijo él, dándome un guiño de verdad esta vez—. ¿Quieren tomar algo? —preguntó mientras seguía a Frank a la cocina y abría la nevera, claramente tan cómodo en la casa como una vez Sloane estuvo en la mía.

—Claro —dijo Dawn, dirigiéndose a la cocina para unírsele. Mientras la veía caminar acercándose a él, no pude evitar desear haberle advertido de alguna forma sobre Collins, y el hecho de que probablemente estaría coqueteándole implacablemente en cuestión de segundos. Pero para mi sorpresa, él sólo se quedó con respeto atrás dejándola echar un mejor vistazo a la nevera, y no le preguntó si le dolió cuando se cayó del cielo.

—¿Emily? —me llamó Frank desde la zona de la cocina, y me di cuenta un momento demasiado tarde de que era la única que seguía de pie junto a la puerta principal.

—Sí —le dije rápidamente, caminando transversalmente por el suelo para unirme al grupo en la cocina. Todo el mundo estaba de pie alrededor de la gran isla en el centro, que parecía hecha de granito o pizarra, en todo caso de algunos minerales oscuro. Una bolsa de patatas fritas de tortilla en el mostrador que Collins abrió mientras Frank cogía una botella de agua de la nevera, y luego le pasó otra a Dawn.

—Entonces —dijo Collins, frotándose las manos y mirándome—. Estaba pensando en tu lista.

Lo miré con sorpresa, luego a Frank. La lista no fue un secreto, exactamente, pero estaba más que un poco sorprendida de que Frank se lo hubiese dicho a Collins.

—¿Qué? —dijo Collins, continuando con eso—. Porter no paraba de hablar sobre ello. Y decidí ayudar.

—¿Qué lista? —preguntó Dawn, mirando de Collins hacia mí.

—La lista de Sloane —dijo Collins, como si hubiese estado envuelto en esto desde el principio.

—¿Quién es Sloane? —preguntó Dawn.

—Sloane es mi mejor amiga —le expliqué.

—¿La que está acampando en París? —preguntó ella, y le di un rápido asentimiento, sin encontrarme con los ojos de Frank, a pesar de que podía sentir que me miraba.

—De todos modos —dijo Collins—. Tenía una solución, por lo que...

—¿Qué número? —le pregunté, realmente un poco desconcertada respecto a lo que podría habersele ocurrido a Collins.

—Sí, Matthew —dijo Frank, y su voz sonaba controlada, aunque también pude oír la irritación en ésta—. ¿Qué número?

—Oye.

Me di la vuelta, sorprendida, y vi a un tipo detrás de mí, viniendo desde la zona de TV, ya que supuse que no era realmente una habitación si no había ninguna puerta. No me di cuenta que alguien más estaba allí, y de repente me preocupé de que este perfecto desconocido nos hubiese oído hablar de la lista de Sloane. Tenía el pelo rubio muy corto, y llevaba una camiseta que decía *Briarville Varsity Soccer*. Briarville era un internado a una hora en el norte del estado, pero mientras yo oí hablar de este, nunca conocí a nadie que fuese allí.

—Perfecto —dijo Collins, juntando sus manos—. Podemos comenzar con esto.

Sentí cómo fruncía el ceño. —Comenzar qué — empecé, cuando Collins me interrumpió, abriendo la nevera de nuevo.

—¿Quieres beber algo? —preguntó al chico—. ¿Agua? ¿Red Bull?

—Agua —dijo el chico, acercándose para estar con nosotros en la cocina—.

145 Gracias.

—Oye —le dijo Dawn, cogiendo algunas patatas y tragando rápidamente—. Soy Dawn.

—Hola —dijo el chico—. Soy...

—¡Shh! —gritó Collins, tan fuerte que todos nos detuvimos y le miramos fijamente. Él frunció el ceño hacia el chico—. ¿Sobre qué hablamos? —El chico sólo levantó sus cejas, y Collins me sonrió, haciendo un gesto al chico con una floritura, como si lo estuviese presentando en un programa de juegos—. Así que él está aquí para la primera cosa en tu lista. Disfruta.

Volví a pensar en la lista, y en la primera cosa, que era...

Tomé una respiración conmovida. Tenía la sensación de que acababa de ponerme roja brillante.

Besar a un extraño.

—Espera —dije débilmente, mirando al chico. No estaba mal ni nada, pero eso no significaba que quisiese besarle. Especialmente no aquí, delante de Collins, Dawn y Frank.

Collins me sonrió ampliamente, y me dio otro guiño, esta vez más grande que el anterior. —De nada. —dijo.

—Espera —dijo Frank, mirando del chico a mí, y luego mirando a Collins, sonando más molesto de lo que alguna vez lo hubiese escuchado—. Matt, te dije que no lo hicieras la primera vez que lo sugeriste. Pero seguiste adelante trayendo a un tipo al azar para...

—Oye —dijo el chico, bajando la botella de agua, y viéndose ofendido.

—¿Qué está pasando? —le susurró Dawn a Frank en voz alta.

—No —dije, dando un paso atrás. Luego, preocupada de que pudiese haber insultado al chico, dije rápidamente—: Lo siento. Sin ánimo de ofender. Es que no soy... Quiero decir... —Me quedé sin palabras y tomé una patata de tortilla, sólo para tener algo que hacer con las manos.

—¿Qué? —preguntó Collins—. Es perfecto. Tú no lo conoces, él no te conoce. Así que ve a por ello. —Levantó sus cejas hacia nosotros—. Chop-chop.

—Collins —dijo Frank, manteniendo sus ojos en mí—, si Emily no quiere hacerlo...

—¿Hacer qué? —preguntó Dawn, comiéndose otra patata, viéndose desconcertada pero entretenida, como si esto fuese una película a la que hubiese entrado tarde.

146

—Besarle —dijo Collins. Dawn pareció sorprendida, pero luego le dio al chico un no-tan-sutil-repaso y me disparó su aprobación con sus pulgares—. Está en la lista que la amiga de Emily envió, la primera cosa es Besar a un desconocido así que...

—No —dije rápidamente, levantando las manos. No tenía necesidad de seguir discutiendo esto, porque no iba pasar. Nunca—. Lo siento. Um, gracias por el esfuerzo, pero no voy a ir sólo por ahí besando a extraños al azar...

—Sabes —dijo el chico, dejando su botella de agua, empezando a parecer molesto—, mi nombre es...

—¡Shh! —le gritaron Collins y Dawn.

—No —dije de nuevo, sacudiendo mi cabeza con fuerza—. Ni siquiera lo conozco, y...

—¿Pero ese no es el punto? —Fue Dawn quien preguntó esto. Se volvió hacia mí, con las cejas levantadas—. Quiero decir, no era Besa a alguien que ya has conocido, ¿verdad?

Collins levantó una ceja. Abrí la boca y luego la cerré de nuevo cuando no tenía nada que decir a eso. Era verdad. También era una de las principales razones por las que me preocupaba el que nunca completase la lista. Y aquí estaba un extraño, que se me presentaba para besar. Volví a pensar en la noche en la que no abracé a Jamie Roarke, y lo frustrada que me sentí conmigo misma, en cómo todavía estaba enfadada por bajarme del paseo a caballo. Y realmente necesitaba

empezar a moverme con la lista, si alguna vez quería averiguar dónde estaba Sloane. ¿Llegaría una mejor oportunidad que esta para besar a un extraño?

—Está bien —le dije, antes de saber que tomé una decisión. Frank me miró bruscamente, sorprendido, pero luego volvió a mirar a su botella de agua, como si estuviese de repente muy interesado sobre donde procedía.

—Genial —dijo el chico con un encogimiento de hombros. Dio un paso a propósito hacia mí, y sin querer, aplasté la patata con mi mano con un fuerte crujido.

—Um —dije, dejando caer las piezas en el mostrador y quitando las migajas de mis manos—. ¿Tal vez podríamos ir a algún lugar menos... público?

—Hay una despensa —dijo Collins, asintiendo más allá de la nevera, hacia lo que parecía un pasillo estrecho.

—Está bien —dije, más que nada para intentar convencerme mí misma. ¿Realmente iba a hacer esto? Además, ¿me había ofrecido *voluntariamente* para hacerlo?—. Vámonos.

—Puedes salir fuera —dijo Frank mientras me obligaba a cruzar la cocina con piernas que se sintieron de repente temblorosas, evitando deliberadamente mirar a Dawn, que me sonreía emocionada—. Se está un poco apretado aquí.

147

—Eso es algo bueno, Porter —escuché decir a Collins, pero sólo me concentré en mirar al frente, de repente preocupada por mi aliento.

Frank tenía razón: la despensa no era particularmente grande. Una luz se encendió automáticamente cuando abrí la puerta, y pude ver bajando dos escalones, que había estanterías de alimentos en todos los lados, y en el centro un espacio suficiente para dos personas. Pero eso era todo.

Me obligué a poner un pie delante del otro, bajando los escalones para encontrarme en el centro de la sala, rodeado de especias que podía oler débilmente y cajas de pasta, bolsas de arroz, de harina y azúcar.

El chico me siguió, cerrando la puerta detrás de él y viniendo a ponerse delante de mí. En la cocina de concepto abierto, no me di cuenta de lo grande que era. Pero ahora que estábamos en este cerrado, pequeño espacio juntos, era muy evidente. Tenía los hombros anchos y manos grandes, y el ya pequeño espacio de repente pareció aún más comprimido. Mi corazón latió con fuerza, pero traté de obligarme a sonreírle al chico, como si esto fuese normal, como si yo siempre fuese por ahí besando a gente que no conocía en las despensas.

Levanté la vista hacia él y mi corazón comenzó a latir más fuerte que nunca. Traté de decirme a mí misma que podía hacerlo. Era casi como si, después de no haber besado a Frank sólo una hora antes, tenía una segunda oportunidad para tratar de ser valiente. Traté de convencerme que esto era igual que un beso en el escenario, sólo que sin ninguna audiencia. Otro beso que no importaba.

—¿Preparada?—preguntó el chico. No parecía nervioso por esto en lo absoluto, y traté de consolarme por ello. Si no era gran cosa para él, tal vez no debería de ser una cosa tan importante para mí. Tragué saliva y me lamí los labios rápidamente y di un pequeño paso hacia él —realmente, todo lo podía hacer en un espacio tan pequeño.

Me dio una sonrisa perezosa y puso la mano en mi hombro y empezó a inclinarse hacia mí, justo cuando las luces se apagaron.

Di un paso hacia atrás de forma instintiva, tropecé con el estante detrás de mí, y oí como algo caía al suelo. No me di cuenta de que las luces tenían temporizador, pero tenía sentido, ya que se encendieron de forma automática. —Lo siento —le dije—. Um... —Estaba *oscuro* ahí, ya que no tenía ni ventanas ni luz que entrase por ninguna parte. No creía que pudiese ver nada, ni mi propia mano delante de mi cara, por tanto, no al tipo.

—Está bien. —dijo, desde algún lugar en la oscuridad. Di un paso cautelosamente hacia delante, y choqué contra algo —él. Estiré el brazo y golpeé su pecho. De repente, me di cuenta de que sería más fácil de esta manera, al no tener que verlo—. Vale—dijo.

Asentí, luego dándome cuenta de lo estúpido que era en esta habitación oscura, dije: —Sí. —Tomé una respiración rápida y la dejé salir al mismo tiempo que su nariz chocaba con la mía—. Lo siento —le dije, alcanzándole y tocándole la cara, tratando de orientarme—. Yo...—Pero no pude decir nada más, porque un momento después sus labios estaban en los míos.

Nos quedamos así durante unos segundos, y cuando el chico dio un paso más cerca de mí, puso sus brazos alrededor de mi cintura, y comenzó a besarme de verdad, pensé que se habían cumplido los criterios de Sloane.

Y bajo circunstancias normales, no habría sido algo a lo que hubiese correspondido. Pero pasaron dos meses desde que fui besada. Y en la oscuridad de la despensa, no parecía importante que no supiese su nombre y el que no estaba del todo segura de que él supiese el mío. Era como, porque no podía verlo a él ni a mí misma, si esas distinciones no existiesen tampoco. También ayudó el que fuese un buen besador, por lo que pronto le devolví el beso, mi pulso acelerándose y mi respiración quedándose en mi garganta, sus manos fueron a mi pelo. Sólo cuando sus manos se deslizaron bajo el dobladillo de mi camiseta, moviéndose hacia mi sostén deportivo, yo salí del trance de besos, volviendo de repente a la realidad.

Me separé de y di un paso hacia atrás, bajando mi camiseta y buscando el camino hacia las escaleras. —Está bien, entonces —dije mientras buscaba a tientas mi camino arriba por las escaleras, en la oscuridad. Toqué la pared hasta que encontré el interruptor de la luz, y cuando se encendió, los dos entrecerramos los ojos, la luz parecía extraordinariamente brillante ahora. También era desconcertante ver de repente al chico, una persona entera, no sólo labios y brazos.

Me alisé el pelo y abrí la puerta de la despensa, el tipo siguiéndome. —Entonces — dije, cuando ambos nos encontrábamos en el pasillo, antes de unirnos a todos los demás. No me sentía avergonzada, exactamente, era más como si allí hubiese tenido una experiencia fuera de mi cuerpo y ahora luchaba por ponerme al día—. Um. ¿Gracias?

—Claro— dijo el chico, dándome una sonrisa rápida—. Eso fue divertido.

Asentí y corrí de vuelta a la cocina. Frank estaba apoyado contra el mostrador, escribiendo en su teléfono, Dawn y Collins ahora se hallaban sentados en la zona del desayuno, Dawn riéndose de algo que él estaba diciendo. —Oye — dijo Collins cuando nos vio—. ¿Fue un éxito?

No hice caso de esa pregunta y me volví hacia Frank, tratando de no mirarle directamente a los ojos. —¿Está bien si tomo una de agua?

—Claro —dijo, sin levantar la vista de su teléfono, y supuse que estaba enviando mensajes de texto a Lissa—. Adelante.

Abrí la nevera, cogí una botella de agua, y, mientras cerraba la puerta, mi mirada se encontró con la de Dawn. Ella arqueó sus cejas, le di una pequeña inclinación de cabeza, y me sonrió. Principalmente, para no tener que enfrentarme al chico, a Collins, o ver a Frank mandar mensajes a su novia, volví mi atención a la puerta de la nevera.

149

A diferencia del resto de la casa, la colección de documentos e imanes no parecían estar cuidadosamente puestos. Parecía, algo así, como nuestra puerta de la nevera —un lío de cupones vencidos, invitaciones y recordatorios. Mi atención fue a una invitación, ligeramente torcida, en la parte inferior de la nevera. *¡Gala Anual de la Sociedad de Arquitectura Stanwich!* proclamaba en letras en relieve, *Honrando el trabajo de Carol y Steve Porter*. Entonces ponía la fecha, alrededor de un mes a partir de ahora. A pesar de que absolutamente no era asunto mío, me incliné hacia abajo para ver donde se estaba dando —el fondo de la invitación estaba bloqueada por algún tipo de calendario de colores— cuando una canción de alt-pop comenzó a sonar en la cocina. Me giré al oír el sonido, y vi al chico, tirando su teléfono de su bolsillo contestándolo.

—Buenas —dijo al teléfono—. Sí, de acuerdo. Estoy terminando aquí. Estoy con Matthew. —Hubo una pausa, y asintió—. Está bien —dijo—. Nos vemos en veinte. —Colgó, puso el teléfono de vuelta en su bolsillo y dijo—: Tengo que largarme. La noche es joven.

—Nos vemos, Benji. —dijo Collins, levantándose y dándole al chico lo que parecía un golpe cariñoso en el hombro. Sólo parpadeé hacia él, tratando de hacer que el nombre concordase. ¿Besé a un chico llamado Benji?

—Ben —dijo el chico con firmeza, mirando mal a Collins—. Nadie me llama así.

—Yo lo hago —dijo Collins alegremente—. Gracias por venir. Nos vemos el domingo.

—Sí —dijo el chico—. Nos vemos entonces. —Dio un paso hacia mí y se inclinó. Di un paso hacia atrás asustada, preguntándome por un momento si trataba de darme un beso de despedida. Pero en cambio, a pesar de que tuve la sensación que todo el mundo en la cocina pudo oírle, preguntó en voz baja—. Entonces, ¿puedo tener tu número?

—Oh —dije, descolocada por esto. Miré a través de la cocina y vi a Frank mirándome, Dawn dándome una mirada que decía claramente *Ve a por él*—. Um, gracias, pero estoy un poco... Tengo este proyecto este verano en el que estoy trabajando, y... —Él asintió y se apartó de mí—. No es que no fuese bueno. Realmente lo fue —le dije rápidamente—. Quiero decir...

Me dio otra sonrisa perezosa. —Deja que Matt sepa si cambias de opinión. —dijo—. Él tiene mi número. —Con eso, se dio la vuelta y salió, dándoles una sacudida de mano a las personas en la cocina mientras salía.

—Entonces —le dije a Collins, después de escuchar el portazo y saber que Benji estaba fuera de alcance del oído—. ¿Cómo, um, lo conoces? —De repente me sentí muy aliviada, recordando la camiseta de Briarville, al no tener que verle en los pasillos el próximo año.

150

—¿Benji? —preguntó Collins, regresando a la isla de la cocina y alcanzando las patatas—. Es mi primo.

Asentí, como si estuviese totalmente bien con todo esto, con el hecho de que acabase de besarme con alguien que estaba emparentado con Collins, pero mi cabeza daba vueltas. Collins tomó otro puñado de patatas y se dirigió de nuevo a la zona de desayuno. Tomé un sorbo de mi agua, y me di cuenta que sólo estábamos Frank y yo juntos en la isla, y que me miraba.

—Siento haberle dicho a Collins sobre la lista —dijo en voz baja.

—Está bien —le dije con un encogimiento de hombros. Estuvo más que bien, pero no creo que quisiese decirle eso a Frank—. Y ahora puedo tachar eso fuera, así que...

Frank sólo me miró por un segundo, y luego de vuelta a su teléfono. —Sí —dijo—. Claro.

Empezó a escribir de nuevo, sin mirarme a los ojos, así que después de un momento, cogí mi agua y me uní a Dawn y Collins, a pesar de que empecé a arrepentirme de ello tan pronto como me acerqué y Collins movió sus cejas hacia mí.

—Entonces... —preguntó, estirando la voz—. ¿Tú y Benji? Veo un futuro ahí.

—No —dije, tomando un sorbo de agua—. Sin ánimo de ofender a tu primo, pero... no.

—Sorprendente —dijo Collins, arqueando una ceja—. Porque justo estuviste allí por un *largo* tiempo.

Tosí en mi agua. —¿Lo estuvimos?

—Lo estuviste. —dijo, levantando una ceja.

Tomé otro trago de agua y sacudí la cabeza. —Oh. Bueno. Um... —Lo miré y vi que seguía sonriendo—. Oh, cierra la boca —murmuré, sorprendiéndome a mí misma —y a Collins, por su mirada— cuando Dawn comenzó a reírse.

Más tarde, cuando caminaba a casa —después de que Dawn se marchase y los chicos comenzaron a jugar *Honor Quest*, un vídeo juego en el que no tenía interés, a pesar de que Beckett siempre trataba de que jugara con él, me di cuenta que no podía dejar de sonreír. Era una noche cálida y húmeda, y podía ver luciérnagas parpadeantes en la hierba, y escuchar el canto de las cigarras. Me dirigí a casa, con mis pensamientos girando sobre lo que sucedió.

Me puse de pie en frente de una multitud y actué, y lo hice bien. Nada terrible sucedió, y conseguí seguir adelante. Pero más que eso, bese a un desconocido. Mi pulso empezó a acelerarse un poco cuando recordé la despensa, las manos de Benji en mi pelo. *Besé* a alguien esta noche, lo que ciertamente no esperaba hacer. No que quisiese hacer una práctica regular de besar a los familiares de Collins en despensas oscuras, pero sólo por un momento, me hizo sentir valiente.

Y cuando incliné la cabeza hacia atrás para mirar las estrellas, empecé a comprender de verdad, por primera vez, por qué Sloane me envió la lista.

7

Duerme bajo las estrellas

Traducido por Mel Markham, Juli & Vani

Corregido por Val_17

La campana sobre la puerta tintineó, y me levanté de donde limpiaba el tarro de helado, tomando una respiración para recibir al cliente en *Paradise*, pero me detuve cuando noté que sólo era Dawn.

—Hola —dije—. ¿Cómo estás?

152

—Bien —dijo, corriendo a través de la tienda e inclinándose sobre el mostrador hacia mí, hablando rápido—. Tenemos que discutir el hecho de que te besaste con un tipo por *media hora* en la despensa, y tenemos que hablar de Matthew, porque él parece increíble, y después de todo eso, tengo algo para ti.

—No fue media hora —protesté, pero Dawn simplemente me levantó una ceja y sonreí.

—Necesito detalles —dijo, tomando uno de los asientos de metal permanentemente vacíos y sentándose. Noté que hoy, su camiseta decía: *¡Capitán Pizza —hacemos fiestas PRIVADAS!*

—Bien —dije, saliendo de detrás del mostrador, notando que antes de cotillear sobre mi sesión de besuqueo, tenía que decirle la verdad—. Entonces... ¿conoces a mi mejor amiga, Sloane? ¿La que envió la lista? —Dawn asintió y tomé aliento—. No está acampando en Europa. No sé dónde está. Simplemente se fue, y yo tengo que seguir con la lista.

Dawn bajó la mirada por un largo momento. —¿Por qué simplemente no me dijiste eso?

—No lo sé —dije, bajando la mirada hacia el suelo blanco y negro—. Solo... —Me encogí de hombros. No quería admitir que no tenía idea de dónde estaba mi mejor amiga. Ahora sabía que Dawn no me juzgaría por eso, pero no lo sabía —o la conocía— antes.

—Espera un segundo —dijo Dawn, inclinándose—. ¿Por eso fue que quisiste ir a esa entrega conmigo? ¿Para tachar “Abrazar a un Jamie”? —Asentí,

notando que mientras me besaba en la despensa con Benji, Collins debe haber puesto al día a Dawn con el resto de la lista—. Bueno, me alegra que no lo hayas hecho —dijo, sus ojos amplios—. El perro de Jamie Roarke es una locura. Te abría asustado si lo hubieras intentado. —Se puso de pie y rebuscó en su bolso, luego colocó un par de lentes de sol espejados en el mostrador frente a mí.

—¿Qué son esas? —pregunté, recogiénolas. Mientras las giraba, de repente me di cuenta que lucían familiares, estaba bastante segura que estas eran las que le vi a Bryan—. Dawn —dije lentamente—. ¿Qué...?

—Número cuatro en la lista —dijo. Me sonrió—. ¿Quieres romper algo?



Música: Mejor Para Correr que Comedia Observacional

153

Make Me Lose Control - Eric Carmen

Let My Love Open the Door - Pete Townshend

Jolene - Dolly Parton

Springsteen - Eric Church

Badlands - Bruce Springsteen

Compass - Lady Antebellum

When You Were Mine - Cyndi Lauper

Let's Not Let It - Randy Houser

Sunny and 75 - Joe Nichols

And We Danced - The Hooters

Don't Ya - Brett Eldredge

Anywhere with You - Jake Owen

867-5309 / Jenny - Tommy Tutone

Nashville - David Mead

Kiss on My List - Hall & Oates

Here We Go Again - Justin Townes Earle



Me and Emily - Rachel Proctor

We Were Us - Keith Urban & Miranda Lambert

Where I Come From - Montgomery Gentry

Delta Dawn - Tanya Tucker

Things Change - Tim McGraw

Mendocino County - Willie Nelson feat. Lee Ann Womack

The Longest Time - Billy Joel

El verano comenzó a tomar forma. Mi trabajo estaba en gran parte libre de clientes, en las mañanas temprano o en las tardes salía a correr con Frank, y tenía la lista. Pero ya no más, se volvía muy claro por mi cuenta el tratar de terminarla. Mis amigos me ayudaban.

—¿Quieres ir a una gala? —preguntó Frank, deslizándose algo por la encimera de la cocina. Había estado conduciendo con Dawn, manteniendo su compañía mientras hacía las entregas, cuando Frank me llamó y me invitó a su casa, y extendió la invitación a ella, así que nos encontrábamos los cuatro en su casa. Dawn se hallaba en la playa con Collins, y a Frank y a mí nos encargaron llevar los aperitivos. Lo miré sobre mi brazo lleno de sodas, aguas, paletas, y las bebidas energéticas que Collins amaba y las cuales tenía la sensación que pronto serían vetadas por la FDA¹³.

Bajé la mirada y vi que era la invitación a la gala que noté cuando estuve en su casa la noche que besé a Benji. Antes de que pudiera leerla dónde la sostenía, la volvió a poner en el refrigerador con un imán de *Porter & Porter*. —Es para mis padres —dijo—. Collins también viene, pero ya que van a estar en la misma habitación toda la noche, fingiendo que no se odian, puedo llevar tantos amigos como pueda.

—Una gala, ¿eh? —pregunté, apoyando las botellas de agua.

—Y de esta forma, podemos tachar el número ocho.

Sonreí por eso, ese había sido de hecho mi primer pensamiento. Sin embargo, me di cuenta que no había comprobado el vestido en casi un mes, y finalmente podrían haberlo vendido. —Me encantaría.

—Es el último día de julio —dijo, mirándome fijamente—. ¿Tienes que comprobar tu calendario social?

Me reí ante eso, tomando el resto de las bebidas conmigo y guiando el camino hacia afuera.

¹³Es una agencia del gobierno de los Estados Unidos responsable de la regulación de alimentos.

Al día siguiente, entré en *Twice Upon a Time*, parpadeando ante la poca luz de la tienda, la cual era un duro contraste con el brillo de afuera. Era una tienda de consignación en la que había estado en muchas ocasiones con Sloane, pero nunca sola. Tal vez era porque tenía más tiempo para prestar atención ahora, pero la tienda parecía de alguna forma más pequeña de lo que la recordaba sólo hace unos meses atrás, y un poco más desastrosa.

—Hola, tú. —Barbara, la dueña, salió de la habitación trasera con una vaga sonrisa fija, de esas que siempre parecía darme—. Bienvenida a *Twice Upon a Time*. ¿Has comprado con nosotros antes?

Tragué duro y me obligué a sonreírle. No estaba segura de por qué me sorprendía que no me recordara, a pesar del hecho que estuve aquí una docena de veces los últimos años. —Algunas veces —dije, ya dirigiéndome al último lugar que recordaba haber visto el vestido colgando. Nunca había sido un interrogante en mi cabeza a qué vestido se refería Sloane. Era un vestido que me probé solamente por diversión una tarde cuando ella parecía determinada a probarse cada falda en la tienda, dos veces. Me lo probé en broma, ya que no tenía la necesidad urgente de ropa formal.

155

Pero tan pronto como me lo puse, me di cuenta que no quería quitármelo. Llegaba hasta el suelo y era negro, con un alto cuello dorado y una apertura muy baja en la espalda. Era la cosa más sofisticada que alguna vez usé y de alguna forma me sentía diferente en él, como si fuera una persona que tenía lugares para usar un vestido como ese, y aventuras emocionantes para contar después.

Sloane enloqueció cuando me lo vio puesto, e insistió en que lo comprara, en ese momento, lo cual por supuesto era lo que ella habría hecho. Incluso intentó comprarlo para mí, metiéndolo a escondidas en la caja registradora cuando me vestía, y tuve que alejarlo para que se detuviera. Porque de hecho era muy elegante, demasiado caro, y no tenía un lugar para usarlo.

Hasta ahora.

—De hecho buscaba un vestido negro —le dije a Barbara, mientras daba un vistazo a la tienda, comenzando a entrar en pánico porque no colgaba en ninguno de los lugar en los que solía verlo—. Creo que vi uno aquí, tenía la espalda baja...

Barbara sólo me parpadeó por un momento, pero luego el reconocimiento la iluminó. —Oh, sí —dijo—. Creo que lo moví al exhibidor de ventas. ¿Te lo quieres probar, querida?

—Nop —dije, mientras lo quitaba del exhibidor y se lo llevaba a una muy sorprendida Barbara en la caja registradora—. Me lo llevo.

Completar la lista aparentemente me hacía más atrevida en otros aspectos de mi vida, lo cual fue como me encontré en una silla frente a Stephanie, la prima de Dawn, en *Visible Changes*, el salón del centro de la ciudad donde fue aprendiz.

—¿Estás segura? —preguntó Dawn desde la silla a mi lado, mirándome por el espejo.

Aparté algunas gotitas de mi frente y pensé, en cómo era esta la única forma en que lucí durante los últimos años. Levanté un mechón de pelo que colgaba a media espalda, luego lo solté. —Cualquiera puede tener el pelo largo. —Asentí hacia Stephanie—. Hagámoslo.

Una hora más tarde, dejé el salón con un flequillo de costado y el pelo en largas capas que rozaban mis hombros, sintiéndome como alguien más, pero de la mejor forma, como si fuera una yo que no sabía que existía hasta ese momento.



¡Acelera Tu Paso, Porter! (Incluso Más Canciones sobre Camiones)

156

Somethin' Bout a Truck - Kip Moore
Before He Cheats - Carrie Underwood
That Ain't My Truck - Rhett Akins
Cruise - Florida Georgia Line
Runnin' Outta Moonlight - Randy Houser
That's My Kind of Night - Luke Bryan
Dirt Road Anthem - Jason Aldean
Mud on the Tires - Brad Paisley
Drive - Alan Jackson
Papa Was a Good Man - Charlie Rich
Tim McGraw - Taylor Swift
Highway Don't Care - Tim McGraw
Barefoot Blue Jean Night - Jake Owen
Dirt Road Diary - Luke Bryan
You Lie - The Band Perry
Take a Little Ride - Jason Aldean



— En un universo bien ordenado — le dije a Frank —, no habría misterios.

Miró por encima de mí. Hacíamos una carrera al atardecer, once kilómetros en esta ocasión. Se dio cuenta de mi pelo tan pronto como salí de mi casa. Esto me sorprendió, porque, bueno, él era un chico, pero también porque tenía mi habitual cola de caballo para correr, por lo que el cambio no era tan obvio. Pero me dijo que le gustaba, que era más de lo que había oído de mis padres, que todavía no notaron nada diferente. — ¿Lo dices en serio? — preguntó —. ¿Sloane?

Asentí. — Sí — dije —. Se sabría todo. No habría estas grandes preguntas pendientes.

Frank asintió, y corrimos durante un tiempo. — Lissa discutiría contigo acerca de eso — dijo —. Se interesó mucho por la filosofía el año pasado. Así que me da la impresión de que te diría algo como: *“Para saber no hay que saber”*.

Le lancé una mirada. Frank no menciona muy a menudo a Lissa, así que me daba cuenta cuando lo hacía. — ¿La está pasando bien en Princeton?

Frank asintió, pero luego añadió: — Es decir, supongo que sí. Ya hemos roto antes, así que no es como si fuera una experiencia nueva. Y no hay mucha diversión. Pero dice que las clases son geniales, muy intensas. — Corrimos en silencio durante unos minutos y pensé que tal vez teníamos que continuar, cuando Frank dijo —: La habría visto más, pero no le dejan mucho tiempo para socializar.

— Absolutamente — dije, preguntándome por qué sentía la necesidad de justificarme esto.

— Y va a venir por mi cumpleaños — dijo Frank —, por lo menos.

— ¿Cuándo es?

— El diecinueve de julio — dijo. Me miró y arqueó las cejas —. ¿Por qué? ¿Vas a hacerme un regalo?

— No — dije con un encogimiento de hombros, mientras aceleraba mi ritmo —. Sólo pensé que tal vez ese día te dejaría vencerme por fin. — Nos giré a Longview, la cual tenía una colina que iba a ser un asesinato a gran altura, pero había estado sintiendo que últimamente nuestras carreras eran demasiado llanas.

— ¿A dónde vamos? — preguntó Frank y su voz sonaba preocupada, lo cual atribuí al hecho de que él acababa de ver la colina —. ¿Em?

— Vamos — le dije, asintiendo hacia delante. Sabía que no iba a tener suficiente aliento para hablar, así que me puse los auriculares y encendí el iPod de Frank. Me desplazaba por su lista de nombres de bandas, y estaba bastante segura, en este punto, que ni siquiera le *gustaba* alguna de esas bandas, y sólo lo hacía para molestarme.

Luché por subir la colina, y cuando me di la vuelta para mirar a Frank, me di cuenta de que miraba al frente, sin mirarme a los ojos, probablemente para concentrarse en la carrera. Acabábamos de alcanzar la cima de la colina cuando me llamó la atención un cartel delante de una casa. Decía: *A Porter & Porter Concept*, en la misma fuente que el cartel de la casa de Frank. Reduje la velocidad mientras lo miraba. Era impresionante, una hermosa casa de tres pisos en un estilo similar al de Frank, pero en una escala más grande. El frente se hallaba ajardinado y había un buzón de color rojo brillante junto al camino de entrada, pero éste se encontraba vacío, así que di un pasito más cerca de él. —Oye —llamé a Frank, que corría en su lugar, con los auriculares todavía en los oídos—. Esta es una de las casas de tus padres.

—Lo sé —dijo Frank brevemente, señalando hacia la carretera—. Vamos.

—Es muy linda —dije, dando un paso más cerca y luego viendo lo que me perdí antes, había un cartel de un agente de bienes raíces en el césped, un cartel de venta, *¡con precio rebajado!*

—Emily —llamó Frank y me alejé de la casa, mirándola una vez antes de unirme a él y comenzar a correr.

—Lo siento —le dije, cuando logramos bajar por el otro lado de la colina y nos enfriábamos. Ni siquiera estaba segura de porque me disculpaba, pero de alguna manera sentí la necesidad de decirlo.

—Está bien —dijo Frank—. Sólo trato de evitar este lugar si puedo. —Caminamos en silencio por unos momentos y me di cuenta de que Frank tenía más que decir, sólo averiguaba cómo decirlo, y entonces me di cuenta de lo que pasaba—. No me gusta esa casa —dijo finalmente—. Es más o menos lo que terminó el matrimonio de mis padres.

—¿Qué pasó? —pregunté después de un momento, cuando Frank no continuó.

Suspiró. —Es una casa modelo. La construyeron con su propio dinero, sin comprador, todo de su propio diseño, lo que se suponía que era su “joya de la corona”. —La forma en que hizo audibles las comillas en el aire alrededor de las cuatro últimas palabras me hizo pensar que oyó mucho esta frase y que no había sido él quien la inventó—. Pero comenzaron a tener desacuerdos desde el principio. ¿Podrían permitírselo, valía la pena, era una buena idea? Comenzaron a discutir sobre el diseño, la dirección, todo. Resulta que son muy buenos en trabajar juntos cuando hay alguien más a cargo. Cuando son sólo ellos... —La voz de Frank se apagó—. Pelearon mucho —dijo en voz baja y en ese momento, tuve un destello de lo que Frank debe haber pasado cuando ocurría esto y cómo lo vi en la escuela, él parecía tan perfecto, como si funcionara todo en su vida.

—Lo siento mucho —dije.

Frank se encogió de hombros y me dio una pequeña sonrisa. —Gracias — dijo—. De todos modos, ya está terminada. Está vacía por dentro, pero lista. Y ahora nadie la compra. —Pensé de nuevo en la casa, el alegre buzón rojo que ahora parecía deprimente—. Siguen bajando el precio, pero nadie ha hecho siquiera una oferta. No es una gran situación.

Caminamos en silencio, hasta que Frank empezó a acelerar el ritmo, entrando en un trote. Empecé a correr junto a él, siguiéndole el ritmo incluso cuando fuimos más rápido, mientras llevaba nuestro ritmo al límite de donde habíamos ido, entendiendo que a veces, sólo se necesitaba correr.

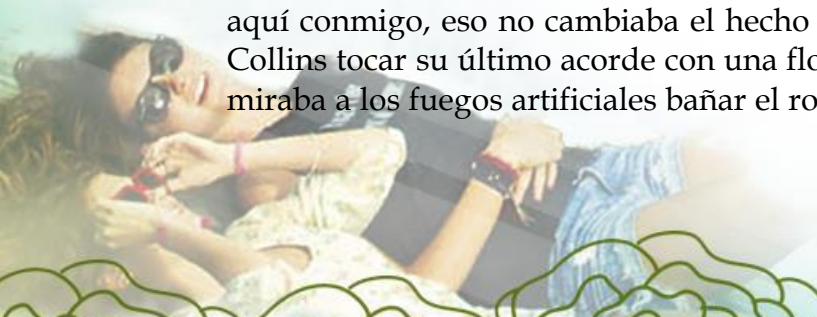


159

El cuatro de julio cayó día miércoles y con un golpe de buena fortuna, ninguno de nosotros tuvo que trabajar temprano al día siguiente. Así que todos fuimos a la casa de Frank y vimos los fuegos artificiales de la playa, mientras explotaban por encima del agua en una lluvia de chispas brillantes. Cada vez que pasaba el rato por las noches en la casa de Frank, teníamos la playa para nosotros, así que era extraño ver de repente a la gente sentándose delante de sus casas, sobre las toallas de playa y sillas de jardín, mirando los fuegos artificiales, brillantes contra el cielo oscuro.

Collins había decidido una semana antes aceptar el ukelele. Insistía en llamarlo su “uke”, y era vehemente en que a las damas “les encantaba el uke”. Para mi sorpresa, en realidad aprendió algunos acordes y mientras tocaba suavemente, casi podía decir cuál era la canción. Me recosté sobre mis manos y miré a mí alrededor, a Collins que se inclinaba sobre su pequeño instrumento y a Dawn acercándose a él, con los ojos medio cerrados mientras escuchaba la música. Frank tenía el rostro vuelto hacia el cielo y yo lo observaba, en lugar de los fuegos artificiales, mientras la luz cambiaba sus facciones, de rojo, a azul, a naranja.

Volví a mirar hacia el cielo antes de que me atrapara mirándolo y me di cuenta de lo tranquila que me sentía. No podía dejar de pensar en el cuatro de julio del año pasado, cuando me fui a una fiesta con Sloane. Ella había sido invitada, pero yo no, y a pesar de que me aseguró que estaría bien, pasé toda la noche sintiéndome como si estuviera de más, sabiendo que no pertenecía. Ahora no me sentía de esa manera. Y aunque hubiera dado cualquier cosa por tener a Sloane aquí conmigo, eso no cambiaba el hecho de que la pasaba bien. Y mientras veía a Collins tocar su último acorde con una floritura y a Dawn aplaudiéndole, mientras miraba a los fuegos artificiales bañar el rostro de Frank en una luz azul y me veía a



mí misma en el medio de todo esto, me di cuenta de que esto era mejor. A pesar de que Sloane estuvo conmigo el año pasado, esto se sentía como si estuviera en donde debía estar.

Horas más tarde, entré en nuestro camino de entrada y luego pisé con fuerza el freno. Mi madre se encontraba sentada en los escalones del porche, con una taza en su mano. Eché un vistazo al reloj, a pesar de que no tenía sentido y luego hacia abajo a la hora en mi teléfono. Eran casi las tres de la mañana, lo que significaba que estaba en serios problemas. Había evitado tener la conversación del toque de queda con mis padres durante todo el verano y volvía a casa cuando quería, pero tuve la clara sensación de que mi suerte se agotó en ese frente. No tenía la intención de quedarme tanto tiempo en lo de Frank, pero después de los fuegos artificiales, ninguno de nosotros había querido irse. Jugamos a *Honor Quest*, Collins había intentado hacer panqueques a la medianoche y luego todos terminamos de vuelta en la playa.

Aparqué en mi lugar de siempre, tratando de juzgar en cuántos problemas estaba, teniendo en cuenta la expresión de mi madre en la luz de la luna. Me bajé del auto, cogiendo la toalla de playa con rayas que iba a permitirme tachar el número tres en la lista. Pertenecía a la vecina de Frank, pero la olvidó en su piso después de los fuegos artificiales y con todo el mundo animándome, a la una de la mañana, corrí por la arena para agarrarla. Sabía que probablemente debería sentirme mal por mi primer acto criminal, pero sobre todo me sentía feliz de tachar este. No era la señal de Sloane, pero era algo.

Tomé una gran bocanada de aire mientras caminaba hacia mi madre, que me sonrió cuando me acerqué y me preparé para lo peor.

—¿Larga noche? —preguntó, tomando un sorbo de su taza, y pude ver lo cansada que estaba.

—Supongo —le dije, sin querer pretender que era una anomalía, por si acaso ella notó que me iba así de tarde otras noches—. ¿Tú también?

Se encogió de hombros. —Bueno, ya sabes cómo va el segundo acto. Además, hay una pequeña crisis con tu hermano.

—¿Con Beckett? —Di un paso más cerca de ella, con la esperanza de que él no hubiese caído de algo—. ¿Está bien?

Asintió, pero no parecía segura. —Es este viaje de campamento. Estamos justo en el centro de la obra, por lo que tu padre tuvo que decirle que no iban a poder ir este verano.

Miré hacia la ventana del dormitorio de Beckett, como si de alguna manera me fuera a dar una idea de cómo se sentía. Por supuesto, no me mostró nada, pero sin embargo, tenía una idea bastante buena. —¿Cómo lo tomó?



Mi madre se mordió el labio y miró la taza, acunándola con las manos. —No muy bien. Tu padre le dijo que siempre habrá un próximo verano, pero... —Su voz se apagó y sentí una punzada de simpatía por mi hermano. Sabía muy bien lo que se siente que te quiten sin más el verano que esperabas con interés. Después de un momento, mi mamá me miró y tocó el lugar a su lado en el porche—. ¿Quieres sentarte un momento?

Sabiendo que esta no era una pregunta a la que pudiera decir no, me acomodé al lado de mi madre, poniendo la toalla robada a mi lado. Ella miró la toalla. —¿Es nuestra?

—Algo así —dije, apartándola—. La conseguí de Frank. —Eso era, al menos, una parte de la verdad.

—Ah —dijo mi madre con una sonrisa—. Frank. Me agrada.

Suspiré. Había pasado por esto con mi madre la mañana después del Teatro de Sala, pero todavía no parecía comprenderlo. —Tiene una novia, mamá.

—Sólo dije que me agradaba —dijo suavemente, alzándome las cejas—. Creo que es agradable. Y me alegro de que hayas sido capaz de hacer nuevos amigos este verano.

161 —Síp —dije, mientras pasaba la mano por la madera del porche, había llegado a estar tan suave en los últimos años, nunca tendrías que preocuparte por las astillas—. También yo. —Mi madre me sonrió y pasó su mano por mi cabeza, alisando mi nuevo flequillo. Vi que *FARRELLY* estaba escrito en la parte superior de mi nueva toalla, en grandes letras imprenta, y rápidamente la doblé—. ¿Cuál es el segundo tema? —pregunté, esperando que mi madre no hubiera visto nada.

—Oh —dijo, tomando un largo trago de lo que ahora podía oler era té de menta—. Tu padre y yo acabamos de tener una diferencia de opinión. Él quiere centrarse en el aspecto de rivalidad. Pero el hecho es que Tesla y Edison eran amigos. Eso cambió, por supuesto, pero ambos tienen algo del otro. Y no creo que debamos descartar eso.

Asentí, como si entendiera lo que decía. Pero sobre todo, encantada de que esta conversación no involucrara algún sermón. —Bueno, me voy a la cama —dije, levantándome y asegurándome de que *FARRELLY* estuviera oculto.

Mi madre me sonrió y esperó hasta que casi me encontraba en la puerta antes de agregar: —¿Y, Em? No vuelvas de nuevo a las tres de la mañana sin esperar ninguna consecuencia.

—Bien —dije con una sensación de hundimiento, dándome cuenta que debí saber que esto era demasiado bueno para ser verdad—. Um, lo entiendo. Buenas noches, mamá.

—Buenas noches, cariño —dijo mi madre. Se quedó dónde estaba, y por un segundo, pensé en unirme a ella. Pero me di cuenta que tenía cosas que ordenar:

Edison y Tesla, amistades y rivalidades. Así que sólo la miré fijamente por un momento antes de girar y dirigirme a mi cama.



162

—¿No fue eso impresionante, Em? —Beckett me sonrió desde el otro lado de la barra y traté de devolvérsela. Mi hermano estaba sentado en el suelo y apenas había hablado desde que se enteró del viaje de campamento, así que lo llevé al único lugar que estaba bastante segura que lo animaría. Nos reunimos con Dawn y habíamos ido a *IndoorXtreme* más tarde, llegamos allí justo cuando lo estaban cerrando, entonces Beckett pudo tener espacio para correr. Había escalado el muro con Collins, haciendo carreras para ver quién podía llegar hasta el suelo más rápido. Dawn y Frank habían tenido una pelea épica en el paintball, y de alguna manera me quedé atascada con Doug en el mostrador, quien me presentó el primer libro de la serie por la cual estaba obsesionado, y luego procedió a decirme cómo encajaba eso con la cultura pop en general.

—Y algunas personas piensan —había dicho, mientras pasaba las páginas, y miraba con nostalgia en dirección a la zona de paintball, donde podía ver el amanecer escabulléndose detrás de un fardo de heno, estilo espía—, que Tamsin y Elder son simplemente estafadores, pero no quiero que eso te desanime a leer el libro.

—No lo hará —le aseguré, esperando que eso pudiera simplificar las cosas.

—Porque eso es un argumento estúpido —dijo Doug, claramente sólo precalentado el tema—. Debido a que esa relación existe en todas partes. Mira a Obi-Wan y Luke. A Dumbledore y Harry. A Gandalf y Frodo. Todos tienen a esas personas. Tienen que aprender de ellos. Pero entonces tienen que encontrar su propia fuerza y hacerlo solos. Así que no es derivado. No le hagas caso a los tabloncillos de anuncios. —Le había asegurado que habría muy pocas posibilidades de eso, pero para el momento en que empezó a entrar en el trasfondo de los personajes secundarios, Frank y Dawn, bastante pintados, llamaron una tregua, y Beckett fue declarado el vencedor, después de haber derrotado a Collins en sus tres últimas carreras.

Pero a pesar del hecho de que no había tenido ninguna diversión, estaba claro que mi hermano sí, y para eso habíamos venido, después de todo. Le devolví la mirada y luego saqué el menú laminado, preguntándome por qué los comensales siempre tenían los menús más grandes del mundo, y también si alguna



vez alguien ordenó la langosta de cinco dólares. Todos comíamos antes de que Dawn tuviera que hacerse cargo de la entrega del turno de noche, con la esperanza de que nadie querría saber por qué uno de los lados de su cabello era de color naranja.

—Así que —dijo Beckett, mirándome de donde goteaba agua en su envoltura plegada de paja, convirtiéndola en una serpiente—, Frank, Collins, Dawn y todo el mundo. ¿Son tus amigos?

—Sí —dije, un poco sorprendida por la pregunta—. ¿Por qué?

Beckett se encogió de hombros. —No lo sé. Simplemente es diferente. Nunca tuviste esa cantidad de amigos.

Abrí la boca para decir algo sobre eso, cuando la puerta de vidrio detrás del comedor se abrió y Dawn, Collins y Frank entraron, Dawn sacudiéndome su cabeza. —Oh, no —suspiré, mientras me deslizaba hasta el final de la cabina para que Frank pudiera sentarse a mi lado. Collins se deslizó junto a Beckett, y Dawn a su lado, y ella asintió.

—Han vuelto a eso —confirmó.

—No me decepciones¹⁴ —le dijo Frank a Collins, señalando al otro lado de la mesa—. Dijiste que pagarías por este momento.

163

—En mi vida, ¿he mentido alguna vez? —preguntó Collins, sonando ofendido.

—Déjalo ser —dijo Frank, sacudiendo la cabeza—. No tenemos que entrar en esto.

—Por favor, dejen eso —dije, pero Frank y Collins se limitaron a negar con la cabeza sin siquiera mirarme. Durante los últimos tres días habían estado comenzando sus frases sólo con títulos de las canciones de los *Beatles*. Se les permitió hablar con normalidad a todos los demás —y habían puesto el juego en espera cuando estaban en el trabajo— pero entre ellos, tenían que hacerlo, tratando de demostrar quién era más fan.

—¿Qué está pasando? —preguntó Beckett, mirando entre Frank y Collins.

—Ojalá declararan un ganador —dijo Dawn, luego frunció el ceño—. En realidad “ganador” podría ser la palabra equivocada en esta situación.

—Bucket —dijo Collins, girándose hacia mi hermano—, ¿qué tan bien versado estás con los *Beatles*?

¹⁴Don't let me down (No me decepciones), In my life (En mi vida), Let it be (Déjalo ser), I'm Looking Through You (Estoy buscando a través de ti), With a little help from my friends (Con un poco de ayuda de mis amigos), I'm so tired (Estoy muy cansado): todas canciones de los *Beatles*.

—Estoy buscando a través de ti —dijo Frank, sacudiendo la cabeza, y Collins señaló a mi hermano.

—Con un poco de ayuda de mis amigos —dijo, a la defensiva—. ¿Desde cuándo es que no se permite?

—De todos modos —dijo Dawn, mirándome—. Quiero presentarte a alguien. —Eso fue tan sorprendente que solo parpadeé, y vi a Frank girar la cabeza bruscamente para mirar a Dawn.

—Estoy muy cansado —dijo Collins mientras volteaba el menú—. Tal vez consiga un poco de café.

—No... —empecé. Estaba a punto de decirle a Dawn que no me interesaba, a pesar de que realmente no podría haber dicho por qué. No era como si todavía estuviera sobre Gideon, ni nada de eso—. Um, ¿quién es?

Collins le estaba chasqueando los dedos a Frank, que dijo, sonando distraído: —Cierto. Um... —Un momento después, pareció darse cuenta de lo que había hecho—. Espera —dijo rápidamente—. Ayuda. No puedes hacer eso...

—¡Totalmente gané! —gritó Collins, bombeando su puño en el aire—. No hay, a mi mejor saber y entender, una canción de los Beatles llamada "*Cierto. Um*". —Golpeó sus manos sobre la mesa con entusiasmo, luego se apoyó en la cabina, como si estuviera acomodándose—. Bucket, déjame contarte una historia. Hace mucho tiempo, hubo un lugar llamado Liverpool...

Miré a Frank. —Siento que hayas perdido —dije, aunque no podría estar más feliz de que este juego hubiera terminado.

Frank se encogió de hombros. —Estoy seguro de que vamos a hacerlo de nuevo en algún momento —dijo—. Cada pocos años, parece que necesitamos tratar de demostrar quién es el mejor fan. Pero escucha —dijo, de repente pareciendo serio, como lo hizo cuando estábamos creando estrategias para mi lista—. Tengo la solución perfecta para el número trece.

El trece era "dormir bajo las estrellas", y miré a través de la mesa a mi hermano, que parecía absorto en aprender acerca de cómo se conocieron Paul y John. Aunque apreciaba la iniciativa de Frank, tuve una idea para prepararme desde que había hablado con mi madre en el porche. —Tengo eso cubierto.

—¿Lo tienes? —preguntó, sonando sorprendido—. Oh. Bueno. ¿Qué es? ¿Y cuándo?

Lo miré, sabiendo de pronto la manera exacta de responder eso. —No pasará mucho tiempo —dije, y fui recompensada cuando Frank sonrió, de repente, como si acabara de sorprenderlo.

Esa noche, fui de puntillas a la habitación de mi hermano, tratando de no hacer ruido, pero encontrándolo difícil cuando seguí golpeando mis pies en los

juguetes que parecían cubrir de manera uniforme su alfombra. —Beckett —susurré cuando me acerqué a su cama—. Oye. Beck. *Ouch*. —Traté de dar un paso más cerca, y sentí algo pequeño y plástico alojado en mi pie.

—¿Em? —Beckett se sentó en la cama, parpadeando ante mí en el débil resplandor de su luz de noche, que siempre juró que no necesitaba—. ¿Qué está mal?

—Nada —dije, tratando de sacudir lo que resultó ser un Lego de mi pie mientras cojeaba hacia él.

—¿Entonces por qué estás aquí? —preguntó, sentándose más lejos.

—Tuve una idea —dije, agachándome junto a su cama, tratando de no poner mis pies en nuevos lugares—. ¿Quieres ir de campamento?

Beckett se sentó bien erguido, empujando los rizos de su rostro. —¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que vamos a dormir afuera. Arreglé todo el asunto. A mamá y papá no les importará.

Beckett solo me miró durante un largo rato, como si estuviera sopesando si hablaba en serio, o tal vez si esto era sólo un sueño muy realista. —¿Pero cómo? —preguntó finalmente, con lo que supe exactamente que estaba a bordo—. No tenemos nada de cosas para acampar. Papá y yo íbamos a conseguirlos juntos.

—Creo que lo averigüé —dije, cruzando los dedos en la oscuridad—. Nos vemos en el patio trasero en diez minutos.

Diez minutos más tarde, casi exactamente, Beckett salió en pijama, luciendo todavía dudoso. —Ta-da —dije, esperando que pensara que era una estupidez o diera la vuelta y volviera. Asentí un mini-campamento en el centro del patio. Ya que no teníamos una tienda de campaña, sólo acomodé dos bolsas de dormir y almohadas cabeza a cabeza.

—¿En serio? —preguntó Beckett, dando un pequeño paso hacia adelante, comenzando a sonreír.

—Ponte esto primero —dije, sacudiendo la botella de repelente de insectos. Era la única cosa que me preocupaba de dormir afuera, tenía la sensación de que, a menos que tomáramos las medidas de precaución, íbamos a ser comidos vivos por los mosquitos.

Beckett se roció hasta que tosió, y luego pasó por encima de los sacos de dormir, lanzando el spray en mi dirección. Me bañé en él, entonces me metí en mi propio saco de dormir.

Me acomodé en mi almohada y levanté la mirada. Me alegré de que estas bolsas de dormir fueran locamente aisladas del tipo tú-puedes-estar-en-las-montañas, porque a pesar de que la noche aún era cálida, se sentía un poco más

frío en el suelo, y algo húmedo. Miré hacia arriba y vi las estrellas que brillaban sobre nosotros, sin nada bloqueando la vista, de repente me arrepentí de todas las noches que había dormido con cualquier cosa entre el cielo y yo.

—Esto es genial —dijo Beckett, y giré la cabeza para verlo mirando hacia arriba, con los brazos cruzados detrás de la cabeza. Ninguno de nosotros sabía algo de constelaciones, así que encontramos las nuestras, nombramos estrellas como “Corbata Torcida” y “Pingüino Enojado”, e inventamos las historias correspondientes que iban con ellas. La voz de Beckett comenzó a disminuir a medio camino a través de la historia de origen de la “Cesta de Papas Fritas”. Tuve la sensación de que estaba a punto de quedarse dormido, y sabía que no estaba muy lejos de él. Cerré los ojos solo para abrirlos una vez más, y asegurarme de que seguía allí, el motín de estrellas sobre mí, todo este otro mundo existiendo fuera de mi alcance.

—¿Podemos hacer esto otra vez? —preguntó Beckett.

—Claro —dije, mientras dejaba que mis ojos permanecieran cerrados esta vez—. Lo haremos el próximo mes.

—Está bien —dijo Beckett. Después de un rato de silencio en el que estaba segura de que se había dormido, preguntó—: ¿Qué hay de Sloane?

166 —Abrí los ojos y me empujé en un codo para conseguir una mejor vista de él.
—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir... no vamos a hacer esto cuando vuelva, ¿verdad? —La voz de mi hermano era pequeña—. Probablemente vas a estar muy ocupada.

Mi primer instinto era negar eso, asegurarle que nada cambiaría. Pero un segundo después, supe que no estaría aquí, ahora, con mi hermano, si Sloane todavía estuviera en la ciudad. Estaría pasando el rato con ella o esperando pasar el rato. —No importará —dije finalmente. Podía oír la certeza en mi voz, y esperaba que Beckett pudiera hacerlo también—. Tú y yo. El mes que viene. Lo prometo.

—Impresionante —dijo Beckett en un bostezo—. Buenas noches.

Un momento después, escuché su respiración alargarse y más regular, era una broma corriente en nuestra familia lo rápido que Beckett podía conciliar el sueño, y al parecer estar fuera no era un impedimento para ello.

Rodé sobre mi espalda y miré las estrellas. Las palabras de Beckett revoloteaban en mi cabeza, pero por alguna razón, no quería pensar en lo que sucedería cuando Sloane volviera, cómo las cosas podrían cambiar. En cambio, miré a mi hermano, ya dormido, antes de dejar que mis ojos se cerraran, sintiendo que quizás fui capaz de hacer algo bien.

8

Penelope

Traducido por Julieyrr & Mary Haynes

Corregido por Emmie

167

Sólo porque sabía que Sloane había intentado algunos elementos de la lista, no significa necesariamente que quería hacerlos. Al día siguiente me quedé en mi armario, con la picazón en el cuello donde los mosquitos me habían picado, mirando fijamente al número cinco. Sabía qué quería decir con “Penelope” y también sabía lo que quería que hiciera. A pesar de que sabía que no se había movido, metí la mano en mi cajón y la saqué, mirándola fijamente, mi imagen y el nombre no familiar, dándome cuenta de que esto era probablemente lo que tenía que hacer a continuación.

MAYO

Dos meses antes

—¡Está bien! —dijo Sloane mientras subía a mi auto, cerrando la puerta detrás de ella y volviéndose a sonreírme—. ¿Estás lista?

—Supongo —dije con una sonrisa—. No estoy segura de *para qué* se supone que debo estar preparada.

Sloane nos había organizado para pasar el rato este viernes por la noche con una semana de antelación, lo cual era raro, pero estaba agradecida por ello. Siempre estaba con Sam y, aunque por lo general, una noche de fin de semana éramos Sloane, Sam, Gideon y yo, no fue suficiente, sobretodo porque su atención estaba centrada en su novio cuando estábamos todos juntos. También estaba el hecho de que ella era diferente a su alrededor. No era nada en lo que yo haya sido capaz de señalar las primeras veces que salimos juntos. Pero había llegado a darme cuenta de que no me gustaba la forma en que Sam la trataba y odiaba la forma en que Sloane actuaba a su alrededor.

Realmente había intentado durante el primer mes. A Sloane obviamente le gustaba, y vio algo muy especial en él, así que hacía mi mejor esfuerzo para hacer lo mismo. Pero cuanto más tiempo pasaba con él, más difícil se volvía. Para empezar, yo no le gustaba. Era alternativamente posesivo y desdeñoso con Sloane, algo que realmente no me gustaba ver, pero desde el principio, me había visto como una especie de amenaza. Siempre parecía estar tratando de crear problemas en formas sutiles y difíciles de definir. Me miraba demasiado tiempo cuando entraba a la habitación o estaba de pie cerca de mí y sólo sonreía suavemente cuando lo hacía, como si me atreviera a hablarle o decirle algo sobre eso. Me corregía cada vez que tenía la oportunidad. Y en las ocasiones en que Sloane, o Gideon, decían algo al respecto, él sólo me disparaba una gran sonrisa y decía: — Sólo estoy jugando. Emily puede aceptar una broma, ¿verdad?

—Es sólo su sentido del humor —diría Sloane las pocas veces que había tratado de abordar el tema con ella—. En realidad es muy tímido y es así como lo compensa.

Y aunque no viera esto, me di cuenta de que mi mejor amiga lo conocía mejor que yo, y por eso lo había dejado, sin querer que las cosas fueran más tensas

entre nosotras, más de lo que ya eran. Así que la posibilidad de una noche siendo sólo nosotras dos era algo que había estado esperando toda la semana.

Ella me había dicho que me “vistiera para impresionar” y luego habíamos pasado una hora completa en el teléfono mientras se dirigía a través de mis opciones de vestir conmigo. Ni siquiera hizo falta el video chat ya que Sloane conocía todo mi armario, así como el suyo propio. Cuando habíamos seleccionado la vestimenta que funcionaba, pregunté qué iba a suceder esta noche. Llevaba la falda más corta que poseía, en realidad era una falda que Sloane me había dado, y podrías decirlo, ya que tenía varios centímetros sobre ella. La había emparejado con este top blanco de gasa de un solo hombro y me dijo que iba a traer un lápiz labial rojo para que me pusiera y que eso haría todo el asunto genial. Sloane estaba vestida muy parecido, en un vestido ajustado, con el pelo largo y un poco más salvaje de lo habitual, ojos ahumados hechos de una manera que yo nunca podría hacerlos sin que se viera como si estuviera lesionada.

—Te daré direcciones —prometió, aplaudiendo. Maniobré al final de su camino de entrada y la miré expectante—. Izquierda —dijo, con gran autoridad, mientras subía la música, su mezcla, y me dirigía fuera de Stanwich, hacia Hartfield.

169

No había pasado mucho tiempo en absoluto en el centro de Hartfield y me alegré de que Sloane estuviera dándome direcciones. Teniendo en cuenta que también era una noche de fin de semana, la calle principal de bares y restaurantes estaba llena, multitudes de gente caminando por las aceras y derramándose en la calle, el desfile de lento movimiento de coches que tratan de bordear más allá de ellos.

—Debemos tratar de encontrar donde aparcar —dijo, al pasar un lote donde los precios se elevaron a diez dólares por la noche, y los chicos con luces y banderas estaban tratando de dirigir a la gente.

—Así que estamos haciendo algo por aquí, entonces —dije, contenta de tener una idea de lo que iba a estar sucediendo esta noche.

—Tal vez —dijo Sloane, levantando una ceja—. Tal vez no. Sólo... ¡allí! —Ella señaló hacia delante, donde el coche delante de mí estaba, milagro de los milagros, saliendo de su lugar de estacionamiento.

Prendí las intermitentes y me moví rápidamente al lugar, y fue una buena cosa, porque otros tres coches habían enfocado hacia delante, hacia él, uno desde el lado opuesto de la calle, y estaban bloqueando el tráfico. —¿Sabes qué? —dijo Sloane mientras apagaba el motor y le entregaba mi iPod para que lo guardara en la guantera—. Creo que esa es una buena señal. Creo que significa que esta noche va a ser la mejor del mundo.

—¿Entonces? —pregunté mientras me desabrochaba el cinturón de seguridad—. ¿Estoy finalmente consiguiendo detalles?

Sloane señaló al otro lado de la calle. — McKenzie — dijo con una sonrisa.

Me volví a mirar, sin entender cómo esto iba a suceder. McKenzie era un bar adulto, sin un área para todas las edades, lo que molestaba a Sloane sin fin, ya que también tenía un espacio atrás, grandes bandas siempre iban allí y nunca podíamos llegar a verlos. — ¿Cambiaron su política o algo así?

— Nop — dijo. Sacó algo de su bolso con broche y luego tomó mi mano, la abrió y en mi palma dejó caer algo en ella. Lo recogí y lo sostuve a la luz de las farolas para tener una mejor visión. Era una tarjeta de identificación del estado de Nevada, con mi imagen, una dirección que no reconocí y el nombre de Penelope Entwistle.

— ¿Qué es esto? — le pregunté, viéndola más de cerca y observando un cumpleaños cinco años antes que el mío.

— Tu primera identificación falsa — dijo, inclinándose para verla —. ¿Quieres ver la mía? — La dejó caer en mi mano y me di cuenta de que la suya era de Utah y su nombre leía *Alicia Paramount*.

Sonreí ante eso. — Bonito nombre.

— Gracias — dijo, tomándola de vuelta —. ¿Lista para ir?

170

Me di cuenta, mucho más tarde de lo que debería, que íbamos a utilizar estas identificaciones para entrar en un bar. Y nosotras íbamos a hacerlo ahora, antes de que hubiera tenido algún tiempo para hacerme la idea. — Espera — le dije, mientras la mano de Sloane ya estaba en el pomo de la puerta —. ¿Vamos a utilizar estas para McKenzie?

— Esa es la mejor parte — dijo con una sonrisa —. Call Me Kevin está tocando allí esta noche. Totalmente no anunciado. Vamos a llegar a verlos en una multitud de, como, cincuenta. ¿No es increíble? — Me sonrió y se bajó del coche, dejándome salir detrás de ella, cerrando la puerta y luego apresurándose a reunirme con ella mientras cruzaba la calle, lanzándonos a través del tráfico en lugar de esperar a que la luz cambie.

— Sloane — dije, mientras llegaba a la fila que llevaba a la entrada de McKenzie. Vi que la puerta estaba custodiada por un hombre corpulento con una chaqueta de cuero negro, que brillaba una linterna hacia abajo en las identificaciones de las personas que se las entregaban.

— Alicia — corrigió.

— No creo que debamos hacer esto. — Bajé la voz al mirar hacia adelante en la línea. Todo el mundo alrededor de nosotros parecía mucho más viejo que nosotras y estaba segura de que ellos, y el hombre en la puerta, serían capaces de decir que éramos estudiantes de secundaria intentando entrar en algún lugar al que no nos permitían.

—No hay nada de qué preocuparse —dijo Sloane, bajando la voz también—. Tenía al tipo que lo hizo a Sam haciendo esto por nosotras. Nunca tiene un problema con eso.

Podía sentir el pánico comenzando a levantarse y ni siquiera sabía por qué exactamente. —Yo sólo... —dije, mientras bajaba mi mirada hacia la identificación. En el resplandor de la farola, parecía increíblemente falsa, como si hubiese sido hecha en casa, en el ordenador de alguien—. ¿Por qué Penelope?

Sloane se echó a reír. —No lo sé, sólo pensé que sonaba bien. Oh —dijo, inclinándose más cerca de mí mientras la fila se movía hacia adelante y mi corazón comenzó a latir al doble de tiempo—, no olvides memorizar tu dirección y fecha de nacimiento. Sólo en caso de que la pidan.

—¿Lo harán? —le pregunté y podía oír mi voz saliendo aguda y estresada.

—No lo sé —dijo Sloane, empezando a sonar exasperada—. Es mi primera vez.

—No creo... —dije, mientras caminaba un paso hacia adelante—. No creo que esta sea una buena idea.

—Emily, vamos —dijo Sloane. Estábamos sólo a una persona del tipo de la puerta, que ahora parecía el doble de grande de cerca—. Sólo relájate, ¿de acuerdo? Va a estar bien.

—No —dije, sin unirme a ella cuando dio otro paso hacia delante—. No quiero.

Me miró y podía ver la confusión en su rostro. —Está bien —dijo con una sonrisa, pero viendo hacia atrás de ella y hacia el tipo de la puerta. La gente detrás de mí en la fila empezaba a moverse y sabía que los retrasaba—. Vamos.

—No voy a entrar —le dije, dando un paso fuera de la fila y la pareja detrás de mí inmediatamente ocupó mi lugar.

—¿Por qué estás...? —empezó Sloane, luego dejó escapar un suspiro y sacudió la cabeza. Se sentía como si estuviéramos en un territorio desconocido, como si de repente tuviéramos que utilizar un lenguaje en el que ninguna de nosotras era fluida, debido a que Sloane y yo no peleamos, nunca. Le dijo a la pareja detrás de ella que siguiera adelante y tomó su lugar con impaciencia—. Yo quiero ir —dijo Sloane, y pude ver que no entendía por qué no estaba de acuerdo con ella.

—Yo no —dije en voz baja. No sabía de qué otra forma explicarlo.

—Está bien —dijo, echando un vistazo al tipo de la puerta y luego a mí. Me miró por un momento y era como si pudiera sentirla esperando a que yo cambie de idea, que vaya junto con ella como siempre lo hacía. Después de un largo momento, dijo: —Supongo que te veré más tarde.

Aspiré un aliento; sinceramente me sentí como si alguien me hubiera golpeado. Sólo asumí que Sloane se iría conmigo, que estábamos juntas en esto. La vaguedad de su *despedida* fue aterradora para mí. —Seguro —le dije, sin decirle nada de esto, sin decirle lo que sentía, sólo haciéndome darle una sonrisa temblorosa—. Hasta luego. —Me di la vuelta para regresar al coche, mis tobillos se tambalearon en los tacones que había elegido para mí, la ropa que ella me había escogido se sentía apretada y picaba.

—Emily —llamó Sloane detrás de mí, medio suplicante, media molesta. No me permití mirar atrás de inmediato, sólo me concentré en caminar lejos de mi mejor amiga, a pesar de que era la última cosa que quería estar haciendo. Después de un momento, me di la vuelta y vi su sonrisa mientras se guardaba su identificación y daba un paso más allá del tipo de la puerta a la oscuridad del bar.

Me senté en mi auto cuando el sedán fuera de mi ventana desaceleró, negué con la cabeza por lo que pareció la enésima vez esa noche. Cuando la gente me veía en el asiento del conductor, estacionada en un lugar ideal, todos se ponían muy excitados y encendían sus intermitentes, pensando que me iría en cualquier momento. Negaría con la cabeza y los haría ir a mi alrededor, pero aún así parecían muy optimistas, sentados allí con sus luces encendidas, esperando a que encienda y me vaya.

172

Había pensado en ello cuando llegué de nuevo al coche sola. Estaba a punto de dirigirme a casa y dejar a Sloane encontrar su propio camino de regreso, ya que ella quería tanto ir a este bar. Incluso dejé las llaves en el contacto pero no había puesto en marcha el coche, me senté en el asiento y traté de ordenar todo lo que acababa de suceder tan rápidamente. Me di cuenta de que había una parte de mí que había estado esperando que esto suceda desde que nos habíamos convertido en amigas, el momento en el que Sloane se daría cuenta de que no era lo suficientemente genial, o lo suficientemente atrevida, para ser su mejor amiga. Sabía que en algún momento iba a entenderlo, y por supuesto, esta noche le había dado sobradas pruebas.

Me quedé en mi coche por dos horas, de vez en cuando jugaba en mi teléfono y luego me preocupaba por la batería, con ganas de mantenerla un poco en caso de que ella enviara un mensaje. A pesar de que me gustaría poner las llaves en el encendido, nunca me propuse realmente irme. No confío en Sam en absoluto para que venga a buscarla, Milly y Anderson no eran lo suficientemente fiables y ni siquiera podía calcular cuánto costaría un taxi desde Hartfield a la casa de Sloane. Más de lo que cualquiera de nosotras teníamos, era seguro.

Hubo un golpe en la ventana del lado del pasajero y negué con la cabeza sin levantar la vista del teléfono. —No me voy —dije.

—Es bueno saberlo —dijo Sloane, a través del cristal. Levanté la mirada y la vi de pie junto a la puerta del lado del pasajero, me acerqué a abrir el coche y ella se metió—. Hola —dijo.

—Hola —le dije, sentándome más derecha y guardando mi teléfono. Las cosas se sentían extrañas y tentativas entre nosotras, de una manera que nunca estuvieron, ni siquiera cuando nos habíamos conocido.

—Gracias por esperar —dijo Sloane. Se inclinó hacia adelante sin mirarme a los ojos y sacó mi iPod de la guantera, conectándolo en línea.

—Claro —le dije, odiando la forma rígida y formal en que esto parecía, deseando tan sólo que pudiéramos volver a ser nosotras otra vez—. ¿Te... divertiste?

—Si —dijo, mirando por la ventana—. Estuvo bien. Ya sabes.

Asentí y puse en marcha el coche, a pesar de que yo *no* sabía y eso era al parecer todo el problema. Manejé en silencio, la cara de Sloane se iluminaba por la pantalla de mi iPod mientras examinaba las mezclas que ella había puesto en él, toda su música. Tragué saliva cuando di vuelta a mi coche en la Interestatal 95. No sabía cómo solucionar este problema, qué decir. Sólo quería que las cosas volvieran a la forma en que habían estado hacía unas horas. —Entonces, ¿cómo fue? —le pregunté, cuando no podía soportar más el silencio. Podía escuchar cuán aguda y forzada sonó mi voz, como mi madre cuando trataba de conseguir que Beckett le contara acerca de su día en la escuela.

Sloane suspiró y miró por la ventana. —Sólo no lo hagas —dijo finalmente.

—¿Que no lo haga? —repetí, sintiendo mi estómago hundirse.

—Si querías saber cómo era, deberías haber venido conmigo —dijo, sacudiendo la cabeza mientras giraba la rueda para desplazarse, yendo demasiado rápido ahora para incluso ver alguno de los nombres de las canciones—. Quiero decir, puse un montón de trabajo en esta noche. Compré nuestras identificaciones, planeé la ropa, organicé todo esto, porque quería ver la banda *contigo*. No por mí misma.

Miré lejos de la carretera y a mi mejor amiga por un momento. —Entonces, ¿por qué no me dijiste?

—¡Porque no habrías venido! —Sloane casi gritó esto, y creo que nos sorprendió a ambas, mientras se hizo el silencio en el coche por un momento—. Y tenía razón, ¿no? —Apreté las manos en el volante, agarrándolo a las diez y dos tan duro como pude, obligándome a no llorar—. Tienes tanto miedo de las cosas a veces y por ninguna razón —dijo Sloane, con la voz más tranquila ahora—. Y a veces, deseo... —No terminó la frase, sólo la dejó en el coche entre nosotras.

Lo hubiera deseado también, lo que sea que en ese momento Sloane quisiera que fuera, en lo que me estaba quedando corta. Di un suspiro tembloroso y dije: —Lo siento mucho.

—Está bien —dijo de inmediato, fácilmente, y sabía que lo decía en serio. Era algo que todavía me sorprendía de ella, lo rápido que estaba dispuesta a

perdonar. Desde que todo el mundo en mi familia, incluyendo el gato, guardaban rencores, no podía creerlo a veces.

—La próxima vez, ¿está bien? —Le di una rápida sonrisa, y pude oír cómo estaba forzando la voz para estar alegre. Pero Sloane sólo me devolvió la sonrisa.

—Claro —dijo con facilidad. Giró la rueda de desplazamiento una vez más y luego hizo clic en el botón central, y “With You”, su canción favorita de Call Me Kevin, empezó a tocar.

—¿La tocaron? —le pregunté, señalando con la cabeza el equipo de música.

—Tercera canción —dijo ella, mientras me sonreía y se acomodaba en su asiento, metiendo las piernas debajo de ella—. Y creo que no debió haber estado en la lista de canciones, ya que el baterista estaba totalmente fuera de tono hasta el puente...

Empezó a hablarme durante la noche, momento a momento, la aventura que había tenido sin mí, deteniéndose sólo para cantar el estribillo. Y para cuando el último coro se produjo, me había unido.

174



—Penelope Entwistle —murmuré para mis adentros. No había tenido la misma suerte esta vez, y tuve que estacionar en uno de los lotes de diez dólares. Había conseguido dinero en efectivo del cajero automático en el camino, cuando me di cuenta a la mitad del camino que no podía usar mi tarjeta de débito, ya que el nombre impreso en ella no correspondería con mi identificación. Y tuve la sensación de que dejar un rastro de papel no era la mejor idea, teniendo en cuenta que estaba a punto de romper la ley—. Penelope Entwistle —dije mientras caminaba por la calle con las piernas temblorosas hacia McKenzie, tratando de hacer que sonara como un nombre que había dicho durante años y años—. Veintiuno de Miller’s Crossing, Reno, Nevada. Ocho nueve cinco uno cinco.

Revisé el sitio web de McKenzie, y esta era la única noche que tenían una banda tocando. No eran Call Me Kevin, por supuesto, era una banda que no reconocí llamados Henry Gales. Pero me había obligado a hacerlo esta noche, ya que si había una banda, por lo menos habría algo que hacer, y no estaría sólo en el bar... y ¿qué? No tenía ni idea. Ni siquiera pude terminar la frase, ya que nunca había estado en un bar que era sólo un bar. Pero si había una banda, aunque resultara ser una banda terrible, de alguna manera hacía esta sensación más



placentera, como si estuviera viendo un concierto. Mientras que pretendía ser alguien que se llamaba Penelope.

Después de nuestra carrera de la mañana, Frank me había preguntado si quería salir esa noche, y le dije que no. No quería decirle que estaba tratando de hacer esto, por si todo salía horriblemente mal. Al final había puesto en una serie de excusas que ni siquiera me sonaban creíbles, algo sobre cuidar a Beckett, ponerme al día con la lectura para el próximo año y ayudar a mi madre a limpiar la nevera. Él sólo había escuchado con las cejas levantadas, y luego asintió. —Emily si estás organizando mi fiesta sorpresa, puedes decirme. —Su cumpleaños era en tres días, y había empezado a salir en las conversaciones cada vez más.

—Está bien —dije, tratando de reírme de esto—. Por supuesto. —Me hubiera preocupado de que, después de eso, esperara que hiciera algo por él, pero sabía que Collins había estado planeando algo.

—Penelope —me dije a mí misma, cuando me di cuenta de que estaba muy cerca del tipo de la puerta. Era el mismo chico de dos meses antes, aunque ahora parecía aún más grande, de algún modo, su teléfono lucía minúsculo en su mano. Me pregunté si estaba allí para que pudiera llamar a la policía inmediatamente cuando los menores de edad trataran de entrar en su bar—. Penelope Entwistle. Veintiuno de Miller's Crossing... —Me alisé el vestido. Llevaba una versión similar de lo que Sloane había elegido que me pusiera, y mientras me ponía maquillaje y tacones altos, me di cuenta de que había pasado mucho tiempo desde que me arreglé. Me acostumbré tanto a pasar mis días en chanclas y zapatillas de deporte que mis tobillos estaban tambaleándose peligrosamente, no acostumbrados a esto.

No había cola en la puerta esta noche, probablemente porque era un jueves y no había una gran banda haciendo un show secreto. Solo el tipo de la puerta. Me obligué a caminar más cerca de él con las piernas temblando. *Penelope*, me dije una y otra vez en mi cabeza. *Reno. Ocho nueve cinco uno cinco.*

—Hola —dije mientras me acercaba al tipo. Estaba agarrando mi bolso en una mano y mi identificación en la otra, con tanta fuerza que podía sentir el plástico cortando mis dedos.

—¿Identificación? —preguntó el hombre, sonando completamente aburrido.

—Aquí la tienes —dije, entregándosela, esperando que no estuviera húmeda, pues mis manos empezaron a sudar cuando más cerca que había llegado a él. La alumbró con su linterna, entonces me miró y asintió al interior—. ¿Puedo ir? —pregunté, sin estar segura de que habíamos terminado nuestra interacción.

—Sí —dijo, entregándome devuelta mi identificación—. Diviértete.

—Muchas gracias —dije mientras abría la puerta, incapaz de creer que había sido tan sencillo. Entré y miré alrededor. De repente me sentí como si tuviera un

signo gigante de *MENOR DE EDAD* por encima de mí, estaba claro para todos los presentes que nunca había estado en un bar antes y no sabía lo que hacía.

Di unos pasos tentativos hacia dentro. Pude ver un pequeño escenario, más como una plataforma elevada que cualquier otra cosa, a lo largo de la pared trasera. Había cabinas en ambos lados de la sala, y meseras caminando con bandejas. Y de frente al escenario estaba una barra, con taburetes rodeándola, llenos hasta la mitad. Esto no era como el bar que era parte del club de campo donde había trabajado, en el que podía agarrar la pistola de soda y volvía a llenar las gaseosas que mis mesas ordenaban. Eso había sido prácticamente un largo mostrador con un chico hostil llamado Marty trabajando detrás de él, haciendo lo que parecía una interminable corriente de gin tonics. Esto era diferente. La superficie era de metal pulido, y los estantes de licor se extendían casi hasta el techo, y cada estante parecía iluminarse con su propia luz azul.

Me incliné un poco más cerca de la barra, sin estar segura de qué hacer. Dado que la banda no estaba, sin embargo, me sentí como si tuviera que hacer algo. No podía mantenerme de pie en la puerta toda la noche, especialmente si quería ser discreta. Pero el bar era mucho más intimidante de lo que pensé que sería. Y, ¿siquiera había que ordenar de ahí? ¿O se suponía que tenía que ir con una de las meseras con bandejas?

176

—Ten cuidado, cariño —dijo una de las meseras mientras me pasaba, y me quité rápidamente del camino. Dejé escapar un suspiro tembloroso y caminé hasta el lado de la barra que tenía menos personas sentadas alrededor de ella, y luego me subí a un taburete y descansé mi bolso en mi regazo. No estaba segura de lo que pasaría, pero al menos no estaba de pie en el pasillo.

—¿Qué puedo hacer por ti? —preguntó el camarero, que tenía pelo rubio y una camiseta de cuello en V muy profunda.

—Oh —dije, levantando la vista hacia los estantes azules de licor, como si en realidad estuviera pensando en conseguir algo allá arriba—. Coca-Cola dietética, ¿por favor?

—Claro que sí —dijo—. ¿Con ron?

—¡No! —dije, con más vehemencia de lo que pretendía—. Quiero decir, simplemente, ya sabes. Limpio. Derecho. Sencillo. —Estaba soltando palabras que había oído que la gente usa en las películas cuando estaban en los bares, con la esperanza de que una de ellas tuviera sentido para este tipo.

—Claro que sí —dijo, agarrando un vaso, llenándolo con una pistola de soda, y deslizándola al otro lado de la barra para mí—. Son cinco dólares.

Parpadeé a esto, sorprendida, ya que nunca había pagado tanto por una Coca-Cola dietética en mi vida. Deslicé cinco por la barra hacia él, pero un momento más tarde tuve otro pequeño pánico. Se suponía que tenía que darle

propina a los barman, ¿no es así? No tenía idea de cuánto. Después de un momento, deslicé otros cinco por la barra, y él los recogió.

—Gracias, amor — dijo, guardándoselo con una sonrisa—. Soy Jared, por cierto. ¿Vives por aquí?

—Soy Penelope Entwistle —le dije de inmediato y, probablemente, demasiado rápido, ya que parecía un poco desconcertado—. ¿Soy de Reno?

El chico asintió. —Lindo —dijo—. La pequeña ciudad más grande en el mundo.

Sonreí como si eso significara algo para mí, deseando que hubiera hecho mi investigación sobre Reno antes de tratar de hacerme pasar por una nativa. Tomé un sorbo de mi Coca-Cola de cinco dólares y saqué mi teléfono, preguntándome cuándo podría salir, cuando esto hubiera cumplido con los criterios de Sloane y satisficieran su lista. Seguramente no esperaba que pasara aquí toda la noche, ¿verdad? No estaba segura de que iba a ser capaz de costearlo, si cada bebida me iba a costar diez dólares.

Una ráfaga de reverberación sonó desde el otro extremo de la barra, y vi que tres tipos delgados habían tomado el escenario, arrastrando en sus amplificadores y viéndose sin aliento. —Hola —dijo uno de ellos, haciendo una mueca por la retroalimentación del micrófono. Tenía el pelo rubio y rizado y una guitarra colgada al cuello—. Nosotros somos Henry Gales. Muchas gracias por recibirnos. —El baterista contó “Uno, dos, tres, cuatro” y se lanzaron hacia unos primeros acordes un tanto temblorosos antes de encontrar su ritmo.

Me di cuenta después de medio verso que me sabía las letras, podía prever lo que venía después. Tuve que esperar hasta el coro para reconocer que estaban tocando “Truth in the Dark”, una canción que había estado en la última mezcla hecha por Frank. Y aunque no lo hubiera admitido ante Frank, en realidad me gustaba la canción, y me encontré pronunciando las palabras del coro junto con la banda. Cogí el teléfono y tomé una foto para mostrársela después a Frank. Sabía que podría habérselo enviado en un mensaje de texto, pero tuve la sensación de que daría lugar a un montón de preguntas que realmente no quiero contestar en este momento, preguntas como *¿Por qué estás en un bar?*

Sentí que me incliné hacia atrás en la silla, tomando un sorbo de mi Coca-Cola dietética, dándome cuenta, con cierta sorpresa que esto en realidad podría ser divertido.

Una hora más tarde, la banda había anunciado el final de su concierto después de un solo de batería que se había prolongado demasiado, y sentí que sería más que capaz de tachar a Penelope de la lista. Asentí hacia Jared mientras me deslizaba de mi taburete y me dirigí hacia la puerta. La última canción que habían tocado, estaba bastante segura de que se trataba sobre Kansas, aunque el cantante realmente podría trabajar en su pronunciación, se repetía en mi cabeza.

Estaba haciendo mi camino hacia la salida cuando me di cuenta de una chica rubia, cerca de la puerta, hablando con una de las meseras. Ambas me estaban mirando. Aparté la mirada, pensando que tal vez sus ojos acaban de aterrizar en mí por un segundo, pero cuando miré de nuevo, ambas seguían mirando. Y ahora la mesera estaba apuntando directamente hacia mí.

Mi corazón empezó a latir con fuerza, y era como si todas las otras veces que me había asustado en mi vida sólo habían sido de práctica, porque esto era real. De alguna manera, alguien se había enterado de que yo era menor de edad, e iba a ser arrastrada a la cárcel. Iría en mi registro permanente, y entonces nunca podría ingresar a la universidad...

La rubia asintió y comenzó a caminar derecho hacia mí, y me di cuenta de que sólo tenía una pequeña ventana para llegar a la puerta, así que me empujé por la habitación tan rápido como pude en mi vestido y tacones. Apenas había salido, el portero mirándome, cuando oí a alguien gritar: —¡Oye! ¡Penelope!

A pesar de que probablemente debería haber seguido caminando, me di la vuelta y vi que la chica estaba de pie justo detrás de mí. Esto realmente estaba sucediendo. Esto era real.

Era menuda, con el pelo largo y una cara en forma de corazón, que no parecía encajar con el ceño enfadado que actualmente me dirigía. —Pensaste que saldrías con la tuya, ¿no?

—Mira —le dije, dando un paso más lejos, sintiendo cómo se tambaleaban mis tobillos en los tacones—. Lo siento mucho. No quería...

—¿No pensaste que iba a averiguarlo? —De repente estaba allí mismo, en mi cara.

—¿Averiguar qué? —preguntó el portero, de pie, de repente parecía más grande que nunca. Me preparé para ello, para que ella le dijera que era menor de edad, que deberían llamar a la policía.

—Esta es la zorra que ha estado saliendo con Jared. —Estaba tan aliviada al oír esto que me sentí sonreír, lo cual me di cuenta un segundo después, no había realmente sido la reacción correcta—. ¿Piensas que es gracioso? —preguntó.

—No —le dije rápidamente—. Nada. Sólo soy... esa no soy yo.

—Jared ha estado engañándome con alguna zorra llamada Penelope —gritó la chica—. Lo sé. He comprobado su teléfono, sabes.

—No esa Penelope —dijo el portero, sorprendiéndome a mí y a la chica, a juzgar por su reacción—. Esa Penelope tiene, como, el pelo muy largo.

—Carl —dijo la chica, sonando alicaída—. ¿Sabías de esto?

Tomé mi oportunidad de salir y corrí por la calle, mi corazón siguió golpeando duro, pero no con miedo esta vez. Era más como si pudiera sentir la

adrenalina corriendo por mi cuerpo mientras me dirigía hacia mi coche. Lo había hecho. Había ido a un bar, ordené unas bebidas, fui confundida con una zorra y casi me metí en una pelea. Todo se sentía extrañamente triunfante, y lo único que quería hacer era decirle a alguien acerca de ello. Saqué mi teléfono mientras cruzaba el lote hacia el Volvo, escribiendo un mensaje de texto mientras caminaba.

¿Tienes hambre? ¿Cena en quince? Acabo de tachar el número cinco.



179

Frank ya estaba allí cuando llegué, sentado en una cabina frente a la puerta, un plato de papas fritas para compartir en el centro de la mesa. También le había mandado un mensaje a Dawn, pero estaba en una entrega y me pareció que no me importaba que fuéramos sólo Frank y yo. Cuando me acerqué, me vio y sus cejas se levantaron. Atrapé mi reflejo en el cristal de la ventana que daba a la calle, y entendí por qué. Llevaba un vestido corto, apretado y tacones, demasiado maquillaje y mi cabello cuidadosamente peinado, cuando la mayoría de las otras personas en la cafetería estaban en vaqueros.

—Hola —dije casualmente, deslizándome en la cabina en frente de él y agarrando una papa, como si esto fuera sólo una noche totalmente normal, como si esto fuera lo que me pondría para ayudar a mi madre a limpiar la nevera.

Frank todavía me miraba con una sonrisa jugando alrededor de las comisuras de la boca. —¿Y qué se supone que eres?

Le di una sonrisa de “satisfecha de verte”. —Penelope Entwistle —dije—. Veintiuno de Miller’s Crossing, de Reno. Es un placer.

Vi que la comprensión comenzaba a abrirse paso en su cara, y saqué mi teléfono y lo deslicé por la mesa hacia él, la pantalla mostrando a Henry Gales rockeando. Frank lo miró y luego a mí, con la boca abierta. —Está bien —dijo—. Habla.

—Así que —comencé—, yo estaba en McKenzie.

—¿El bar? —preguntó Frank, mirando sorprendido.

—Sí —dije, displicente, como si eso no fuera la gran cosa. Frank me miró de manera uniforme, y me sentí quebrarme, riendo, sabiendo que no sería capaz de mantener el ritmo a su alrededor—. Lo sé —le dije—. Y estaba aterrorizada de que fuera expulsada... —Tomé otra papa, luego me incliné sobre la mesa y empecé a contarle la historia.

9

Rompe algo

Traducido por Sofia Belikov, Mire★ Yure8 & Cam Shaaw

Corregido por ElyCasdel

—¿Cuánto tiempo estaremos aquí? —se quejó Beckett, pateando una zapatilla contra la otra.

—Podríamos tardar un rato —admití, intentando al menos ser honesta con él. Beckett y yo nos encontrábamos fuera de la oficina de Mi Bello Pony, donde programé una cabalgata a las cuatro. Incluso aunque Frank había intentado programarme una cita con el estilista, seguía rechazándolo. Me imaginé que mientras hubiera caballos grandes, y se esperaba que yo los cabalgara, no podía imaginar un resultado diferente al anterior. Así que como la mujer del Rancho Saddleback sugirió, busqué la opción de una cabalgata a caballo, y encontré que había varias. La verdad era que se especializaban más en niños pequeños, pero no había ningún lugar en el sitio web que dijera que los adultos no podían cabalgar. Lo comprobé.

—Agh —gruñó Beckett, desplomándose en una banca cercana.

—Oye —dije—. Te acabo de comprar un helado, ¿recuerdas?

Beckett me miró, para nada impresionado. —No te costó nada, Em. —Tenía que admitir que era verdad. Acabábamos de llegar de Paraíso, donde Kerry trabajaba. Ella me rechazó cuando iba a pagar, lo que fue una grata sorpresa para mí, pero aparentemente, no me iba a servir para ganar a mi hermano. Había esperado que funcionara sobornarlo para acompañarme, ya que de esta forma podríamos pasar tiempo juntos cuando no estuviera de campamento, pero también porque no quería hacer esto sola, y era demasiado vergonzoso admitirle a alguien más dónde me encontraba.

—Hola, ¿estás aquí para la cabalgata de las cuatro? —Una mujer vistiendo vaqueros y una camiseta rosada salió, inclinándose para sonreírle a Beckett, que me señaló, su rostro frío.

—Eh, yo estoy aquí para la cabalgata —dije, saludándola—. Soy Emily.

—Oh —dijo, mirándome fijamente por un momento. Luego pareció recomponerse, y asintió un poco demasiado vigorosamente—. Bueno... vale. Deberíamos ser capaces de encontrar algo para ti. —Miró a mi hermano y luego hacia mí, obviamente aún demasiado confundida por lo que sucedía—. ¿Van a cabalgar juntos? ¿O quieres intentar primero y mostrarle que no da miedo? —Gesticuló la última palabra, y Beckett rodó los ojos.

—No —dije, deseando que una de esas explicaciones fuera verdadera. Pero cuando le ofrecí a Beckett su propia cabalgata, me miró como si estuviera loca, haciéndome pensar que tal vez debería haber invitado a Dawn es su lugar—. Yo sólo... quería cabalgar a caballo.

—Bueno —dijo después de mirarme por un momento, claramente esperando algo más racional—. Bueno, alistaré las cosas, entonces. —Se dirigió de regreso al establo que se encontraba junto a la oficina, y me encontraba a punto de intentar hacer que Beckett se uniera a mí cuando mi teléfono vibró. Vi que era Collins, lo que era inusual. Collins me enviaba mensajes de vez en cuando, y siempre me enviaba páginas de los que él aseguraba eran videos para matarse de la risa, pero casi nunca me llamaba.

—Hola —dije, respondiendo a la llamada.

—¡Emily! —dijo, y podía escuchar que su voz sonaba alta y estresada—. ¿Dónde estás?

—Eh —dije. Miré a mi alrededor, y mis ojos aterrizaron en la rosada señal de Mi Bello Pony, escrita en una elaborada letra cursiva—. ¿Por qué quieres saberlo?

—Porque estoy *volviéndome loco* —dijo, su voz alzándose incluso más—. ¿Siquiera sabes que es el cumpleaños de Frank?

—Sí —dije lentamente, alejándome unos cuantos pasos de mi hermano, que parecía demasiado interesado en esta conversación—. Fuimos a correr esta mañana, y nos detuvimos para comprar donas después, y todos en la tienda de donas le cantaron. —No sabía que hicieran cosas de ese tipo, pero para el momento en que saqué el paquete de velas de cumpleaños que había llevado desde mi casa, y luego le pregunté al personal si tenía algún encendedor, ya todos estaban de pie (probablemente no ayudaba el que fuéramos los únicos clientes) y cantando, y luego aplaudiendo cuando Frank sopló la vela de su pastelillo. Cuando intercambiamos iPods esa mañana, me aseguré de pasarle una mezcla de canciones de cumpleaños al suyo, comenzando con Los Beatles, por supuesto. También tenía un regalo para él, pero me imaginé que se lo daría la próxima vez que fuéramos a correr, ya que sabía que Lissa iba a llegar ese día para celebrar con él.

—Bueno —resopló Collins—, todo es un desastre y necesito tu ayuda.

—Seguro —dije, mirando rápidamente a mi hermano, para asegurarme de que no hubiera decidido comenzar a escalar el granero, pero seguía sentado en la banca—. ¿Qué sucede?

—Lo *que sucede* —dijo—, es que por alguna razón, Lissa no podrá venir desde Princeton. Y Frank está almorzando con su madre y luego va ir a cenar con su padre, y yo estoy estancado en el trabajo y no puedo irme para preparar la fiesta, porque Frank tiene el día libre, y si dejo a Doug a cargo de algo que no sea al arriendo de zapatos, todo el lugar podría terminar incendiado y él seguiría leyendo sobre gnomos.

—No son gnomos —escuché decir a Doug en el fondo, su voz pesada con desdén—. *Por favor.*

—Así que, ¿qué puedo hacer?

—Necesito que vayas a buscar a Lissa. —Exhalé rápidamente, y Collins debe haberme oído, porque comenzó a hablar más rápido—. Sé que es un largo viaje, y lamento tener que pedírtelo. Pero no hay nada más que se pueda hacer.

—Eh —dije. No era el viaje de dos horas —y de regreso— lo que me detenía. No sabía qué era. Pensé tan rápido como pude, buscando frenéticamente otra opción. ¿Tal vez Dawn? Ella nunca conoció a Lissa, pero siempre podía enviarle un mensaje con una fotografía o algo—. La cosa es que... —Sentí a alguien tirando de mi manga, y bajé la mirada para ver a Beckett.

—¿Qué sucede? —preguntó, mi angustiada expresión claramente dándole esperanzas—. ¿Podemos irnos?

—La cosa es que —dije de nuevo—, tengo un montón de cosas que hacer esta tarde. Cosas importantes. Y...

—¿Emily? —Miré por encima de mi hombro, y vi a la mujer de la camiseta rosada sonriéndome—. Tu caballo está listo, para cuando quieras ir a cabalgar.

Estampé la mano sobre el micrófono, pero aparentemente, no lo suficientemente rápido, porque Collins dijo, su voz pesada con incredulidad: —¿En serio, Em?

—Bien —dije, dándome cuenta de que fui atrapada—. Envíame la dirección.

Ya había pagado con antelación, me dieron un cupón para otra cabalgata, y no se me escapó que comenzaba a acumular créditos por todo el pueblo. Dejé a un emocionado Beckett en casa, luego les grité a mis padres que iba a estar fuera por unas cuantas horas y que me llevaría el auto, y mientras que mamá asintió distraídamente, mi padre apenas y me miró. Ambos tenían esta arrugada y cansada mirada que conseguían después de haber estado trabajando por horas. Me dirigí al auto, entrando y luego yendo de nuevo al garaje para poner el pedazo de madera que colgaba del techo en el maletero. Porque mientras que estaba bastante segura de que no iba a llover, la última cosa que quería era que Lissa Young

terminara empapada en mi auto. Luego suspiré y salí de la entrada, poniendo algo de música, alta, y dirigiéndome hacia la carretera, diciéndome que sólo les hacía a Collins —y a Frank— un favor y que no había necesidad de estar nerviosa. Pero, a pesar de ello, incluso la perspectiva de Lissa estando en mi auto me hacía querer cambiar todo.

Mientras entraba en la interestatal 95, y saltaba a través de mi lista de reproducción hasta llegar a la que se había convertido mi canción favorita de Eric Church, me di cuenta de que había algo más que me molestaba sobre tener que pasar tiempo con ella. Lissa parecía pertenecer a un mundo distinto, el mundo de la universidad donde Frank era Frank Porter, este increíblemente perfecto tipo, el que no se parecía nada al que había llegado a conocer durante este verano, el Frank que se tropezaba con sus propios pies y le temía a las alturas, y que a veces tenía motas de pintura naranja en su cabello. Alguien que podía hablar con las letras de Los Beatles por dos días, y a quien vi tener una pelea de nachos con Collins.

Estuve conduciendo por casi una hora cuando mi teléfono comenzó a sonar desde el asiento del pasajero. Mi auto era lo suficientemente viejo como para que no pudiera usar mis manos libres con él, así que pinché la pantalla, tratando de darle al botón que activara el altavoz. Sloane me dijo una vez que cuando me hablaba así, sonaba como si estuviera en una cueva con una mala recepción, pero me imaginé que era mejor que recibir una multa por hablar por teléfono mientras conducía, como Collins la semana pasada.

—¿Hola? —dije en dirección a mi teléfono. No parecía como si fuera una llamada de alguno de los contactos que tenía guardados, pero no quería apartar la mirada de la carretera el tiempo suficiente como para en verdad investigarlo.

—¿Hola? —Miré al teléfono y vi, para mi shock, que Lissa había aparecido en mi pantalla, debí presionar el botón para hacer una video llamada.

—Oh —dije, intentando inclinarme un poco para que pudiera verme—. No quería... sólo espera un segundo. —Señalicé, feliz de que ver que ya casi me encontraba en una zona de descanso. No sabía si las leyes para no hablar por teléfono también se aplicaban a las video llamadas, pero tampoco quería descubrirlo. Me salí de la carretera y entré en la zona de descanso. Era una zona pequeña, con sólo baños y algunas máquinas expendedoras. Pero se encontraba bastante abarrotado, algunas furgonetas llenas con familias; padres luciendo agotados y chicos corriendo alrededor bajo el tardío sol. Aparqué en un lugar lejos del ruido de las familias y me detuve, levantando el teléfono y deseando que haberme peinado el cabello recientemente, o que me hubiera puesto un poco más de maquillaje aparte del bálsamo labial—. Hola —dije—. Lo siento, trataba de apretar el altavoz, no tenía intención de iniciar una video llamada.

—Hola —dijo Lissa, dándome una pequeña sonrisa—. Está bien. —Lucía igual que en la escuela, tal vez un poco más bronceada. Pero no pude evitar notar que sus ojos lucían rojos y un poco hinchados—. ¿Cómo estás, Emily?

Había algo en Lissa que me hacía querer sentarme más derecha, y desear haber leído el periódico recientemente. —Bien —dije, enderezando mi postura—. Creo que estoy a una hora de allí. Tengo la dirección, así que...

—Ese es el por qué... bueno... —dijo Lissa, apartando la mirada y presionando los labios. Después de una pausa, se giró hacia mí—. Sólo quería hablar contigo antes de que llegaras demasiado lejos. Espero que esté bien el que te esté llamado. Collins me dio tu número.

—Está bien —dije—. Como ya mencioné, debería estar allí en una hora. Conduzco lento. —Sonreí, pero no me devolvió la sonrisa, luciendo un poco afectada, y de repente me di cuenta del por qué—. Lentamente —añadí rápidamente—. Conduzco *lentamente*. Pero si vuelvo ahora a la carretera, debería...

—No voy a ir —dijo, interrumpiéndome—. Yo... —Bajó la mirada y dejó escapar un suspiro antes de mirarme de nuevo—. Sé que debería estar ansiosa por esto, pero hay muchas cosas sucediendo aquí.

La miré por un segundo. No conocía a esta chica en lo absoluto, pero podía decir que algo no iba bien. Permanecí en silencio, esperando que no fuera obvio que no le creía.

—Pensé que sería capaz de ir —continuó, aún sin mirarme—. Siento que hayas tenido que conducir tanto por nada.

—Oh —dije—. Eh... —De repente pensé en Frank, en cuán decepcionado se sentiría, y en cómo esto afectaría a la fiesta que Collins había estado organizando.

—Llamaré a Collins y le diré sobre el cambio de planes —dijo, sonando más seria ahora, como si ya hubiera tachado otra cosa de su lista de cosas-por-hacer—. Y a Frank —añadió después de un momento—, por supuesto.

—Bien —dije—. Eh... vale. —Lissa asintió. Me di cuenta de que no se hallaba segura de cómo terminar esta conversación.

—Así que, te has vuelto realmente cercana a Collins, ¿no? —preguntó, mirándome directamente—. Me encontraba un poco sorprendida cuando me dijo que venías a buscarme, pero supongo que si los dos están...

—¡No! —dije, más vehementemente de lo planeado. No era que no pudiera ver su atractivo, Dawn estuvo repitiendo una y otra vez el otro día que lucía como el lindo secuaz del astronauta de *Space Ninja*, y podía verlo, pero no estaba interesada en él de esa forma—. Eh, no —dije, un poco más silenciosa—. Sólo somos amigos. Como con Frank —añadí. Si Frank no le había dicho, no me hallaba segura de que debería ser quien le hiciera saber que pasaba el rato con su novio. Pero tampoco quería que pensara que sólo era amiga de Collins. De alguna forma, se sentía demasiado como mentir, o como si Frank y yo hubiéramos chismorreado por allí.

—Bien —dijo después de un momento—. Eso es... bueno. Estoy feliz. —Nos miramos por otro momento, y luego apartó la mirada. Cuando me miró de nuevo, la vulnerabilidad que había visto hace un rato había desaparecido, y lucía de alguna manera distante, su voz toda negocios—. No debería retenerte —dijo—. Lo siento por no haberte llamado antes.

—No hay problema —dije, y luego, un momento más tarde, me arrepentí por no haber dicho algo más impresionante—. Yo... eh... ¿te veré por allí?

Me dio una rápida sonrisa. —Absolutamente —dijo—. Gracias, Emily. —Y con eso, mi pantalla se oscureció, y me encontraba mirando fijamente a mi propia y confundida expresión.

Mi teléfono sonó de nuevo una hora más tarde, pero una hora en la que había avanzado unos cuantos kilómetros. Algo sucedía, me imaginé que debía ser algún tipo de accidente, y había intentado averiguarlo en las estaciones de radio, buscando por alguna respuesta, pero de alguna forma, lo único que oía era anuncios y el tiempo. Ya que no iba muy rápido, pude ver que era Collins el que me llamaba, y fui capaz de responder sin comenzar accidentalmente una video llamada con él. —Hola —dije mientras respondía—. ¿Lissa te llamó?

—Sí —dijo, y soltó un suspiro—. Lamento haberte enviado por nada.

—No te preocupes por eso —dije—. Eh... ¿cómo está Frank?

—Estoy tratando de hacer lo mejor que puedo —dijo Collins, lo que se me ocurrió, no era exactamente la respuesta que quería—. Los planes van bien, así que sólo envíame un mensaje cuando llegues, ¿vale?

—Claro —dije—. Aunque hay bastante tráfico, así que podría tardar un poco.

—No hay problema —dijo—. Yo... —Pero no terminé de escuchar lo que Collins decía, porque el auto frente a mí se detuvo bruscamente. E incluso aunque íbamos avanzando a la velocidad de un caracol, tuve que frenar de golpe, y luego contener el aliento, esperando que el auto detrás de mí lo notara y no me chocara. Después de unos cuantos segundos, me relajé, me encontraba bien, pero todas las cosas en el asiento del pasajero se habían soltado, y se encontraban esparcidas por el suelo.

—¿Collins? —dije en el altavoz. Pero o el teléfono se había apagado cuando me detuve, o se rindió, como fuera, ya no estaba allí. Puse el teléfono a un lado y miré el desastre. Había un tubo de la máscara de Sloane, un par de lentes de sol rotos, una botella de agua a medias, y el libro que juraba que había devuelto a la biblioteca de Stanwich High. También había algo más. Aparté la mirada de la carretera por un momento y me incliné. Era una cámara desechable.

Las palabras “CÓMO VE EMILY EL MUNDO” se hallaban escritas en la parte trasera con rotulador y la letra de Sloane. Me la había dado en algún

momento del año pasado, y se encontraba casi llena, con sólo unas cuantas fotografías de sobra. Incluso aunque se oscurecía rápido, levanté la cámara y tomé una fotografía de la carretera, el capó de mi auto, y el aparentemente interminable lazo rojo de luces de freno; capturando, en ese momento en particular, cómo veía el mundo.



Aparqué el coche en el estacionamiento del Huerto, luego, apagué el motor y sólo me senté un momento, mirando la noche. Me costó mucho más de lo que debería haber sido racionalmente posible volver a Stanwich. Estuve recibiendo actualizaciones de texto de Collins en el camino. Las personas se reunirían en el Huerto, y yo debería ir cuando volviera a la ciudad.

186

Dudé antes de responder a esto, una vez que estuve de nuevo en casa y en el santuario de mi habitación. Es de suponer que muchas de las personas que pasaban el rato fueran otros amigos de Frank, como los que me encontré la primera noche con él, cuando me llevó a conseguir gas. No regresé al Huerto desde entonces, y realmente no me encontraba segura de cómo encajaría con esas personas. Me preparaba para escribirle a Collins otro texto sobre lo mal que se encontraba el tráfico, disculpándome, cuando me llegó otro texto.

Oye ¿vienes? Al Huerto. ¿Te veo pronto?

Era de Frank, y le envié un mensaje de vuelta, sin pensarlo dos veces, que estaría allí pronto. Entonces cogí un traje elegido por Sloane; un vestido de época de Twice que usé mucho durante el último verano. Pero después de que me lo puse, me encontré tirando de las correas, tirando del dobladillo, no gustándome lo que veía en el espejo. Por alguna razón, no se sentía ya como yo. Me lo quité y me puse la falda de mezclilla que compré con Dawn la semana pasada y una camiseta blanca de ojal. Se sentía más como yo, de alguna manera, me puse un poco de maquillaje, y me aseguré de conseguir el regalo de Frank antes de agarrar mis sandalias y dirigirme de nuevo al coche.

Sin embargo, ahora que me encontraba ahí allí, el regalo de repente parecía estúpido, y no quería que Frank se sintiera como que tenía que abrirlo delante de la gente, lo cual en realidad era la última cosa que quería. Lo coloqué con cuidado detrás de mi asiento y salí, enderezándome la falda mientras iba.

Mientras caminaba, no pude dejar de recordar la última vez estuve en el Huerto. Cuando me encontraba sola, miserable, bajando la mirada a mi teléfono y



tratando de fingir que estaba con alguien, que había gente ahí esperándome. Y ahora, me di cuenta con asombro, que ambas cosas eran ciertas. Y a menos que las cosas fueran realmente mal, no había manera de que pudiera imaginarme pasar esta noche escondiéndome detrás de un árbol. Me golpeó lo mucho que podía suceder en dos meses, cómo, desde la última vez que estuve en el Huerto, todo cambió.

Tal vez no todo. Reduje mi paso al darme cuenta que Gideon se sentaba arriba de una de las mesas de picnic, en el mismo borde del claro, su cabeza volteada de mí. De inmediato busco a Sam, pero no lo veo, con lo que me encontraba contenta. Sabía que podía solo tomar el camino más largo hacia el centro del claro, donde, estaba bastante segura, podría encontrar a Collins, no me podía imaginar quién más usaría una polo de color ciruela, de todos modos. Pero de alguna manera me di cuenta de que no quería esconderme por ahí y ocultarme de Gideon, o hacer que las cosas fueran incómodas toda la noche. Y así, antes de poder convencerme de eso, caminaba hacia Gideon y le tocaba el hombro.

Se dio la vuelta para mirarme, casi perdiendo su botella de cerveza en el proceso. —Hola —dije, dándole una sonrisa—. ¿Cómo te va?

Sólo me miró parpadeando un momento, como si estuviera tratando de darle sentido al hecho de que yo me encontrara de pie frente a él, o que me acercara para decirle hola, y no al revés. —Hola —dijo finalmente.

—Sólo quería saludar —dije, después de una pausa un poco tensa. Como que me gustaría olvidar cuán dolorosas las conversaciones con Gideon a veces podrían ser, y empezaba a arrepentirme de comenzar esta.

Asintió y movió la botella entre sus palmas, y cuando nada siguió, finalmente capté la indirecta de que realmente no quería hablar conmigo. Tomé aire para decirle que fue genial verlo, y que mis amigos me esperaban, una de esas cuales era verdad, cuando me miró. —¿Has tenido un buen verano?

—Oh —dije, reuniendo mis pensamientos, y no solo respondiendo con un normal “¡Genial!” Gideon no hizo estas preguntas solo para ser amable, y no quería volver a oír que todo se hallaba bien cuando no lo fue—. No era lo que esperaba —le dije. Mientras lo hacía, me di cuenta de que todos tuvimos veranos que no esperábamos, Frank, Dawn, yo, Collins, incluso Beckett y mis padres—. Pero fue bueno. Me divertí.

Me miró por un momento, luego asintió. —Me alegro —dijo, en esa lenta, cuidada forma suya—. ¿Has estado...?

—Bueno, hola aquí. —Hubo de repente alguien a mi lado, deslizándose su brazo alrededor de mis hombros. Me volví, esperando ver a Collins o a un estudiante de primer año de la universidad Stanwich empujando su suerte, pero di un pequeño paso hacia atrás sobresaltada cuando me di cuenta de que era Benji.

—Oh —dije. Di otro paso, liberándome de su brazo—. Um, hola allí.

Gideon se levantó y le fruncía el ceño a Benji, ninguna pequeña hazaña, ya que Benji era bastante alto. —Emily, ¿conoces a este tipo?

—Oh sí, lo hace —dijo Benji, con un guiño hacia mí, tal vez ese era un rasgo de la familia de Collins, claramente no leyendo la situación muy bien y dando otro paso hacia mí—. ¿Cómo has estado?

—Oh, bien —le dije, un poco demasiado alegre.

—Em —dijo Gideon, y podía escuchar el dolor en su voz, aunque claramente intentaba encubrirlo—. ¿Están ustedes dos...?

—¿En qué estoy pensando? —balbuceé, sobre todo para que Gideon no hiciera su pregunta y yo no tuviera que responderla—. Este es Gideon —dije, haciendo las presentaciones—. Y este es Benji.

—Ben —dijo Benji, su sonrisa desvaneciéndose.

—Claro, por supuesto —dije rápidamente—. Bueno, esto fue divertido, pero probablemente debería...

—Entonces, ¿qué has estado haciendo? —preguntó Benji, sonriéndome de nuevo—. No te he visto por aquí.

188

—Bueno, no —le dije, preguntándome a qué quería llegar, ya que el único lugar en donde lo vi antes fue en la despensa de Frank.

—Así que ustedes... —dijo Gideon, mirando de mí a Benji, su expresión dura.

—No —dije rápidamente, al igual que Benji respondió—: Bueno, *esta vez*...

—Emily —dijo Gideon, ahora solo luciendo confundido.

—Aquí estás —Me volví y vi a Frank, con una botella de agua en la mano, caminando hacia mí.

—Hola —dije, sonriéndole, feliz de verlo a pesar de que lo vi en la mañana. Ahora que se encontraba frente a mí, no podía creer que alguna vez pensé en no venir aquí.

—¿Qué está pasando? —preguntó Frank, luciendo un poco confundido mientras miraba de Gideon, a Benji y a mí.

—Nada —dije rápidamente, dándome cuenta de que esta podría ser mi oportunidad para hacer una salida y salir ilesa—. Tenemos que ir, ¿cierto? ¿Para celebrar tu cumpleaños? ¿Ahora? —Abrí mis ojos hacia él, con la esperanza de que captara la indirecta.

Al parecer lo hizo, porque me dio una sonrisa que ocultaba claramente una risa y dijo: —Sí. Mi cumpleaños. Por supuesto.

— Adiós — le dije a Gideon mientras Benji se alejaba hacia el chico del barril. Gideon ahora miraba de Frank a mí, su expresión cabizbaja —. ¿Te veré por ahí? — le pregunté. Pero Gideon nunca hizo este tipo de cosas más fácil cuando no tenía que hacerlo, y no dijo nada, solo volvió a mirarme firmemente durante un largo rato.

— Está bien — dijo Frank alegremente después de un momento, transformándose en el presidente del cuerpo estudiantil, capaz de organizar grandes grupos de personas y hacerlo sin problemas—. Ten una gran noche. Emily, si quieres seguirme, estamos instalados por este camino... — Me condujo hacia la mesa de picnic lejana, donde había lo que parecía un pastel de supermercado, Collins hablando con una chica totalmente fuera de su liga, y Doug de pie incómodo junto a algunos de los amigos de la escuela de Frank.

Podía sentir la pregunta que Frank quería hacer, pero no quería contestar, y solo miré al frente, no encontrándome con sus ojos mientras caminábamos hacia la fiesta.



MAYO

Dos meses antes

—Tienes que dejarme verlo —dijo Gideon, tratando de girar alrededor para ver su brazo y el tatuaje de Sharpie en que me encontraba trabajando.

—No —dije, volviendo la cabeza hacia otro lado—. No hasta que haya terminado. Ya sabes lo mala que soy en esto.

Alargó la mano y frotó una de sus grandes manos sobre mi pelo, alisando un mechón detrás de mí oreja. —No eres mala en esto —dijo.

—Ja —dije—. Va a ser peor si no te quedas quieto.

—Quietito —dijo Gideon, lanzándome una de sus pequeñas, raras sonrisas. En los dos meses que los cuatro estuvimos saliendo, los tatuajes Sharpie se convirtieron en una cosa que hacíamos. Mientras comenzábamos la noche juntos, Sloane y Sam inevitablemente se irían por su cuenta, y luego seríamos Gideon, yo y un Sharpie, pasando el rato. Empezó la primera noche que fuimos al Huerto, y lo convertimos en una tradición, a pesar que me tomó un tiempo juntar el valor para dibujar uno en él. Tenía menos que algún talento artístico, y Gideon era un artista natural y dotado, aunque lo negara e insistiera en que era solo algo estúpido que hacía por diversión. Empecé a esperar realmente con impaciencia el mío, a pesar de que sabía que era temporal mientras dibujaba. Los tatuajes se desvanecían con el tiempo y con cada ducha hasta que no era más que una leve sugerencia de lo que fuera que haya estado adornando mi mano, brazo o tobillo.

Sloane pensó claramente que Gideon sería la solución perfecta a mis problemas con Sam. De esta manera, todos podríamos pasar el rato, pero ella podría pasar tiempo con Sam también. Y no era que no me agradara Gideon. Era un tipo agradable, un buen besador, y tenía un astuto sentido del humor que solo salía una vez que llegabas a conocerlo. Pero aún me quedaba con el persistente e importuno pensamiento de que yo no lo había elegido, él me fue presentado. Y no podía dejar de preguntarme qué habría pasado si solo nos hubiéramos conocido, sin las expectativas de los dos de nuestros mejores amigos juntándonos.

Pero era agradable estar con él ahora, en la sala de televisión de Sam, sentados uno junto al otro en el sofá. La película que veíamos todos se encontraba en pausa, la televisión tenía largos cambios sobre el protector de pantalla de imágenes genéricas, una mariposa en una hoja, una vista africana, un faro. Todos la veíamos juntos cuando Sam recibió un texto. Sloane lo vio y le dijo algo que no

pude oír. Sam irrumpió en la cocina en una rabieta, y Sloane lo siguió. Eso fue hace más de veinte minutos, y cuando se hizo evidente que no reaparecerían pronto, Gideon detuvo la película y cogió el Sharpie, levantándome una ceja. Era mi turno, y puesto que no se podía borrar el marcador, tuve planeado este diseño y trabajaba con mucho cuidado en ello. Era una serie de ondas oceánicas que se envolvían alrededor de la parte delantera de su brazo. Podía dibujar olas, eran bastante fáciles, solo un patrón de desplazamiento continuo. Y luego, encima de una de las olas, dibujé un oso en una tabla de surf. Sabía que eso no tenía mucho sentido, pero los osos caricaturizados eran una de las pocas cosas que podía dibujar bien, así que esperaba que Gideon no lo cuestionara demasiado. Puse el detalle final sobre las orejas del oso y me incliné un poco hacia atrás, mirando mi obra. Me di cuenta que me hallaba realmente muy contenta con este. Gideon seguía con su cabeza hacia un lado, e impulsivamente garabateé *Emily xoxo* en su brazo, luego me senté y tapé el marcador. —Hecho —dije.

Volvió la cabeza, lo miró y sonrió. —Eso es impresionante —dijo—. Lo mejor hasta ahora. —Entrecerró los ojos a su brazo—. ¿Eso es un oso?

—Um —dije. No parecía como una gran señal que tuviera que preguntar eso—. Se supone que lo es.

191

—Me encanta —dijo—. Es muy bueno. —Me miró por un momento, luego se inclinó hacia delante y me dio un beso. Después de dudar por un segundo, le devolví el beso, y sentí el Sharpie caer de mi mano. Me atrajo más cerca, envolviendo los brazos alrededor de mí.

—Guau. —Me aparté y me incorporé un poco al ver a Sam de pie en la puerta del cuarto de televisión, con una expresión amarga en su cara—. No quería interrumpir.

—No te había visto —dijo Gideon, sentándose erguido, su rostro se puso rojo.

—Claramente —dijo Sam, con una de sus sonrisas que nunca parecían tener del todo humor en ella.

—¿Dónde está Sloane? —le pregunté, mirando detrás de él, pero no viendo a mi mejor amiga.

—Cocina —dijo con un encogimiento de hombros, como si no le preocupara demasiado. Asintió a la televisión—. ¿Estamos viendo esto?

—Claro —le dije, acercándome a Gideon para hacer un poco más de espacio en el sofá. Sam se acercó a sentarse frente a un extremo del mismo, cogió el control remoto y apuntó a la televisión a la vez que Gideon levantaba su teléfono, que se encontraba sobre la mesa de café, y gimió.

—Me tengo que ir —dijo en voz baja mientras dejaba el teléfono hacia abajo—. Toque de queda. —Nunca había estado en la casa de Gideon o conocido a

sus padres, pero por lo poco que me dijo, tenía la clara impresión de que eran muy estrictos. Su toque de queda eran dos horas completas antes que el mío. Asentí, y se inclinó hacia mí y me dio un beso rápido en la mejilla, mientras sentía a Sam mirándonos—. Te llamaré mañana —dijo, levantándose del sofá. Él y Sam hicieron lo que siempre hacían, era la mitad de un saludo y un medio apretón de manos—. ¿Dile adiós a Sloane por mí? —pidió mientras se dirigía hacia la puerta principal, y yo asentí.

—Claro que sí —le dije. Me sonrió, y un momento después, oí el portazo y el sonido de su motor del coche puesto en marcha.

—Sabes —dijo Sam desde su lado del sofá. De repente deseé poderme mover para sentarme en el otro extremo de éste, o incluso dejar el sofá completamente, sin que fuera increíblemente obvio que quisiera alejarme de él—. Creo que eso fue dirigido a mí.

Solo lo miré por un momento. —¿Qué cosa?

—Cuando pidió decir adiós a Sloane. Creo que eso fue a mí, no a ti.

—Oh —dije. No podía creer que esto le importara, pero al parecer lo hacía—. Um, lo siento por eso. —Miré hacia la cocina, preguntándome si mi mejor amiga me necesitaba. En realidad me sentía un poco incómoda por ser tres de nosotros aquí; normalmente me iba a la misma hora que Gideon—. Creo que iré a buscar a Sloane —dije, empezando a levantarme.

—¿Y me dejas solito? —preguntó Sam. Si hubiera sonreído, o bromeado, me habría reído de esto, pero me miraba con el rostro serio.

—Ja —dije, mirando a la cocina de nuevo. Sabía que sólo debía levantarme, ir a buscar a Sloane, y decirle adiós.

—Así que tú y Gideon se están acercando —dijo, moviéndose un poco más cerca de mí en el sofá.

—Supongo que sí —dije, sintiéndome claramente incómoda. Y Sam se acercó aún más, con una expresión casi inexpresiva, como si supiera que me ponía nerviosa, y le agradara.

Sam se acercó más y bajó la voz. —¿Quieres saber lo que me dijo de ti?

—Realmente no —dije, forzando una sonrisa que ni siquiera podía oír—. ¿Quieres ver la película?

—Nop —dijo Sam, todavía mirándose—. Deberíamos ser amigos, Emily.

—Lo somos —dije suavemente, sólo deseando que este extraño intercambio acabara lo antes posible. Destacaba para mí que nunca estuve sola con Sam; me di cuenta de que lo prefería así.

—¿En serio? —preguntó, inclinándose aún más cerca de mí.

Dos cosas sucedieron luego, muy rápidamente, la clase de rápido donde no tienes tiempo para pensar en nada, sólo reaccionar y esperar lo mejor. Sam se inclinó para besarme y vi a Sloane redondeando la esquina, llegando desde la cocina con dos copas en las manos.

Y podía haber esquivado o apartado a Sam. Pero no lo hice. Le dejé besarme, y esperé un segundo más antes de separarme, le aparté de mí y dije, en voz alta: —¿Qué estás *haciendo*?

Ahí estuvo el sonido de cristales rotos, y miré por encima para ver a Sloane, sus ojos azules muy abiertos, cristales rotos a sus pies y lo que parecía como Coca Cola derramada en sus zapatos, los nuevos de piel de pony blancos para los que ahorró un mes para comprar.

La cabeza de Sam se giró bruscamente, y miró de Sloane a mí, sacudiendo la cabeza. —No es... —dijo hablando rápido, con voz aguda—. Emily se arrojó totalmente a mí después de que Gideon se fue, y...

Sloane me miró, como si buscara la respuesta. Miré directo hacia ella y sacudí mi cabeza. Hubo una fracción de segundo en que me pregunté si iba a elegir a Sam, su versión de algo, sus tres meses sobre nuestros dos años. Pero esta preocupación se desvaneció cuando vi en sus ojos cuán completamente me creyó. —Em, ¿te importaría esperar en el coche? —preguntó, su voz tranquila y rota—. Estaré allí en un minuto.

Asentí, me levanté y agarré mi bolso. Mientras me dirigía a la puerta, vi que la expresión de Sam era a partes iguales sorprendido y enojado. —Espera, ¿ni siquiera me crees? —preguntó, alzando la voz.

—Nop. —Escuché decir a Sloane, aún tranquila, antes de que yo saliera a la noche y cerrara la puerta detrás de mí.

Me quedé en el *¡Bienvenido, amigo!* de la alfombra un momento, intentando poner todo lo que acababa de pasar en algún tipo de orden. En el fondo, sabía que podía haberlo detenido. Pero si Sam intentó besarme de todos modos, ¿no debería Sloane haberlo visto? Así que, ¿finalmente pudo ver qué tipo de hombre era?

Sabía que justificaba algo que no debí hacer, pero antes de que pudiera seguir hablándome, un SUV se detuvo en la entrada. A través del parabrisas, reconocí a Gideon, que me sonreía mientras apagaba el motor y salía del coche. Bajé los escalones de la entrada de Sam hacia mi coche, y nos encontramos a mitad de camino.

—Hola —dijo—. ¿Ya te vas?

Miré hacia atrás hacia la casa. Sabía que no tenía mucho tiempo si Sloane seguía adelante con terminarlo, como me encontraba bastante segura de que iba a hacer. Sloane no peleaba con la gente, nunca, así que incluso si Sam quería una larga separación interminable, no iba a conseguir una. —Sí —dije lentamente. No

tenía ni idea de qué —si es que— debía decirle. No tenía ninguna duda de que pronto, Sam giraría esta historia de cualquier manera que le conviniera.

—Olvidé mi teléfono —dijo, señalando hacia la casa.

—Oye —dije rápidamente. Entre su toque de queda y el hecho de que tenía la sensación de que Sloane no iba a querer quedarse, tuve que hacer esto rápido y acabar de una vez. Porque Gideon y yo estábamos acabados. Sentí una pequeña punzada al darme cuenta de esto, pero seguí adelante. Siempre fuimos los complementos a la relación de nuestros mejores amigos, y no tendría mucho sentido para nosotros seguir, solo los dos. Probablemente no había suficiente para durar solos. Mejor dejarlo ahora, antes de tener la posibilidad de intentar y conservar algo que no funcionaría—. Creo que Sloane y Sam están rompiendo —dije, mirando hacia la casa.

—No —dijo Gideon, su rostro cayendo—. ¿Estás segura de que no están simplemente peleando? Porque...

—Así que yo sólo... —comencé, pero me detuve cuando me di cuenta que no sabía cómo terminar la frase. Nunca tuve que romper con nadie antes—. Esto ha sido genial —dije después de un momento—. Pero...

Gideon se limitó a mirarme, y vi lentamente la comprensión iluminar su rostro. —Espera —dijo—. Emily. ¿Qué estás diciendo?

194

—Sólo que creo que ahora sería muy difícil —dije, dándome cuenta de que hubo muy pocos sustantivos o verbos en esa frase—. Sólo lo hago. —La puerta se abrió, y Sloane salió descalza, cargando sus zapatos planos arruinados—. Así que... cuídate, ¿bien? —pregunté, odiándome incluso mientras preguntaba, pero diciéndome que esto era lo mejor. Mejor sería ponerle fin en este momento, en lugar de alargarlo.

Gideon todavía me miraba como si esperara que en cualquier momento pudiera decirle que todo esto había sido una broma elaborada. Pero me obligué a alejarme de él y dirigirme a mi coche, pero no antes de obtener un vistazo del xoxo que dibujé en su piel hace no mucho tiempo.



Dos horas más tarde, la tarta se había comido, la canción de cumpleaños se había cantado, y la mayoría de los invitados se marcharon.

Y yo me encontraba borracha.



No fue algo que planeé, en absoluto. Pero cuando llegué a la mesa de picnic, Collins me dio un vaso rojo de cerveza y un tenedor, no se acordó de conseguir platos para la tarta. Consiguió la tarta con un descuento, ya que alguien no lo recogió, que fue también la razón por la que leí *¡Lo hiciste, Wanda!* No había indicios de qué, exactamente, hizo Wanda, solo unas pocas rosas de azúcar rojas ladeadas en las esquinas. La tarta era empalagosa y al principio, sólo tomé un sorbo de la cerveza para equilibrar el sabor. Pero mientras tomaba más, me parecía que hacía un poco más fácil pasar las tensas conversaciones con otros amigos de Frank. Ninguno de ellos podía entender por qué me encontraba allí, la mayoría parecía pensar que trabajaba con Frank y Collins, y el resto parecía estar convencido de que salía con Doug. Y no fue hasta que terminé mi segunda copa que me di cuenta de que me encontraba oficialmente borracha. Me hallaba confundida de por qué, hasta que me di cuenta no comí nada ese día, excepto las donas de cumpleaños con Frank, hace horas.

Lo que explicaba mi estado actual, pero no ayudó a hacer mucho al respecto. Terminé sentada en una mesa de picnic con Collins, que se encontraba terminando los últimos bocados de la tarta y lamentando sus penas de amor por mí. Lo que era perfecto, porque parecía que le interesaba más un monólogo que en un diálogo, y cada vez que tenía demasiado para beber me volvía raramente honesta y le contaba a la gente cosas que de lo contrario nunca haría.

195

—Y soy un buen partido, ¿verdad, Emily? —preguntó, agitando el tenedor—. Quiero decir, el C-dawg tiene estilo. Tiene maestría, ¿sabes? Y sabe cómo complacer a las damas.

Empecé a sentirme un poco enferma, y no me hallaba segura de que fuera la cerveza. —Eh...

—¡Y aún así todas esas chicas simplemente pasan de su paseo en el tren C! Sin embargo, ellas se lo pierden. ¿Tengo razón o tengo razón? —Tomó un gran bocado de tarta y terminó con glaseado en su nariz.

Me acerqué, sostuve su rostro firme, y lo limpié mientras Collins me miraba parpadeando, sorprendido. Era otra cosa que hacía cuando tomaba un poco de más; actuaba sin pensar, sin pensar en las posibilidades y resultados, y simplemente lo hacía. —No sé —dije, recordando a la chica que él había coqueteado temprano esa noche, y todas las chicas con las que siempre hacía un espectáculo de sí mismo en frente de la escuela—. ¿Alguna vez pensaste en preguntarle a alguien quizás un poco menos... —Me detuve. Tuve la sensación de que iba a insultarlo si seguía y decía algo así como —en tu nivel— pero mi cerebro en ese momento no sugería otras alternativas—. Ya sabes —dije finalmente—, alguien de quien tal vez ya eres amigo.

Collins negó con la cabeza. —Dawn dijo lo mismo la semana pasada —dijo con desdén—. Pero no puedes evitar de quien te enamoras. El corazón quiere lo

que quiere. —No me sentía capaz de argumentar eso en este momento, y sólo miré a la multitud cada vez menor.

—Es una pena que no pudiera venir —dije.

—Sí —Collins estuvo de acuerdo—. Hice lo que pude, pero al parecer tenía que “trabajar”. —Puso comillas en el aire alrededor de la última palabra, sacudiendo la cabeza con desdén. Dawn fue invitada, pero su encargado al parecer puso en duda cuánto tiempo tomaba con sus entregas desde que empezó a salir con nosotros, así que no quiso presionar su suerte.

—Creo que eran los últimos —dijo Frank, uniéndose a nosotros mientras despedía con la mano a dos chicos, que se encontraban convencidos de que yo trabajaba en IndoorXtreme y parecían ofendidos cuando les dije que no podía conseguirles pases gratuitos, mientras se dirigían a los coches.

—¿Te divertiste? —preguntó Collins, como si no pudiera importarle menos cuál era la respuesta, pero lo conocía lo bastante bien por ahora para no creerlo.

—Fue genial, hombre —dijo Frank, golpeándolo en la espalda mientras rodaba mis ojos. No tenía idea de por qué los chicos, cuando se volvían cariñoso, se ponían violentos—. Muchas gracias.

—Sí —dije, levantándome con cuidado, pero aun así de algún modo logrando perder el equilibrio y agarrándome en la mesa—. En serio... genial.

Frank me miró, con compostura. —Llaves —dijo, tendiéndome la mano por ellas.

—¿Has tomado algo? —pregunté, aunque las buscaba en mi bolso.

—Sólo el monto de un mes de azúcar —dijo mirando los restos de la tarta—. Nada de alcohol, sólo agua. —Entregué a Frank mis llaves, muy aliviada de no tener que llamar a Dawn, a mis padres o a un taxi, las posibilidades pasaron por mi cabeza, de las cuales ninguna me hubiera gustado especialmente—. Te veré en tu coche —dijo—. Collins y yo vamos a limpiar esto.

Collins se giró hacia él, sorprendido. —¿Nosotros? Quiero decir, ¿yo? —Suspiró e hizo un gesto a la mesa de picnic con los restos de la tarta y vasos rojos vacíos esparcidos por el suelo—. ¡Pero yo organicé todo esto!

—Ayudaré —dije, inclinándome para tomar una taza, pero perdiendo el equilibrio a medio camino y teniendo que sostenerme en la mesa de picnic.

—Coche —dijo Frank, colocando las manos sobre mis hombros y girándome en dirección a la zona de aparcamiento—. Estaré allí en cinco minutos.

—¿Esto va a tomar *cinco minutos*? —gruñó Collins mientras se agachaba para recoger un vaso.

—Nos vemos allí —le dije, de alguna manera sin sentirme avergonzada de que esto sucediera. Sabía que probablemente lo sentiría en la mañana —junto con un terrible dolor de cabeza— pero por el momento, solo me encontraba vagamente aliviada de que las cosas funcionaban.

Me centré en caminar de regreso al coche, preguntándome por qué normalmente no tenía que concentrarme con dificultad en caminar, ya que era realmente difícil. No fue hasta que llegué al Volvo que me di cuenta que no podía entrar, le entregué a Frank las llaves. Así que me empujé con cuidado para sentarme en el maletero, los pies apoyados en mi parachoques trasero. Me recosté para mirar las estrellas, asombrada de cómo se apoderaban de todo el cielo.

—¿Emily? —Me incorporé con más cautela de lo habitual para ver a Gideon parado por el lado del conductor de un SUV aparcado a un coche de distancia de mí. Debí de haber desbloqueado el coche, ya que las luces interiores se encendieron de repente muy brillantes en la oscuridad—. ¿Estás bien?

—Bien —dije, pronunciando la palabra con el suficiente cuidado que podría debilitar mi intención—. Quiero decir, no voy a conducir ni nada —le aseguré—. Pero está bajo control.

—¿Necesitas que te lleve? —preguntó con el ceño fruncido, y pude ver por qué se encontraba confundido, cuando alguien está sentado en el maletero de un coche aparcado, parecería indicar que está teniendo algunos problemas de transporte.

—No —dije, negando con la cabeza una vez para cada lado, las cosas empezaban a ponerse un poco confusas si hacía más que eso—. Mi... Frank me lleva.

—Frank —dijo Gideon, negando con la cabeza mientras bajaba la mirada a las llaves en sus manos—. Tú sí que no pierdes el tiempo.

—¿Qué se supone que significa eso? —pregunté, pero no de la manera sarcástica que la gente generalmente pregunta; sinceramente, no sé a qué se refería. Sin embargo, un momento después, me puse al corriente y sentí mi mandíbula caer—. No, no —dije—. No. No estamos... él tiene novia. Una realmente seria. Y se suponía que iba a buscarla esta tarde, pero... —Me callé cuando me di cuenta de Gideon probablemente no necesitaba escuchar los detalles de mi día—. ¿Dónde está Sam? —pregunté. No es que quisiera verlo, pero ver a Gideon dos veces sin la presencia de Sam era simplemente sorprendente.

Hizo un gesto hacia el Huerto. —Quería quedarse un poco más —Me miró durante un largo rato, con una expresión indescifrable—. ¿Dónde está Sloane?

Me encogí de hombros, sintiendo cómo se soltaban mis hombros.

—Ella... se fue —dije—. A principios del verano.

—¿A dónde? —preguntó Gideon, y la fuerza de esa palabra simple —y el hecho de que todavía no tengo una respuesta— me golpeó fuerte.

—No lo sé —dije, odiando que tuviera que hacerlo, que no tuviera ninguna otra respuesta—. Pero estoy trabajando en ello.

Gideon se limitó a sacudir la cabeza, mirando hacia abajo a sus llaves. —Las dos —dijo—. Solo dejan gente atrás, sin explicaciones, no importa si...

—Espera —dije, bajando de coche—. Yo no... —Gideon pasó su mano por su pelo muy corto, y fue entonces cuando vi algo asomando de la manga de su camiseta. Era algo que nunca hubiera hecho si no hubiera tenido dos cervezas con el estómago vacío. Pero sin pensarlo bien, cruzaba hacia él y empujaba la manga de su camisa para ver lo que sabía que estaría allí.

Era el último tatuaje con marcador que le había dado, la noche que todo se vino abajo con nosotros cuatro. Y a pesar de que se lo había dado en mayo, hace unos meses, parecía recién hecho, las crestas de las olas aun infinitas. Y puesto que Gideon no olía terrible, obviamente se había bañado, lo que significaba... Alcé la vista hacia él y se alejó un paso, pero no antes de ver donde había firmado mi nombre justo al lado de su tríceps: *Emily xoxo*. Él lo estuvo coloreando desde entonces, esas líneas que dibujé sin ningún pensamiento real para ello, sólo para matar el tiempo. Se sintió como si alguien me hubiera golpeado, y me sentí mareada de una manera que no tenía nada que ver con la cerveza.

198

Rodó lentamente la manga hacia abajo, y finalmente me permití verlo: el dolor que causé, el daño que había dejado. —Gideon —empecé—. Lo siento... —Pero ya se alejaba de mí.

—Claro —dijo, su voz plana y sarcástica.

—Lo siento —dije, dando un paso vacilante hacia él, apoyando la mano en el capó de su coche. Deseé que estuviera más sobria para esto, porque llegar a mis pensamientos en línea era una lucha, pero sabía que al menos tenía que intentarlo—. Escucha. No debí haber terminado las cosas así. —Tan pronto como lo dije me di cuenta de que probablemente tampoco debí salir con él en primer lugar, pero no me encontraba segura de que eso sería lo útil por decir—. Nunca quise hacerte daño. En serio. —Busqué su rostro, tratando de ver si esto había pasado, estas palabras que debí haber dicho hace meses.

Gideon me miró un momento antes de sacudir la cabeza, tirando para abrir la puerta y entrar en su coche. —Nos vemos —dijo, sin mirarme. Luego salió del Huerto, sus luces iluminando brevemente el viejo letrero descolorido, con sus cada vez más esperanzadoras cerezas hermanadas.

Vi sus luces traseras hasta que se hicieron más y más distantes y luego desaparecieron de vista por completo. Me di cuenta en ese momento, que no

necesitaba destruir las gafas de sol de Bryan en el estacionamiento el Paraíso. Porque era claro para mí ahora que yo ya había roto algo.

Frank apareció con el coche unos minutos después y abrió las puertas. Me metí en mi asiento de copiloto, donde no me hallaba segura de haberme sentado antes. Lo miré mientras ajustaba el asiento, empujándose de nuevo detrás del volante a continuación, arrancó el coche y nos arrastró hacia la noche.

—Entonces, ¿quién era ese tipo de antes? —preguntó Fran después de un momento, mirando por encima de mí—. ¿El que claramente quería alejarse?

—Gideon —dije—, mi... ex, supongo. —No me encontraba segura si tenía derecho a llamarlo así, ya que nunca lo fuimos oficialmente. Pero era realmente la cosa más cercana a tener uno.

—Oh, ¿sí? —preguntó, mirando al otro lado de la carretera durante más tiempo de lo que hubiera aconsejado. Pero de alguna manera, en mi estado ligeramente borroso, no parecía molestarme mucho—. ¿Qué pasó?

Me encogí de hombros, realmente no quería ir a todo el asunto, y no solo porque me comporté de una manera de la que no me encontraba orgullosa. —No éramos el uno para el otro —dije, dándome cuenta de que lo que dije era verdad. Tomé un respiro. Empezaba a hablar de nuevo antes de siquiera elaborar lo que iba a decir—. No harías eso —dije, sacudiendo la cabeza—. No sin preguntarme. —
199 Frank me miró, desconcertado, pero no me detuve al explicar—. Por supuesto que no lo harías. —Podía sentir que me empezaba a reír al pensar en ello. Me llevó a casa cuando bebí demasiado, programó paseos en caballo para mí, y parecía realmente alarmado de que nunca oí hablar de un grupo llamado el Format, y me hizo una mezcla corrigiéndolo. Él me cuidaba—. Pero yo no lo haría ahora, tampoco —dije. No estaría de acuerdo con eso ahora. El hecho de que acababa de dejar que Sloane me tendiera una trampa con Gideon, apenas haciendo una pregunta, parecía que había pasado hace mucho tiempo.

—Sabes que no tengo idea de lo que estás hablando, ¿verdad? —preguntó cuando dobló a la izquierda en la calle que me llevaría a casa.

—Lo sé —dije. Pensé en tratar de explicarle, pero luego decidí dejarlo ir—. Siento lo de Lissa.

Frank me miró, y luego otra vez a la carretera. Se inclinó un poco hacia delante, y la luz de la luna desde el techo abierto se derramó sobre su rostro, iluminándolo. —Estuvo bien —dijo lentamente, como si estuviera probando esas palabras, en este orden, por primera vez—. Resultó bien. Y tuve un gran cumpleaños.

—¿En serio? —pregunté, un poco dubitativa, pensando en Lissa empacando, el pastel de Wanda, tener que llevarme a casa.

—En serio —dijo firmemente—. Digo, comenzó el día teniendo una serenata de los empleados de la tienda de donas, así que fue fantástico.

—Aún lamento esto, hacerte llevarme a casa en mi cumpleaños. —Me miró, con una ceja levantada, y se me ocurrió que después de un momento esto no era correcto—. Tu cumpleaños —dije, intentando mantener mis pensamientos en línea—. Llevarme en tu cumpleaños.

—En realidad no es un gran problema —dijo—, es lo menos que puedo hacer después de que viajaste arduamente a Nueva Jersey para traer a Lissa.

—No todo el camino —dije—, me llamó a la mitad. —Frank asintió y me apoyé en la puerta del lado de pasajero, doblando las piernas debajo de mí. Extendí la mano hacia al techo abierto, sintiendo la fiebre del aire de la noche caliente alrededor y a través de mis dedos, mirando todas las estrellas que eran visibles esta noche. En el coche oscuro, con solo la luz del tablero, parecía que tal vez podría llegar a ellas, si solo intentara lo suficiente.

Apoyé la cabeza contra la ventana. Mi cuello se sentía líquido y relajado; a pesar de lo que acababa de suceder con Gideon, me sentía de una manera pacífica mientras vi a Frank conduciendo a mi casa. —Estás conduciendo mi coche —dije, sacudiendo la cabeza—. Nadie nunca conduce mi coche, excepto yo. Se siente como que siempre estoy llevando a otras personas por ahí.

200

—¿Cómo lo estoy haciendo?

—Bien —concluí después de un momento—. Es aceptable.

Frank sonrió, y cuando llegamos a casa, dejó el coche en el lugar que siempre aparcaba, y cuando apagó el motor y me entregó las llaves, me di cuenta de que sabía dónde estacionaba mi coche. Sabía dónde vivía, y no necesitó instrucciones para traerme a casa.

Nos sentamos en el coche un momento, mirando hacia mi casa, se hallaba oscura y silenciosa. Incluso todas las cigarras parecían haber hecho un acuerdo para la noche, y era como si todo el mundo durmiera, la luna por encima con toda su fuerza e iluminándolo todo.

—Espera —dije de repente, volviéndome hacia él.

Sonrió. —No voy a ninguna parte, Em.

—No —dije, sacudiendo la cabeza—, quiero decir, ¿cómo vas a llegar a casa?

—Voy a caminar —dijo—, no es tan lejos. Lo hago todos los días, después de todo.

—Pero eso es durante el día —señalé—. Es de noche ahora. Podría haber vagabundos. O coyotes.

Negó con la cabeza, sin dejar de sonreír. —Creo que voy a estar bien. —Se bajó del asiento del conductor, y me arrastré fuera del lado del pasajero para seguirlo.

—Bueno, entonces caminaré contigo —dije, y Frank se detuvo en la entrada, sacudió su cabeza, volviéndose hacia mí.

—Eso no tiene ningún sentido —dijo, su voz paciente—. Porque entonces tendrías que caminar de regreso aquí, y no voy a dejar que hagas eso en tu estado actual.

—¡Oh, Dios mío! —dije, tal vez en voz más alta de lo que debería, ya que parecía particularmente fuerte frente la tranquilidad de la noche, Frank miró hacia mi casa—. ¡Regalo! Me olvidé de dártelo. Espera.

—Todavía no voy a ninguna parte —señaló, y pude oír a risa en algún lugar de su voz. Volví al coche y arranqué el paquete envuelto desde donde lo había escondido detrás del asiento delantero.

—Aquí —dije, caminando de regreso a él y extendiéndoselo.

—¿Realmente tenías que hacer esto? —dijo, sacudiendo la cabeza.

—Por supuesto que sí —dije, extendiendo la mano para darle un pequeño empuje. Pero no tuve los resultados que esperaba, y mi mano se demoró un poco demasiado en su brazo antes de que consiguiera que mis pensamientos funcionaran y jalara. En algún lugar en la parte más lúcida de mi cerero, sabía que era algo que no haría usualmente, pero ya había pasado antes, que una parte de mi cerebro pudiera ponerse al día con las cosas.

Frank desenvolvió el paquete despacio y con cuidado, y cuando se acercó a ver lo que era, me pregunté si elegí las cosas mal, o si iba a pensar que era una estupidez. —De ninguna manera —dijo mientras retiraba la última esquina y levantaba el CD que tuve que rastrear en línea. *Curtis Anderson – Bootlegs*¹⁵ y *B-Sides*¹⁶. Era un CD de comedia que tenía una muy pequeña impresión y no terminó bien, pero a partir de todo lo que fui capaz investigar, se consideraba lo mejor. Tuve que competir contra anderfan2020 en eBay en una caliente subasta, pero lo conseguí al final.

—Solo pensé —dije, deseando no preocuparme tanto por su reacción—, que, ya sabes, en un universo bien ordenado, ya tendrías esto. Así que...

Frank asintió y levantó la mirada hacia mí. —No puedo creer que hiciste esto.

¹⁵ Bootlegs: Es una grabación que no ha sido publicada oficialmente por el artista o por su compañía discográfica.

¹⁶ B-Sides: Son las canciones que se graban para poner en el disco de algún artista, pero por ciertas razones no se usan para ese disco. Son las utilizadas para grabarlas en discos inéditos.

—Puedes regresarlo si quieres —dije, aún mientras lo decía, preguntándome si sería posible. Pero me encontraba muy segura que al final, probablemente se lo podía vender a anderfan2020.

—¿Es una broma? —dijo, dándole la vuelta para leer la parte de atrás—. Esto es fantástico. Gracias.

Sentí que empezaba a bostezar, y Frank se metió el CD bajo el brazo. —Deberías dormir un poco —dijo, comenzando a dirigirse hacia la carretera.

—Te acompaño —insistí, poniéndome a su lado.

—Entonces, voy a tener que regresarte —señaló.

—¿Detenernos a mitad de camino?

Frank me miró por un momento, luego asintió. —Trato —dijo, y caminamos juntos por el camino de entrada, giró a la izquierda hacia la carretera. Ya que se encontraba totalmente abandonado, podíamos caminar por el medio de la carretera, cada uno de nosotros tomando un lado de la línea amarilla central. La luz de la luna era tan brillante que proyectaba nuestras sombras sobre el asfalto, y caminamos en un silencio que se sentía totalmente cómodo, tal vez quizás no necesitábamos hablar en ese momento.

202

Volví a bostezar, y Frank se detuvo. —Voy a llevarte a casa ahora —dijo, cambiando de dirección.

—¿Qué pasó con la mitad de camino? —pregunté, aun cuando me di la vuelta, y también empecé a caminar hacia mi casa.

—Nunca haría eso en realidad —dijo—. Quiero decir, podría haber coyotes aquí. O vagabundos.

—Buen punto —dije, intentando detener la sonrisa, pero realmente no tuve éxito—. Oye —dije, de repente pensando en algo que me pregunté toda la noche—. ¿Qué crees que hizo Wanda? —Cuando Frank se me quedó mirando desconcertado, agregué—: ¿Pastel de Wanda?

—Oh —dijo, cuando la comprensión apareció—. Pensé en eso, yo mismo. Tal vez se escapó de la cárcel.

—O ganó la lotería —sugerí—, y sus amigos se dieron cuenta de que podía permitirse un *mejor* pastel.

Se echó a reír. —Liberó al pueblo de su problema crónico de vagabundos-y-coyotes.

Sonreí ante eso, y caminamos en silencio por un momento antes de decir: —Tal vez no hizo algo grande. Tal vez solo le dijo algo a alguien.

Frank me miró, más serio ahora. —¿Cómo qué?

Me encogí de hombros. —Algo que ellos necesitaban oír —dije. Lo pensé por un momento y luego añadí—: No creo que haya que hacer algo tan grande para ser valiente. Y son las pequeñas cosas las que son más difíciles de todos modos.

—Y usualmente no recibes pasteles por hacerlas —señaló Frank. Dejó de caminar, y me di cuenta que habíamos regresado a mi casa. Iba a protestar, para ofrecerle un paseo a medio camino, cuando de repente fui golpeada con otra ola de fatiga y bostecé enormemente.

—Gracias por acompañarme a casa —dije, mirándolo al otro lado del camino—, y por, um, llevarme a casa también.

—Por supuesto —dijo. Levantó su CD—. Muchas gracias por esto.

Solo lo miré a la luz de la luna un largo momento, algo que sabía, incluso mientras lo hacía, nunca habría hecho si estuviera completamente sobria. —Feliz cumpleaños, Frank.

Me sonrió, luciendo cansado pero feliz. —Buenas noches, Emily.

Caminé por el camino de entrada a mi casa, sabía sin mirar atrás que Frank seguía allí, esperando a que entrara a salvo. Y, por supuesto, después de que abrí la puerta, me di vuelta y lo vi, solo en la calle, el CD bajo el brazo, la sombra por la luna extendiéndose a su espalda. Desde la puerta, levanté la mano en un movimiento, Frank devolvió el saludo, luego se volvió y comenzó a caminar a su casa solo.

10

Cabalga un maldito caballo, vaquera

Traducido por Luna West

Corregido por Anakaren

—Ya lo has entendido —me aseguró Frank mientras yo miraba fijamente el redil frente a mí e intentaba recordar como respirar.

—Totalmente —dijo Dawn, dándole a mis hombros un apretón. La boca de Collins estaba llena, pero me dio un saludo con su pulgar arriba.

204 Me encontraba de regreso en Saddleback Ranch, imaginando que en este punto, tan cerca del final, yo debería estar siguiendo la lista de Sloane. Y allí no decía dar un paseo en caballo. Cuando le dije a Frank que me sentía lista para darle a esto otra oportunidad, pareció reservado por un momento, y luego todo el mundo decidió que debía dar un paseo. Aclamaron que era apoyo moral, pero yo tenía un presentimiento de que era para que dejara de acobardarme nuevamente. Y ya que Dawn estaba aquí —cargando mi cámara desechable alias Como Emily Ve al Mundo— no podía ser capaz de buscar un pretexto y fingir que ocurría algo urgente.

El caballo que yo iba a montar se llamaba Caramelo, lo cual me parecía mucho mejor nombre que Dulce, y Frank me aseguró que había solicitado su yegua más pequeña. La mujer encargada me dijo que esperara antes de ir a buscar el caballo de los establos. Me ofreció ir con ella para ver la yegua, lo cual inmediatamente rechacé. Cuando finalmente pareció comprender que yo solo hacía esto para vencer mi miedo, me propuso que debíamos caminar al lado del caballo para dar un par de vueltas.

—¡Ay, es tan lindo! —dijo Dawn. Me volví para ver hacia donde miraba, y vi a la mujer de Saddleback Ranch dirigiendo una pesada yegua que parecía medio dormida. Eso no me tranquilizó —todavía era un gran caballo, después de todo— pero era mucho más grande de lo que creía que sería Caramelo, y verla no me atemorizó.

—No es totalmente malvada y aterradorante —dijo Frank, dándome una sonrisa.

—¿Quieres hacerte amiga de ella primero? —preguntó Dawn—. Matthew, dale a Emily los bocadillos.

Collins tragó saliva, pareciendo alarmado. —Umm... ¿Qué quieres decir?

Dawn le sonrió. —¡Para dárselos a los caballos! ¡Las zanahorias!

—Oh —dijo Collins, después de una pausa—. Verás, debiste haberme dicho que trajera bocadillos para los caballos. Pensé que eran para nosotros. Mi culpa.

—Espera, ¿te los comiste todos? —preguntó Dawn, quitándole el bolso de lona a Collins y mirando dentro de ella—. ¿La manzana también? ¿Y dónde están los terrones de azúcar?

—¿Me estás diciendo que trajimos el azúcar para un *caballo*? —preguntó Collins, incrédulo—. ¿Qué hace un caballo para merecer azúcar?

—No puedo creer que simplemente te comieras los terrones de azúcar —dijo Dawn, sacudiendo la cabeza.

—¡Son terrones de azúcar! —dijo Collins, su voz subiendo de tono—. ¿Qué otra cosa se suponía que haría con ellos? ¿Y desde cuando los caballos necesitan bocadillos?

—Está bien —dije—. En serio —Aunque apreciaba el gesto, no quería poner mi mano cerca de la boca del caballo y darle la oportunidad de mordirme.

—¿Listos? —llamó la mujer desde el centro del redil.

Sentí los ojos de todos posarse sobre mí, y asentí, luego caminé hacia la yegua, a pesar de que la única cosa que quería hacer era darme la vuelta y correr hasta mi auto. La mujer me ayudó a meter un pie en el estribo, y extendí la otra pierna para pasarla sobre el lomo del caballo. Una vez sentada en la silla, agarré las riendas, preparándome para lo peor —que el caballo me lanzara, o comenzara a correr a galope, o lanzarse al suelo y rodar sobre mí. Pero nada de eso ocurrió. Caramelo solo se quedó allí, sus costados expandiéndose ligeramente bajo mis piernas mientras ella inhalaba y exhalaba.

—¡Te ves grandiosa! —gritó Dawn, levantando un pulgar.

—Oh, ¿sabes qué? Parece que Caramelo se quedó dormida —dijo la mujer—. Solo dale una suave patada.

Eso sonó como una idea terrible para mí, pero una vez que la empujé un poco, Caramelo despertó, moviendo su cabeza de una manera que me hizo agarrarme de la silla. Pero eso fue todo lo violento que pasó. Ella comenzó a caminar alrededor del redil, y yo no tuve que hacer nada. Era como si lo hubiera hecho cientos de veces y sabía a donde ir. Ocasionalmente sentí comenzar el pánico cuando ella se movía debajo de mí, pero intenté seguir respirando. Después de todo, había abrazado empleados en gasolineras, casi me metí en una pelea y besé a un extraño en la bodega. Podía hacer esto.

Y mientras ella caminaba por todo el redil, no pareció tener ningún deseo de dejarme inconsciente sobre su espalda o hacer una carrera —y sinceramente, si lo hacía, *esta* no parecía ser una caída muy alta— comencé a respirar más fácilmente. No era tan malo. No era un pasatiempo que iba a empezar a practicar, pero de todas formas estaba bien. Yo estaba bien.

—¡Sonríe! —gritó Dawn desde un lado del redil, sosteniendo mi cámara desechable. Le di lo que yo estaba segura era más una mueca, pero me sentía realmente contenta de que estuviera documentando esto. Y mientras Caramelo y yo rodeábamos el redil una última vez, incluso pude relajarme un poco, intentando disfrutar si podía lo que quedaba del recorrido.

—Entonces, ¿cómo vas con la lista? —preguntó Collins mientras todos nos reuníamos alrededor de nuestros autos. Creo que la mujer se sorprendió de que yo sólo quisiera montar el caballo por cinco minutos, pero me ayudó a bajar de todos modos, y yo incluso le di a Caramelo una tentativa —*muy* suave— patada mientras regresaba hacia los establos.

Teníamos cuatro autos separados allí, lo cual no era probablemente lo mejor para nuestra huella de carbono, pero cuando le pregunté a Frank si quería compartir el viaje, me dijo que ya tenía algo que hacer después, y fue vago cuando le pregunté por los detalles.

206

—Quedan tres —dijo Dawn, su ceño fruncido—. O cuatro, ¿verdad?

Antes de que yo pudiera responder, Frank intervino: —Tres. Baile, vestido y nadar desnuda.

Asentí, demasiado consciente de que había dejado los dos más duros para el final. Mientras que la cosa del vestido había sido tomada bajo cuidado de Frank, yo suponía que siempre podía bailar toda la noche en mi habitación con mi iPod reproduciendo música, el nadar desnuda era algo que aún no estaba segura de cómo manejar. Pero a pesar de ello, el hecho de que cumplí la mayor parte de la lista seguía siendo sorprendente para mí. Había parecido tan imposible la primera vez que la vi —y ahora estaba casi terminada.

—Oh —dijo Dawn, bajando la mirada a su teléfono, sus ojos muy abiertos—, debo irme.

—¿Entregas? —preguntó Collins, devolviéndole su bolsa vacía.

—Ojala —suspiró—. Hay una boda esta noche en el club Stanwich Country, y tengo que ayudar a servir.

—¿Eres...? —preguntó Frank, sonando sorprendido.

—Sí —dijo Dawn, con un encogimiento de hombros—. Algunas veces piden diferentes platillos para las cenas, como sushi y lo que sea. Y esa gente quiere comida italiana, así que...

Frank miró a Dawn un largo momento, luego se volvió hacia mí. —Deberías colarte a la boda.

—¿Qué? —pregunté, justo mientras Collins preguntaba —: ¿Debería?

—Sí —dijo Frank, asintiendo—. ¡Bailar hasta el amanecer!

—Lo siento —dijo Collins, sacudiendo la cabeza—. ¿Quién eres y que has hecho con Frank Porter?

—¡Yo puedo meterte! —dijo Dawn, aplaudiendo—. Y podemos pasar el rato juntas. Siempre me aburro mucho en esas cosas, y todo el mundo finge que no puede verte. ¿Qué vas a usar?

Me volví hacia Frank, quien me miraba con una pequeña sonrisa, un reto en sus ojos. *Podría* ser una gran oportunidad para eliminar uno. Y ya que yo había trabajado allí el último verano, estaba segura que el club Stanwich Country era lo suficiente grande como para moverme sin ser atrapada. —Bien —le dije a Frank, luego asentí a Dawn—. Hagámoslo.



11

Baila hasta el amanecer

Traducido por CrisCras

Corregido por Adriana Tate

En mi portavasos, mi teléfono vibró y lo saqué. —El hombre con el paraguas no ve la puesta de sol —dije, manteniendo la voz baja.

Al otro lado, pude oír a Dawn haciendo lo mismo. —En Roma, todas las fuentes apuntan al norte. —Cuando decidimos hacer esto, Frank nos había dado un curso intensivo de códigos espías, pero ya olvidé la mayoría de ellos y tenía la sensación de que Dawn también, y que ambas seguíamos usándolos porque era divertido.

—Jenga —susurré mientras miraba alrededor, encorvándome hacia abajo en mi asiento. Aun no podía creer que iba hacer esto. Hubo silencio en el lado de Dawn, y añadí—: Quiero decir, acabo de aparcar.

Me alisté en mi habitación, poniéndome el vestido que llevé a la fiesta de graduación del año pasado. Era de un dorado pálido, sin tirantes, largo hasta por debajo de las rodillas, ajustado en la cintura con sólo algo de vuelo en la falda. Mientras me preparaba, tenía los dedos cruzados para que ésta boda no fuera temática, y que no fuera a aparecer llevando algo totalmente equivocado. Me ricé el cabello de forma que las capas enmarcaran mi rostro y me puse mucho más maquillaje de lo habitual, y para cuando terminé con mi mejor intento de ojos ahumados, Dawn había escrito un mensaje:

¡El baile está empezando! ¿Te veo pronto?

Le respondí, y luego tomé la diminuta cartera con mostacillas que le cogí prestado a mi madre sin preguntar. No estaba segura de lo tarde que iba a acabar la boda, y después de la charla de mi madre en el porche, no quería presionar mi suerte, así que le pregunté si podía dormir en casa de Dawn. Mi madre estuvo de acuerdo —ella recordaba a Dawn de cuando la conoció brevemente en el Teatro de Sala. E incluso si terminaba no quedándome a dormir, esto me permitiría venir a casa tarde sin tener a nadie levantado esperándome. Pero incluso así, mientras cruzaba la puerta, me alegré de que fuera lo suficientemente tarde para que mis

padres estuvieran encerrados en su estudio. Creo que incluso en su niebla mental cerca del final, podrían haber tenido algunas preguntas sobre por qué iba a una pijamada con ropa formal.

Todavía tenía la pegatina del estacionamiento de empleado del verano pasado en mi coche, y tenía la esperanza de que nadie estuviera mirando muy de cerca esta noche. Pero mientras me detenía en el estacionamiento, no me sentía tan nerviosa como esperaba estarlo. Incluso esperaba que pudiera ser divertido. Me sentía sonreír mientras caminaba, pensando en lo nerviosa que estuve sólo por ir a Paraíso y hablar con Mona —y qué diferencia podía marcar un verano. Dawn me mandó un mensaje con la ubicación, y rodeé rápidamente el aparcamiento para empleados hacia los terrenos principales, reduciendo la velocidad una vez que vi a otros invitados de la boda, tratando de parecer como si fuera a dar un paseo.

—Ábrete, Sésamo —dije en mi teléfono—. Estoy de camino.

—Entendido —dijo Dawn—, cambio y fuera.

Colgó y fui hacia la recepción, la cual se encontraba instalada bajo una gran carpa en el césped. Podía oír la música saliendo de ella mientras me acercaba. Tomé una gran respiración y entré bajo la carpa. Parecía como si todo el mundo hubiera abandonado las mesas, porque la pista de baile se hallaba llena. Había una banda tocando en vivo, no un DJ, e incluso aunque no tenía mucha experiencia con bandas de bodas, podía decir que eran buenos, la cantante principal cantaba a todo pulmón una canción que sonó mucho en la radio todo el verano, pero de algún modo haciéndola conmovedora y propia.

Bordeé el lateral de la carpa, donde se encontraban colocados los puestos de comida, e intenté evitar reírme mientras Dawn se acercaba a mí, con un plato en su mano. —¿Puedo ofrecerte algo? —preguntó con una sonrisa—. ¿Brocheta, tal vez?

—No, estoy bien —dije, apretando los labios para evitar sonreír.

—Entonces ve a bailar —dijo Dawn, dándome un golpe con su cadera en dirección a la pista de baile—. Es por eso que estás aquí, ¿verdad?

Lo era. Di un paso hacia la pista de baile, justo cuando la banda comenzó su redición de “Cupid Shuffle”. Sloane, en principio, odiaba las canciones en las que todo el mundo bailaba junto. Era el origen de uno de nuestros desacuerdo más grandes, sobre películas musicales —a mí me encantaban; ella no era fan. Pero realmente me gustaba cuando existía un patrón que seguir y no estabas simplemente bailando por tu cuenta, con la esperanza de no parecer un idiota. Así que fue con algo de alivio que pude empezar Cupid Shuffling junto con todas esas personas a las que no conocía, mientras nos colocábamos en un círculo al tiempo que la canción nos dirigía.

Cuando hicieron la transición a “Footlose”, me sentí a mí misma empezar a moverme al ritmo sin siquiera pensar en ello. Miré alrededor, esperando a que uno

de esos extraños me señalara, empezara a susurrar que nadie me había visto antes, que alguien debería echarme. Pero para cuando la canción iba en los segundos coros, se hizo claro para mí que todo el mundo se interesaba mucho más en pasar un buen rato que en catalogar a los invitados de la boda. También era un grupo divertido, gente animando o abucheando cuando no les gustaba la elección de la canción, todo el mundo bailando con entusiasmo si no con una gran habilidad. E incluso aunque yo me encontraba por mi cuenta, incluso aunque no tenía a nadie con quien saltar y gritar cuando venía una de mis canciones favoritas, me sentí meterme en la música, encontrar libertad en el hecho de que esas personas no me conocían, nadie lo hacía, así que no importaba si parecía una idiota.

Dos canciones más tarde, me sentía acalorada y sudada y me divertía. La música estaba a todo volumen, y tenía los ojos cerrados mientras mecía las caderas de lado a lado, dejando que mi cabello se sacudiera alrededor de mi cara. No había bailado desde la promoción, y olvidé lo mucho que me encantaba. Y cuando no había nadie a quien intentar impresionar, ningún movimiento que tuvieras que corregir por el bien de intentar parecer genial, era mucho más liberador. Eché la cabeza hacia atrás y canté cuando sabía las palabras, y cuando no lo hacía, simplemente bailé, mis manos levantadas y balanceándose en el cálido aire de la noche, sin importar si alguien observaba o qué pensaban de mí. Me dolían los pies por los tacones, y tenía la sensación de que tenía máscara de pestañas por toda la cara, pero no me importaba. Me divertía. *"You Shook Me All Night Long"* llegó a un dramático final, y yo toqué la batería en el aire junto con el baterista, sintiendo que, si no podía bailar hasta el amanecer, al menos podría bailar hasta que la banda se despidiera, y Sloane solo tendría que estar bien con eso.

La banda comenzó su redición de *"Jack and Diana"* y me aparté el cabello sudado de la cara. Miré alrededor para ver si podía ver a Dawn, y tal vez conseguir agua. Escaneaba la multitud en busca de ella cuando reconocí a alguien —era Frank, y miraba directamente hacia mí.

Sentí mi mandíbula caer, y luego la cerré rápidamente. Atravesó la pista de baile hacia mí, las manos en los bolsillos de su traje, tomándose su tiempo, como si estuviera disfrutando del hecho de que acababa de sorprenderme. —¿Qué estás haciendo aquí? —le pregunté, en voz baja, una vez que me alcanzó.

—Creo que podría hacerte la misma pregunta —dijo—. Quiero decir, no pensarías que iba a dejarte hacer esto sin mí, ¿verdad? —Señaló hacia el centro de la mesa, donde la feliz pareja se alimentaban el uno al otro con pastel—. La novia es mi prima.

—¿Por qué no me lo dijiste? —pregunté.

—¿Y perderme esa mirada en tu cara? —preguntó Frank, sacudiendo la cabeza—. Nunca. —La banda empezó a tocar su versión de *"I Gotta Feeling"* y me encontré a mí misma moviéndome sin ni siquiera pensar en ello, el golpeteo del

ritmo haciendo más fácil olvidar que Frank ahora me miraba, que ahora no tenía la misma libertad que antes.

Y cinco canciones después, lo olvidé totalmente. Frank se quitó la chaqueta, y bailábamos en una tormenta, tanto es así que la gente empezaba a dar un rodeo para evitarnos. Empezó a darme vueltas rápidamente, luego me envió dando giros, y casi me golpeé la cabeza dos veces con un centro de mesa cuando me bajó y perdí el equilibrio. Él no era el mejor bailarín, pero yo tampoco lo era, y después de una canción o dos encontramos nuestra estabilidad y bailábamos juntos tan fácilmente como corríamos juntos. La banda acababa de tocar un cover de "*Sweet Caroline*" que tenía a todo el mundo de pie, y Frank y yo estuvimos gritándonos los *bum-bum-bums* el uno al otro. Cuando la canción terminó, todo el mundo aplaudió, y me sentí reír, no por ninguna razón específica, sólo porque estaba sonrojada, cansada y feliz.

La líder de la banda anunció que iban a bajar el ritmo, y empezaron a tocar "*You Send Me*", una canción que siempre me fascinó. Miré alrededor, todavía intentando ver si podía encontrar agua, a punto de sugerirle a Frank que nos sentáramos en esta, cuando vi que tenía su mano extendida hacia mí.

Iba a hacer una broma, pero lo que sea que estuve a punto de decir me dejó cuando vi la seria expresión de Frank. Encontré sus ojos y alcancé su mano con la mía. Sus dedos envolvieron los míos, y tiró de mí para acercarme más a él, gentilmente, como si estuviera asegurándose de que me encontraba bien. Deslicé uno de mis brazos alrededor de su cuello, y él puso una mano en mi cintura. De algún modo, todavía estábamos sosteniéndonos de las manos, sus dedos ligeramente envueltos alrededor de los míos mientras nos movíamos lentamente con la música.

Él se rio suavemente y sacudió la cabeza, y yo me eché hacia atrás para ser capaz de mirarle a la cara, la cual se hallaba cerca de la mía, más cerca de lo que había estado nunca. —¿Qué?

—Es sólo que... tú —dijo después de un momento, con una ligera sonrisa—. Colándote en una boda.

—Idea tuya.

—Lo sé —dijo Frank—. Pero simplemente pensaba en esa primera noche en el Huerto.

—¿Qué pasa con eso? —le pregunté. Intentaba centrarme en tener una conversación con Frank, e intentando no pensar en lo cerca que nos encontrábamos, en que él tocaba mi cintura y que sostenía mi mano.

—Tú simplemente parecías tan... moderada —dijo después de un momento—. Como si tuvieras la esperanza de que nadie te viera.

Mantuve los ojos en los suyos, sin permitirme a mí misma apartar la mirada.
— ¿Y ahora?

Me devolvió la mirada directamente mientras me dedicaba una media sonrisa. — Eres la cosa más brillante en la habitación — dijo. Levantó su mano de mi cintura, y lenta y cuidadosamente, apartó un mechón de cabello de mi mejilla — . Brillas.

Mi respiración se quedó atascada en mi garganta. La gente decía ese tipo de cosas sobre Sloane, no sobre mí.

— ¿Qué? — preguntó Frank, sus ojos fijos en los míos.

— Es sólo... — Tomé una respiración temblorosa — . Nadie ha dicho algo así de mí.

— Entonces no ven lo que yo veo — dijo. Miré dentro de los ojos de Frank y supe, sin lugar a dudas, que quería decir cada palabra. Empecé a decir algo cuando el coro hizo su entrada y Frank se acercó más a mí.

Él era lo suficientemente alto para que, incluso con mis tacones, pudiera descansar la cabeza en su hombro. Tragué con fuerza, sintiendo la necesidad de intentar congelar el momento y repasar todo lo que sucedía y descubrir qué sentía. Nuestras caras se encontraban lo suficientemente cerca para que pudiera ver la constelación de sus pecas, sus oscuras pestañas, y oler que llevaba algún tipo de colonia para la ocasión — olía como a cedro, como mañanas tempranas, y me hacía querer acercarme incluso más e inhalarlo.

La mano de Frank se apretó sobre mi cintura, sólo un poquito, y podía haber sido sólo él moviéndose con la música. Pero incluso aunque no nos mirábamos el uno al otro — incluso aunque ambos parecíamos estar esforzándonos mucho para no mirarnos el uno al otro — tenía la sensación de que lo hizo a propósito, y un momento más tarde, desenvolvió su mano de la mía y entrelazó mis dedos a través de los suyos.

Sentí mi corazón golpeteando mientras me concentraba en quedarme erguida y moverme con la música, con la canción que sabía que estaba terminando, en cualquier minuto ya, y no podía decir si quería que terminara justo entonces o que siguiera sonando durante días. Alcé la mirada hacia él, dándome cuenta otra vez de lo cerca que nos encontrábamos, cuando la canción terminó y empezó "Pour Some Sugar on Me". Dejó caer la mano y dio un paso atrás, y yo aparté la mirada, fingiendo estirar mi vestido, no exactamente segura de qué acababa de suceder.

— ¡Oye! — Dawn se aproximaba a nosotros, con una botella de agua medio vacía en su mano, sonriéndole a Frank — . ¿Cuándo llegaste? — Miró alrededor con esperanza — . ¿Está Matthew aquí también?

— No — dijo Frank, señalándome — . Supuse que con que se colara uno en la boda era suficiente.

Señalé con la cabeza hacia la botella de agua de Dawn. — ¿Hay alguna forma de que pueda tomar algo de eso?

— Claro — dijo, tendiéndomela —. Toda tuya. — Bostezó y estiró los brazos por encima de su cabeza —. Lo juro, nunca voy a volver a hacer una de estas otra vez. Es mucho mejor estar en la carretera y conseguir propinas de verdad. Gracias a Dios que esto ha terminado finalmente.

— ¿Has acabado? — le pregunté mientras bajaba su botella, dándome cuenta que me la había bebido toda. Dawn asintió.

— Chicas, ¿quieren venir a mi casa y pasar el rato? — preguntó Frank mientras sacaba su teléfono —. No estoy seguro de si Collins tenía planes, pero puedo escribirle...

— Genial — dijo Dawn —. Suena bien.

— ¿Em? — preguntó Frank, mirando hacia mí mientras escribía.

— En realidad — dije. Tomé una respiración profunda antes de hablar otra vez, sin ser capaz de creer que iba a sugerir esto. Pero no podía pensar en un mejor momento, o uno en el que estaría dispuesta a correr el riesgo —. Tenía una idea...



12

Nada desnuda

Traducido por Annabelle

Corregido por Key

—No puedo creer esto —dijo Collins al detenernos en una fila en la arena, aun completamente vestidos y mirando hacia el agua—. ¿Y esta fue idea de Emily?

—Sip —dije, intentando hacerme a la idea yo misma—. Es para la lista.

—Por favor —dijo Collins, ondeando la mano—. Esto sólo es un plan para deleitarte con mi cuerpo. Puedes admitirlo.

214

—Así que, um —dijo Dawn, jugueteando con sus manos, y sonando más nerviosa de lo que alguna vez la había escuchado sonar—. ¿Tenemos un plan? Es decir, ¿vamos a saltar uno por uno mientras los demás miran hacia otro lado? ¿O todos al mismo tiempo? O...

—¿Emily? —dijo Frank, mirándome con una sonrisa, aunque podía ver que se estaba ruborizando, lo cual en realidad no había dejado de hacer desde que había propuesto esto, allá en la boda.

Quizá hayan sido las horas que pasamos bailando, o el baile lento con Frank, o el hecho de que había estado deshidratada, pero nadar desnudos había sonado como una muy buena y fácil opción en aquel momento. Pero ahora, al estar de pie allí frente al agua, contemplando nadar desnuda—con mis amigos—, las cosas ya no parecían tan simples.

—De acuerdo —dije, luego de un minuto, cuando me di cuenta que fui yo la que propuse esta cosa, no podía echarme para atrás, y tenía que ser yo a la que se le ocurriera algo. Subí la mirada y deseé, por primera vez en todo el verano, que la luna no estuviese tan llena. Era como tener un enorme foco brillando hacia nosotros. Miré hacia la pila de cuatro toallas de playa que Frank había traído de la casa, e intenté sonar más confiada de lo que me sentía—. De acuerdo, creo que todos deberíamos ponernos las toallas, y luego bajar hasta el agua con ellas puestas, luego lanzarlas a un lado y saltar. —Parecía el mejor plan que se me ocurría para limitar el desnudismo fuera del agua.

—¿Cuándo se volvió tan mandona? —le murmuró Collins a Frank, sacudiendo la cabeza.

—Sólo creo —comencé—, que así todos nos sentiríamos cómodos, y...

—Al diablo con eso —dijo Collins mientras se quitaba las sandalias y arrancara su camisa por encima de su cabeza, atascándose allí un momento. Cuando comenzó a bajar sus shorts, me di cuenta a dónde se dirigía esto y me giré, y luego de una notable pausa, Dawn hizo lo mismo—. ¡Aquí voy! —Escuché a Collins gritar, y me giré un segundo demasiado pronto, por lo que vi el trasero desnudo de Collins al saltar hacia el agua—. ¡Agh! ¡Está fría! —gritó, luego se tapó la nariz y se zambulló. Pero estaba sonriendo cuando volvió a salir, y nos llamó—: Vamos.

—Creo que haré lo de la toalla —dijo Dawn, tomando la suya. Hice lo mismo.

—Yo igual —dije.

Miré hacia las casas de los vecinos de Frank, para cerciorarme de que todas aún estuviesen a oscuras, pero no parecía como si hubieses despertado a nadie. Dawn y yo caminamos un poco hacia la playa, y sostuve mi toalla para taparla mientras se quitaba todo y se envolvía en su toalla, luego ella hizo lo mismo por mí. Sabía que esto era ridículo, ya que igual nadaríamos desnudas, pero simplemente no creía estar preparada para salir corriendo hacia el agua como Dios me trajo al mundo, al estilo Collins. Para el momento en que regresamos al mar, agarrando con fuerza nuestras toallas, Frank había entrado también, y se encontraba junto a Collins. Sólo podía ver sus pechos desnudos, e intenté decirme a mí misma que los hubiera visto de todas maneras si todos hubiésemos estado nadando, que no era gran cosa. Pero aún sentía mi corazón latir con fuerza mientras los chicos se giraban para que Dawn y yo pidiésemos entrar.

—¿Lista? —pregunté, mirándola.

—No lo sé —dijo, cambiando su peso de pie. Le lanzó un vistazo al agua, mordiéndose el labio—. No estoy segura...

—Vamos —le sonreí—. Será divertido. —Y sin esperar, sin pensarlo, dejé caer mi toalla y corrí hasta el agua, experimentando la fría brisa nocturna abrazar mi piel, y sintiéndome completamente libre, con mi cabello volando en el viento detrás de mí, mientras saltaba al agua y extendía mis brazos por encima de mi cabeza para zambullirme.

Cuando salí a la superficie, vi a Dawn corriendo hacia el agua también, y saltando sobre su estómago en vez de zambullirse, y emergiendo con todo su cabello pegado a su rostro. —¡Está muy fría! —jadeó, sonriéndome—. Oh, por Dios.

Pero fría o no, el agua se sentía increíble, y me di cuenta de lo diferente que era que nadar así que con traje de baño. Me recordó a dormir debajo de las estrellas — sin nada más entre tú y los elementos.

Muy pronto, se sentía normal nadar así juntos — de todas maneras, no se podía ver nada debajo del agua. Los cuatro nadábamos por nuestra cuenta y luego volvíamos a juntarnos, e incluso cuando simplemente jugábamos con el agua o nos quedábamos de pie sobre la arena, y conversando, se sentía mucho más emocionante, ya que sabíamos que debajo del agua, todos nos encontrábamos desnudos.

Luego de estar en el agua un rato, me separé del grupo, fuera de vista, para así poder nadar libremente sobre mi espalda y mirar hacia el cielo. Estaba consciente de que Collins nos estaba llamando, diciendo que el perro-C se saldría del agua, y luego escuché el chapoteo del agua mientras presuntamente salía del mar. Me permití flotar allí durante un rato más, sintiéndome realmente contenta y en paz. Aún me sorprendía que esto estuviese ocurriendo en verdad. Que esto, algo que parecía tan imposible, tan atemorizante, tan diferente a mí, estuviese sucediendo. Me divertía. Y fui yo la que hizo que sucediera. —Lo hice — dije en voz alta, enviando mi voz hacia las estrellas por encima de mí, sin importarme si los otros me escuchaban.

216 —¿Chicos? — gritó Dawn, su voz sonaba preocupada. Me hundí en el agua y luego volví a salir, peinando mi cabello hacia atrás y nadando hasta ella —. ¿Dónde están nuestras toallas?

Miré hacia la playa también, y vi a lo que se refería. Las toallas que ella y yo habíamos dejado no se encontraban por ninguna parte. Podía ver mi ropa, en una pila bastante lejos, pero pensar que debía salir corriendo a través de toda esa arena, desnuda, no sonaba nada atractivo.

—¡Collins! — grité, mientras Frank nadaba hasta nosotras.

—¿Qué pasa? — preguntó.

—Nuestras toallas ya no están — dije, buscándolas todavía en la arena.

—¿Qué? — preguntó Collins, emergiendo del porche de Frank, con un short y un suéter demasiado grande puestos. Luego de un segundo me di cuenta que era la ropa de Frank.

—¿Estás usando mi ropa? — gritó Frank, y Collins se encogió de hombros.

—Tenía frío — respondió—. ¿Hay algún problema?

—¿Qué hiciste con las toallas, Collins?

—¿Yo? — preguntó, luciendo ofendido—. Nada. ¿Por qué asumes que fui yo?

—¿Quién más podría ser? — preguntó Dawn.

—No lo sé —dijo Collins encogiéndose de hombros—. ¿Vagabundos de playa? Los veo adentro. —Nos sonrió y desapareció dentro de la casa.

—Lo voy a matar —murmuró Frank al mirarme. No me había dado cuenta que se había acercado tanto, y especialmente luego de que hablamos, era desconcertante darse cuenta que Frank Porter se encontraba desnudo, justo al lado mío. Y yo estaba desnuda junto a él, con nada más que agua separándonos.

—¡Las veo! —dijo Dawn, señalándolas. Las toallas se encontraban elegantemente dobladas, casi al inicio de la playa junto a las escaleras de la casa de Frank—. ¿Deberíamos ir uno por uno, o...?

—A la cuenta de tres, ¿quizá? —sugirió Frank.

—¡Vamos y ya! —grité, mientras chapoteaba agua, y corría hasta la playa. Mientras corría iba gritando y riéndome al mismo tiempo, sintiendo la cálida brisa nocturna contra mi piel. Escuché chapoteos detrás de mí y supuse que Frank y Dawn habían salido también.

Alguien chocó contra mí —era Dawn, que corría con los ojos cerrados. — ¡Dios! ¡Lo lamento! —chilló y cambió de dirección, comenzando a correr hacia la casa de los vecinos de Frank.

217 —Dawn —llamé. Miré alrededor, solo para intentar ver si estaba dirigiéndome en dirección correcta, y vi la espalda desnuda de Frank a la luz de la luna, luego inmediatamente retiré la mirada. Corrí con más fuerza, luego me di cuenta que fui a alcanzar las toallas al mismo tiempo que Frank—. Lo siento —dije mientras ambos nos girábamos, pero no fue antes de darle un vistazo a esos abdominales de los cuales sólo había obtenido pequeñas miraditas.

Una parte de mí se dio cuenta de lo absurdo que esto era, Frank y yo nos encontrábamos uno al lado del otro —desnudos— y ninguno de los dos sabíamos a dónde mirar o quién tomaría la toalla primero. Continué mirándolo e inmediatamente retirando la mirada de nuevo, intentando no ver mucho, pero obteniendo vistazos —el pecho de Frank, su mandíbula, su cadera...

Crucé los brazos por encima de mi pecho y giré la cabeza sólo un poco para ver a Frank mirando hacia otro lado. —¿Tomo una toalla primero? —pregunté, y él asintió. Tomé una de la pila y la envolví a mi alrededor. Tomé otra para Dawn, quién aún se encontraba corriendo en otra dirección, subiendo por la playa.

—Listo —le digo a Frank, y luego giré la cabeza antes de ver alguna otra cosa—. ¡Dawn! —grité en su dirección, sosteniendo la toalla frente a mi rostro—. ¡Corre hasta mi voz!

—Gracias —dijo Dawn al dirigirse rápidamente hasta mí y tomar la toalla—. ¡No podía ver a dónde iba!

—Quién sabe, a los Farrellys probablemente no les hubiese importado —dijo Frank al acercarse a nosotros, con su toalla atada por debajo de sus caderas.

Me sentí a mí misma tragar con fuerza, pensando en el vistazo que acababa de obtener, y también preguntándome si había manera de que pudiese sugerirle que dejara de usar camisas en nuestras salidas a correr.

—Tengo tu ropa —dijo Dawn, sacándome de mi ensoñación para darme cuenta que aún me encontraba mirando fijamente el pecho de Frank.

—Claro —dije, de pronto sintiéndome muy caliente, a pesar del hecho que el agua había estado helada y hace sólo minutos estaba temblando del frío. Nos dirigimos al porche, donde Collins ahora se encontraba de pie, con una taza en la mano y una sonrisa de satisfacción en el rostro.

—Voy a matarte —dijo Frank sin rodeos.

—Oh, vamos. Admítelo, eso fue mucho más divertido —dijo Collins—. Es la verdadera experiencia de nadar desnudos. De nada. Ahora, ¿quién quiere chocolate caliente?

Para el momento en que me detuve en la entrada de mi casa, ya casi iba amaneciendo. Frank me había conseguido algo de ropa, ya que en verdad no tenía ganas de intentar meterme de nuevo en un vestido formal luego de bañarme en el océano —me puse un pantalón de algodón gris, y la camisa del decaatlón académico que había ganado el primer día que fuimos a correr. Terminamos sentados alrededor del comedor de Frank. Tomando el chocolate caliente que Collins había hecho y luego comiéndonos todos los malvaviscos, hasta que eran casi las cinco. Luego Dawn y yo nos dirigimos a casa, Collins se apoderó del sofá de Frank, y Frank nos despidió desde la entrada de su casa.

Apagué el motor y miré mi reflejo en el espejo del retrovisor. Mi cabello se encontraba todo enredado, y el maquillaje que había usado estaba medio corrido, debajo de mis ojos. Pero mis mejillas se encontraban sonrojadas y aunque lucía como un desastre, me veía feliz. Lucía como alguien que tuvo una gran noche, y tenía una historia que contar al respecto. Lo cual, mientras recolectaba mi vestido y tacones, y comenzaba a caminar hasta la puerta en la fría brisa del amanecer, bostezando, me di cuenta que era exactamente lo que había pasado.

13

El vestido sin espalda. Y un lugar para usarlo

Traducido por Vani & Valentine Rose

Corregido por Niki

219

—¿Hola? —contesté mi teléfono sin necesidad de abrir los ojos. Habían pasado dos días desde que habíamos ido a nadar desnudos, y era demasiado pronto para estar despierta si no iba a estar fuera corriendo. Y desde que Frank se había ido a acampar con Collins, no estaba corriendo; lo que significaba que todavía debería estar durmiendo.

—Buenos días —dijo Frank, demasiado alegre en la mañana como de costumbre, y rodé a mi lado, con los ojos todavía cerrados, sosteniendo mi teléfono en mi oído.

—Hola —dije, sonriendo—. ¿Cómo está el campamento?

—Uh —dijo Frank—. ¿No has mirado afuera todavía? —De repente me di cuenta de un sonido constante y rítmico golpeando la ventana y el techo. Abrí los ojos y empujé las cortinas del dormitorio. El cielo estaba gris y había lluvia golpeando mi ventana.

—Oh —dije, inclinándome hacia atrás contra las almohadas—. ¿Así que asumo como que el viaje al campamento está cancelado? —pregunté.

—Cancelado —confirmó Frank—. Y Collins está realmente molesto por eso, por alguna razón.

—Bueno —dije, mirando la lluvia de nuevo. Incluso si lo cancelan por un día, tenía la sensación de que la tierra podría estar demasiado húmeda para tener un campamento con éxito—. ¿Tal vez pueden cambiar la fecha?

—Estaba pensando lo mismo —dijo, y aunque no lo podía ver, estaba bastante segura de que sonreía—. ¿Estás ocupada esta noche?

—No —dije lentamente, sin saber lo que me estaría metiendo por admitir eso—. ¿Por qué?

—Voy a mandarte una dirección por mensaje —dijo—. Y fíjate si Dawn viene también.

—Está bien —dije, y esperé algo más de información, pero al parecer no daba ninguna—. ¿Qué es esto? —pregunté finalmente.

—Ya verás —dijo, y definitivamente sonreía ahora, estaba segura de ello—. Estate allí a las nueve. Y es posible que desees llevar un saco de dormir.



—¿Vas a dormir con Dawn de nuevo? —preguntó mi madre, parpadeando ante mí. Ella y mi padre tenían una mirada de sueño en su cara de personas que había pasado demasiado tiempo frente a sus computadoras.

220

—Sip —dije, tratando de decirme a mí misma que esto era solo un ligero retoque de los hechos. Todavía ni siquiera sabía a lo que Frank me había invitado, pero como la noche de la boda y nadar juntos, sabía que tenía que decirle a mi madre que tenía una fiesta de pijamas, al menos, eso me compraría una salida de última hora, sin hacer preguntas. O eso es lo que había pensado—. ¿Eso está bien?

—Me parece bien —dijo mi papá, empujando sus gafas en la parte superior de su cabeza y frotándose el puente de su nariz—. Solo asegúrate de que ella esté aquí también, para darle las gracias. ¿Está bien?

Asentí, encantada de cuán fácil había sido. —Seguro —dije—. Genial.

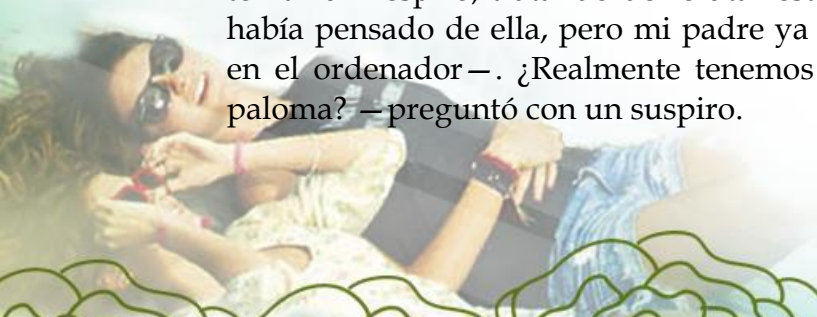
Empecé a irme cuando me di cuenta que mi madre todavía me miraba, con la cabeza ligeramente inclinada hacia un lado. —¿Cuando vuelve Sloane, Em?

—Oh —dije, sorprendida por la pregunta—. N-No estoy muy segura.

—Sloane —dijo mi papá, echándose hacia atrás en su silla y moviendo la cabeza—. ¿Ella lo está haciendo bien?

Lo miré, completamente confundida por eso. —¿Por qué no iba a estarlo?

—Ella siempre estaba un poco... perdida para mí —dijo. Estaba a punto de tomar un respiro, tratando de refutar esto, ya que era lo contrario de todo lo que había pensado de ella, pero mi padre ya se ponía las gafas y entrecerraba los ojos en el ordenador—. ¿Realmente tenemos que tener la escena de la muerte de la paloma? —preguntó con un suspiro.



—Sabes que tenemos —dijo mi madre, meneando la cabeza e inclinándose más a su propia computadora—. Estoy tan feliz de eso como tú.

Normalmente, me quedaba fuera del proceso de la escritura de mis padres. Tampoco me decían mucho más de lo que quería saber, o llegaban a la defensiva si hacía las preguntas más simples. Pero no iba a dejarlo. —¿Paloma?

Mi padre ya escribía con una mano, y utilizaba otra para apuntar a mi mamá. —Mientras Tesla moría —comenzó ella.

—En una habitación de hotel —interrumpió mi papá—. ¿Pueden pensar en algo más triste?

Mi madre continuó. —A medida que se moría, le decía a la gente que estaba enamorado de una paloma fuera de su ventana.

Me quedé mirándolos. —Una paloma.

Ella asintió. —Dijo que era la cosa más hermosa que había visto nunca. Que podía ver en su alma. Que era especial. —Comenzó a escribir de nuevo, y sabía que podía irme ahora, después de haber obtenido mi permiso para salir, y que mis padres estuvieran a pocos segundos de ni siquiera ser capaz de decir si yo todavía estaba en la habitación. Pero no creí poder dejarlo así.

—¿Y? —pregunté—. ¿Lo fue? Especial, quiero decir.

221

Mi madre me miró y me dio una sonrisa triste. —No —dijo—. Era solo una paloma. —Los dos empezaron a escribir de nuevo, sus teclados haciendo un tipo de música juntos. Escuché durante un momento antes de retirarme al comedor y cerrar la puerta tras de mí.



—¿Alguna idea sobre qué se trata esto? —preguntó Dawn mientras salíamos de nuestros coches y caminábamos hacia la puerta principal. Tenía un saco de dormir debajo de mi brazo, y vi que Dawn también; y que había sido lo suficientemente inteligente para traer una almohada, que ahora me di cuenta de que había olvidado. Había dejado de llover hace una hora o antes, pero todavía todo estaba frío y húmedo, y había una sensación en el aire como que la lluvia podría empezar de nuevo en cualquier momento.



—Ninguna —dije. Frank me había enviado mensajes con una dirección que no había significado nada para mí, pero tan pronto como me puse en camino, la reconocí. Era la casa que estaba vacía, que habíamos pasado mientras corríamos.

Frank abrió la puerta antes de que incluso tuviéramos la oportunidad de tocar, y se quedó en el umbral, sonriéndonos. —Hola —dijo, sosteniendo la puerta abierta—. Bienvenidas a la acampada cubierta.

—¿Cubierta qué? —preguntó Dawn mientras entrábamos. Inmediatamente me quité las sandalias y las puse junto a los zapatos de Frank y Collins, y Dawn siguió la corriente. Las paredes del vestíbulo eran blancas brillantes y los suelos de madera estaban impecables, y la última cosa que quería hacer era dejar un rastro de barro por todo el lugar.

—Acampada cubierta —repitió Frank. Me miró—. Alguien me dijo una vez que en un universo bien ordenado es la única manera de acampar. —Sonrió y luego nos llevó a la habitación principal, y vi lo que quería decir. La sala, toda la casa, estaba vacía, sin muebles en cualquier lugar, ni un solo adorno o mueble abarrotando el lugar. A excepción, es decir, por dos tiendas de campaña redondas que se había erguido dentro de la habitación. Había todo un campamento instalado en la sala vacía, incluyendo sillas plegables y una linterna Coleman—. Esto parecía como la segunda mejor opción.

222

—Y además, no hay bichos —dijo Dawn. Lanzó su saco de dormir junto a una de las tiendas de campaña—. Esto es impresionante.

—¿Está bien que estemos aquí? —le pregunté a Frank en voz baja.

Se encogió de hombros. —No es como si alguien la hubiera comprado —dijo, con una nota amarga en la voz que odiaba escuchar—. Así que, mientras no destruyamos el lugar, creo que va a estar bien.

Desde que no había electricidad —o ninguna luz o aparatos que funcionaran con electricidad— en realidad era un camping más verdadero de lo que había estado esperando. Cuando se hizo de noche fuera, se hizo de noche dentro de la casa, así, la única luz era de la linterna parpadeante que habíamos creado en el centro del "campamento".

Collins, por alguna razón, se había retirado toda la noche, sin participar realmente o salir con nosotros, y se había retraído en su tienda de campaña bastante temprano y mantuvo cerrada la cremallera. Pude ver que Dawn parecía herida por esto, pero mantuvo una cara valiente de todos modos, haciendo su mejor esfuerzo para unirse en cuanto Frank decidió que debíamos contar historias de fantasmas, a pesar del hecho de que todo lo que ella podía contribuir fue un resumen de la última película que había visto. Decidió dar la noche por terminada muy pronto después de eso, moviendo la bolsa de dormir para que estuviera al lado de la tienda de Collins, y comprimiéndola hacia arriba alrededor de sus hombros.

Y entonces éramos solo Frank, yo y una linterna parpadeante lanzando enormes sombras sobre las paredes blancas sin adornos. Se dirigió a su tienda redonda se color naranja, y extendió mi saco de dormir en el suelo, ahora realmente lamenté no traer una almohada conmigo. Había puesto mi sudadera debajo de mi cabeza, y trataba de encontrar un lugar donde mi rostro no estuviera golpeando la cremallera, cuando Frank sacó la cabeza fuera de su tienda de campaña.

— Buenas noches, Emily — dijo, estirándose para apagar la linterna.

— Buenas noches — respondí, dándole una sonrisa y tratando de no hacer una mueca cuando un poco de mi cabello quedó atrapado en la cremallera.

— ¿Qué estás haciendo? — preguntó, manteniendo la voz baja.

— Nada — dije, un poco a la defensiva —. Solo... ya sabes, durmiendo.

— ¿Dónde está tu almohada? — preguntó. Hubo un suspiro alto y el sonido de alguien dando vueltas en la tienda de Collins, y Frank miró, luego caminó más cerca de mí, arrodillándose delante de mi saco de dormir—. ¿Dónde está tu almohada? — preguntó, en voz más baja.

223

La luz de la linterna estaba jugando sobre sus rasgos, iluminando hacia arriba y luego tirándolo a la oscuridad de nuevo. Registré que él estaba vestido para la cama, con una camiseta gris que parecía suave y un par de pantalones cortos. Desde que no había sabido que me quedaría —lo que realmente debería haber sabido, considerando el hecho que me había dicho de traer un saco de dormir— todavía estaba en la camiseta y los leggins con los que había venido, lo cual felizmente podría doblarlo como prendas para dormir. Pero había movido mi sujetador bajo el saco de dormir, y así que me aseguré de seguir sosteniendo el saco de dormir alto cuando Frank se arrodilló a mi lado.

— No he traído una — dije, con un encogimiento de hombros —. Pero estoy bien. Tengo una sudadera. Y es igual de bueno.

— No lo es — dijo Frank, con una nota de finalidad en su voz, y de repente me pregunté si quería que me fuera a casa —. Es ridículo dormir así toda la noche.

— Oh — dije, sintiéndome más decepcionada por este pensamiento de lo que debería haber sido. Pero era como mi corazón hundiéndose en el fondo de mi saco de dormir —. Bueno. Puedo irme, entonces, supongo.

Frank sonrió y negó con la cabeza. — No seas estúpida — dijo —. Ven a compartir la mía. Es lo suficientemente grande para los dos.

— Pero... — empecé, pero Frank ya había tomado la linterna con él y se dirigió a su tienda —. ¡Frank! — grité-susurré, pero un segundo más tarde, la luz de la linterna se apagó. Collins suspiró ruidosamente desde su tienda de nuevo, y me di cuenta que tenía opciones limitadas. Podría quedarme aquí, con mi sudadera muy incómoda como almohada, y probablemente despertaría con una cicatriz de la

cremallera en mi cara que me haría quedar como un pirata; o podría compartir la tienda de Frank con él. ¿Parecería raro si no lo hiciera?

Y a pesar de que *Dormir junto a Frank Porter* no había estado en la lista de Sloane, el pensamiento todavía se sentía increíblemente aterrador. Pero no había otra opción real, a menos que quisiera llamar la atención sobre el hecho de que pensaba que podría significar algo cuando obviamente no lo hacía. Y la verdad era que lo quería. No sabía lo que eso significaba, y realmente no quería pensar en lo que significó hace un momento. Pasé unos minutos tratando de acomodar mi sujetador en la oscuridad, luego me di por vencida y lo metí en el fondo de mi saco de dormir, entonces me arrastré fuera de él y me acerqué a la tienda de Frank, tirando mi saco de dormir detrás de mí.

La solapa estaba la mitad abajo y desabroché todo resto del camino. Mis ojos se habían acostumbrado a la oscuridad lo suficiente para que pudiera ver a Frank sentarse y sonreírme. —Hola —dijo, su voz tranquila, pero de repente pareció ruidoso en este pequeño espacio cerrado.

—Hola —murmuré mientras ponía mi saco de dormir en el interior. Aunque no podía ver mucho, el interior de la tienda parecía más pequeño de lo que había sido en el exterior. Pero era una tienda de campaña para dos personas, y una bolsa de dormir de Frank estaba en un lado que parecía demacrado por la costura que pasaba por encima de la parte superior. Me aparté de ella cuando me metí en el saco de dormir, y luego tiré de ella enfrente de mí.

—¿Ves? —pregunto Frank, moviendo su almohada, así estaba justo en el centro de la costura, y nuestros dos sacos de dormir—. Más que suficiente. Mucho mejor que una sudadera.

Me acosté con lentitud, sobre todo pegada al borde de la almohada —a pesar de que parecía ser realmente ancha, y no era como si Frank y yo nos viéramos obligados a acostarnos justo al lado del otro.

Era consciente de lo *tranquila* que estaba la tienda —solo el sonido de la respiración de Frank y el crujido ocasional de uno de nuestros sacos de dormir y, desde el techo muy por encima, el sonido de la lluvia que debía haberse puesto en marcha de nuevo. Sentí que mis ojos empezaban a sentirse pesados, y podía oír que la respiración de Frank se volvía lenta y uniforme. Y aunque no pude ver los detalles —no era más que una forma en la cercana oscuridad— sabía que podría haberlo alcanzado y tocado su rostro sin extender el brazo.

—Buenas noches —susurré en la oscuridad.

—Buenas noches, Em —dijo Frank, con voz lenta y tranquila, como si pudiera dejarse ir en cualquier momento y no estar seguro de si esta conversación había sido parte de su sueño.



Me acurruqué en mi lado, frente a él, y sentí que me relajaba en la almohada que compartíamos. Y antes de que cayera en el sueño, registré que ahora nuestra respiración subía y bajaba al mismo tiempo.



Antes de que siquiera estuviera completamente despierta, pude sentir que algo era diferente. Abrí los ojos y me di cuenta después de un segundo que no estaba en la cama de mi casa. Me di cuenta un segundo más tarde que estaba acostada en una tienda de campaña con Frank, y que su brazo estaba alrededor de mis hombros.

225

Me sentí helada cuando traté de evaluar que nos habíamos movido en algún momento durante la noche. Estaba acostada a un lado, y así estaba Frank, ambos mirando de la misma manera. Todavía estábamos en nuestras respectivas bolsas de dormir, pero nos habíamos mudado más cerca durante la noche, y ahora estábamos acostados juntos, uno al lado del otro, como dos cucharas. Nuestras cabezas estaban cerca de la almohada y el brazo de Frank estaba sobre mis hombros y reposando en mi codo.

No me moví por lo que pareció al menos un minuto o dos, recordándome a mí misma mantener la respiración entrando y saliendo. Cuando conseguí respirar de nuevo, me di la vuelta un milímetro a la vez, haciendo una pausa cada vez que parecía que no había ningún problema en la respiración de Frank, hasta que estuve acostada sobre mi lado, y nos quedamos frente a frente. La luz era genial —debía haber sido temprano todavía— pero pude ver perfectamente a Frank. Tenía un pliegue corriendo por el lado de su cara y su cabello normalmente ordenado estaba hacia arriba.

Y mientras estaba allí, junto a él, su brazo todavía alrededor de mí, mientras compartíamos una almohada, me di cuenta que él me gustaba.

Por supuesto, como amigo. Pero esto era diferente. Esto era más que eso. Esto era querer llegar a más y tocar su mejilla, ligeramente, para no despertarlo. Esto era lo que había estado rondando en algún lugar de mi mente desde la noche de su cumpleaños cuando me miró un poco demasiado en la luz de la luna. Era lo que había sentido cuando había bailado en la boda. Era por eso que me sentí tan incómoda, yendo a recoger a Lissa. Era por eso que quería permanecer exactamente donde estaba, pero por eso también supe que tenía que irme.



Cerré nuevamente mis ojos por un minuto, a pesar que sabía que no sería capaz de volver a dormir, o de detener las revelaciones que se estrellaban contra mí. Era como golpear el botón de tu alarma —duermes con la oportunidad que nunca es muy buena, dado que sabes que se acaba el tiempo, y terminará muy pronto.

Me dejé mirarlo por más tiempo, sabiendo que nunca estaría así de cerca otra vez, entonces me sentí enferma cuando me pregunté si él y Lissa habían compartido esta carpa, también. Y, en verdad, ¿qué hacía yo aquí? Necesitaba irme.

Me salí cautelosamente de los brazos de Frank, y luego de mi saco de dormir. No quería despertarlo, no quería tener una conversación incómoda. Simplemente dejé mi saco de dormir donde estaba en lugar de tener que lidiar con cuan perturbador sería intentar sacarlo de la carpa. Abrí la solapa lo más lentamente posible, verificando que aquello no lo despertara, luego gateé y la volví a cerrar. Caminé en puntillas por el suelo, temblando en mi suéter, y luego lo estiré. Hacía frío fuera de la carpa, como en una fría casa sin chimenea, y froté mis manos, volteándome a la carpa mientras buscaba mi bolso.

Me detuve cuando me di cuenta que Collins estaba despierto, sentado al borde de su carpa, mirando a través de la habitación. Por un momento, era como si pudiera imaginarlo en algún lugar en los bosques, en la misma posición, mirando el amanecer y no un simple muro blanco. Me miró, y me sentí incluso más fría cuando vi su expresión. Sabía que me había visto salir de la tienda de Frank. Probablemente, asumí lo peor, a pesar que nada había pasado.

Respiré profundamente, para intentar explicarme mientras susurraba, pero Collins simplemente alejó la mirada, entrando a su carpa, y cerrándola tras de sí.

226



Oye, ¿estás bien?

¿No vamos a correr OTRA VEZ? ¿Finalmente estás lista para admitir mi superioridad?

¿Desayuno? ¿Te encuentro allá?

Em, ¿qué sucede?

¿Aún vendrás esta noche?



En los tres días que habían pasado desde el campamento en el interior, he estado evitando a Frank. Todavía intentaba centralizar mi mente con el hecho que me gustaba más que un amigo. Y tenía la sensación que si pasábamos más tiempo juntos, algo o todo esto se derrumbaría, probablemente de forma increíblemente embarazosa. Entonces por un momento, estaba siendo una cobarde, mandándole mensajes con respuestas vagas acerca estar enferma y haberme doblado el tobillo y estar ocupada con Paraíso. El último mensaje, sin embargo, no pude ignorarlo. Me había comprometido con la gala, gastaría un montón de dinero en el vestido, necesitaba tacharlo de la lista, e iba a ir. Me necesitaba como apoyo y como su amiga; sabía que tenía que estar ahí para él.

Aun voy. ¿Me envías la dirección?

Pero prepararse para ello no se sintió tan divertido y emocionante como había estado imaginado. No pude evitar pensar en la última vez que Sloane y yo nos habíamos preparado para un evento. Siempre habíamos intentado prepararnos juntas, incluso si solo una de nosotras iba a salir. Era simplemente más divertido tener alguien ahí, ayudando con el maquillaje, creando una estrategia para la noche, con el peso de las decisiones del vestuario. La última vez que habíamos hecho esto había sido para el baile de penúltimo año, en su habitación, ya que sus padres estaban fuera del pueblo. Había usado un increíble vestido clásico de Twice, un largo caftán a medida, y había hecho su maquillaje al estilo de los sesenta, toda ojos felinos y pestañas postizas, pero había mantenido su cabello moderno y cayendo en cascadas por su espalda.

—El toque final —había dicho cuando finalmente nos habíamos peinado y arreglado, y estuvimos listas para irnos. Había levantado la alfombra del suelo, y presionado la tabla suelta. La había visto hacerlo antes; era donde guardaba sus cosas preciadas, las cosas que no quería que se perdieran o arruinaran, dos cosas que pasaron a ser regulares en su casa. Se agachó, y sacó un pequeño frasco de perfume, y dio un toque de la fragancia en sus muñecas y garganta—. O si no, Milly gastará el frasco completo —dijo, ofreciéndome un poco mientras sacudía mi cabeza—. Y esto es caro. Fue un regalo de mi tía. —Lo volvió a dejar en su lugar, y arregló la alfombra. Luego me sonrió y dijo lo que siempre decía cuando salíamos—: Vayamos a tener la mejor noche de nuestras vidas.

Pensé en eso mientras me rociaba un poco de perfume. Tapé el frasco, y me miré mi reflejo en el espejo. El vestido sin espalda era justo tan sorprendente como había sido aquellas veces que me lo había probado en la tienda, pero no estaba segura si me gustaba ahora. Quería que Frank me notara en él, pero al mismo tiempo, se sentía que como lo último que debería desear.

—De acuerdo —dije, mientras me observaba en el espejo, enderezando mis hombros, y obligándome a decirlo ya que Sloane no estaba aquí—. Vayamos a tener la mejor noche de nuestras vidas.

Cautelosamente, me dirigí a las escaleras, sosteniendo el dobladillo de mi vestido, gritándoles un adiós a mis padres. Les había contado de la gala, y mi madre se había ofrecido a prestarme sus joyas que ya había usado para la boda. Le agradecí, decidiendo que no necesitaba saber que ya las había usado este verano.

Me dirigía a mi auto cuando me di cuenta que aún no tenía la dirección. Saqué mi teléfono, y vi que tenía un mensaje de Frank que debí haber ignorado cuando estaba en la ducha.

21 Randolph Farms Lane, ¡te veo pronto!

Me quedé mirándolo por un momento, incluso revisando el registro de mensajes, pero no había ningún texto de su parte diciéndome que bromeaba, o que había mandado la dirección equivocada. Pero no había nada más. Lo cual significaba, dándome cuenta mientras abría la puerta del auto, que iría a una fiesta en la casa de Sloane.



ABRIL

Tres meses antes

—¿Otro más? —Sloane me elevó una ceja.

Pese al hecho que mis ojos comenzaban a quemar, asentí inmediatamente. —Hagámoslo. —Estábamos en una maratón de *Psychic Vet Tech*, un programa que ninguna de nosotras tenía intención de ver cuando había salido este año, pero habíamos comenzado a verlo estando borrachas, pensando que sería divertido burlarnos, solo nos encontramos envueltas rápidamente. Dormiría en casa de Sloane, lo que siempre era más divertido que dormir en la mía. Cuando dormíamos en la mía, mi madre siempre estaba alrededor, esperando saber si necesitábamos algo, chequeándonos. Cuando dormía en la casa de Sloane, la mayoría de las veces, sus padres ni siquiera estaban ahí, y esta noche no era la excepción. Milly y Anderson estaban fuera por la noche, o tal vez por el fin de semana, Sloane no había estado segura, y ella había asumido el papel de anfitriona, llevándonos una bebida dietética con limón a los lados de las copas de vino, y cocinando la cena para ambas en la cocina.

—Es mi especialidad —dijo, saboreando algo de las ollas en la estufa, frunciendo el ceño, y luego añadiendo más pimienta—. Y lo digo literalmente. Es la única cosa que puedo hacer. Es mi pasta boloñesa. Pero no tenemos ninguna pasta. Así que es espagueti a la boloñesa.

—¿Dónde aprendiste a hacerlo? —pregunté, apoyándome contra la encimera de la cocina, tomando un sorbo de mi bebida dietética. Sabía que probablemente debería ofrecer ayuda, pero había algo en todo esto que se sentía muy glamuroso, muy *adulto*, que quería analizar.

Sloane bajó el pedazo de papel con el que trabajaba, y sacó un lápiz de su cabello, lo cual provocó que su cabello cayese por sus hombros. Lo sacó inmediatamente de su rostro, y garabateó algo en el papel, luego hizo un moño en su cabello y situó el lápiz a través de él. —¿La salsa? —preguntó—. Mi tía me enseñó. Y sé que tomé una foto de su receta, pero no la escribí. Y ahora no puedo encontrar qué cámara era, así que estoy intentando recordar... —Revolvió algo que burbujeara en el segundo quemador—. Así que esto puede que esté asqueroso —dijo, no sonando muy molesta por eso—. Solo te advierto.

Pero la pasta había estado deliciosa, y habíamos comido en el estudio de Anderson, ambas tendidas en el sofá de cuero con nuestros platos, estando más y más envueltas con Willa, la heroína, que trabajaba en la veterinaria y podía comunicarse con los animales a su cuidado, usando sus conocimientos para ayudarla a resolver crímenes.

—Increíble —dijo Sloane ahora, mientras se estiraba—. Creo que puedo aguantar dos más esta noche, ¿qué hay de ti?

—Absolutamente —dije, a pesar que tenía la sensación que terminaríamos la primera temporada, y dormiríamos cuando el sol comenzara a salir. Lo habíamos hecho antes. Me puse de pie, y agarré los platos, dándome cuenta que nuestras copas estaban vacías—. ¿Quieres otra copa?

—Claro —dijo, mientras se acurrucaba en el sofá, seleccionando el otro episodio—. ¿O por qué mejor no agarras el vino que está en el refrigerador?

—Está bien —dije, esperando que no haya sonado confundida por eso. Sloane siempre insistía en que a sus padres que no les importaba si bebíamos, incluso si estaban en casa, eso era muy diferente de cómo había sido criada, aún seguía teniendo problemas meterme eso en la cabeza.

Caminé en dirección a la cocina, y un poco más lento de lo que necesitaba, intentando asimilarlo todo. La casa de Sloane no podía haber sido más diferente a la mía, con sus antigüedades, alfombras y pinturas de óleo con luces individuales. Crucé por la cocina sin encender la luz, y puse los platos en el fregadero. A diferencia de mi casa, donde la cocina era el centro y todos se reunían ahí, parecía mayormente que no era ocupada en la casa de Sloane. La primera vez que había abierto el refrigerador, había estado conmocionada de ver que solo habían algunos cajas de comida rápida, una botella de champagne, y unos cuantos paquetes de ketchup. Honestamente, no había sabido que era posible tener un refrigerador sin una botella de ketchup en ella. Abrí el refrigerador, y alcancé la botella de vino blanco.

—¿Divirtiéndote? —Me volteé, mi corazón latiendo con rapidez, y vi a Milly sentada en el taburete de la cocina en la oscuridad, con una copa de vino tinto en su mano. No había sabido que los padres de Sloane habían vuelto, pero me di cuenta que habían vuelto, como lo hacen normalmente, de un lugar caro; Milly usaba un vestido a medida hasta el suelo que se agrupaba en sus descalzos pies.

—Oh —dije. Bajé la mirada a la botella de vino que sostenía en mi mano, y me di cuenta de cómo debió parecer. Una cosa era que Sloane me dijera que sus padres estaban bien si nosotras bebíamos, pero era muy distinto que su mamá me atrapara tomando su vino—. Sí. Um...

—¿Podrías cerrar la puerta, querida? —preguntó Milly, levantando su mano para bloquear la débil luz del refrigerador. La cerré, y la cocina cayó en una oscuridad otra vez.

—Um —dije, intentado decidir qué debería hacer. ¿Esconder el vino? ¿Dejarlo donde estaba? ¿Fingir que estoy bien con esto, también?—. Muchas gracias por permitirme quedarme.

—Por supuesto, Amanda —dijo, sonriéndome mientras tomaba un sorbo—. Es nuestro placer.

Simplemente mantuve la sonrisa en mi rostro, insegura si debería corregir a un adulto, a la madre de Sloane, sobre esto. Parecía menos vergonzoso para ambas si solo lo dejara pasar. Pero debió haber algo en mi expresión, incluso en la oscuridad, que debió haberse notado porque Milly bajó su copa, y me entornó los ojos. —No te llamas *Amanda* —dijo, sacudiendo su cabeza—. Dios mío, ¿dónde está mi mente?

—Me llamo Emily —dije, con una risa que esperaba que no sonara forzada.

—Sí, por supuesto —dijo Milly, riéndose de sí misma—. Olvidaría mi propia cabeza si no estuviera pegada a mi cuello. —Asentí a eso, y estaba a punto de decir algo más de un tema seguro, como el clima, cuando Milly continuó, pensativamente—: No, Amanda era la mejor amiga de Sloane en Palm Beach.

Tomó otro sorbo otra vez, como si nada estuviera mal, e intenté no demostrar cuán impactada estaba. Sloane nunca había mencionado a alguna Amanda.

231

—Y luego estaba... ¿Cuál era el nombre de la chica de Carolina del Sur? —preguntó Milly, golpeando la mesa con sus uñas, ahora pareciendo hablar más con ella misma que conmigo—. Cuando estaba con mi hermana Laney... —Me di cuenta, de pronto, que aquel no era el primer trago que había tenido esta noche. Había una flojera en su voz que no estaba acostumbrada a oír, y me hizo sentir nerviosa. Entre eso y el hecho que sostenía una botella de vino frente a un adulto que no me sermoneaba, de repente se sintió como si no hubiera nadie a cargo—. ¡Charlotte! —dijo triunfalmente, tomando otro sorbo de su vino.

Le di en respuesta una risa débil, aunque mi mente daba vueltas. Y me golpeó que probablemente no podía preguntarle a Sloane, exigir que me contara de las otras amigas que tenía. O si lo hacía, probablemente, me contaría de ellas, chicas que nunca pensé en preguntar ya que nunca, hasta ese momento, imaginé que existían. Sabía, racionalmente, que no era un gran problema, y que me molestaba por nada. Pero aun así.

—¡Em! —Me volteé en dirección a la voz de Sloane, y me di cuenta que posiblemente se preguntaba qué me había pasado—. ¡Vamos! El otro episodio de llama "El Diamante y el Perro salchicha", sabes que será grandioso.

—Debo... —dije, avanzando a la puerta.

—Por supuesto —dijo Milly, sonriéndome vagamente. No exigía su vino de vuelta, por lo que lo llevé conmigo—. Es bueno verte otra vez, querida.

Me obligué a sonreírle de vuelta. —A usted, también. —No pude decir por qué, pero tenía la sensación que ya había olvidado mi nombre. Caminé directamente a la biblioteca, sin detenerme a mirar esta vez, y tomé asiento junto a Sloane en el sillón.

—Por fin —dijo mientras me quitaba el vino y nos servía ambas en una copa—. Me comenzaba a preocupar de que te hayas perdido o algo.

Estaba a punto de decirle a Sloane que sus padres estaban aquí, y su madre estaba en la cocina, cuando me di cuenta que no tenía idea hace cuanto habían estado de vuelta. Pero la verdad era que no habían venido a saludar a su hija. Y de repente, extrañé a mi madre, su constante empeño cada vez que tenía una pijamada, su presencia que sabía que podía depender de eso, sin importar nada. —Apenas me muevo —dije, mientras agarraba el control remoto, y la apuntaba a la televisión, sonriéndole—. Comí demasiada pasta. ¿Lista?

Sloane aplaudió, y me sonrió. —Siempre.



14

Roba algo

Traducido por Vanessa Farrow, florbarbero & Annabelle

Corregido por Laurita PI

Me puse de pie contra la pared de lo que fue el salón de Sloane, sostenía un vaso de agua con gas que conseguí de un camarero que pasaba. Tragaba, esperando que el frío me despertara, así podía tratar de entender qué sucedía. Porque se sentía un poco como si acabara de caer en una pesadilla, o en uno de los juegos experimentales de mis padres, donde todo está diseñado para que se sienta fuera de balance.

233

Estaba de pie en la sala de Sloane, y todavía era la sala de Sloane. Todo se encontraba allí aún. Los muebles, las alfombras, las pinturas al óleo con sus lucecitas, los libros encuadernados en cuero en los estantes. Nada de esto tenía sentido para mí. ¿Por qué los Williams dejaron todas sus cosas atrás? Por un momento, me pregunté si eso significaba que iban a volver. Pero incluso yo no era capaz de hacérmelo creer, y otra explicación empezó a dar vueltas en mi mente — tal vez lo dejaron atrás, porque no era suyo para llevárselo.

La casa se encontraba llena, en su mayoría, de gente que parecía más o menos de la edad de mis padres, con esmoquin y vestidos de noche, con camareros pasando alrededor con bandejas. Frank me saludó desde el otro lado de la habitación cuando entré, pero claramente estaba siendo monopolizado por amigos de sus padres. Yo estaba bien con eso, porque todavía no me sentía segura de qué iba a decirle, o que iba a pasar entre nosotros. Los padres de Frank, de pie en el centro de la habitación, parecían estar ofreciendo la ilusión de que las cosas aún se encontraban muy bien con ellos, a menos que eligieras notar lo alejados que se encontraban, y cómo nunca parecían hablarse el uno al otro.

Miré alrededor de la sala familiar, una que pensé que nunca volvería a ver —y ciertamente, no luciendo como siempre lo hacía. Mastiqué un cubo de hielo y de nuevo me hizo doler los dientes. Ahora que me hallaba en su casa, experimenté una repentina y sorpresiva emoción, echaba de menos a Sloane intensamente.

Pero la extrañaba todo el tiempo. ¿Verdad?

Mientras agitaba el vaso, sólo para oír el tintineo de cubitos de hielo, me di cuenta que no lo hacía, recientemente no la extrañaba. Su lista se convirtió en menos sobre Sloane, y más sobre mí. Y Frank, Dawn y Collins, también. No estaba segura de qué significaba eso. No me sentía segura de qué quería que significara. Tomé un sorbo de agua, preguntándome cuánto tiempo más me tendría que quedar. Me sentía nerviosa y de mal humor, como si estar en la casa de Sloane me hacía pensar en cosas que no había tenido que enfrentar desde hace tiempo. Y lo único que quería era volver a casa y no salir hasta que las cosas tuvieran sentido de nuevo.

Vi a Collins a través de la habitación, y lo saludé con la mano. Se encontró con mis ojos, pero luego desvió la mirada, y pude verlo suspirar antes de girarse y dirigirse hacia mí, moviéndose expertamente entre la multitud, con las manos metidas en los bolsillos del esmoquin. Se vistió de gala para la ocasión, usando una pajarita marrón y fajín ventral a juego, junto con un pañuelo de bolsillo.

—Te ves muy elegante esta noche —le dije, tan pronto como se encontraba cerca de mí.

—Gracias —dijo un poco pronto. Me miró, y luego alejó la mirada—. Bonito vestido. —Por la forma en que lo dijo, podía decir que no era exactamente un cumplido. A pesar de que la casa se recalentó, hay demasiada gente y no hay suficiente aire, de repente sentí escalofríos. Y recordé la mirada que Collins me dio cuando dejé la tienda de Frank.

Como si percibiera este pensamiento, Frank nos miró a mí y a Collins, hizo una mueca y dio una expresión de *Lo siento por eso*.

—Mira —dije, volviéndome hacia Collins. Tomé aire y decidí ir directamente y no molestarme en dejarlo fluir suavemente—, acerca de la otra mañana, lo que viste. ¿A mí en la tienda de Frank? No ocurrió nada. Simplemente no llevaba una almohada.

—No creo que pasara nada —dijo Collins, su voz plana.

—Oh —dije, un poco molesta por esto. Esperaba que esto, de alguna manera, fuera una conversación mucho más larga—. Simplemente no quiero que pienses que haría algo así.

—Emily, no lo creo —dijo Collins, sonando molesto ahora—. Vamos. Nosotros somos amigos. —Sólo lo miré por un momento, y tal vez algo de lo que pensaba se reflejaba en mi expresión, porque frunció el ceño—. ¿Qué?

—Yo sólo... —empecé. Realmente no esperaba tener esta conversación con él, pero estábamos allí, así que bien podría decirle que me molestaba, sólo un poco, todo el verano—. Es sólo que a veces... parece como que no me quieres cerca. Eso es todo. A veces, creo que sí —añadí rápidamente—. Pero es un poco confuso.

Collins me miró por un momento, y luego inclinó la cabeza en dirección a la terraza lateral. Asentí, y él dirigió el camino afuera, como si fuera quién conocía esta casa bien, como si hubiera sido el que se sentaba en esta terraza con Sloane en las sillas de reclinables, los pies apoyados en la barandilla, mirando las estrellas, hablando durante horas.

La terraza se encontraba vacía, tal vez porque el aire se sentía húmedo y mojado, y había una cargada, sensación de pesadez, como si el cielo se pudiera abrir y pudiera estallar una tormenta en cualquier momento. —¿Vamos de verdad a hablar de esto? —preguntó, cuando los dos nos encontrábamos fuera—. ¿Vamos a ser honestos?

—Um —le dije—. Está bien. Honestos.

Collins apartó la mirada por un minuto, a las colinas que habían estado en el patio trasero de Sloane, luego se volvió hacia mí. —Frank es mi mejor amigo. Lo ha sido desde que éramos niños. Pero la mayoría de las veces, sólo consigo pasar el rato con él cuando no está con Lissa, o en el gobierno estudiantil, o con las especies más nuevas de ranas que necesitan ser salvadas.

—Collins... —comencé, pero ondeó la mano.

—Está bien —dijo—, es lo que es y lo acepto. Pero este verano, cuando ella no estaba, cuando él no trataba de salvar el mundo o conseguir la transcripción más brillante en la historia, pensé que iba a ser el verano de Frank y Collins. Trabajando juntos, pasando el rato...

—Y eso es lo que pasó —dije, oyendo cuán defensiva era mi voz, porque creía que sabía dónde iba.

—Durante aproximadamente una semana. Y entonces apareciste.

Tragué saliva. A pesar de que accedí a ser honesta, eso no significaba necesariamente que me gustaba esta conversación. —Pero... —empecé.

—Y estuve planeando este viaje de campamento por siempre, y cuando se suspendió por lluvia, Frank me dice que tiene esta gran idea de cómo compensarlo. Y te invita a ti y a Dawn. —Dejó escapar un suspiro y se quedó mirando el suelo de madera rayado, con los hombros encorvados.

—No fue mi intención meterme entre ustedes —dije finalmente, esperando que supiera que nada fue deliberado—. Lo siento.

—Lo sé —dijo Collins, sacudiendo la cabeza, sonando frustrado—. Y estoy seguro que Frank ni siquiera sabe que lo está haciendo. Simplemente es difícil, ser siempre la segunda opción de alguien.

Asimilé la expresión de Collins y me di cuenta por qué era tan familiar. Era la misma que tenía cuando Sloane comenzó a escoger a Sam sobre mí. Fue la razón

por la que empecé a saltar encuentros y prácticas de cross-country, porque quería pasar el rato con ella cada vez que podía. —Lo sé —dije en voz baja.

—Yo creo que sí —dijo Collins. Se encogió de hombros—. O al menos, lo harás muy pronto.

—¿Qué quieres decir? —pregunté. Collins me miró durante un largo rato, y me dio la impresión de que sopesaba cuánto decirme—. Honestidad —le recordé.

—Está bien —dijo, cruzando los brazos—. ¿Qué crees que va a pasar cuando Lissa vuelva?

Esta pregunta, además de lo que me di cuenta en la tienda, me golpeó como si pareciera ser fuerza física. —Yo... ¿Qué quieres decir?

—Quiero decir, ¿crees que él va a seguir saliendo contigo? ¿Y vas a seguir pasando el rato con Dawn cuando esté de vuelta en la escuela en Hartfield? —Me dio una mirada calculada, y me di cuenta de que Collins estuvo prestando mucha más atención este verano que del crédito que le di—. Septiembre llegará pronto, Emily. Y sé que perdiste tu amiga, pero no hiciste un buen trabajo escogiendo reemplazos.

Di un paso atrás; se sentía como que Collins me hubiera abofeteado. —Eso no fue... —empecé—. No hice eso. —Pero las palabras dieron en el clavo; no estarían afectándome de esta manera si no lo hubieran hecho. Era más o menos lo que había pensado, después de todo.

—Está bien —dijo Collins con un encogimiento de hombros, claramente dispuesto a dejarlo ir.

—¿Y no *vamos* a ser amigos? —pregunté, un poco combativa. Todavía trataba de sacar de mi cabeza el hecho de que aparentemente todo lo que pensaba que había construido este verano iba a desaparecer en algunas semanas.

—Seremos amigos —me dijo—. Pero... —dijo, y con esa palabra, fue como si la vieja personalidad de Collins regresara; su misma postura pareció cambiar—, cuando empiece a salir con una dama muy afortunada que será mi constante cita, tal vez no tanto. —Me guiñó un ojo—. Tú entiendes.

—¿Quieres escuchar la verdad? —pregunté. Ni siquiera pensé en ello, de repente quería ser tan directa con él como lo había sido conmigo—. ¿Todavía somos honestos sobre esto? —Collins asintió, pareciendo cauteloso, y dije—: Solo le preguntas a las reinas del baile, porque sabes que dirán que no. —Sólo había sido una teoría, pero cuando se sonrojó de un color rojo opaco, me di cuenta de que estaba en lo correcto—. ¿Por qué no tratas de pedírselo a alguien que en realidad podría decir que sí?

Collins se limitó a sacudir la cabeza. —No espero que entiendas esto, Emily —dijo después de una pausa—. Pero, ¿quién va a querer salir conmigo? —Su voz era temblorosa, y después de un verano de bravuconería, teatrales guiños y polos

de neón, me sentí como si por fin lo estuviera viéndolo, honesto y con la guardia baja. No es el tipo que intentó la semana pasada conseguir que cada uno lo llamara DA Genial C —Damas Aman al Genial Collins— a pesar de que sólo parecía pegarse a Doug del trabajo. Este era el verdadero Collins. Y el verdadero Collins parecía triste y decepcionado. Soltó una breve carcajada y se señaló a sí mismo —. No soy exactamente un buen partido.

—Por supuesto que sí —le dije, sorprendida y un poco loca porque él no podía ver esto—. Y debes preguntarle a Dawn. —Cuando dije esto, sólo esperaba haber entendido sus comentarios espontáneos sobre él, por no mencionar el tiempo que le tomó apartar la mirada cuando él nadó desnudo.

Collins me miró durante un largo rato, y luego hacia el suelo. —¿Crees que ella diría que sí? —preguntó finalmente, sonando más nervioso de lo que jamás lo había oído.

Quería ser capaz de decirle que sí definitivamente, pero realmente no me sentía segura de nada. —¿Qué es lo peor que podría pasar? —le pregunté, haciendo mi mejor esfuerzo para darle una sonrisa. Me dio una sonrisa tentativa en respuesta cuando la puerta de la terraza se abrió.

—¡Matthew! —Una mujer mayor, la mujer de una pareja que había estado hablando con Frank durante la mayor parte de la noche, hizo un gesto para que se uniera a ellos en el interior. Collins me miró, pero la mujer parecía muy insistente, haciendo grandes movimientos de *Ven aquí* con las manos enojadas que captaron la luz y las reflejaban en las paredes.

—Lo siento —me dijo Collins—. Uh...

—Ve —dije, dándole una sonrisa—. Estaré bien. —Asintió e hizo su camino de regreso a la casa, y lo seguí un minuto después. Al pasar por la sala de estar, sentí a Frank tratando de llamar mi atención, pero aparté la mirada, y la dirigí a mi vaso. Podía escuchar fragmentos de conversaciones, mientras caminaba, términos arquitectónicos que no entendía, pero también fragmentos de conversaciones que me desconcertaban.

Sí, la casa es impresionante ¿no? Todos los muebles originales Harrison... en confianza... alguna pelea por un testamento... No sé, algunos inquilinos, ¿creo? Bueno, ya no...

Cada habitación en la que entré, vi a Sloane. Allí estaba el sofá donde nos inyectamos temporadas completas de programas de televisión; la mesa donde nos habíamos sentado, compartiendo una pinta de helado mientras me contaba todo sobre su primer beso con Sam, ahí se encontraba el mostrador donde distribuyó cada sombra de ojos que poseía, tratando de conseguir que mis ojos se volvieran del mismo color.

Acababa de darle mi vaso vacío a un camarero de aspecto aburrido cuando vi las escaleras de atrás al final del pasillo. Había una cinta atada a través de ellas,

lo que indicaba claramente que las habitaciones de arriba se encontraban fuera de los límites.

Me dirigí hacia las escaleras, ya buscando una coartada por si necesitaba una. *Estaba buscando el baño. No vi la cinta. Me perdí.* Miré rápidamente sobre cada hombro, luego levanté la cinta, me metí debajo de ella, y corrí escaleras arriba.

Al igual que la planta baja, todo el piso de arriba era aún el mismo. La mesa de la sala, las pinturas al óleo, los mapas enmarcados. Busqué un buen rato la ventana al final del pasillo, la que tiene las cortinas de color beige, la que ayudó a Sloane a entrar el día que nos conocimos, el día que me dijo que ella me estuvo esperando —o alguien como yo.

Aparté la vista de la ventana y caminé por el pasillo hasta la habitación que fue de Sloane. Hice una pausa por un momento fuera de ella, rezando para que no estuviera bloqueada. Pero el viejo pomo de cristal giró con facilidad en mi mano, y miré alrededor de nuevo una vez más antes de deslizarme dentro.

Todo el mobiliario era el mismo —pero todo era diferente. Cuando la habitación era de Sloane, había cosas por todas partes, el maquillaje y la ropa y las revistas de moda británicas que ella ordenó de forma especial, ocupando la superficie de cada cómoda y la mayor parte del piso. Ella entrelazó luces titilantes alrededor de su cama con dosel y cubrió el espejo con imágenes —ella y yo, ella y Sam, páginas arrancadas de revistas. Pero ahora, todo rastro de ella se había ido. Era sólo un cuarto anónimo, que podría haber pertenecido a cualquiera.

Era peor, de alguna manera, estar aquí que estar en cualquier otra habitación de la casa. Empecé a irme cuando de repente me di la vuelta, recordando algo.

La alfombra estaba todavía allí, y la levanté, doblándola hacia atrás y tratando de recordar dónde se encontraba la tabla suelta. Cuando la encontré, sólo se abrió un poco, y presioné más duro, jalándola hacia arriba. Cuando Sloane la usaba, por lo general había una colección de cosas, rotando cuando su importancia cambiaba. Pero ahora, sólo había una de sus cámaras desechables y una fina capa de polvo. Saqué la cámara, limpiándola. No tenía nada escrito en ella, y parecía como si hubieran tomado todas las fotos.

No sé que esperaba. Puse la tabla de nuevo donde se supone que esté, desdoblé la alfombra, y salí de la habitación de Sloane, y no me permití mirar hacia atrás, cerrando la puerta detrás de mí y corriendo escaleras abajo, a pesar de que la última cosa que quería hacer era volver a la fiesta.

Regresé a la sala de estar sin ser detenida y vi que los padres de Frank se encontraban ahora aún más lejos el uno del otro, sonrisas fijas en sus rostros, y Frank no se hallaba por ningún lado. Traté de ajustar la cámara en mi bolso, pero era uno de los pequeños, los inútiles, y era apenas lo suficientemente grande para meter mis llaves y la identificación, por lo que no había manera de meter una

cámara desechable en él. Me dirigí hacia la puerta principal, alegre de encontrar una excusa para alejarme de la fiesta por un rato, pensando en solo irme en mi coche.

—Hola. —Me volví, mi mano en el pomo de la puerta, y vi a Frank. Su pelo se hallaba ligeramente torcido, como si hubiera estado pasando sus manos a través de él. Llevaba un esmoquin, y la vista de él en traje me hizo sentir fuera de balance. Se veía tan guapo, tuve que apartar la mirada de él, o sabía que no sería capaz de dejar de mirar.

—Hola —dije, mayormente a mis zapatos—. ¿Cómo estás?

Miró hacia el centro de la sala, donde ahora sus padres se encontraban de pie en lados opuestos. —Acá estoy —dijo seriamente—. ¿Te estás yendo?

—Bueno —le dije, mirando a la cámara en mi mano—. Sólo iba a mi auto...

—Porque si es así —dijo Frank, superponiéndose conmigo—, me encantaría un viaje a casa. Tengo que salir de aquí.

—Oh —dije—. Um, claro. —Me sentía más que feliz de irme, simplemente no sabía si se suponía que Frank lo hiciera. Pero solo asintió y abrió la puerta para mí. Di un paso y lo escuché suspirar.

—Eso realmente es un vestido —dijo, y me di cuenta que debe haber visto la espalda... o la falta de ella.

239

Caminamos por las escaleras juntos, por los escalones en los que me senté junto a Sloane, mientras leíamos montones de revistas y trabajamos en nuestros bronceados, los escalones en los que me senté cuando me encontraba desesperada por encontrarla. —¿En un buen sentido? —pregunté. Frank abrió la boca para contestar mientras un trueno retumbaba a lo lejos—. Será mejor que nos vayamos —le dije, tomando ritmo—. El techo es abierto.

Caminamos juntos a través de la entrada de Sloane. Evité los aparcacoches y simplemente estacioné al final de una larga fila de autos al lado de la carretera, así que tuvimos que caminar un poco hasta el coche. —Gracias —dijo Frank mientras caminábamos.

—Claro —le dije, mirando por encima de él. Tenía las manos en los bolsillos, y lo conocía lo suficiente como para saber que se hallaba molesto por algo—. ¿Está bien que te vayas?

—Está bien —dijo brevemente—. Realmente no debería haber venido en primer lugar. Siento haberte arrastrado hasta aquí.

—Está todo bien... —Empecé a decir, cuándo un trueno retumbó de nuevo y los dos apuramos nuestro ritmo, corriendo hacia mi coche ya que el viento comenzaba a soplar, y noté que funcionábamos normalmente, sólo que con ropa de noche, y no camisetas y pantalones cortos. Había algo extraño entre nosotros esta

noche, alguna extraña tensión que no estaba allí antes, y no creo que sólo viniera de mí. Abrí el coche, y ambos entramos. No me molesté en encender la música, di la vuelta y pasé la casa de Sloane de nuevo, camino a la carretera. Mientras lo hacía, vi la casa toda iluminada, a través de las ventanas, la multitud con sus esmóquines y trajes de gala. Así era como siempre imaginé la casa, y esta noche, fui una parte de ella. Pero no me sentí cómo pensé que lo haría. Me sentía triste.

Giré por el camino que me llevaría a la casa de Frank, y empecé a conducir un poco más rápido de lo que normalmente haría, preocupada por la lluvia que tenía la sensación se avecinaba. No podía dejar de pensar en la lona y la pieza de madera que descansaba, cálida y seca, en el garaje. Habíamos recorrido casi la mitad camino hacia la casa de Frank sin decir una palabra, cuando lo miré. Tenía la mandíbula tensa mientras miraba por la ventana, y supe que algo andaba mal. — ¿Estás bien? — pregunté finalmente.

— No lo sé — dijo, mirando por encima de mí. De repente vi que esto no era sólo por sus padres... también se encontraba enojado conmigo —. ¿Qué te sucede? Desapareciste del campamento sin decir adiós, no respondes ninguno de mis mensajes de texto, luego, te presentas esta noche en ese vestido...

— ¿Qué pasa con el vestido? — pregunté, ajustándome el escote, sintiéndome repentinamente cohibida.

240

— Nada — dijo Frank, dejando escapar un suspiro y sacudiendo la cabeza —. Sólo estaba preocupado, eso es todo.

— Lo siento — le dije —. Simplemente... estuve pensando en algunas cosas.

Me miró por un momento. — Yo también. — Asentí, pero de repente tenía miedo de preguntarle qué cosas pensó. ¿Qué pasa si Collins tenía razón, y él pensaba que no podíamos seguir siendo amigos? —. Emily — dijo, pero justo en ese momento, la lluvia comenzó a golpear el parabrisas y atravesar mi techo corredizo.

— Oh, Dios mío — dije, acelerando —. Lo siento mucho. Sólo... um... — La lluvia caía con más fuerza, y encendí mis limpiaparabrisas. Empezaba a mojarme mientras la lluvia entraba por el techo corredizo. A pesar de que no me encontraba directamente debajo de él, el agua golpeaba la consola y me salpicaba, viniendo desde los costados cuando el viento soplaba. Metí la mano en el costado de la puerta, donde tenía la cámara de Sloane y se lo entregué a Frank —. ¿Pondrías eso en la guantera? — pregunté, levantando la voz para hacerme oír por encima del viento que comenzaba a levantarse.

La tomó, mirándome por encima con una pregunta en sus ojos. Pero miré hacia adelante, concentrándome sólo en llegar a casa antes de que nos mojáramos demasiado o alguno de los dos dijera algo que no debería.



Entré en el camino de su entrada y estacioné el auto, esperando que saliera y corriera mientras estuviera, al menos parcialmente seco. Pero simplemente me miró a través del coche, a través de la lluvia que caía a cántaros en mis portavasos.

—¿En qué pensabas? —preguntó, con una expresión seria e inquisidora—. No has hablado conmigo toda esta semana. ¿Qué era?

—Nada —dije, apartando la mirada de él—. Te lo dije, lo siento. Tienes que ir adentro, estás empapándote...

—No me importa —dijo, inclinándose hacia adelante—. Dime en que pensabas.

—En nada —dije, tratando de pasar de esto, intentando regresar a algo en donde me sintiera más en terreno firme. Tomé el juego que usábamos durante el verano, la frase me sabía de memoria—. Sabes, en un universo bien ordenado... — Pero lo miré, la lluvia corriendo por su rostro, la camisa blanca mojada, y me di cuenta que no podía terminar esta vez.

O a lo mejor podía, porque me incliné hacia delante, hacia la lluvia, y lo besé.

Me devolvió el beso. Duró sólo un instante, pero me devolvió el beso, de inmediato, sin vacilación, como si siempre lo hiciéramos.

241

Pero luego se apartó y me miró. Nos encontrábamos inclinados hacia adelante, lo cual era ridículo, ya que eso significaba que nos ubicábamos justo debajo del lugar donde el agua entraba en el coche.

Lo miré de nuevo a través de la lluvia que caía a cántaros entre nosotros y respiré, tratando de decir algo, cuando se inclinó hacia delante, ahuecando mi mejilla con su mano, y me besó de nuevo.

Y fue un beso que parecía podía detener el tiempo. La lluvia caía sobre nosotros, pero ni siquiera la percibía o me preocupaba por ella. Nos besábamos como si fuera un lenguaje olvidado que alguna vez practicamos con fluidez y encontramos de nuevo, besándonos como si fuera la única cosa que ambos queríamos hacer desde hace mucho, mucho tiempo, besándonos con la urgencia de la lluvia cayendo a nuestro alrededor y sobre el capó del coche. Sus manos se enredaron en mi cabello, y luego tocaron mi espalda desnuda, y yo temblaba de una manera que no tenía nada que ver con el frío. Su rostro se encontraba mojado cuándo pasé las manos debajo de su mandíbula y por sus mejillas, atrayéndolo hacia mí, sintiendo mi corazón latiendo contra el suyo, sintiendo que a pesar de la lluvia, a pesar de todo, sería feliz quedándome así para siempre.

Hasta que, de pronto, Frank se detuvo.

Se apartó y dejó caer las manos de mi pelo. Se recostó pesadamente contra el costado del coche. —Oh, Dios mío —dijo en voz baja.

Me senté de nuevo, tratando de normalizar mi respiración, que era superficial. —Frank... —Empecé, a pesar de que no tenía nada para decir.

—No —dijo rápidamente. Me miró, y pude ver lo infeliz que lucía repentinamente, por mi culpa. Yo hice esto. Caí en la realidad en una oleada horrible. Él tenía una *novia*. Tenía una novia seria, yo lo sabía, seguí adelante y lo besé de todos modos. Repentinamente me sentí enferma, y miré cómo mis manos temblaban.

—Lo siento —dije en voz baja, oyendo cómo sonaba mi voz rasposa—. No debería haberte...

—Me tengo que ir —dijo—. Yo... —Me miró, pero no continuó. Después de un momento, abrió la puerta, salió, cerrándola con fuerza detrás de él y caminó por las escaleras a su casa, sin correr, con los hombros encorvados, simplemente dejando que la lluvia cayera sobre él. Esperé hasta que vi que entraba a la casa. Y luego esperé un momento más, para asegurarme de que no iba a volver a salir y de alguna manera mejorar las cosas de nuevo.

Cuando quedó claro que eso no iba a suceder, puse el coche en marcha y me dirigí a casa.

Y cuando empecé a llorar, mientras aparcaba en la entrada de mi casa, llovía con tanta fuerza que podía fingir que era sólo la lluvia golpeando mi cara, y no lágrimas por haber perdido a otro amigo.

242



—¿Em? —llamó mi madre desde el marco de la puerta y asomó la cabeza en mi habitación, con una expresión preocupada—. ¿Estás bien, cariño?

Levanté la mirada desde el suelo, donde, en un esfuerzo por tratar de negar el hecho de que todo en mi vida se caía a pedazos, estaba limpiando mi armario.

La mañana después del beso, le envié un mensaje a Frank, pero no obtuve ninguna respuesta. Me pasé el día mirando mi teléfono, esperando saber de él, contenta de que por una vez que Paraíso estuviera totalmente desierto, ya que habría sido inútil para cualquiera que quisiera un helado. Finalmente me quedé sin fuerza de voluntad esa noche y lo llamé, pero fui derecho a su correo de voz. Tampoco tuve noticias de él al día siguiente, y finalmente le pedí a Beckett que ocultara mi teléfono en algún lugar alto para dejar de mirarlo. Al tercer día, tratando de fingir que no lo acechaba, simplemente hice algo de ejercicio, pasando



por delante de su casa, y vi que su camioneta se había ido. Pensé que tal vez se encontraba en el trabajo, pero tampoco se hallaba allí a la noche, cuando conduje por delante de la casa. Fue esa noche, cuando empezaba a pensar que realmente nunca iba a saber de él, que me envió un mensaje de texto.

Hola, no puedo hablar ahora.

Ordenando las cosas. Dentro de poco.

Como alguien que fue criado por dos dramaturgos, entendí el subtexto. Y este texto, junto con el hecho de que no oí hablar de él en tres días, significaba que Frank me estaba alejando, actuaba como si fuera un extraño. Era evidente que quería olvidar lo que pasó, y actuar como si el beso nunca existió —como si eso lo hiciera desaparecer.

Esquivé las llamadas de Dawn, porque no quería decirle lo que pasó hasta hablar con Frank. Pero como ya no sentía como si le debiera algo, al día siguiente, cuando me llamó Dawn, atendí.

—Oh, Dios mío —dijo, antes de que dijera hola, en voz alta y emocionada—. ¡Estoy tan contenta de que por fin atiendas! ¿Has estado enferma o algo así?

—Bueno... —empecé, pero ella ya continuaba.

—¡Tengo una cita esta noche! ¡Con Matthew! Me lo pidió ayer. Vamos al cine, ¿no es genial?

—Sí —le dije, sonriendo por primera vez en varios días, contenta de que Collins siguiera mi consejo—. Eso es fantástico.

—Así que tienes que ayudarme a averiguar qué ponerme —dijo—. ¿Tal vez esta noche? Estoy en el trabajo ahora de todos modos, y ayudará estar delante de mi armario. —Tomó lo que sonaba como una necesitada bocanada de aire—. ¿Qué pasa contigo? ¿Estás bien?

—Con Frank nos besamos —solté. Sabía que no sería capaz de tener una pequeña charla acerca de cualquier otra cosa con eso en mi mente, ya que era casi la única cosa que pensé durante los últimos tres días—. Le di un beso —admití. Dawn se quedó en silencio, y yo continué, acelerada—. Y ahora no sé lo que sucede. Me envió un mensaje, pero no parece realmente querer hablar conmigo. Y sólo quiero que las cosas vuelvan a ser como eran... —Mientras lo decía, sabía que no era cierto. Realmente no quería eso en absoluto. Pero lo prefería antes de lo que hacíamos ahora.

—Emily —dijo Dawn, y su voz era más fría de lo que nunca la oí—. Él tiene una novia.

Parpadeé, un poco sorprendida por el cambio de tono de Dawn. —Lo sé —dije lentamente—. Y me siento muy mal por esto. Yo...

—¿Lo haces? —preguntó—. Porque sabías que tenía una novia cuando seguiste adelante y lo besaste, ¿no?

—Dawn —dije, tratando de reagruparme. Esperaba hablar con ella acerca de esto, para obtener su punto de vista de las cosas, y en cambio, se sentía como si estuviera siendo atacada—. Yo...

—¿Honestamente crees que estaría de acuerdo con esto? —preguntó, alzando la voz—. ¿Después de lo que Mandy me hizo? ¿Después de lo que Bryan hizo?

Cerré los ojos por un segundo y apoyé el teléfono contra mi cabeza. —No —dije—. Lo siento. Es sólo que no sé qué hacer, y...

—Mira, no puedo hablar en este momento —dijo, con voz cortante y fría—. Estoy en el trabajo.

—Está bien —dije, un poco confundida, ya que Dawn nunca se había comprometido con su trabajo exactamente—. ¿Debo llamarte más tarde?

—Me tengo que ir —dijo, en realidad no sonando enojada, sino triste—. Tengo que trabajar, y luego tengo que prepararme para esta cita, así que...

Un momento más tarde, lo comprendí. Dawn no quería hablar conmigo nunca más. No quería ser mi amiga, no después de lo que hice. Dijimos adiós y colgué el teléfono, sintiendo que todo en mi vida repentinamente se rompía y alejaba justo cuando más lo necesitaba.

Después de colgar con Dawn, llamé a Collins. Cuando respondió el teléfono, sonaba cauteloso, y no había ido demasiado lejos en mi explicación cuando me interrumpió.

—Sé lo que pasó —dijo, dejando escapar un largo suspiro—. Esto no es bueno, Emily.

—Lo sé —dije. Las últimas esperanzas a las que me aferraba de que Frank podría querer seguir siendo mi amigo, o que pudiéramos ser capaces de movernos más allá de esto, terminaron cuando oí el tono de resignación en la voz de Collins—. Pero simplemente quería...

—Sabes que no puedo hacer esto, ¿verdad? —preguntó, no sonaba enojado, más bien cansado—. No puedo estar de tu lado. Él es mi mejor amigo.

—Ya lo sé —dije—. Pero si tan sólo pudieses hablar con él...

—No puedo —dijo Collins—, aunque quisiera hacerlo, lo cual en *verdad* no quiero. Él está en Nueva... —Collins se detuvo súbitamente, pero escuché lo suficiente como para descifrar lo que quería decir. No me había dado cuenta que podría sentirme peor, pero lo hacía. Ahora entendía por qué la camioneta de Frank no había estado en su casa. Se fue. Se había ido a Princeton. Había escogido a su

novia. Por supuesto que lo había hecho; eso ni siquiera estuvo en duda. Había dormido allí, con ella.

Sabía que no tenía derecho a molestarme por esto, pero aun así, tuve que luchar con las lágrimas que amenazaban por salir —por lo que Frank y yo compartimos, por lo que nunca tendríamos, y por lo que había terminado.

—Lo lamento, Em —dijo Collins, me di cuenta que lo decía en serio.

—Sí —susurré, incapaz de decir nada más e intentando que mi voz se mantuviese lo suficientemente estable como para que no se diera cuenta de que estaba a punto de lanzarme a llorar. De pronto, era bastante claro que no tenía a nadie de mi lado—. Pásatelo bien esta noche.

—Gracias —dijo, y su voz era gentil cuando añadió—: Cuídate, ¿de acuerdo?

Asentí, aunque Collins no me vio hacerlo, y colgué, notando que acababa de despedirse de mí. Así que, perdí a Dawn, a Collins, y por supuesto, a Frank. Con tan sólo una estúpida acción, arruiné todo lo que construí en el transcurso del verano.

245

Y ahora mi madre se encontraba de pie en la entrada de mi cuarto, ya que incluso ella se había dado cuenta de que algo andaba mal. —Hola —dije, soltando el par de zapatos que Sloane me compró la última vez que fuimos juntas al mercado de pulgas. Entrecerré los ojos hacia mi madre y noté que lucía ropa de verdad, y que se había lavado el cabello—. ¿Terminaron su obra?

Mi madre me dio una sonrisa que era en parte emocionada y en parte agotada. —Ayer en la noche —dijo.

—Guau —contesté, obligándome a sonreírle—. Eso es genial. Felicidades.

—Gracias —dijo, su sonrisa se desvanecía mientras más profundo entraba a la habitación—. Estoy un poco preocupada por ti.

—Estoy bien —dije rápido, automáticamente. Si mi madre estuviese adentrada profundamente en su modo de escritora, lo hubiese dejado hasta allí. Pero simplemente me miró un momento más, con una mirada que me hacía saber que había regresado, y que la libertad que tuve durante todo el verano se terminó.

—Hablares después —dijo, su tono no dejaba paso a la discusión—. Pero mientras tanto, Frank está abajo.

La miré fijamente. —¿Está abajo?

Asintió y salió de mi habitación. —Y puede que quieras rescatarlo —añadió—. Creo que Beckett está allí con él.

Eso era todo lo que necesitaba escuchar. Salté de la cama, y le lancé una mirada rápida al espejo antes bajar las escaleras de dos en dos. No lucía de lo

mejor, pero Frank ya me había visto, durante muchas mañanas, justo al salir de la cama. Y como tenía la sensación de que sólo estaba aquí para decirme lo que yo ya sabía —que ya no seríamos amigos— no estaba muy segura de que tuviera que lucir necesariamente bien para eso.

Los encontré a él y a Beckett en el porche de enfrente. Beckett le mostraba sus patadas de ninja, las cuales se acercaban peligrosamente al rostro de Frank. Con sólo verlo de nuevo, sentí como si una de las patadas de Beckett hubiese aterrizado justo en mi estómago. Odiaba lo mucho que lo había extrañado. —Beck —dije, alejando la mirada de Frank, ya que no me sentía muy segura de ser capaz de hablarle tan pronto—. Ten cuidado.

Mi hermanito me miró con el ceño fruncido. —Siempre tengo cuidado —dijo, antes de intentar lanzar una patada giratoria que lo hizo caer justo sobre su espalda—. Ouch —murmuró.

—¿Podemos hablar? —preguntó Frank.

Ya que Beckett no mostraba señales de querer alejarse del porche, asentí hacia la entrada—. ¿Quieres caminar un rato?

—Seguro —dijo con facilidad. Lo miré y me di cuenta que por alguna razón lucía *feliz*. Claramente, no había tenido los mismos días que yo tuve. Simplemente siguió con la corriente, y lo más probable era que su vida aún continuaba maravillosamente.

246

Podía sentir mi ira aumentando, mientras él me seguía por la entrada hacia el buzón de correos. Mientras caminábamos, noté que sólo nuestros autos se encontraban aparcados allí. —¿Caminaste hasta aquí?

Asintió, y me sonrió, como si la vida fuese tan genial. —Tenía ganas.

Asentí, tragando con fuerza, y deseando que terminara con esto de una buena vez. Cuando no escuché más nada de él después del mensaje de texto, asumí que éste sería nuestro nuevo estatus —nunca hablaríamos de nuevo, y olvidaríamos todo lo que compartimos durante el verano. Pero olvidé que era de Frank Porter del que hablábamos, quién probablemente se aseguraría que estuviese cómoda con pretender que nunca fuimos amigos, para que así pudiese cerrar este asunto, y fuese otra cosa pulcra y exitosamente resuelta.

Sólo habíamos avanzado un poco cuando se detuvo y me miró. —Escucha —dijo. Sonrió de nuevo, como si estuviese tan feliz que no podía ocultarlo, aunque se estuviese preparando para romperme el corazón—. Emily. Sólo quería que...

—Sabes, no tenemos que hacer esto —dije, cortándolo. No podía hacer mucho sobre esta situación, pero podía limitar el número de veces que esta semana la gente me dijo que nunca más querían saber de mí. —Lo entiendo, ¿está bien?

Frank simplemente me miró por un momento, con el ceño fruncido. —¿Lo entiendes?

—Sí —dije, cruzando los brazos—. Me llegó el mensaje.

Ladeó la cabeza, luciendo bastante confundido. —¿Qué mensaje?

—Que ya no somos amigos —dije, y aunque intentaba mantener mi voz estable, se quebró ante la última palabra—. Y sabes qué, quizá nunca lo fuimos. Y no es como si lo seremos cuando comience la escuela, así que probablemente las cosas sean mejor así.

Frank sacudió la cabeza. —¿De qué hablas? Yo quería...

—No necesito escucharlo, ¿de acuerdo? —Podía oír lo aguda y temblorosa que sonaba mi voz—. No tenemos que hacer esto.

Frank me miró, y pude ver como algo de su seguridad —de su confianza— comenzaba a flaquear. —¿No?

Sacudí la cabeza. Simplemente no quería seguir con esto. Quizá por primera vez, Frank Porter no podía tener todo netamente resuelto. —Entiendo que hayas querido ser el chico bueno y venir aquí para que ambos pudiésemos dejar esto atrás. Pero no lo necesito. —Y luego, ya que no creí poder quedarme allí y seguir mirándolo por más tiempo, me giré y me alejé, de vuelta a mi casa.

Escuché a Frank llamarme, pero no me detuve, y cuando lo hizo de nuevo, salí corriendo, dándome cuenta de que por primera vez en todo el verano, estaba corriendo sola.



15

Traducido por Geraluh & Anty

Corregido por Amélie.

El verano había llegado al punto de partida.

Nuevamente, estaba sola. No tenía amigos, y nadie con quien pasar el rato, pero esta vez, era toda mi culpa. Una vez más, estaba teniendo problemas para comprender como había pasado de tener personas con quien hablar, con quien hacer planes, algo parecido a una vida — a nada, todo en un momento.

Iba a trabajar y a evitar Capitán Pizza, aunque había pasado a Dawn una vez, mientras ella hablaba por teléfono cuando me dirigía a Paraíso, y se sentó fuera de la pizzería. Habíamos hecho un breve contacto visual, antes de que ambas apartáramos la mirada y ella volviera a su conversación. Solo cogí alguna palabra ocasional, pero podía escuchar cuan feliz ella sonaba —su voz estaba envuelta en eso, y llamó a la persona del otro lado "Matty" — lo que parecía indicar que la cita del cine había ido bien. Odiaba el no saber más, el no haber escuchado la recapitulación, momento a momento. Y mientras estaba feliz por los dos, me hizo sentir mucho más sola.

Había comenzado a tomar largos caminos por mi cuenta, en barrios en los que nunca había corrido con Frank, saliendo de mi ruta para evitar chocarme con él. No había escuchado de él desde la mañana que hui de él. Y aunque no me arrepentía de lo que había hecho, aun había momentos cuando me preguntaba qué habría pasado si solo le hubiese dejado terminar, le hubiese escuchado. Pero luego, me diría a mí misma, firmemente, que había hecho lo correcto —Frank, como presidente de clase de secundaria, me había convencido una vez de que la escuela *debería* comenzar quince minutos más temprano. Él era un talentoso orador. Y yo no había querido escucharle hablar sobre la manera de buscar una salida a nuestra amistad, hablar sobre el hecho de que me había devuelto el beso, convencerme de estar de acuerdo con él en que sola había sido un gran y terrible error.

Porque mientras había sido un error —toda la prueba que necesitaba estaba en mi actual falta total de amigos— no estaba dispuesta a negar que sí había pasado, o el hecho de había significado algo. Me sorprendí a mí misma pensando, más de lo que realmente debería, de las manos de Frank en mi espalda descubierta, de sus dedos enredados en mi cabello, de su boca sobre la mía, de la manera en que corría su pulgar sobre mi mejilla, de el hecho de que había sido, sin una pregunta, el mejor beso que había recibido.

Pero nada de esto cambiaba el hecho de que lo echaba de menos en mi vida. No me había dado cuenta de lo mucho que contaba con él, de cuanto le escribía mensajes durante todo el día, de cuanto había necesitado de sus perspectivas en las cosas, cuan aburrido parecía mi iPod sin su música.

Con todo el tiempo que tuve en mis manos sin amigos, traté de ser productiva. Había llevado a revelar las dos cámaras desechables. Había organizado mi armario, había llevado a Beckett por un corte de cabello, y finalmente leí el primer libro de la serie de la que Doug no paraba de hablar.

Y de vez en cuando, iba a mi vestidor y cogía la lista. Las había hecho — cada una de ellas.

1. ~~Besar a un extraño.~~
2. ~~Nadar desnuda.~~
3. ~~Robar algo.~~
4. ~~Romper algo.~~
5. ~~Penélope.~~
6. ~~Cabalga un maldito caballo, vaquera.~~
7. ~~55 S. Ave. Preguntar por Mona.~~
8. ~~Usa el vestido sin espalda. Y ve a algún lugar donde usarlo.~~
9. ~~Bailar hasta el amanecer.~~
10. ~~Compartir algunos secretos en la oscuridad.~~
11. ~~Abrazar a un Jamie.~~
12. ~~Recoger manzanas en la noche.~~
13. ~~Dormir bajo las estrellas.~~

Todas esas cosas que habían dado formado a mi verano. Había terminado su lista. Terminé.

¿Así que donde demonios estaba Sloane?

Comencé esto creyendo que, de alguna manera, cuando terminara, tendría las respuestas que necesitaba. Sabría que le había pasado a ella. Pero ahora que lo veía. Me preguntaba si esto solo había sido una distracción. Había estado evitando preguntas cómo, ¿*Por qué* mi mejor amiga me había dejado sin una palabra? Había estado pensando, esperando, que esto me conduciría a algo. Pero quizás esto era como todas sus otras listas, llenas de cosas que ella debía saber, muy en el fondo, que yo estaría demasiado asustada para intentar.

Mientras baja la mirada, a su cuidadosa letra, a todos mis defectos que estaban expuestos en la página, me di cuenta cómo me ponía furiosa. Arrugué la

lista en una pequeña pelota, y por buna medida, recogí el sobre y lo arrugué también. Luego agarré mis llaves y bajé las escaleras de dos en dos, tirando la lista y el sobre en la papelera de la cocina, gritando a mis padres en el cuarto de televisión —mi papá rascándose su nueva barba, mi mamá trabajando en su proyecto de macramé— que iba a salir.

Conduje alrededor de la ciudad por horas, hasta que el sol cayó y las primeras estrellas comenzaron a brillar. No iba a ningún lugar en particular; solo sentí que necesitaba estar en movimiento. Conducía cerca de lugares donde había ido con Sloane, lugares donde había ido con Frank, sintiendo la pérdida de ellos dos tan profundamente. ¿Cómo se suponía que tenía que seguir viviendo en esta ciudad cuando todo lo que veía me recordaba a alguien que había perdido?

Había una fiesta en el Huerto —podía verse por los coches que bordeaban el camino. Me estacioné, pero dejé el coche en marcha, mirando a toda la gente allí con sus amigos —y recordando que, no hace mucho tiempo, había estado entre ellos. Di la vuelta y me fui, dándome cuenta que probablemente debería detenerme por gasolina, dado que mi conducción sin rumbo me hizo despreocuparme de cómo iba mi coche de combustible. También estaba el hecho de que ya no sabía a quién podría llamar para que me ayudara si esto muriera de nuevo.

250

Me detuve en la Ruta 1 por combustible, y cuando entre en la tienda, vi que James estaba detrás de la caja registradora una vez más. Estaba apoyándose contra la parte trasera del mostrador, leyendo un grueso libro titulado *Dominando el Sudoku —Para Jugadores Avanzados*. No lo había visto desde que lo había abrazado, y esperaba que esto no fuera raro mientras le entregaba veinte dólares. Pero él solo me sonrió mientras ponía mi factura en la caja registradora, luego asintió hacia el Volvo. —¿Compruebo tu aceite?

—Oh —dije. No estaba segura de que se hubiese ofrecido si no lo hubiese abrazado, pero no iba a rechazarlo —más aun al no recordar la última vez que había sido chequeado. —Claro —dije. Salí y él me siguió, luego esperé mientras intentaba descubrir cómo levantar el capó.

—¿Así que cuando estuviste en Carolina del Sur? —preguntó, limpiando la punta de la varilla con un trapo y luego sumergiéndolo dentro del medidor de aceite.

Miré y me di cuenta que él había estado leyendo las pegatinas en el lateral del coche. Las leí, tratando de ver lo que había visto. —¿Por qué lo preguntas?

Toco una que apenas había notado, una calcomanía rojo-oscuro, a medio pelar y en su mayoría desteñida. Decía *¡Salva a las tortugas marinas de Carolina del Sur!* Al lado estaba una imagen que lucía familiar —una palmera y una luna creciente.

—No estuve —dije, volviendo mi atención a él. —Las pegatinas vinieron con el coche. Nunca he estado allí

El asintió —Una lástima. Es realmente bonito allí. —Cerró el capote y lo palmeó una vez. —Deberías estar bien por otros cuantos cientos de millas.

—Genial —dije—. Muchas gracias. —Asintió, me dio una rápida sonrisa, y se dirigió de vuelta a la tienda.

Miré la pegatina del parachoques hasta que un carro se puso detrás de mí, el motor al ralentí, claramente desesperado por conseguir esta bomba en específica. Salí de la gasolinera y me dirigí a casa, tratando de procesar el por qué estaba segura de que lo había visto antes. Estaba en mi mente, pero fuera de mi alcance, hasta que me paré en la señal de parada y lo recordé.

El sobre.

Corrí a casa, casi sin pararme en los semáforos, gritando por el camino y estacionándome en ángulo, ni siquiera cerré el auto mientras corría dentro y directo a la cocina. Fui directamente a la basura, y empecé a cavar.

Aún estaba ahí, solo a mitad, y gracias a Dios no estaba cubierto de algo repugnante. Alisé la lista de Sloane y luego el sobre, sintiendo mi corazón golpear en mi pecho mientras lo veía. Ahí, donde se suponía que iba la dirección de retorno, estaba la misma imagen de la pegatina de mi auto. La imagen que decía Carolina del Sur.

251

Tomé la lista y el sobre conmigo mientras me dirigía hacia mi habitación, necesitando espacio y tranquilidad para intentar descifrar esto, no quería tener que responder ninguna pregunta. Me senté en mi cama y miré fijamente el sobre hasta que mis ojos quemaban, tratando de hacer que tuviera sentido.

No pude dormir esa noche. Me sentía como si estuviera cerca de algo. Sloane tenía una tía en Carolina del Sur. Eso lo sabía. Pero no podía exactamente ir llamando en cada puerta del estado, ¿no? Cerré mis ojos, tratando de pensar. La respuesta estaba allí —en algún lugar— solo tenía que ajustar mis ojos para verla correctamente.



Estaba esperando fuera del CVS cuándo un empleado de aspecto cansado que sostenía un café para llevar abrió las puertas a las 6am. Era probable que no encontrara nada en ninguna de las cámaras. Pero estaba sin opciones, y alrededor de las 5, me había despertado con esto, lo más cercano que tenía a un plan.



El departamento de fotografía no estaba abierto todavía, pero después de la noche que había tenido, sabía que no iba a ser capaz de esperar hasta las diez, y convencí al empleado de que me consiguiera las fotos. Suponía que lo hizo en su mayor parte para que dejara la tienda, y a él, en paz, pero me llamó, y salí de la tienda agarrando los dos sobres de foto.

Esperé hasta que entré en el auto antes de abrirlos. El primer sobre tenía la foto que Dawn había tomado de mí montando en Butterscotch, así que sabía que esta era la que había venido de mi auto. Ahí estaban las fotos de los caballos, y la foto que había sacado de la carretera en el cumpleaños de Frank, pero todo el resto de las fotos eran de Sloane.

Sloane en el autocine, bebiendo Coca Cola de dieta de un pitillo de dulce, mirando la pantalla, su expresión profunda. Sloane negociando una chaqueta de cuero antigua en un mercadillo del norte, viéndose decidida —y luego una de su triunfo, modelando la chaqueta para la cámara. Sloane sentada en el techo de mi auto, llevando sus antiguas lentes de corazones, extendiendo una bolsa de papas hacia la cámara, riendo. Sloane en la mesa de picnic en el Huerto, el jueves que nos habíamos saltado la clase y compartimos una pizza entera. Sloane en la playa, sonriéndome sobre sus lentes. Sloane en la mañana después de una fiesta de pijamas, bostezando, su cabello desecho y salvaje.

252

Miré la última imagen por un largo rato, entonces guardé las fotos de vuelta en el sobre. No me habían mostrado nada que no hubiese sabido antes. Nada que me ayudara con dónde estaba Sloane ahora. Solo mi mejor amiga, el centro de mi mundo por los dos últimos años. Abrí el sobre de Sloane y comencé a mirar a través de las fotos, y sentí como mis ojos se abrían.



La primera era una de mí y Sloane, una selfie que nos tomamos el primer día del tercer año de secundaria, yo cuidadosamente vestida, mi ropa nueva y estirada, Sloane luciendo mucho más relajada en su mameluco de época, sonriéndome a mí, no a la cámara. Había una de una receta, luego una mía, con las piernas cruzadas en el sillón del café Stanwich, inclinada sobre mi libro de historia. Había una mía y de Beckett viendo la televisión. Yo y Sloane, casi fuera de cuadro, totalmente desenfocada, ambas encorvadas riendo. Yo, con la cabeza torcida, atándome los cordones de mis zapatos para correr. Yo dándole a Sloane unos cursis pulgares arriba después de la carrera. El asiento delantero de mi coche, con una pila de bocadillos para un viaje por carretera al mercadillo. Yo y mi madre en

la cocina, sentadas en la mesa, discutiendo sobre algo, mi madre haciendo un gran gesto mientras yo escuchaba. Beckett, sonriendo a la cámara desde la parte superior de la puerta. Nosotras dos, llevando conos de helado goteando, ambas cubiertas con granas de los colores del arcoíris. Yo, vestida para el baile, arreglándome el cabello frente al espejo. Sloane y yo sentadas en una mesa de picnic en el Huerto, apenas visible en la oscuridad. Yo, riendo, sosteniendo mi mano, frente a la cámara. Yo, conduciendo, mis manos borrosas mientras manejaba el volante. Yo, sonriéndole a ella a través de la cámara, mi expresión relajada y feliz.

Dejé el montón y limpié con mis manos debajo de mis ojos, aunque eso no hizo mucho para detener las lágrimas que ya habían empezado a caer. Todo este tiempo, solo asumí que fui la que se preocupó más. Que Sloane había superado todo ello, sin extrañarme, y por eso fue capaz de dejarme atrás. Pero esto...

Levanté las fotos de nuevo, mirando las imágenes —algunas cuidadosamente compuestas, otras claramente tomadas en el momento. Sloane me había visto. Tomó estas fotos de mí, de nosotras, muchas de las cuales no le vi tomar. Me necesitaba tanto como yo a ella. Podía ver eso ahora, y me hizo avergonzarme de que alguna vez pensara otra cosa.

253

Limpié mis lágrimas de nuevo y pasé los dedos por mi cabello, tratando de reponerme, hojeando las fotos una última vez. Me detuve en la foto de la receta, entrecerrando los ojos en ella. Estaba desenfocada, pero podía ver que se trataba de la receta arrabiata de su tía, la foto que Sloane tomó pero después no fue capaz de encontrar. Ahora tenía sentido, ya que nunca reveló la cámara. Sentí mi corazón latir mientras la miraba.

La receta estaba escrita a mano, pero fue escrita en una hoja especializada para recetas. Y en la parte superior se leía *Desde la Cocina de Laney Alden*. Con letras más pequeñas debajo de eso decía *River Port*.

Alden era el apellido de soltera de Milly, lo sabía bien. Podía recordar el bolso que Sloane arrastró a la playa todo el verano pasado, adornado con las iniciales de su madre. Y Sloane me dijo que fue su tía quien le dio su receta arrabiata. Su tía que vivía en Carolina del Sur.

Agarré mi celular y busqué *Laney Alden Carolina del sur*. Obtuve siete resultados, todos de gente que parecía vivir en los extremos opuestos del estado. Escribí *Laney Alden Carolina del Sur River Port*, y una lista salió —con una dirección. Miré a mi teléfono y me di cuenta que finalmente tenía mi respuesta.

Era donde se hallaba Sloane. Podía sentirlo.

Ya eran las siete cuando volví a casa. Diseñé mi plan en el camino de vuelta —les haría mis padres café antes de que se levantaran, los pondría de buen humor antes de decirles la verdad— que Sloane estaba en Carolina del Sur, y que ellos necesitaban dejarme ir a verla.

Esperaba que la casa estuviera todavía tranquila, pero todas las luces estaban encendidas, Beckett estaba afuera caminando a lo largo de la barandilla del porche, y había tres maletas en fila junto a los escalones.

Caminé hacia Beckett, tratando de asegurarme que él me viera, así no se asustaría y saldría corriendo por el camino de entrada. —Oye —dije, y miró hacia mí, sin mostrar interés.

—Hola —dijo, luego comenzó a caminar hacia atrás.

—¿Qué está pasando?

Beckett suspiró profundamente. —Papá me está haciendo ir a un museo de béisbol. Cooperstown.

—Oh —dije con simpatía. Mi padre era enfático con el hecho de que le gustaba el béisbol, y que a Beckett también, pero ninguno de ellos era un verdadero fanático. La teoría de mi madre era que mi padre había visto *Campo de Sueños* demasiadas veces y se convenció de que la única manera de relacionarse realmente con su hijo era a través del béisbol —. Siento escuchar eso.

—¿Qué es lo que sientes? —preguntó mi papá cuando salió al porche, usando una gorra de béisbol de la Universidad Stanwich y luciendo demasiado animado, considerando que no eran ni las ocho todavía—. ¿Em, te fuiste esta mañana? Buscamos el coche.

—Sí —dije, pensando rápido—. Yo solo... exploraba una nueva ruta.

Quería ver cuán larga era.

—Oh —dijo mi papá. No lució convencido, pero se encogió de hombros y dijo—: Bueno, me alegro que estés despierta. Tu madre y yo saldremos, y queríamos hablar contigo primero.

Bajé la mirada y me di cuenta que eso explicaba la tercer maleta. —¿Mamá irá a Cooperstown también?

—Nop —dijo mi mamá mientras salía de la casa y bajaba las escaleras, sosteniendo un bolso lleno hasta explotar —. Gracias a Dios. —Me alisó el cabello con su mano —. Has madrugado, cariño. ¿Va todo bien?

—¿A dónde vas? —pregunté mientras miraba, con una alarma en aumento, cuando mi mamá se dirigió a mi auto y colgó su bolso en el asiento del conductor.

—New Haven —dijo —. Voy a dar notas sobre un ensayo de tecnología de un amigo hoy, y me quedo para ver el desfile el domingo.

—¿Y por cuánto tiempo se va a ir papá? —pregunté, mientras mi padre levantaba su maleta y el bolso de lona de Beckett y se dirigió al auto que usaban mis padres.

— Volverá el domingo a la noche también — dijo mi mamá mientras buscaba en su bolso, sacando sus lentes de sol y empujándolas a través de su cabello como una diadema.

— Espera — dije, mientras miraba a mi padre cerrar el maletero de su auto y gritarle a mi hermano que se moviera, sintiendo las cosas moverse demasiado rápido —. ¿Así que ustedes me están dejando sola el fin de semana?

— ¿Querías venir? — preguntó mi mamá, animosamente —. Estoy segura que podrías dormir en el sofá.

— O puedes venir a Cooperstown — dijo mi papá alegremente, caminando desde su auto a la casa —. Es el lugar donde nació el béisbol, ya sabes.

— No, gracias — dije, mirando entre los dos coches. No era que mis padres me dejaran; sino que me dejaban sin medio de transporte —. Pero, ¿qué se supone que voy a hacer para moverme?

Mi mamá levantó sus cejas. — No pensé que eso fuera un problema durante el fin de semana — dijo —. Pensé que Frank o Dawn podrían llevarte si necesitaras ir a algún lado. Hay comida en la nevera, así que no necesitaras salir por eso.

— Pero... — Empecé a sentirme asustada. Me di cuenta que si confiaba en alguno de mis padres, ellos sabrían que Frank o Dawn no eran opciones en este momento, pero eso no cambiaba el hecho que me iba a quedar varada.

— Si realmente necesitas ir a alguna parte, hay dinero en el caracol para un taxi — dijo mi padre, quizás al ver en mi expresión algo de lo que yo estaba sintiendo —. Pero si no te sientes cómoda quedándote sola...

— No, no — dije rápidamente, tratando de hacerle frente a esto antes de que me encuentre a mí misma siendo llevada a lo largo de un museo de béisbol o atrapada en alguna obra de teatro, viendo cambiar las señales de iluminación.

Me obligué a sonreírles. — Voy a estar bien.

Mis padres se fueron poco después de eso, ambos tratando de evitar el tráfico que estaban convencidos que crecería de manera exponencial por cada hora. Vi a mi madre, conduciendo mi auto, haciendo el giro a la derecha de la calzada, su mano saludándome por la ventana, luego regresé y me senté en los escalones de la entrada en el repentino silencio de la calzada, pensando.

Todo lo que había querido hacer, desde que vi la dirección de Laney Alden en mi teléfono, era montarme en mi coche y conducir hasta allí. Sería el viaje más largo que jamás había hecho antes, pero no imposible.

Saqué la dirección de nuevo y llamé al número indicado. Sonó y sonó, entonces una mujer muy alegre sonó al otro lado, y me dijo que había contactado con la residencia de Alden, pidiéndome por favor que deje un mensaje después del tono. Colgué antes del pitido, ni siquiera decepcionada.

Realmente no había esperado llegar a Sloane —si ella no contestaba su celular— probablemente no contestaba el teléfono fijo de su tía.

Miré la dirección. Finalmente la había encontrado y, ¿ahora ni siquiera podía ir? Sabía que mis padres no iban a estar encantados con la idea de que condujera a Carolina del Sur. Desde que se fueron, sin embargo, me dieron una buena oportunidad de dos días para hacerlo. Por desgracia, también se habían llevado mi medio de transporte. En un universo bien ordenado, habrías podido alquilar un auto a los diecisiete años. Pero...

De repente, una posible solución se me ocurrió. Era tan espantosa, y tan potencialmente comprometida que realmente parecía que debería haber sido el número catorce en la lista de Sloane. Saqué mi teléfono y miré la hora. No tenía ni idea de si él todavía estaba en marcha. Pero si lo estaba, la hora funcionaría.

Me puse de pie y caminé por las escaleras del porche. Todavía estaba en mis chanclas, y me las quité. Las dejé al final del camino de entrada, tomé aire, y empecé a correr.

Llegué a su casa y me senté al final de su camino de entrada a esperarlo.

Si él seguía corriendo, iba a venir alrededor de casa ahora.

256 Las aves estaban en plena vigencia, y afuera ya hacía mucho calor, lo que no parecía una buena señal, teniendo en cuenta lo temprano que todavía era. Sentí la cálida brisa soplar mi cabello hacia adelante, por encima de mi cara, sin estar segura de lo que más me asustaba —que él aparecería o que no.

Escuché el sonido antes de verlo, el sonido de sus zapatillas de deporte que golpeaban el pavimento a un ritmo constante. Y entonces allí estaba él, viniendo alrededor de la curva de la carretera, con los auriculares y el iPod atado a su brazo. Se estaba quedando demasiado lejos de la parte interior de la carretera, como si estuviera dejándome espacio a mí. Tuve un destello de orgullo mientras tomaba su ritmo y el hecho de que ni siquiera iba despeinado, dándome cuenta que probablemente no lo habría estado haciendo tan bien sin mí, sin todas nuestras mañanas juntos. Me preguntaba que estaba escuchando, si se trababa de un mix que yo conocía.

Me vio, e incluso a seis metros de distancia, vi su expresión de sorpresa mientras desaceleró a un trote, luego siguió caminando, quitándose los auriculares. Sentía como temblaban mis piernas, pero me obligué a ponerme de pie, no permitiéndome alejar mi mirada de él, a pesar de que era más difícil cuanto más se acercaba. Este era el Frank más familiar para mí, el Frank con el que pasé mi verano corriendo, intercambiando historias y canciones, empujándonos entre nosotros. Sentí una punzada en el estómago de añoranza cuando miré su cabello peinado hacia atrás desde su frente, el cordón de su zapatilla izquierda amenazaba con desatarse. Nos quedamos allí, a un lado de la carretera, mirándonos el uno al otro.

—Hola —dije finalmente, haciéndome hablar, sintiendo como si tuviera que empezar yo ya que era la que apareció sin avisar en su entrada.

—Hola —dijo Frank. Su voz era prudente, y parecía estar mirándome atentamente, indagando mi rostro como si buscara una respuesta —a qué, sin embargo, no tenía idea. Rompió el contacto visual conmigo y miró al suelo, y a mis pies.

—Es, eh, que correr descalzo es una tendencia de la que escucho hablar —dije, y Frank me da una media sonrisa—. Encontré a Sloane —dije, todo de un tirón, para evitar decirle nada más, cosas que no debería—. Está viviendo en Carolina del Sur.

—Oh —dijo Frank, y pude notar que eso no era lo que esperaba que yo dijera. Asintió —. Eso es bueno, ¿verdad?

—Necesito llegar allí —dije, todavía hablando rápido, intentando pasar rápido de esto, sin importar si era realmente una buena idea o no—. Quiero encontrarla. Pero mis padres se fueron por el fin de semana y se llevaron los dos autos. —Frank solo me miraba, esperando que continuara, y sabía que probablemente no estaba explicándome muy bien. Tomé una respiración profunda antes de preguntar, dándome cuenta que probablemente diría que no, y luego no solo no iría a encontrar a Sloane, sino que habría hecho el ridículo. Pero me hallaba parada descalza en su camino de entrada para preguntarle esto —no había nada que hacer salvo decirlo—. ¿Estarías dispuesto a llevarme? Te pediría prestado el coche, pero no puedo manejar con transmisión manual.

Frank se limitó a mirarme, con la cabeza ligeramente inclinada hacia un lado. No estaba saltando afirmando nada, pero tampoco decía que no.

—Voy a pagar por el combustible y todo —dije rápidamente—. Y no va a ser por mucho. Tengo que estar de vuelta mañana por la noche.

Solo me miraba, aún sin hablar. Respiró como si estuviera a punto de decir algo, pero luego simplemente lo dejó escapar lentamente, y yo tenía la sensación de que sabía cuál iba a ser su respuesta, podía sentir en ese silencio lo ridículo que le parecía que era.

—Sé que es estúpido —dije, rompiendo el contacto visual con él, y elevando la mirada al árbol por encima de mí mientras un pájaro se posó en la rama más alta —. Pero no lo pediría si no fuera importante.

—Quieres conducir a Carolina del Sur y estar de vuelta mañana por la noche —dijo, rompiendo finalmente el silencio. No hizo la frase como una pregunta, más bien que sólo trataba de obtener una comprensión de los hechos. Asentí y Frank miró hacia otro lado por un largo momento.

Cuando volvió a mirarme, sin embargo, tenía una sombra de una sonrisa en su rostro. —Entonces supongo que será mejor que nos vayamos.

16

Hacer un viaje por carretera

Traducido por Aimetz Volkov & Sandry

Corregido por Lucinda Maddox

Una hora después, estábamos en el camino.

Había ido a casa para tomar un baño e intentar poner mi cabeza en el hecho de que en realidad íbamos a hacer esto.

258

Había conseguido vestirme pero no me puse cualquier maquillaje más que el de costumbre o intenté hacer algo especial con mi cabello. La última cosa que quería, después de besarlo en mi coche, era para que Frank pensara que esto fue una especie de complot para conseguir esta sola con él y así podría seducirlo o algo así. Pensé por un momento ponerme una camisa de manga larga, cuello de tortuga, pero la realidad era, que simplemente hacía demasiado calor. Había buscado un pijama por un largo momento, haciendo los cálculos. Según las indicaciones que encontré, parecía que la conducción iba a tomar alrededor de diez horas, lo cual también significa diez horas atrás. Lo que significaba que, en algún momento, tendríamos que dormir un poco.

Pero salí de mi habitación sin empacar mi pijama, o cualquier cosa que normalmente traería para una noche fuera. No podía siquiera imaginar dónde estaríamos hoy, o lo que pareciera, así fue como no podía hacer el salto para prepararme por esto. De alguna manera todavía no podía entender que quizás estaría viendo a Sloane en sólo unas horas.

Había cerrado las persianas y vertido una comida extra en el tazón del gato, a pesar del hecho que no había estado dentro por una semana o algo así. Y mientras salía de la cocina, cogí el dinero de emergencia de la caracola aunque estaba bastante segura de que mi sueldo de Paraíso cubriría todos nuestros alimentos y gas. Luego cerré y me dirigí afuera mientras Frank estacionó su camioneta en la calzada.

Me metí en el asiento del pasajero y abroché el cinturón de seguridad mientras Frank dio la vuelta y yendo por el camino de calzada a la carretera.

—¿Noventa y cinco sur? —preguntó, al final de la calzada, y asentí. Tenía las direcciones en mi teléfono, y también las había impreso, en caso de que mi teléfono muriera en el viaje de regreso—. Aquí vamos —dijo en voz baja, girando a la derecha, en la dirección que nos llevaría a la autopista.

Condujimos durante tal vez media hora en silencio antes de que entendiera bien el problema en que nos habíamos metido. No el viaje en sí —aunque era perfectamente consciente de que era una locura por luz propia. Pero no había pensado el hecho de que me ponía en un espacio confinado con alguien que no había hablado en más de una semana. Y que íbamos a tener que estar juntos durante veinte horas, por lo menos. Esto de alguna manera no se tomó en cuenta en mi temprana decisión de preguntarle a Frank, y cruzamos en Nueva York y luego Nueva Jersey, empecé a arrepentirme de no investigar cuánto habría salido tomar un taxi o un autobús. Porque nuestra conversación en este viaje hasta ahora había estado limitada a sólo las más básicas charlas de conducción: —¿Puedo superar a ese carril? ¿Cómo estamos de gas? Toma la salida de la izquierda. Y me daba cuenta de que era terrible estar en silencio con alguien con quien siempre solías tener algo que decir.

—¿Música? —pregunté, después de que habíamos estado conduciendo en Nueva Jersey durante unos veinte minutos y ya no podía soportar el silencio. Frank me miró sobre su hombro y se encogió de hombros, asintiendo hacia abajo a su iPod en la consola.

—Por supuesto —dijo, educadamente, como si fuera un extraño—. Lo que sea que quieras.

Me podía sentir empezándome a enojar con él, lo cual no era realmente justo, desde que actualmente me hacía un gran favor. Me tragué mis palabras de decirle algo y moví la mano hacia a la radio. Me desplazé hasta que encontré algo no-terrible, una estación que parecía mayormente estar tocando música que había sido popular hace cinco años. —¿Está bien?

—Lo que sea que quieras —repitió Frank, con la misma inflexión, irritándome aún más.

—Bien —le dije, subiendo el volumen un poco, para que el silencio en el camión no fuera tan evidente. Sólo habíamos pasado dos salidas, sin embargo, antes de moverme hacia adelante y regresado otra vez. —Gracias por hacer esto —dije, cuando me di cuenta que no le había dicho esto todavía—. En serio lo agradezco.

Frank parecía lejos de la carretera y me miró fijamente y luego volvió a la carretera que aún parecía bastante despejada, a pesar de las preocupaciones de mis padres. —Por supuesto —dijo, en la misma voz extremadamente educada y formal que actualmente me volvía loca—. Es lo que hacen los amigos, ¿no?

Puso un giro en la palabra, como si estuviera diciéndolo sarcásticamente. No estaba segura de qué hacer con eso, así que solo le di una apretada sonrisa subiendo el volumen y miré por la ventana otra vez.

Tal vez Frank se había estado sintiendo tan molesto como yo, porque por el momento hemos cruzado en Pennsylvania —El Estado Piedra Angular— era palpable la tensión entre nosotros e iba en aumento, como el calor brillante sale del asfalto en la distancia. Y en contraste con las ocasionales placas de licencia que vi, se estaba volviendo claro por el silencio cargado entre nosotros actualmente que ninguno de nosotros tenía un amigo en Pennsylvania.

Anhelamos mucho que perdiéramos la emisora algo decente, y mientras intentaba buscar a través de ella para encontrar otra cosa, saltaba los anuncios y algo que sonaba a polka. Así que había apagado la radio finalmente, pero la tranquilidad en la camioneta se sentía opresiva, y no podía evitar preguntarme si nos hubiera ido mejor con el acordeón.

—Necesitamos gas —anunció Frank cuatro salidas más tarde, rompiendo lo que sentía horas de silencio.

Me incliné hacia delante para mirar las señales que estaban escritas por cada salida, permitiéndote saber lo que podrías encontrar en ese desvío —generalmente sólo alimentos, gas y hospedaje, pero habíamos visto los ocasionales para acampar y nadar. Una vez que habíamos salido de la maraña del área tri-estatal y despejó a Nueva Jersey, cosas siendo extendidas y ahora podía ver a través del horizonte, como este tramo del estado era bastante plano —el cielo azul se extiende interminablemente delante de nosotros y la hierba verde brillante en ambos lados de la autopista. No estaba congestionada y Frank tenía sobre todo permanecer en el carril izquierdo, conducir rápido pero siempre a poca distancia del límite de velocidad.

—Parece que habrá alguno en tres kilómetros —dije mientras pasamos el letrero, y se movió al otro carril.

Frank asintió pero no dijo nada, y lo miraba, durante tanto tiempo que lo notó mientras cambió de puesto y me miró con las cejas levantadas. —¿Qué?

—Nada —dije, dándome la vuelta para mirar por la ventana. Frank tomó la salida —además de gasolina y comida (sin alojamiento) había pesca en este lugar, también. Si hubiésemos estado hablando, tenía el presentimiento de que habría estado bromeando sobre símbolo del pescado del cartel, que era cómicamente sobredimensionado y a punto de morder el pequeño anzuelo. Habría hecho algún comentario sobre cómo esta salida al parecer tenía pez mutante gigante, además de un Chevron, o Frank lo habría hecho. Pero en cambio, sólo pasamos el cartel en silencio y nos dirigimos a la gasolinera, que pasó a formar parte de una enorme tienda para viajeros.

—Estoy feliz de conseguir la gasolina —dijo Frank cuando se detuvo junto a la bomba, pero sacudí mi cabeza.

—Insisto. —Fue una cosa que sabía que no iba a ceder. Si Frank, manejaba su coche, hasta Carolina del sur, no iba a dejarlo pagar gasolina así como así.

Me entregó las llaves y dijo: —Usa la regular. ¿Necesita algo de ayuda? — Sólo sacudí la cabeza, y Frank entró a la tienda para viajeros. Usé mi tarjeta de débito para llenar el tanque —no quería usar el dinero de la caracola hasta que deberíamos hacerlo. Mientras vi como subían los números— parecía que el camión tenía un tanque muy grande, lo que significaba estaba pagando más por gasolina de lo que nunca en mi vida —me sentía cada vez más frustrada. No es que hubiese algo malo con lo que Frank había dicho; era el tono —tan suavemente cortes. Se me ocurrió que tal vez la única razón por la que estuvo de acuerdo de este viaje fue porque era Frank Porter, siempre el Chico Explorador. Y si ese fuera el caso, tal vez estaba bien con nosotros no hablar en las próximas veinte horas. De repente pensé en los padres de Frank en la gala, juntos pero no hablando, ni siquiera una vez durante el transcurso de la noche. Frank podría haber estado bien con esto, pero yo no lo estaba. La bomba cicleó, y me estremecí por el monto y retornado la boquilla. No parando para conseguir mi recibo, dejando que el viento lo tomará y llevara lejos, me dirigí a la tienda para viajeros.

261

Me encontré a Frank en la caseta de bebidas frías, agarrando una agua y una Coca-Cola.

—Oye —le dije. Frank me miró, dejando la puerta del refrigerador vidrio se cerrara sola, dándome un pequeño soplo de aire fresco.

—¿Lleno hasta el tope? —preguntó en ese mismo tono suave, enloquecedor.

—Escucha, no creo que sea justo que te enojas conmigo. —Hablabla sin pensar en ello primero, sin vacilar, sólo diciendo lo que sentía.

Él sólo me miró parpadeando por un momento, luego miró las botellas en sus manos, limpiando la condensación de la etiqueta de su botella de agua —*Blue Lancaster*, una marca que nunca había oído de antes. —No haremos esto —dijo, con la voz apretada—. Tenemos un largo camino por delante.

—¿Entonces sólo debemos sentarnos allí en silencio?

Frank me miró, y vi pasar su frustración por sobre sus fracciones. —Mira, yo estoy aquí, ¿no? Te estoy ayudando. Vamos a dejar las cosas así. —Se dio la vuelta, y se dirigió al pasillo de las frituras, y lo seguí, luego de agarrar para mí un agua y una Coca-Cola light.

—No —dije, en voz más alta de lo que pretendía hacerlo, y una mujer quien había estado buscando una bolsa de Fritos levantó la mirada hacia mí. Di un paso más cerca de él y bajé la voz—. Si estás enojado conmigo, simplemente enójate. No finjas que no lo estás. —En algún lugar de todo esto se perdía el hecho de que

estaba enojada con él, pero ya no estaba segura de quién estaba en lo cierto, ya que ambos habíamos portado mal: yo besándolo, y él por ignorarme durante una semana.

La mujer con los Fritos todavía nos miraba, y Frank debe haber visto eso, porque se retiró al pasillo de los dulces, y yo lo seguí. —¿Si estoy enojado contigo? —preguntó, deteniéndose frente a la sección de chocolate, como si fuera una pregunta retórica, al igual que la respuesta era obvia—. Te escapaste de mí, Emily. Literalmente. Me dejaste de pie en medio de la carretera, ya que ni siquiera me escuchaste.

Lo miré por un momento. No me había dado cuenta de que estaría loco por ello; Había asumido que era por el beso. —Bueno —le dije, sintiéndome algo fuera de balance—, probablemente no quise escuchar a que me dijeras que no podíamos seguir siendo amigos.

Frank únicamente me miró. —¿Y si no es lo que iba a decir?

—Lo siento. —Me di la vuelta y vi lo que parecía ser un camionero con cara de sueño que alcanzando unos Reese Pieces, de los cuales yo estaba actualmente parada en frente.

Me hice a un lado, y Frank dio la vuelta y caminé hasta la caja registradora. Seguí, colocando mis artículos al lado de los suyos sobre el mostrador, mis pensamientos girando. Lo miré a él mientras metía la mano en mi bolsa por mi billetera. Estaba segura de que si hubiera sabido que había venido a mi casa a decir; era como si nunca le había permitido otra posibilidad.

—Um —le dije, cuando la mujer detrás del mostrador comenzó a explorar nuestros artículos—. Entonces, ¿cuánto es?

—Cuatro ochenta —dijo la mujer. Frank metió su mano en el bolsillo, pero empujó un cinco por encima del mostrador a ella antes de que pudiera pagar.

Tomé mi cambio, y recogimos nuestras respectivas bebidas. Frank salió del mini-market, hacia el sol, y me apresuré a seguirlo. Me di cuenta, mientras caminábamos hacia la camioneta, que tenía las llaves, y podría negarse a dejarle entrar hasta que me dijera, sin embargo pensé que eso no sería la manera correcta de hacer las cosas. Le entregué las llaves y me dirigí hacia el lado del pasajero. Me obligué a esperar hasta que estuvimos de regreso en la carretera antes de preguntarle nuevamente.

—Entonces —dije, jugando con la tapa de mi botella de agua—. ¿Qué era lo que me ibas a decir?

Frank dejó escapar un suspiro, y vi sus manos apretarse en el volante. —Es por ello que estoy enojado —dijo finalmente, sin dejar de mirar hacia adelante al horizonte—. Voy a hablar contigo. Obtengo valor, y tú ni siquiera me escuchas.

Pero ahora, una semana después, sólo cuando estamos atrapados en un coche, juntos, deseas saber.

Así no más, sentí que me volvía loca. —Desapareciste durante días. No me devolvías los mensajes de texto.

—Pero luego vine a tu casa —dijo Frank, mientras cambió de carril, levantando su voz—. Y no me diste una oportunidad de explicar.

—¡Bueno, lo siento si ya había tenido suficiente de personas desapareciendo de mi este verano! —grité esto antes de que supiera que lo iba a decir, antes de que ni siquiera supiera que era lo que sentía.

—Oh —dijo Frank después de un momento. Miró sobre su hombro hacia mí, y creo que vi algo en su expresión suavizarse—. Supongo que no pensé en eso.

Viajamos en silencio, me quité las sandalias y acurruque los pies bajo mis piernas. Noté que el silencio no se sentía tan cargado. Este era el silencio fácil que había entre nosotros, pero ya no se sentía incómodo. —¿Así que quieres decirme ahora? —le pregunté finalmente.

Frank meneó la cabeza, pero luego dijo: —Tal vez más tarde. —Siguió adelante y encendió la radio, comenzando a buscar una estación, y lo dejé pasar por el momento, bajando mi ventana y dejando que el aire caliente ondeara mi cabello de mi cara.

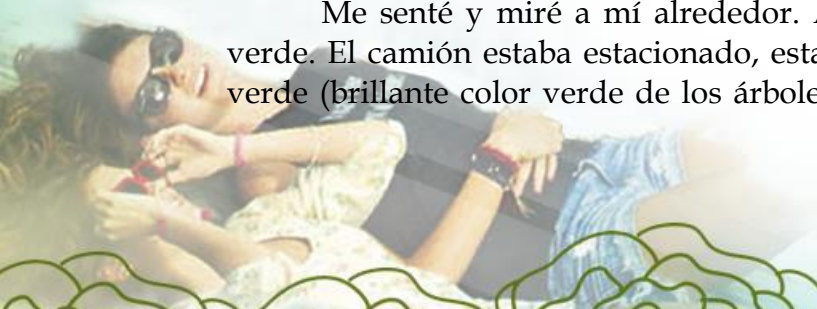
263

No estaba segura si era el calor, o el hecho de que habíamos aterrizado en una estación que parecía ser en su mayoría, fácil de escuchar, todos los suaves lamentos de saxofones o el hecho de que no había conseguido casi dormir la noche anterior, pero mientras hemos cruzado en Virginia, me sentí bostezar, mis ojos volviéndose pesados. Descansé la cabeza contra la ventana y sentí mis ojos cerrarse.



Medio esperaba soñar con Sloane, si soñaba en absoluto. Pero cuando abrí los ojos otra vez, me di cuenta de que había estado soñando con Frank. Habíamos estado juntos de nuevo en su tienda, donde estaba cálido y tranquilo, y él quería decirme algo, algo importante.

Me senté y miré a mí alrededor. Al principio, lo único que podía ver era verde. El camión estaba estacionado, estaba sola en él, y todo a mí alrededor era verde (brillante color verde de los árboles y la hierba). Después de un momento,



me di cuenta de que estábamos aparcados en un mirador, y que Frank estaba de pie a unos pocos metros, tomando fotografías con su teléfono.

Por la luz, parecía que se estaba haciendo tarde en el atardecer, y cuando saqué mi teléfono, vi que eran casi las seis. Ya no se sentía tan caluroso fuera, aunque era difícil de decir en el interior del camión. Estiré las piernas delante de mí, y puse los hombros hacia atrás. A pesar de que podía ver la carretera, no podía oír nada desde aquí, sólo el bajo zumbido de las cigarras y el canto ocasional de los pájaros.

No estaba segura de cuánto tiempo Frank iba a estar allí, por lo que para mantenerme ocupada, llegué a su iPod y empecé a desplazarme a través de él. Nunca ponía títulos, este había sido uno de los huesos de la discordia mientras intercambiábamos música, ya que yo siempre titulaba mis canciones, títulos de los que le había gustado burlarse; finalmente simplemente fui a "Mezcla 14", que asumí era el más nuevo.

Mezcla #14

Entertainment - Phoenix

My Racing Thoughts - Jack's Mannequin

I Need My Girl - The National

Let's Not Let It - Randy Houser

Yesterday - The Beatles

Each Coming Night - Iron & Wine

Magnolia - The Hush Sound

I Always Know - The Vaccines

Little Talks - Of Monsters and Men

You Came Around - Nico Stai

Everybody Talks - Neon Trees

Makes Me Lose Control - Eric Carmen

In My Life - The Beatles

Let's Go Surfing - The Drums

Young Love - Mystery Jets

Emmylou - First Aid Kit

Moth's Wings (stripped down version) - Passion Pit

It's a Hit - Rilo Kiley

Lights & Music - Cut Copy
You and Me - Parachute
Eleanor Rigby - The Beatles
Man/Bag of Sand - Frightened Rabbit
Isn't It a Lovely Night? - The December
Look at Us Now - Math & Physics Club
You Send Me - Sam Cooke

Al principio buscaba a través de ellos, al ver con una satisfacción agri dulce que Eric Carmen estaba en la lista, que yo le había mostrado quién era, y que incluso Frank había permitido algo de country en su precioso iPod. Pero a medida que lo miré un poco más, me di cuenta de que había algo más.

Había un código.

265

Me pregunté si él incluso había sabido lo que hacía. Pero allí estaba mi nombre en los títulos de las canciones, una y otra vez. Me sentí sonreír al mirar hacia abajo en la pequeña pantalla, brillante, preguntándome cuándo había hecho esto. No estaba segura de lo que significaba, pero sentí como si me hubiera dado un regalo.

Frank bajó el teléfono y se dio la vuelta, me apresuré a dejar el iPod de nuevo en el lugar donde me lo encontré. Sonreí cuando lo vi venir hacia mí. No estaba pensando en el hecho de que las cosas eran extrañas entre nosotros en este momento; fue mi reacción automática a verlo. Él me devolvió la sonrisa, aunque esto se desvaneció un momento después, como si tal vez él también se hubiera olvidado por un segundo.

— ¿Dónde estamos? — le pregunté, mientras se sentaba al volante.

— Carolina del Norte — dijo —. Nos estamos acercando.

Asentí, esperando sentirme nerviosa o ansiosa por ver a Sloane, pero no lo hice. Sentí una especie de certeza tranquila, como si estuviéramos yendo en la dirección correcta.

Regresamos a la carretera, y apenas habíamos logrado encontrar una emisora de radio decente antes de que cruzáramos Carolina del Sur. Miré a la señal mientras la pasábamos, decorada con la palmera y la luna creciente que ahora yo conocía bien. A pesar de que parecía que no podríamos llegar a la salida del Puerto del Río hasta dentro de otra hora, me encontré sentada con la espalda recta, no sólo dejando que los signos del paisaje y de salida me pasaran, sino también prestando atención a ellos, cada kilómetro que avanzábamos estaba más cerca de Sloane.

Habíamos estado conduciendo durante aproximadamente una hora después de la parada de descanso cuando Frank apagó la radio y me miró, como si estuviera a punto de decir algo. Entonces volvió a encenderla, pero sólo por un momento antes de que volviera apagarla, el silencio lleno el coche.

—Entonces... —dijo.

Esperé por más, pero cuando no pasó nada después de unos momentos, sólo Frank mirando al frente, en la carretera, pregunte: —¿Y?

—Lo que iba a decirte —dijo lentamente, como si estuviera descubriendo las palabras a medida que las pronunciaba—. Dijiste que querías saber que era.

—Sí —Me obligué a decir, a pesar de que ahora estaba más asustada de la respuesta de lo que había estado cuando presionaba a Frank para que me diga acerca del viaje.

Me miró, lo suficiente como para que mi corazón empezara a latir más fuerte. —Lissa y yo nos separamos —dijo, y encendió la radio de nuevo.

Lo miré. Todavía estábamos en la carretera. Sostenía las direcciones y buscando la 14A, la salida que nos llevaría a Port River. Pero nada era lo mismo. Era como si el mismo aire en el camión hubiera cambiado.

266

Frank miraba hacia el frente, como si no tuviera idea de que acababa de hacer más difícil para mí respirar. —Cuándo... —comencé, finalmente, cuando me di cuenta de que tenía que decir algo, y que no podía preguntarle lo que realmente quería saber—. ¿Cuándo pasó esto?

—Pocos días después de la gala —dijo—. Fui en coche a Princeton para hablar con ella.

Sabía que él había ido a ella, pero pensé que iba para estar con ella, no para romper con ella. Un nuevo miedo se deslizó dentro de mí, ¿fui yo la responsable de esto? ¿Frank había roto con su novia de hace mucho tiempo porque lo había besado?

Dejó escapar un largo suspiro, y luego continuó: —Las cosas no habían estado bien entre nosotros durante meses —dijo—. Realmente lo intenté este verano. No pensé que tendría importancia, estar separados. Pero no fue sólo la distancia. Era más que eso. Había estado yendo mal durante un largo tiempo.

Me limité a asentir. Tenía docenas de preguntas, pero ninguna que yo sintiera que pudiera preguntarle. Tal vez Frank sintió esto, porque continuó: —Nosotros realmente no tenemos casi nada en común. Era más como... estábamos acostumbrados el uno al otro.

—Así que... —comencé, esperando que esta no fuera la pregunta equivocada—. ¿No fue por mi culpa?

—No —dijo Frank, sacudiendo la cabeza—. Quiero decir, cuando empezamos a salir este verano, no pensaba de esa manera —dijo—. En absoluto. Salía con Lissa. Y tú y yo éramos amigos. Pero después... —Frank me miró por un segundo, pero eso fue todo lo que tomó. De repente parecía que el camión estaba unos diez grados más caliente que tan sólo unos segundos. Se aclaró la garganta antes de hablar—. No lo sé. Tal vez fue la noche de mi cumpleaños. Pero en algún momento, comencé... a pensar en ti —dijo, un poco vacilante—, más de lo que sabía que debería. Mucho más. —Sin siquiera inclinarme para mirarme en el espejo me di cuenta de que me estaba sonrojando—. Pero no estaba seguro... No sabía cómo podrías haberte sentido hasta que me llevaste a casa.

—Correcto —murmuré, pensando en la forma en que lo había besado, no al revés, dejando mis sentimientos bastante claro.

—Y no era justo para ella —dijo Frank, mirando rápidamente en el espejo retrovisor y cambiando de carril—. O para ti. Así que me fui en coche a verla.

—¿Qué pasó? —le pregunté, deseando poder parecer imparcial, individual, y no como alguien que estaba desesperado por saber cómo habían resultado las cosas.

Frank tomó aliento y lo dejó escapar. —Ella se sentía de la misma manera —dijo.

267

—Fue por eso que no vino en julio. Sabía que si me veía, tendría que romper conmigo, y no quería hacer eso en mi cumpleaños. Y tan pronto como empecé a decirle lo que sentía, fue bastante rápida en terminarlo.

—Lo siento mucho.

Frank asintió, e hizo una pausa durante un largo momento antes de decir: —Creo que vamos a estar bien. No creo que alguna vez seremos grandes amigos, pero está bien.

—Bueno —le dije, tratando de sonar alegre de esto cuando mis pensamientos daban vueltas. Me acordé de cuando Frank llegó a mi casa, y lo feliz que había parecido. Él había querido decirme entonces que habían roto. Y yo ni siquiera lo dejé terminar, y había huido de él. De repente me hubiera gustado, más que nada, haberle dejado a Frank decir todo lo que quisiera. Porque yo ya no estaba segura de qué significaba todo esto.

—Así que, um... —dijo Frank, sonando más nervioso de lo que jamás lo había oído—. ¿Qué...?

—Oh, Dios mío —le dije, en voz alta, señalando a mi lado del coche cuando 14A se acercaba con una rapidez preocupante—. Ahí está nuestra salida. —Frank miró al espejo, luego cruzó a través de los dos carriles que estaban afortunadamente libres de coches, tomó la salida de Port River—. Lo siento —le dije, cuando estábamos fuera de la interestatal y sinuosamente alrededor de la

rampa—. No quise interrumpirte. —De hecho, yo realmente, *realmente* no había querido interrumpirlo entonces, porque había parecido que estaba a punto de preguntarme algo importante.

—Está bien —dijo, deteniéndose en un semáforo en rojo y mirando por encima hacia mí—. Estaba justo... —El coche de detrás de nosotros tocó la bocina y Frank miró a su alrededor—. ¿Tengo que girar aquí?

Busqué las direcciones, y me di cuenta de que este podría ser el peor momento posible para tener una conversación importante. —Correcto —confirmé, y Frank hizo el giro. Bajé la vista hacia las direcciones, que se volvieron mucho más complicadas de lo que previamente habían sido, debido a Frank.

—No tenemos que hablar de eso ahora —dijo. Asintió con la cabeza a las instrucciones en la mano—. Vamos a llegar allí en primer lugar.

—Está bien —le dije, asintiendo con la cabeza demasiadas veces. Estaba realmente agradecida de tener un momento para tratar de procesar todo lo que acababa de aprender en los últimos minutos. Y para seguir las instrucciones hasta llegar al 4 de Brookside Lane, con pasos claros hasta llegar a cumplir el objetivo, parecía mejor que tratar de ordenar mi maraña de pensamientos.

Bajé la ventana, Frank hizo lo mismo, y el aire caliente de la tarde, temprano voló por la camioneta, moviendo las instrucciones de la mano. Fuimos en coche a través del centro de una calle, con las farmacias y tiendas de ropa, pero también un montón de tiendas vacías, señales de venta en las ventanas. Nos dimos la vuelta en una calle lateral que nos llevó a través de un barrio que se veía grandioso en la decoloración, con mansiones en ambos lados de la carretera, la mayor parte separados por grandes extensiones de tierra. Habíamos estado conduciendo durante unos kilómetros, cuando me di cuenta de que nos estábamos acercando.

—Deberíamos estar llegando a Brookside —dije, inclinándome hacia delante para mirar por ella—. A la izquierda —Un momento después, vi la señal, medio oculta por un árbol con mucha vegetación—. No.

—No hacen que este lugar sea fácil de encontrar —murmuró Frank mientras hacía el giro. Estábamos buscando el número cuatro, pero esto no parecía ser un camino normal, donde eso habría sido una cosa fácil de encontrar. Pasamos por la primera casa, pero no fue sino hasta varios minutos después de que vimos la segunda. El camino era largo, con árboles a ambos lados, tan altos que casi se juntaban por encima de nosotros y forman un dosel.

Eché un vistazo a mi teléfono mientras Frank conducía lentamente por Brookside y pasamos la tercera casa. Eran casi las ocho, y la noche estaba cayendo, las sombras de los árboles se alargaban y estiraban a nuestro alrededor.

—¿Estás segura de que es por aquí? —preguntó Frank. Encendió las luces, que eran brillantes contra la oscuridad que caía y miró hacia la carretera delante de él—. Porque no creo...

—Está ahí —le dije, señalando el camino de entrada. Te hubieras perdido a menos que lo hubieras estado buscando. Había un pilar de ladrillo a ambos lados de la carretera, y los dos tenían placas de bronce sobre los que se leía *4 Brookside*, pero los ladrillos estaban desmoronándose y parecía que el bronce no había sido pulido por un tiempo.

Frank se giró por el camino y sentí que mi corazón comenzaba a latir más rápido. Cuando una casa apareció a la vista, me quité el cinturón de seguridad y me incliné hacia delante para mirar más de cerca.

La casa era grande, blanca y en extensa, y se podría decir que una vez había sido impresionante, pero la pintura se estaba pelando, y el césped se veía con mucha vegetación. Pero apenas me di cuenta de esto, porque había una chica sentada en los escalones de la mansión en la oscuridad, leyendo una revista y tomando una Coca-Cola light.

Frank acababa de detener el coche antes de que yo hubiera salido de él, cerrando la puerta detrás de mí y caminando hacia la casa y hacia mi mejor amiga.

Sloane levantó la vista de su revista y su mandíbula cayó abierta. Se me quedó mirando mientras me acercaba a la luz y la miré.

Le sonreí antes de hablar. —Hola.



17

Encuentra lo que esta perdido

Traducido por Sandry & por *~ Vero ~*

Corregido por Jasiel Odair

270

—¿Emily? —Sloane dejó caer la revista y se levantó, tambaleándose cuando llegó a los escalones de la entrada. Se colocó frente a mí con los ojos muy abiertos, y sorprendida, como si no estuviera del todo segura de que esto sucedía realmente.

—Hola —susurré, sintiendo las lágrimas acudiendo a mis ojos.

—Oh, Dios mío —dijo ella, sin dejar de lucir aturdida, sacudiendo la cabeza. Pero luego sonrió, y vi que sus ojos azules brillaban con lágrimas también—. Oh, Dios mío —dijo de nuevo, me alcanzó y me abrazó estrechamente. Le devolví el abrazo, no sabía si reía o lloraba, o ambos, pero fuera lo que fuera sonaba como que Sloane se encontraba haciendo lo mismo—. ¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó cuándo nos separamos—. ¿Cómo lo encontraste? Quiero decir...

—Es una larga historia —le dije, sin dejar de mirarla, tratando de asimilarlo. Esperaba ver a la Sloane que recordaba, usando un vestido fabuloso vintage, con lápiz labial rojo y pendientes que tintineaban cuando giraba su cabeza. Pero se hallaba vestida con un par de pantalones cortos y una camiseta vieja que solo había usado antes como una chaqueta del pijama. Llevaba el pelo recogido en una coleta desordenada, y el color rosa de su esmalte de uñas de los pies estaba agrietado casi hasta el punto de que ya no existía. Seguía siendo Sloane, por supuesto... pero no es una versión que yo conocía.

Cogí aliento para empezar a explicar cuando la puerta de la camioneta se cerró de un portazo y las dos miramos en su dirección. Frank caminaba alrededor del capó y se inclinaba contra él. Alguien más se habría quedado quieto, o al menos pareciendo profundamente incómodo, pero Frank parecía que se lo estaba tomando con calma, como si el ayudar a reunir amigas era sólo una cosa normal que hacía. —Hola —dijo él en voz alta, levantando una mano en un saludo.

Sloane miró a través de la oscuridad. —Emily, puede ser que estoy alucinando —dijo con calma, volviéndose hacia mí—. Porque casi podría jurar que ese era Frank Porter.

Asentí y le hice un gesto por encima de Frank. —Como he dicho —le dije mientras ella me miraba con su mandíbula caída, una vez más—, es una larga historia.

Veinte minutos más tarde, éramos sólo nosotras dos, sentadas en el porche trasero de la casa.

La terraza era amplia, con una mosquitera justo al lado de ella, un columpio, macetas y sillas de mimbre con cojines remendados y descoloridos por el sol. Daba al arroyo por el que la calle se llama así, el cual podía oírse ahora mejor de lo que se podía ver, mientras la tarde iba cayendo, una noche azul con luciérnagas ya iluminaba de forma intermitente desde todos lados.

Sloane se encontraba sola en la casa, Milly, Anderson y su tía Laney habían ido a Charleston para el fin de semana. Debido a que parecía que vivían con su tía, ahora ellos vivían aquí todo el tiempo.

Frank afirmó que se sentía exhausto, y preguntó si podía quedarse dormido en el sofá por un tiempo. No estaba segura si eso era porque nos daba a Sloane y a mí algo de tiempo para hablar, o si en realidad se sentía cansado. Mientras pensaba de nuevo en el día, y el hecho de que él había estado conduciendo bajo el sol durante horas y no se había tomado una siesta, como yo, me di cuenta de que podría haber sido un poco de ambas.

271

Sloane nos había conseguido dos coca-colas ligth, y caminaba por el porche descalza, encendiendo velas de citronela y enchufando las luces parpadeantes que me había dicho que su tía odiaba, pero que había seguido adelante y cubrió el porche con ellas de todos modos.

Cuando las luces estuvieron encendidas, vino y se sentó a mi lado, mirándonos la una a la otra. De repente parecía que había mucho para decir, tanto que hemos pasado, que era difícil incluso comenzar.

—No puedo creer que estés aquí —dijo, metiendo sus piernas debajo de ella y sacudiendo la cabeza—. Sigo pensando que esto es un sueño, y que voy a despertar en cualquier momento. —Me estudió, inclinando la cabeza hacia un lado—. Me *encanta* el pelo —dijo—. Se ve increíble.

Sonreí y sacudí mi flequillo hacia atrás. Había una parte de mí que quería muchísimo retroceder y ser solo Sloane y Emily otra vez, durante todo el tiempo que estuve aquí. Me di cuenta de que sería fácil; ella ya me estuvo diciendo varias veces *tenemos que hablar de esto*, en términos de Frank, y pude sentir la fuerza de mantener las cosas a la luz, simplemente divirtiéndome y dejando que las cosas vuelvan a ser como eran. Pero necesitaba respuestas, y no vine hasta aquí para salir sin ellas.



Metí la mano en mi bolso y saqué la lista, el papel profundamente desgastado por el verano, doblado y redoblado. —Tengo tu lista —le dije—. Las hice.

Su cabeza se levantó. —¿Todas ellas?

—Todas ellas —le dije, entregándosela.

—¿En serio? —preguntó. Ella miró sorprendida y un poco escéptica—. ¿Incluso lo de nadar desnuda?

—Simplemente te fuiste —le dije, oyendo mi voz temblar, recordando su desaparición, las semanas de silencio, y después lo que había sido el tener la lista y nada más, sin ninguna explicación—. No tenía idea de dónde estabas o por qué. Sólo esto.

Sloane sólo me miró por un momento, y casi podía sentir la parte de ella que odiaba los enfrentamientos a corta distancia. Pero sorprendiéndome, asintió. —Lo sé —dijo—. Y lo siento. Pensé que era lo mejor.

—¿Cómo podría ser mejor? —pregunté—. Me he pasado todo el verano preguntándome qué te pasó, y por qué de alguna manera no te importó lo suficiente como para decírmelo.

—No es eso —dijo rápidamente, su voz dolida y un poco aguda—. ¿Estás bromeando?

—Entonces, ¿qué?

Sloane miró hacia el arroyo, donde juré que podía oír lo que sonaba como ranas en algún lugar lejos. Mientras esperaba su respuesta, había una parte de mí que todavía no podía creer que estuviera aquí, con Sloane nuevamente, en una noche húmeda en un porche en Carolina del Sur, finalmente consiguiendo mis respuestas.

—Cuando te mudas tanto como yo lo he hecho —dijo finalmente, sin mirarme—, sabes cómo termina. Prometes mantenerte en contacto con la gente, pero no funciona. Nunca lo hace. Y te olvidas de lo que la amistad solía ser porque te gustaba esa persona. Y lo odias. Yo simplemente no quería volver a hacerlo. No contigo.

La miré, su cabeza todavía apartada de mí, pero la conocía lo suficiente como para escuchar el temblor en su voz, el que trataba de ocultar. —Así que, ¿entonces, que? —pregunté, tratando de mantener mi voz apacible—. ¿Sólo te vas sin una explicación?

—Pensé que sería lo mejor —dijo, pasando la mano por su cara y volviéndose hacia mí—. Para recordarlo como era. Como algo realmente genial. No otra cosa. Simplemente la mejor amiga que he tenido.

Sentí que mis labios comenzaban a temblar y los mordí, tratando de reunir mis pensamientos. Pude ver a donde iba, en teoría. Pero sólo en teoría. Y antes de entenderlo, me encontré hablando, mis palabras saliendo en un revoltijo. —No — dije, sacudiendo la cabeza. Tenía puesto mi sombrero sincero y lo estaba convocando para esto. Sloane me miró, y pude ver que eso la había sorprendido—. No puedes simplemente dejar atrás a la gente porque piensas que será muy difícil comprometerse a una amistad. No puedes vivir tu vida de esa manera.

—No lo entiendes —dijo Sloane, su voz tranquila. Miró hacia el agua un segundo, y pude sentir que ella quería que volviera el rol que habíamos jugado en nuestra amistad antes, como cuando tratas de forzar tus pies en un par de tus zapatos favoritos, incluso después de que hayan quedado demasiado apretados, dejaría pasar esto, sin empujarla, pasándolo por alto y centrándome en otras cosas.

—Entonces ayúdame a entender —dije, mirándola directamente a los ojos, sin excusarla fácilmente.

Sloane dejó escapar un largo suspiro que tenía una traba en algún lugar en el medio. —¿Sabes por qué nos mudamos tanto? —preguntó finalmente. Estaba mirando al suelo, sin mirarme a los ojos—. Porque mis padres volaron todos sus fondos fiduciarios y nunca han tenido puestos reales de trabajo. Así que sólo vamos donde sea que las personas o familiares nos dejan estar en sus casas de veraneo o de segunda residencia. Y a veces Anderson realmente hace una buena inversión, y tenemos un poco de dinero, pero claro, desaparece de inmediato... — Su voz se apagó, y escuché en ese momento lo cansada que sonaba.

La miré por un momento. De repente fue como si ni siquiera reconociera a la persona sentada a mi lado, la persona que había pensado que conocía mejor que nadie. Mientras estuve compartiendo todos mis secretos con ella, ella estuvo guardando los más grandes de mí.

—Así que me mentiste —dije, y podía sentir mi ira comenzando a volver, y mi voz comenzando a elevarse. Pensé en cómo había sido deslumbrada por Sloane desde el primer día, lo mucho que hubiera querido ser como ella, y que ni siquiera había sido real. Nada de esto lo era—. ¿Por qué...?

—¡Porque es vergonzoso! —La voz de Sloane se rompió en la última palabra, y pude ver que le temblaban las manos—. Tú tienes esta familia perfecta. Y yo tengo a Milly y Anderson. —Dejó escapar una risa breve y desdichada—. Siempre me decías lo buenos que pensabas que eran mis padres, cómo de glamorosa eran nuestras vidas, lo maravillosa que era la casa.... —Negó con la cabeza—. ¿Sabes que ni siquiera era nuestra casa? Los herederos se peleaban por ella, y un primo segundo de Milly o algo así, por lo que ella les convenció para permitirnos ser los "cuidadores". Y cuando la herencia se resolvió, ya nos encontrábamos fuera de allí. —Me miró y luego volvió a bajar la mirada a sus manos—. Lo siento —susurró—. Yo sólo... quería gustarte.

Me senté de nuevo contra el escalón, tratando de procesar todo esto. Y pensé, por alguna razón, que la casa recién terminada tenía una estructura que era perfecta sólo desde el exterior. Miré a Sloane y vi sus hombros encorvarse, y de pronto comprendí lo difícil que debió haber sido para ella, sin dejar que nadie, ni siquiera yo, supiera nada de esto. Y me di cuenta que no importaba.

—No me importa —le dije. Ella me miró, y yo negué con la cabeza—. Quiero decir, me gustaría que me lo hubieras dicho. ¿Pero la casa? Ninguna de esas cosas es importante.

Sloane me miró, y vi que sus ojos estaban húmedos. —¿En serio? —dijo. Era más como un susurro que una pregunta. Asentí, y pasé los dedos por debajo de sus ojos.

Nos sentamos en silencio durante un minuto, se sentía un poco como el comienzo de algo. Me decía la verdad, y yo me había negado a ir junto con ella. Se sentía nuevo. Se sentía como que tal vez ahora podríamos empezar el próximo capítulo de nuestra amistad, cualquiera que sea la forma en que eso terminara pareciéndose.

Sloane se apoyó en mí y me echó hacia atrás hasta que después de unos minutos, no se podía decir quién sostenía a quien.

274 —Entonces —dijo Sloane después de un largo rato. Para mi sorpresa, ella miraba hacia abajo a la lista y sonreía—. Nadar desnuda —dijo, sentándose y volviéndose hacia mí—. Suéltalo.

Me eché a reír. —Fue tu idea —le dije, pensando en la noche en la playa, sabía que era una gran historia, una que ella nunca creería.

—Emily —dijo—. ¡Ni siquiera *yo* he ido a nadar desnuda!

—Te puedo dar algunos consejos, si quieres —le dije, con una sonrisa—. Como siempre... mantén un ojo en tus toallas.

Ella seguía mirándome como si no estuviera del todo segura de quién era yo. —¿Y realmente utilizaste a Penélope? ¿Y besaste a alguien? Oh, Dios mío. ¿Quién?

—Traté de robar tu cartel del autocine —le dije—. Pero se cayó y casi me atraparon. Frank me rescató. —Sloane me miró alarmada y añadí—: No literalmente. Simplemente me cubrió.

—Realmente no puedo creer que hayas hecho todo esto —dijo, todavía sonando un poco asombrada—. ¿De verdad montaste un caballo?

—Supongo que pensé que todas esas cosas me iban a llevar hasta ti —le dije—. De alguna manera.

Sloane miró la lista por un largo momento, luego sonrió. —Tal vez lo hicieron.

Pensé en cómo había llegado hasta aquí, y cómo probablemente no habría pasado el verano con Frank si no hubiera ido al Huerto esa primera noche. O convertirme en amiga de Dawn en mi búsqueda para abrazar a Jamie. Pensé en todas las cosas que su lista me había dado en el transcurso del verano, y todo lo que había sucedido a causa de ella. —Puede que tengas razón.

Cuando los mosquitos empezaron a atacarnos, entramos para encontrar a Frank despertando de su siesta. Sloane calentó una pizza congelada, lamentando la falta de opciones en River Port. Comimos de pie alrededor de la mesa de la cocina, y después de que Frank hubo engullido tres rebanadas, se dirigió a la cama en la habitación de invitados que Sloane había hecho para él. Discutimos, pero estaba tratando de no pensar en ello, sobre el hecho de que íbamos a tener que estar en el camino otra vez a las siete. Tenía que volver antes que mis padres, así no se darían cuenta de que había viajado por tantos estados con un chico.

Sloane me prestó ropa para dormir y un cepillo de dientes, y cuando desdoblé la camiseta, me di cuenta de que en realidad era mía —la camiseta de la película *Bug Juice*.

Estábamos durmiendo en el porche, donde se había establecido un dormitorio adicional durante la ola de calor por la que estaba atravesando River Port. Sloane se hallaba en el sofá del porche, arrastró una cama plegable para mí, y las empujamos lo suficiente cerca para que no tuviéramos que elevar nuestras voces para escucharnos cuando hablamos.

—Está bien —dijo, cuando apagamos las últimas luces y sólo podía verla por la luz de la luna que venía de afuera—. Frank. Empieza a hablar.

Sonreí contra mi almohada y le conté desde el principio, nuestra amistad, mi enamoramiento, el beso, el bombazo de la ruptura de Lissa. Y nosotros juntos, aquí. Ahora.

—Oh, Dios mío —dijo, una vez que terminé. Había reaccionado del mismo modo que había esperado que lo hiciera. Respondía en los momentos adecuados, por lo que noté lo mucho que había extrañado contarle cosas, su entusiasmo, su completa falta de juicio, la forma en que incluso cuando te has equivocado, estaba de tu lado—. Quiero decir —continuó, sin esperar a que respondiera, y aunque no podía verla, podía oír la sonrisa en su voz—. ¿En qué estás pensando?

—No lo sé —dije lentamente. Si Frank y yo tratábamos de ser algo, sería *real*, de una manera que daba miedo, pero también muy emocionante.

—Él acaba de salir de una muy larga relación —señaló Sloane—. ¿Esto va a ser una cosa de despecho?

—No —dije automáticamente, sin tener que pensar en ello. Y me di cuenta mientras hice eso que Sloane no conocía a Frank. Y no conocía a la persona que yo era con él—. Es más que eso.

—Pero... —Se apoyó en un codo—. Frank Porter es como el tipo más serio que conocemos. Si vas a salir con él, estás *comprometida*.

—Pero eso es lo que quiero —dije, otra vez sin pensar en ello.

—¿En serio? —preguntó Sloane. Sin escepticismo, sólo con sorpresa.

—Sé que las cosas puede que no funcionen —le dije—. Y sé que da miedo, pero las cosas que valen la pena lo hacen. Se siente bien.

—¿Cómo es eso? —preguntó Sloane, su voz tranquila, realmente curiosa.

Sabía la respuesta a eso inmediatamente. Era como nadar bajo las estrellas, como dormir fuera, como subir a un árbol en la oscuridad y ver el paisaje. Daba miedo y era seguro, tranquilo y emocionante, todo al mismo tiempo. Era lo que sentía cuando estaba con él. —Como un universo bien ordenado.

Nos quedamos en silencio durante unos minutos, y me di cuenta que era bueno. Tal vez no teníamos que compartir cada sensación y analizarla. —Em —dijo Sloane finalmente—. Sólo lo pregunto porque no quiero que te hagan daño. Pero, ¿y si no funciona?

Cuando le respondí podía oír la esperanza en mi voz. —Pero, ¿y si lo hace?

276

Me desperté cuando todavía estaba oscuro, me estiré por debajo de mi cama para comprobar la hora en mi teléfono, ahuecando la mano sobre la pantalla para proteger a Sloane de la luz, me di cuenta que todavía dormía, respirando lenta y uniformemente. Eran las cinco y media de la mañana, y me sorprendió que estuviese despierta, teniendo en cuenta que Sloane y yo habíamos hablado durante horas.

Había sido demasiado para cubrir, y cada vez que una de nosotras mencionaba que probablemente deberíamos dejar de hablar y descansar un poco, algo más salía que tenía que abordarse. Mientras hablábamos, tratando de encajar tres meses de conversaciones en unas pocas horas, se sentía como que luchábamos contra el amanecer que se avecinaba, y si seguíamos hablando, y llenando las horas, tal vez podríamos mantenerlo lejos.

Pero entonces las pausas habían sido más largas, hasta que sólo había silencio entre nosotras, y me dormí sabiendo que si pensaba en otra cosa que tenía que decirle a Sloane, ella estaría justo allí para oírlo.

Pero mientras salía de la cama ahora, hacía mi mejor esfuerzo para no despertarla mientras caminaba hacia porche trasero. Todavía estaba oscuro, pero las estrellas se desvanecían, y tuve la sensación de que el sol iba a salir en poco tiempo. Miré y vi mi lista, doblada, donde la habíamos colocado debajo de una de las velas. La tomé, pensando en volver a colocarla en el bolso para cuidarla, cuando se me ocurrió una idea. Me metí de nuevo en el porche, recuperé mi bolso y lo traje de vuelta conmigo. Encontré una pluma y mi agenda para la próxima semana en Paraíso en mi bolso. Le di la vuelta a la hoja en blanco en la parte

posterior, encendí una vela para que mi escritura no fuera demasiado ilegible, y empecé a escribir.

1. Llama a tu mejor amiga dos veces a la semana.
2. Cuando tu teléfono suene, contesta.
3. Si encuentras a alguien que te gusta, espera dos semanas antes de besarlo.
- 3a. (Bueno, una semana.)
4. Sal con alguien que espera y se asegura de que estás dentro del auto antes de conducir.
5. Si estás enojado con alguien, díselo. Te prometo que nada malo va a suceder.
6. Obtén tu licencia. (De esta manera, puedes llevarme cuando te vaya a visitar.)
7. Abraza a un Carl.

Seguí escribiendo, llenando la lista, tratando de hacer por Sloane lo que había hecho por mí. Cuando hube terminado, añadí en la parte inferior, *Cuando termines esta lista, encuéntrame y cuéntame todo sobre ella.*

277

Oí la puerta del porche golpearse, y me di la vuelta para ver a Sloane, en su pijama de seda, estuve con ella cuando lo compró, cruzando el porche y sentándose a mi lado en el escalón más alto.

—Oye —dijo ella, con un bostezo—. Me desperté y no estabas allí.

—Sí —dije, levantando las cejas—. Eso es realmente horrible, ¿verdad?

Sloane se rio y vi que me había entendido. Asintió al papel en mi regazo. — ¿Qué es eso?

—Es para ti —le dije, entregándoselo. Lo desdobló y vi su cambio de expresión cuando lo leyó—. Simplemente pensé que debería darte algo para empezar —dije—. Sabes, ya he terminado todos los míos.

Sloane sonrió y chocó su hombro contra el mío, pero luego lo dejó allí, y me incliné hacia ella también. —Probablemente deberías ponerte en marcha, ¿no? —preguntó al cabo de unos minutos, su voz suave y triste.

—Debería —dije. Pero ninguna de las dos se movió, a pesar de que al otro lado del arroyo pude ver el primer atisbo de la madrugada en la parte inferior del horizonte, y el día que había llegado después de todo.

A las siete y media, Frank y yo nos encontrábamos listos para salir. Me había duchado y tomado prestado uno de los vestidos de Sloane, admitió que me debía después de tomar mi ramera de *Bug Juice*. Cuando salí con mi bolso, Frank y

Sloane estaban hablando y se detuvieron mientras me acercaba. Esto me preocupó un poco, sobre todo con el hecho de que cuando levanté las cejas, Sloane me lanzó un pequeño guiño.

Frank llevaba una camiseta de Hilton Head Golf Tournament que me confundió hasta que me di cuenta que Sloane probablemente la había tomado de Anderson y se la dio. Frank se despidió de Sloane, y luego se dirigió a la camioneta, sabía que nos daba a Sloane y a mí una oportunidad de despedirnos a solas.

—Entonces —dijo Sloane mientras nos hallábamos juntas en los escalones de la entrada—. ¿Hablares esta noche?

Asentí. Era una de las cosas que habíamos discutido anoche en la oscuridad, hablaríamos dos veces a la semana por lo menos, sin falta. No se le permitía desaparecer de mí, ni yo de ella—. Te llamaré tan pronto como esté de vuelta —prometí.

Sloane me miró y movió la cabeza. —No puedo creer que hayas venido hasta aquí —dijo. Dejó escapar un suspiro tembloroso, y su labio inferior temblaba, podía sentir el mío hacerlo también—. Yo sólo... —empezó.

Asentí. —Yo también —le dije. Me abrazó fuerte y le devolví el abrazo. La extrañaría, lo sabía. Pero de alguna manera, tenía la sensación de que estaríamos bien. No sabía lo que pasaría con nosotras. Tal vez encontraríamos una manera de asistir a la misma universidad y ser compañeras de cuarto y tener la habitación más hermosamente decorada. Tal vez acabaríamos siendo amigas por correspondencia, enviando listas de ida y vuelta. O terminaríamos sólo hablando dos veces por semana, o haríamos video chat, o de lo contrario sólo gastaríamos todo nuestro dinero viajando para pasar el rato juntas los fines de semana. De alguna manera supe que los detalles no importaban. Ella era mi corazón, era la mitad de mí, y nada, aún menos unos míseros quinientos kilómetros cambiarían eso.

Nos separamos y Sloane se limpió debajo de sus ojos. —Lo siento —susurró.

Le di una sonrisa temblorosa. —Está bien —dije.

—Hablares esta noche —dijo. No era una pregunta. Era el plan, y yo asentí.

—Esta noche —dije. Nos miramos la una a la otra por un momento más. No había nada que hacer ahora más que irme y las dos lo sabíamos. Di la vuelta y me alejé de ella, de vuelta hacia la camioneta, y Sloane se quedó allí en los escalones.

Me metí en el asiento del copiloto y miré a Frank. —¿Estás bien? —preguntó, mientras me puse el cinturón de seguridad y bajé la ventanilla cuando encendió el motor.

Miré de nuevo a Sloane, que seguía de pie junto a los escalones, sin hacer ningún movimiento para entrar. —Sí —le dije—. Lo estoy.

Frank sacó la camioneta por el camino, me giré para mirar hacia atrás. Sloane caminaba detrás de nosotros, con una mano levantada en un saludo. Le devolví el saludo, y ella seguía detrás de nosotros hasta que giramos en la carretera principal. Me incliné medio fuera de la ventana para saludarla de nuevo, y la vi ver mi saludo y sonreír. Siguió tras la camioneta, como si fuéramos un pequeño desfile, saludando y saludando, hasta que Frank tomó la curva en la carretera y luego se había ido.



18

Arriesgate

Traducido por Annabelle

Corregido por Mire ★

Esta vez, no teníamos la radio encendida, pero estaba bien para mí. Nuestros vidrios se encontraban abajo y la cálida brisa que soplabla dentro del auto desordenaba el cabello de Frank, que se secó graciosamente, con mechones levantados aquí y allá. Tenía que luchar conmigo misma para no estirar la mano y pasarla entre sus mechones.

280

Retiró la mirada del camino y me miró, no me sonrojé ni tampoco bajé la mirada. Simplemente lo observé. Entre nosotros había tensión de nuevo, pero no era como la de ese enojo ardiente que hubo el día anterior. Esta vez se sentía como los nervios que te dan antes de que algo emocionante suceda, el momento en que te balanceas en la cima de una montaña rusa, el silencio antes de una fiesta sorpresa, el segundo cuando saltas de un trampolín antes de caer al agua, cuando cierras los ojos e imaginas solo por un momento, que estás volando. Esa sensación de que muchas cosas buenas están en camino, y que llegarán en cualquier momento.

Frank conducía con una mano en el volante y la otra descansando en el asiento entre nosotros. Sin saber en lo que iba a hacer, sin pensarlo primero, me acerqué a él lo más que mi cinturón de seguridad me lo permitía, y coloqué mi mano sobre la suya.

Sonrió sin quitar la mirada del camino, giró la palma y entrelazó nuestros dedos. Mi corazón comenzó a latir el doble, pero solo duró un momento, ya que Frank retiró la mano para poner las luces de cruce y tomar la próxima salida de la autopista.

Lo miré, sorprendida. —¿A dónde vamos?

Me sonrió. —Ya verás.

Me incliné hacia adelante para intentar ver a dónde se dirigía, pero apenas salimos de la autopista, unos minutos después giró en torno a un camino de tierra estrecho y sin marcar. —¿Cómo es que conoces esto por aquí? —El sol todavía no

había salido por completo, pero el camino se encontraba tan poblado de árboles que mientras conducíamos entre ellos, parecía como si hubiese anochecido de nuevo.

—Puede que Sloane haya mencionado algo sobre uno de sus lugares favoritos —dijo, girando de nuevo.

Los gruesos árboles se abrieron para dar paso a un claro en donde Frank aparcó el auto. Apagó el motor y, como lo discutimos con anterioridad, ambos nos bajamos. El claro proveía una vista escénica de sí mismo, aunque ésta no se encontraba a la vista de turistas, y nosotros éramos los únicos viéndolo. En todo nuestro alrededor se encontraba un valle precioso, el cual era ligeramente iluminado por el sol naciente.

Frank bajó la mirada hacia mí, y noté lo cerca que se encontraba. —Hola —dijo.

Lo miré. Ahora que el momento llegaba, no se sentía para nada atemorizante. Lo que tiene que suceder, sucederá, y no podía controlarlo. Pero me encontraba lista para que todo comenzara. —Hola —respondí.

—En un universo bien organizado —dijo, y podía escuchar lo nervioso que estaba—, yo podría hacer esto. —Inclinó su cabeza y me besó, luego se separó, cerciorándose que esto estuviese bien.

281

Le sonreí. —Entonces ahora debemos estar en uno —dije. Y mientras el sol salía detrás de nosotros, cuando inclinó de nuevo su cabeza para besarme, me elevé hacia arriba.

Hacia él, y hacia cualquier otra cosa que viniera después.



AGRADECIMIENTOS

¡Justin! Se dice que sólo los buenos mueren jóvenes, pero sólo los mejores serían capaces de tomar un manuscrito de más de cuatrocientas páginas, leerlo en un fin de semana, regresar con las notas más increíbles y repetirlo, cuatro veces. Podrías tener razón; podría estar loca, pero GRACIAS por tu paciencia y perspicacia y notas increíbles y humor, y por nunca hacerme sentir como si estuviera en los noventa, con dos hombres fuera y tres hombres dentro. Estoy más que agradecida contigo.

Gracias a Emily Van Beek, extraordinaria súper agente, que siempre me cuida bastante bien.

Lucy Ruth Cummins es una genio. Muchas gracias por la portada más hermosa jamás vista y por dejarme sentir tal parte del proceso. Los ponis de mantequilla y azúcar y las galletitas de canela van en camino. ¡Y gracias a Meredith Jenks por las increíbles fotos!

Jessi Kirby, ¿dónde estaría (o este libro) sin ti? Un montón de gracias por tu amistad, amabilidad, apoyo, y por compartir tu tramo de playa con los autores que lo necesitan. No podría haber hecho esto sin ti.

282

Soy lo suficientemente afortunada como para ser parte de una comunidad maravillosa de escritores que me dieron bastante apoyo y me enseñaron un montón con sus ejemplos maravillosos. Gracias y abrazos y pastelitos para: Lauren Strasnick, Rosa Lin, Leslie Margolis, Rachel Cohn, Jordan Roter, Anne Heltzel y Liz Werner. Y también gracias para Janet y Lee Batchler.

Gracias a Alexandra Cooper, por tantas cosas, y especialmente por esa primera charla de dos hora sobre el libro, en un Starbucks de Texas.

Gracias al fantástico equipo de S&S: Danielle Young, Anne Zafian, Mary Marotta, Paul Crichton, Bernadette Cruz, Chrissy Noh, Katy Hershberger, Katrina Groover y Venessa Carson. No podría estar en mejores manos.

Gracias y amor para mi familia: mamá, Jason, Amanda y Katie.

Y gracias con todo mi corazón a Amalia Ellison —compañera de viaje, cómplice de crimen, y mejor amiga.